

Desde el nido del Gonzalito

Alexis Andarcia

Prohibida su reproducción, adaptación, representación o edición, sin la debida autorización de la Universidad del Zulia o de los autores.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ZU2023000264

ISBN: 978-980-18-3703-9

Editorial de la Universidad del Zulia (EDILUZ). Ciudad Universitaria Dr. Antonio Borjas Romero. Facultad de Humanidades y Educación. Sótano del Bloque C. Apartado 526. Teléfonos (424) 5621618

Correo Electrónico: direccionediluz2020@gmail.com
Maracaibo, Venezuela.

Septiembre, 2023

Publicación financiada por los autores

Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser.
William Shakespeare.

Sabes que algo está pasando, pero no sabes lo que es.
Bob Dylan

No espero nada. No tengo nada.
Soy libre.
Epitafio de Nicos Kazantzakis.

A tía María
A tío Remigio
... A ese recuerdo que nos puede salvar

PRÓLOGO

En una iglesia católica cristiana, en la ciudad de Maracaibo, se reúnen un grupo de familiares y amistades a conmemorar la muerte de Marcelina Manaure ocurrida diez años atrás. Una afirmación del sacerdote durante la misa provoca que Arturo, uno de los sobrinos de *Maíma* como le decían familiarmente a la tía inicie una reflexión sobre la vida y la muerte que culmina en esta lectura que tenemos en mano.

Sirve esa reflexión para discurrir sobre el desempeño del ser humano durante el tiempo de vida, por cierto, un discurso muy terrenal a pesar del impacto que produjo en el narrador lo dicho por el cura al finalizar la misa.

“A Marcelina Manaure le faltó poco para ser una santa”. Claro que esa afirmación corresponde a un mundo instaurado con valores cristianos católicos, lo que no corresponde a las creencias de nuestro autor, pero que si respeta y llega a tolerar como una forma de compartir su vida en un entorno familiar y de amigos, que si lo son. Y que además perteneció a ese mundo durante mucho tiempo y no se ha desvinculado totalmente del mismo. Su vida está cargada de una formación cultural y ética cristiana católica y ello lo sacude durante la misa.

A partir de ese momento inicia su reflexión que lo lleva a revisar toda su vida, desde su memoria de infante hasta el momento en que aborda la revisión de su vida y en ese proceso de reconstruir su vida reconstruye la vida familiar, la vida social y el entorno en que vive. Pareciera que Ortega y Gasset le recordase el yo y mis circunstancias, o su coqueteo con el marxismo lo hiciere considerar el hecho y sus múltiples determinaciones. En esas reflexiones recuerda que, si bien su formación es de periodista, ha sido militante político y decidió un buen día formarse como historiador. Puede decirse pues que es un experto en el manejo de hechos y su visión y narración obedecen a estos factores últimos, aparte de su necesidad de explicarse a sí mismo su vida y el contexto en que ella se desarrolla. Es un discurso literario, por lo hermoso y cargado de elementos de ese orden, pero al mismo tiempo se capta la fuerte presencia del oficio del historiador, sin

llegar a afirmar que es una construcción historiográfica, pero si un discurso dentro de lo que Mery Sananes, literata venezolana, afirmaba, en un sentido no peyorativo, que la literatura es un segundón de la historia, ya que no es posible entenderla si no dentro de un contexto histórico donde se produce.

La novela está escrita dentro de una riqueza propia del narrador que hace alarde sin pedantería de haberla acumulado por una disciplinada lectura que va más allá de su formación ya señalada y que solo así puede lograr lo hecho. Es un narrador que ha consumido, en el mejor uso de la palabra *consumir*, abundante lectura del mundo occidental y también oriental, lo que le ha permitido tener una ostensible acumulación de vivencias que ahora cuando presenta su primera novela se nos enseña como un narrador maduro. No significa que sea esta su primera experiencia narrativa, ha escrito cuentos y le he oído en conversaciones personales muchos temas que están en proceso de maduración, así mismo doy fe de su trabajo de posgrado en historia donde su discurso abordó problemas vinculados al regionalismo zuliano, y por ello mereció una *menção publicación*.

Me hubiese gustado abordar el discurso narrativo de Alexis en la perspectiva del historiador que afronta con lucidez la historia contemporánea de Venezuela, más solo haré una reseña en homenaje a la brevedad. Y quedo comprometido conmigo a presentar un enfoque de la historia que aborda *Desde el nido del Gonzalito*.

La novela se desarrolla en Venezuela y cubre fundamentalmente el espacio y tiempo histórico petrolero del Zulia, pero como todo el mundo, tiene un pasado familiar que incide en su presente. El sacudón de Alexis lo hace retornar al pasado familiar que lo vincula con el oriente venezolano, el oriente no petrolero, el de la costa Caribe, de pescadores, del mar abierto que le abre horizontes permanentes al habitante marino, ese mar que Andrés Eloy Blanco llamo el mar de Colón.

En ese mar donde la pesquería y el conuco están vinculados nació Arturo Cordido y vivió en sus orillas hasta que la muerte de su madre lo puso frente a un mundo doloroso y bajo el cuidado de *Calela*. Ahí creció y un buen día su hermana Nubia que vivía en la zona petrolera zuliana fue a visitarlo y se lo llevó con ella a

Cabimas. Y ahí es cuando realmente comienza todo. Su cultura de infante oriental, de Sucre, inicia un proceso de integración con su nuevo contexto zuliano, y aun cuando regrese a oriente en su adolescencia, lo hará cargado de la cultura falconiana de la familia que lo acoge. Inició así un movimiento cultural nuevo en su formación como individuo que sigue atado al pasado oriental, pero asume su nuevo mundo influenciado por lo falconiano que, a su vez, se va a ir integrando al Zulia y que en definitiva nos muestra como la sociedad zuliana que crece luego de la explotación petrolera es un crisol de orientales y falconianos, pero también de andinos, trinitarios y muchos migrantes más que llegaron al Zulia detrás de la explotación petrolera. El reventón petrolero también significó un reventón demográfico y casi todo el país llegó a sembrarse en el Zulia, con el agregado de otros muchos extranjeros como ya fue señalado. Fue una ola migratoria de todo el país hacia el Zulia y ello le dio una nueva conformación cultural, al final el Zulia es hoy ese proceso de consolidación de muchas culturas regionales venezolanas y extranjeras que han conformado ese extraordinario híbrido que vemos actualmente. Si retomamos lo histórico de la novela, el autor va hasta el siglo XIX y explora la insatisfacción que vive el país, pues, desde la emancipación, no hay nada que signifique el asentamiento definitivo de la sociedad ya emancipada. El común, eso que hoy llaman el hombre de a pie, no recoge frutos de la siembra independentista. Se deja ver como la mujer asume el protagonismo ante una sociedad que se tragaba a los hombres en las incontables guerras del siglo XIX, y en el caso de Falcón se siente como este estado fue víctima de ello.

De una familia que sobrevivió a la guerra interminable, finalizada oficialmente en el Tratado de Coche, pero que se mantuvo aun en las regiones, viene la gente que se va a establecer en Cabimas a principio del siglo XX, era una familia curtida en las tareas de vencer lo imposible, fue por ello por lo que pudieron sobrevivir la inmigración y la integración al nuevo Zulia que ayudaron a construir.

Maíma es un personaje extraordinario y lo es por ser una representación valiosa de la mujer venezolana, que asume con tenacidad y amor el ser la guía conductora de varias generaciones de

una misma familia. Esto constituye un hecho muy común dentro del proceso de formación socio familiar de Venezuela. Expresa un fenómeno que está vinculado al movimiento histórico post emancipador, donde el hombre venezolano siempre mostró una ausencia notoria en el devenir de la formación de la familia. Muchos fueron los factores que contribuyeron a ello, pero fue muy importante las constantes guerras que marcaron la conformación de la nación venezolana. Por encima de la economía y de cualquier otro riesgo social, el más afectado fue la falta de la presencia del padre en la vida familiar. Y muy especialmente en las familias pobres, aquellas que, víctimas de esa pobreza, vieron como los hombres tomaban el camino de la guerra con la esperanza de resolver la pobreza, asunto que nunca lograron, sobre todo la pobreza rural.

Maíma nos muestra a la mujer que, con su trabajo, dedicación y unos valores religiosos, logra que la familia venezolana dé el salto histórico de una sociedad rural no integrada, a una nueva, que aparece además empujada por la modernidad que los invade, y por la cual mucho se había luchado, pero no se había logrado alcanzar.

Aun cuando estamos frente a una novela que aborda la vida de una familia que migra en búsqueda de mejoras, realmente lo que se plantea el autor es como ha percibido un cambio en la sociedad venezolana, que se había resistido durante todo el siglo XIX y que, en el siglo XX, por factores nuevos en la vida nacional permiten un cambio, y ese cambio, aun cuando no haya significado la superación definitiva de la pobreza, significó la superación del mundo rural y la aparición de nuevas formas de vida, mientras se introducen en un mundo urbano. Pero el paso de un mundo al otro no significó una ruptura, ya que los cambios se van dando lentamente por muy acelerados que sean con respecto a lo que se deja atrás. Lo más importante fue tomar la decisión de involucrarse en el cambio que se estaba generando, para asumir un rol protagónico en ese nuevo hacer de la sociedad. Sin embargo, ese cambio no rompe con todo, por ello sobreviven y se proyectan al proceso de las nuevas vivencias, tradiciones y valores culturales que marcaron sus vidas en el pasado y que se cuelan por los

intersticios que deja la conformación de la nueva sociedad y la familia.

Pero hay algo que es fundamental en esta narración: EL OLVIDO puede afirmarse es el tema, el gran tema. Es una lucha contra el olvido, es una lucha contra la muerte, es una forma de percibir como el olvido es la verdadera muerte y como la vida depende de la memoria que vence el olvido y le da continuidad a la vida. Pero la vida es el ejercicio de la vida social, y esta solo es posible por la vida familiar: la familia es la comunidad y la comunidad tiene vida por las familias que se integran, que se esfuerzan, hacen el trabajo de construir lo histórico social.

Y he aquí el otro elemento clave en esta narración: es una novela histórica, y es la forma en que un sensible escritor, con una formación histórica de alto nivel, que adquiere cuando ya es un comunicador social, y, además, trabajador de la cultura, se asoma con un discurso literario con mucha frescura y eficiencia, ya que el lector puede entrar al cambio que vive la sociedad venezolana desde finales del siglo XIX hasta prácticamente la contemporaneidad. Y es que esta novela huele a fresco, huele al ambiente que construye el venezolano hoy.

El autor, en este caso, es además protagonista en el discurso, no por ser autor, sino por formar parte del relato. Y lo que más llama la atención es su pugna interior: soy creador literario o soy historiador. Ello le plantea una angustia que se expresa en el discurso. Por ello a ratos discurre sobre la literatura y/o sobre la historia. Fija posición y se nota su formación en ambos casos. Y maneja muy bien un discurso literario para una novela histórica. El contexto de la novela es sin duda Venezuela. Desde la guerra federal que se considera la última de importancia en Venezuela, ya que el ascenso de los andinos al poder lo capta como la deriva de un país que no tiene para defenderse del caos en el cual ha estado sumergido. Los andinos someten a un país agotado, y abre el mismo al capital extranjero, no Castro, es Gómez el verdadero victorioso sobre el caudillismo y hábil para negociar con el capital extranjero. Así fuera como casi todos los venezolanos lo creen: perdiendo; pero abrió el camino a la modernidad. No se plantea si fue bueno o malo, se plantea lo que ocurrió. Incluso, hay referencias importantes al movimiento

migratorio que se va a gestar en el país, no solo por los nacionales, también los vecinos del exterior que se incorporaron al proceso de construir una nueva Venezuela, no planificada desde el Estado, construida por los habitantes. Los que aquí sobrevivieron y los que vinieron y se integraron.

Cuatro núcleos poblacionales importantes destacan en la Venezuela de ese tiempo que va desde finales del siglo XIX, después de la guerra federal hasta los tiempos actuales del proceso bolivariano. Además, hay que mencionar a los extranjeros que vinieron del Caribe, especialmente los *maifrenes* y los colombianos que tenemos al lado y que se sumaron para construir la Venezuela moderna, hoy cuestionada por el autor.

Aun cuando la novela se desarrolla casi en su totalidad en el Zulia, su real punto de partida es el estado Sucre, luego se despliega a Falcón, y finalmente al Zulia.

La novela intenta -y lo logra- describir el movimiento histórico social del estado venezolano durante el tiempo ya señalado. El esfuerzo del venezolano por superar el estancamiento en que vive y dar el salto a un mundo que puede ser mejor, y en ello se esmera. Para ello construye un discurso donde involucra a una familia, y el entorno que le rodea, y narra como desde la ruralidad construye un mundo urbano, ruralizado como lo es ese fenómeno en Venezuela, pero que le permite lentamente mejorar la condición de vida de los venezolanos de la era petrolera.

Allí se establecieron. Atrás quedó Carúpano y Carazao. En Cabiñas, concretamente, vivieron la transición de lo rural a lo urbano, el surgimiento de la sociedad petrolera, y, poco a poco, “sin prisa, pero sin pausa” -como decía Medina Angarita- entraron a un proceso democrático, modernizador: escuelas, liceos, universidades. Libre discusión de las ideas y proyectos en los que la gente cree, hasta llegar a un proceso que niega toda la modernidad creada en el siglo XX.

Manuel Suzzarini Balboa

*No porque los otros hayan muerto se debilita
nuestro afecto por ellos, sino porque nosotros
mismos morimos.*

Marcel Proust,
La Fugitiva.

0 Un Ceretón

“A Marcelina Manaure le faltó poco para ser una santa”
—dijo el cura, al concluir la misa, en el décimo aniversario
de su fallecimiento.

Escasos minutos antes, Arturo Cordido estuvo sentado en la segunda fila de las quince que sumaban el lado derecho de las bancas de madera de aquella iglesia pequeña y frugal, de paredes blancas, como iglesia de pueblo. Una iglesia sin pretensiones que, situada en los terrenos de una urbanización privada, daba la impresión de estar al servicio exclusivo de las almas de dichas familias.

Aun cuando nunca fue un creyente, y hasta puede decirse que acarició el ateísmo marxista, asistía al ritual católico cristiano convencido de que lo alejaba de su ego, de su *en sí mismo* que, por algunos años solo le ocupaba de sus cosas, y de sus credos. Encontrarse allí, con el rito que congregaba a familiares, amigos y conocidos, lo hizo verse como un miembro más de un hecho comunitario. Diluido en otros. En bienestar con las ideas que profesaba, y hasta con las que no profesaba. Con la vida misma. “Somos en los demás”, se dijo para reafirmarse, mientras se contaba entre aquel grupo de personas.

Otro tipo de realidad se había constituido allí. Los vitrales de las ventanas arqueadas se ofrecían como un intermedio entre lo terrenal y lo divino. La luz era la suficiente para no distraerse con lo exterior. Y lo exterior aceptaba esa distinción establecida por el templo: cruzar el *atrio*, antesala del cielo, auspiciar el silencio, representar humildad y decencia, obligar arrepentimiento. En horario de 6:00pm a 6:45pm. “Poco, a decir verdad, tomando en cuenta el acumulado fardo de nuestros pecados”, pensó.

Arturo se distrajo observando como los vidrios corrugados transformaban los árboles de *Nin*, de *Mango*, y de *Acacia San Francisco*, situados afuera, en caprichosas formas. Concluyó que, visto desde los templos, lo de afuera siempre parece distinto. El mágico enigma de todo templo.

Los ruidos del mundo callaron, y la palabra de Dios tomó así posesión en el silencio acordado de la simbología: el cáliz y la patena, limpios, delicadamente limpios, de color oro, relumbrantes, y el movimiento pausado, armonioso, de las manos del cura, colocando el pañuelo más blanco del mundo sobre el cáliz, en la *Mesa del Señor* cubierta por un mantel, también de color blanco, y limpio, delicadamente limpio. *La limpieza tiene algo de santidad*, dijo Grace Marks. La Biblia abierta y marcada en el lugar preciso, delante del cura.

El Cristo, detrás, oficiaba también. Refrendando. Rostro ovalado, cara con colorete y barniz, y tres gotas rojas, bajando eternamente desde la frente. Sangre eternamente derramada. Corona de espinas, de antes y de hoy. Dolor de siempre. Sacrificio de siempre. Siempre hay un Cristo, siempre un Judas, siempre un Pilatos. No nos mintieron en eso.

La familia: Nubia y Ricardo a su derecha, Argelia a la izquierda, y saltando dos o tres filas hacia atrás, Lubio. Más allá, también, unos primos, sobrinos y algunos amigos. Consensuados por la ritualidad.

Todo lo devolvía, de alguna manera, hacia un lugar que no precisaba, pero, existía en su memoria. Tampoco podía definirlo como un lugar, más bien, se trataba de un conjunto de sentimientos entrelazados como en la urdimbre de un nido colgante de Gonzalito, en el cual se le hacía difícil encontrar esa brizna por donde comenzar a desenredarlo.

Fue entonces cuando el Ceretón le susurró al oído: “¿Recuerdas cuando eras Guillemito?”.

Resultó ser como el zumbido de un cigarrón, traducido en palabras, pronunciadas con una voz ensalivada, un tanto pastosa. Por ello, su primera reacción fue darse un leve manotazo en la oreja, cual, si tratara de espantar un insecto volador. Aunque sorprendido, y con dudas acerca de si había escuchado lo que creía haber escuchado, y por respeto a la solemnidad del acto, ladeó la cabeza de manera lenta y precavida, como un ventilador en posición giratoria, en un intento por cerciorarse de que aquellos que estaban a su lado, hubiesen oído lo mismo que él. Pero no obtuvo ningún gesto que acompañara su presunción. Argelia miraba sin pestañar al joven padre Ra-

miro, casi con lascivia, y Nubia apenas le correspondió con una leve y furtiva sonrisa.

Mientras el padre Ramiro Alburguez, continuaba con su cálida voz, acentuando los verbos, como quien no quiere dejar espacio a los sinónimos ni a las interpretaciones, citando los pasajes bíblicos que inspiraron, según él, la obra realizada en vida por la tía Marcelina Manaure, y tratando de verterla en el lenguaje de los versículos que la consagraban al estado de gracia ante Dios, Arturo Cordido recordó que este venía a ser el segundo llamado que recibía, desde algún lugar de su cerebro, sobre la idea de indagar hechos de un poco más de medio siglo.

— ¡Coño, Arturo, vos que sois historiador, deberías escribir sobre Santa Clara!

Le había dicho Argelia, la vez que se encontraron en el Hospital Clínico, donde a las dos horas de haber ingresado, la tía Marcelina moriría de vieja a los 84 años. En el *Acta de Defunción* se escribió *Muerte por causa natural*, una frase que a él se le presentaba poco menos que una redundancia y, también un eufemismo, pues ¿cuándo deja de ser natural una muerte? Sobre todo, en el intento de querer distinguir la natural de otra que no lo es. Natural, en todo caso, son todas las muertes, o ninguna, cuando sobreviene por vejez o enfermedad. Lo *no natural* serían las acaecidas por asesinatos, accidentes o suicidios, y, sin embargo, pensaba, al leer el *Acta*: “morir es un acto natural”. Acaso ¿la violencia no es natural a los seres humanos? *Voluntarias* e *Involuntarias* se le hacían términos más cónsonos con su filosofía acerca de la muerte. Pero ¿quién moriría voluntariamente? Pensó en los soldados japoneses, y los samuráis, y los suicidas, y hasta en Addie Bundren, de la novela *Mientras Agonizo* de Faulkner. En todo caso, todas serían *involuntarias*. Dudó de sus propias conclusiones, pues, “a la final, nadie desea morir, a menos que vivir sea peor que la muerte”. Y la muerte cobraría, entonces, una cualidad liberadora.

En el caso de la tía Marcelina, presumía que había muerto sin darse cuenta, sin ni siquiera sufrir, pues, de haber sufrido, no se enteró. Al menos, eso pensaba él. La tía Marcelina se acostó a dormir, luego de comer, sin dar muestra de algún tipo de dolor o malestar, y de allí no volvió a abrir los ojos, ni a pronunciar pala-

bra, ni a quejarse. Se sabía que estaba viva porque respiraba, y su corazón emitía una leve señal, que podía oír el médico en el estetoscopio, y se graficaba en la pantalla negra de un aparato. Una señal parecida a esas que, en las películas, nos dicen que transmiten los satélites que van llegando al final de sus funciones, con un pitico agudo intentando darle un sonido a la energía vital que desaparece o se transforma. Quién sabe. La tía Marcelina murió en el sueño, que quizás esa sea la manera menos dolorosa o traumática de morir. ¿Lo sería?

En ese caso ¿cómo podría decirse? ¿Qué el cuerpo tomó su propia decisión? —le interrogó a su otro yo, con quien solía conversar en situaciones como aquellas.

Volvió a pensar en esa idea que unos años atrás, durante el velorio del tío Herminio, tuvo como argumento para un cuento donde los seres humanos nacieran con un tiempo de vida determinado, una fecha de caducidad como los alimentos enlatados. Donde no serían necesarias las misas, ni velorios, y el *pésame* no tendría esa cualidad emotiva de la *pérdida*, tampoco la del deber por la circunstancia o la formalidad.

Las funerarias se verían obligadas a bajar los costos provocados por la urgencia y la imprecisión de morir. La muerte dejaría de tener plusvalor. No existiría la depresión y el miedo, ni el comercio de la depresión y el miedo, ni el chantaje de la depresión y el miedo. Tampoco la vejez ni las clínicas y hospitales.

— ¿Sabes? Mañana muero.

— Ah... ok... ¿Te toca?

— Sí, soy del límite de 50.

— A mí todavía me restan 5 años, y ya no sé en qué vivirlos.

— ¡Ja! Tengo un amigo que pasó los últimos tres años intentando matarse. Pertenecía al movimiento *dignidad suicida*.

— ¡Todo un retro!

— Sí.

— Dale. Fue un placer conocerte.

— Te recordaré hasta que muera.

Las despedidas finales serían un trámite. Una cortesía, como las que tienen lugar cuando uno se despide de alguien con quien ha compartido asiento en un viaje hacia una ciudad, y conoce de antemano la cortedad de esa relación.

“La memoria sería corta y planificada, y el presentismo dominaría la historia. La poesía y la literatura perderían el poder de la connotación”, se dijo a sí propio, mientras la idea extendía las conexiones para tomar cuerpo de relato verosímil, y *la muerte* se instalaba cómodamente en sus pensamientos, desinhibida, amistosa, y protagónica. Única.

Esto lo pensaba, mientras el padre Alburguez no dejaba de argumentar su convicción de fe: “Dios la llevó a su lado”, dijo con la certeza absoluta de quien es representante de la palabra de Dios en la tierra, y está en dominio de la situación.

Y ¿por qué querría Dios llevarla a su lado? ¿Quitarla del lado de otros? Pensó. Le resultó incomprensible. Podía aceptarlo como compensación. En el entendido de que no sea un secuestro, una invitación forzada a morir para llevarla a su lado. ¿Por qué llevarse a una buena alma, habiendo tantas almas malas? ¿O será que yerba mala nunca muere, como solía decir la tía Marcelina? Y, entonces, morir es un premio, y vivir un castigo, y los poetas malditos tenían razón.

Como solía sucederle en cada ocasión que la muerte le era cercana, Arturo se ausentaba del lugar, en pensamientos filosóficos sobre la fragilidad de la existencia, la caducidad del cuerpo, el sentido de la vida, y las consabidas explicaciones religiosas. *La insoportable levedad del ser.*

Toda atmósfera de muerte le causaba ahogo, palpitaciones, y un *nosequé*. No le gustaba asistir a hospitales o clínicas para visitar enfermos. Le desagradaba el olor a cloro de esos espacios, las paredes y las sábanas blancas, la cara compungida de los visitantes, y ese insoportable ritual de colocarse a los lados de la cama del paciente. Aun cuando en algunas ocasiones hubo de hacerlo, pues la gente espera ese gesto, le parecía inadecuado llevar flores a los enfermos recluidos en un hospital ¡Vaya! ¡Si estuvieran en su casa! ¡Se pudiera pasar! Pero, en esos espacios tan impersonales de un hospital, vetados a la alegría, donde es imposible el sosiego para contemplar la belleza del detalle, con esos aires acondicionados sin control.

No le parecía.

La tía Marcelina Manaure murió en el año 2007, un viernes 3 de febrero, a las 6:00 de la tarde. La hora cuando comienza

la primera misa en la iglesia donde acudía, para ir abonando a la salvación. Fue una tarde de grises que, vista desde los ventanales del hospital, se le asemejó a un dibujo hecho a carboncillo. Ahí vio por última vez su pequeño cuerpo, con la boca abierta por donde debió salir el *Alma*, tras su último suspiro. “Por dónde saldría con tantas paredes, cubículos y ventanales cerrados”, se interrogó. La imaginó sofocada, perdida entre el laberinto de pasillos, tropezando con otras *almas* que llevaban prisa en la estación del metro de las *almas*. Buscando la puerta de salida de aquel lugar demasiado imparcial ante la muerte, y poco prudente para que una *buena alma* permaneciera.

Desde la muerte de su mamá, no había vuelto a ver el rostro de una persona recién fallecida. Ni aun cuando murió su papá. Después de la muerte de su mamá tenía por norma evitar ver los cuerpos sin vida de familiares y amigos, pero, en aquella oportunidad fue distinto. Quiso pasar al cuarto a verla. Siempre llega el momento de quebrar nuestras más íntimas costumbres.

Luego, sentado en aquella silla fría por el metal y el aire acondicionado, vio como la sacaban del cuarto envuelta en una sábana blanca común, de esas que la administración de cualquier clínica u hospital compra por docenas, y que no guardan, ni desean guardar, una relación simbólica con los enfermos que arropan. Sábanas y almohadas sin costumbres. Y creyó hallar la explicación al porqué los familiares de las personas recluidas en clínicas y hospitales acostumbran a llevar sus propias sábanas.

Le molestó ver como aquellas dos personas envolvían a la tía Marcelina en una sábana, tomándose la atribución de dar por terminado ese tiempo que duró ochenta y cuatro años a la vista de todos, siendo de manera exclusiva Marcelina Manaure, y convertirla en un cuerpo más. Un volumen anónimo. “*Empacado made in muerte*”.

Aquello le impactó: “Hay personas acostumbradas a la muerte”, y reflexionó sobre lo desatenta que puede ser la vida y lo irrespetuoso de la muerte. A ella, la muerte, no le importaba quién había sido esa mujer, y a los tipos que la trasladaban tampoco. Ni al hospital, al aire acondicionado, gélido e impasible, empeñado en enfriar la calidez humana. Tampoco a esas luces blancas,

pálidas y sin personalidad de los pasillos de las clínicas. Ni aquel piso de cerámica que repugnaba cloro y las papeleras que ni siquiera llegan a conocer una mancha de nicotina, o la ceniza de una colilla de cigarro.

Odió todo aquello. ¿Cómo se puede odiar esas cosas? Le interrogó la voz interior. “No sé, pero, así pasa” fue la respuesta. Y tal como le había sucedido en otros pasajes de su vida, un profundo desafecto hacia la realidad le fue ganando.

Se encontró otorgándole notoriedad y protagonismo a las cosas más triviales de la tía Marcelina: sus palabras del siglo pasado, sus apotegmas, su gusto por las lefarias, su pelo canoso color blanco perla, el talco en su cuello después de bañarse, los ayes de ¡*Ah mundo!*, y su mesita de los santos.

Después de todo, las cosas triviales de nuestras vidas se hacen importantes en momentos cruciales y definitivos. El dolor suele tener esa capacidad de magnificar los detalles, y darles cualidades que normalmente no tienen, o no se las vemos.

Así que lloró, mientras sumaba la muerte de la tía Marcelina a la del tío Herminio, y a las otras muertes de familiares y amigos. Y el sentido de la vida se transformó en la posibilidad de morir. Cayó en cuenta de que los fundadores de aquella casa de Santa Clara ya no estarían. Y al juntar lágrimas y dolores, le sobrevino una soledad aún más sola. Una que se situaba más allá del fin de una generación, o de un ciclo natural, o de lo que sea. Buscó un nombre para conceptualizar ese vacío. No lo halló. Y como no consiguió respuesta, se apoyó en la interrogante ¿qué es y a dónde va el legado de una persona que no deja riqueza material? Una salida metafísica que, si bien no tenía eficacia, cumplía con eficiencia el cometido de hacerle saber que esas muertes le habían afectado más de lo que hubiera esperado.

Detalló a las demás personas que se encontraban en ese pasillo entablando diálogos que, desde la mirada de Arturo, eran mímicas: la mujer morena, de verrugas en la cara, vestida con uniforme de oficinista que, supuso, cumplía el papel de “visita”, y conversaba con otra mujer, blanca, de ojos negros, que, supuso, debía ser la hija o hermana de un paciente hospitalizado, dada la almohada que mantenía en sus piernas para pasar la noche allí. Y ambas, supuso, debían ser amigas. El hombre solo, encha-

quetado, con cara de ser hijo u hermano, que hablaba en voz baja por el celular, más que por prudencia, por la gravedad de la situación que comunicaba. El otro, cabizbajo, como cediendo al peso de su cabeza, y otro más joven, quizás un nieto, para quien la muerte, o la inminencia de la muerte aún no es tan importante como para dejar de ver *TikTok*.

Las malas noticias se desplazan en susurros.

Todos, con miradas en fila, de dos en dos, y movimiento acoplado, vieron pasar a los dos hombres con el cadáver de la tía Marcelina indiferentes ante esa muerte particular que les recordaba la muerte, en general. “No es que la muerte se lleve un cuerpo, es que allí van, también, sus experiencias: sus cosas, sus anhelos, su risa y su llanto, las calles, su ropa y el cuarto”. Se confirmó que esa realidad externa de la gente siempre será una perspectiva, dependiendo de quién la esté observando. “Al final, la realidad no es esa cosa dura e inamovible, que se cumple igual para todos y tan fuera de nosotros como parece” —murmuró, mientras se levantaba para acompañar a Nubia y a Ricardo, a finiquitar los trámites del hospital.

— ¡Las palabras del cura fueron las responsables de tus recuerdos! —escuchó de nuevo la voz del *Ceretón*, a quien ahora sí lograba ubicar, esta vez, sentado al lado de la pila bautismal, de donde parecía tomar agua, y desde donde le sonreía, señalando con su largo y huesudo dedo al padre Ramiro—. ¡Yo solo soy parte de ellos!

Impresionado por lo que veía, volvió a barrer con la mirada el rostro de los presentes, a ver si alguno por lo menos estaba mirando hacia la pila bautismal. Era inútil, nadie más lo veía. ¿Cómo no podían verlo? ¡Ahí estaba! Ese hombrecito pequeño, cabezón, de risa burlona, ojos grandes, como pelota de ping pong, vestido con pantalón y camisa de tela de fique. Exactamente igual a los cuentos de Misael Yajure. “No se supone que esos seres no pueden estar en un lugar sagrado como éste” —pensó. Y miró al Cristo. ¡Imposible que él no lo viera!

— ¡Te estoy escuchando! —exclamó el *Ceretón*.

El padre Ramiro Alburguez dijo que a Marcelina Manaure le faltó poco para ser una santa, y la frase “Queridos hermanos, oremos” fue como la alarma de un reloj despertador. El *Ceretón* des-

apareció. Todos los asistentes se levantaron, no supo por cuánta vez durante la misa — algo que Arturo nunca pudo aprender y, por ello, siempre, se limitó a imitar lo que los demás hacían— y él pudo regresar a sus recuerdos.

Ahora que recordaba, la primera vez tampoco había sido cuando Argelia se lo inquirió, con esa voz tan urticante y de reclamo camuflado, que asumían sus palabras, casi sin darse cuenta ya, por haberse acostumbrado. Porque las palabras suelen ser sedentarias.

Veintiséis años atrás, en uno de esos viajes que hizo a Playa Grande, su pueblo de origen, en el estado Sucre, llegó a tener esa motivación. Sucedió en época de vacaciones. Fue con el pretexto de tomar algunas fotografías para un trabajo de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia, cuando llegó hasta la casa sola y abandonada de su abuela Gloria Marcano. Una casa de dos aguas, con techo de tejas, una puerta y una ventana, con el frente hacia la carretera principal, de la cual la separaba una acera de un metro de ancho y una zanja de drenaje.

Ella había muerto algunos años antes. Una motivación que hasta entonces no lograba definir, le insinuaba que debía volver a aquella casa que le recordaba vagamente del poco tiempo de su niñez que pasó en Playa Grande. Con mucha mayor claridad, en aquellos dos años de la adolescencia cuando le llevaron, debido al viaje que realizara su hermana Nubia y su esposo Benito Urribarrí a Brasil, para cursar estudios de posgrado. “Te llevé porque tú eras muy *alzado*, y yo no quería dejarle mortificaciones a tía Marcelina” —le confesó Nubia mucho tiempo después, con el cuidado de no agraviar que da el tiempo. El calificativo *alzado* le llegó ausente de cualquier reclamo o acuse.

— La sensación para entonces se correspondía con un sentimiento, no muy claro valga decir, de que había un tipo de deuda ¿saben? Algo sin saldar de mi parte con respecto a esos dos años, que me llegaba en una mezcla de arrepentimiento y sobresalto —contaba a Rolin y a Alberto, algunos meses previos a la pandemia.

En ese entonces, se juzgaba por algunos hechos, y a su vez, sentía un vacío de respuestas sobre otros. Uno de ellos tenía que ver con la vez cuando, por una pelea con su primo Oscar,

se dedicó a caerle a piedras al techo de tejas de la casa de la abuela Gloria Marcano, donde se había metido su primo para resguardarse. Su abuela gritaba desesperada, pero él lanzó piedras al techo como si con cada piedra le pegara al físico de su primo Oscar. Lo hizo hasta quedarse sin oxígeno, hasta cansarse, o hasta que no hubo más piedras. Quizás, hasta drenar esa rabia que por momentos lo llevaba a querer incendiar el mundo.

Por mucho tiempo le inquietó la manera incisiva como le venía el recuerdo de ese suceso, como portada de un expediente, lleno de reproches contra sí mismo. Y aunque le hallaba respaldo recurriendo al argumento de haber sucedido durante esa etapa tan voluble como es el de la adolescencia, y de tratarse de situaciones anodinas, no conseguía dejar de recriminarse. ¿Por qué se apoderaba de él ese sentimiento, pasado ya tanto tiempo? La asociación que le llegaba como un rayo tenía que ver con su ausencia durante esos días cuando ocurrieron las muertes de su abuela Gloria y la de su primo Oscar. No haber estado presente, pero, sobre todo, que su ausencia se interpretara como un resabio, una factura de resentimiento que lo llevó a valorar a su abuela paterna y a su primo más por lo que no eran que por lo que eran.

Siempre se había negado a esa posibilidad, pero ¿y si era?

Ecos de palabras y frases, conversaciones susurradas, gestos y silencios le llegaban como piezas de un rompecabezas que no lograba armar para obtener una imagen clara. Pedazos de su vida y de las vidas de otros, de lugares, comidas y juegos, formaban una especie de recuerdo marmoleado.

Varias de esas piezas andaban perdidas, y un *algo* se empeñaba en encontrarlas para encajarlas en su lugar. El para qué siempre le representaba un misterio: ¿no morir sin saber? ¿La satisfacción del fin alcanzado? ¿El placer del develamiento? No estaba seguro. A diferencia de los rompecabezas que se suelen armar como parte de un pasatiempo, este no venía con una foto a manera de guía o presentación de lo que sería el resultado final.

Su memoria era un caos, un revoltijo de imágenes y sensaciones sin tiempo, ni espacio. Las fechas se superponían unas so-

bre otras, sin registro de data, y cerrar los ojos era caer en la cueva de Verióvkina.

Se trataba de *un algo* asociado con la muerte de su mamá, pero, más todavía con esos dos años que recordaba con aflicción. No cabía duda.

— Me encontraba en ese pozo oscuro ¿saben? Donde a veces caemos en algún momento de nuestras vidas —conversaba con Rolin y Alberto.

— ¡Suele pasar en la adolescencia!

— ¡Sí! Es muy similar a esos días donde todo parece salir mal, o hacerse más problemático, enredado. Pero en esta ocasión, no terminaba con la llegada de un nuevo día, pues el *nuevo* seguía siendo el de ayer.

— La adolescencia, podría decirse, es como un día de esos, solo que extendido en dos o tres años...

— Algo así. Aquellos eran días llenos de sentimientos que se turnaban entre el abandono, la orfandad, el odio y la ira. ¡Es sorprendente como se puede llegar a odiar sin sentido... o, por lo menos, por cosas banales!

Al salir de la iglesia, mientras la familia se reunía en pequeños grupos, para expresarse sus mutuos sentimientos de aprehensión por el mensaje del padre Ramiro y otras cosas particulares, fue a sentarse en una banca de concreto que estaba situada debajo de una mata de mango. Dos cosas le perturbaban: por una parte, la situación tensa que se había mantenido durante la misa con la actitud distante, y retadora al mismo tiempo, de Lubio hacia el grupo familiar, y de manera muy especial con él. Por otra, la inquietud por esa voz y aquella imagen que parecía haber visto y escuchado, e incluso mantenido comunicación con ella, dentro de la iglesia.

La primera de ellas, la ruptura de su relación familiar con Lubio, de alguna manera la había asimilado con el paso del tiempo. No hubo cambios en su actitud cuando la esperó ese día que los convocó la muerte del tío Herminio en el año 2005. Tampoco cuando murió la tía Marcelina. Y ahora ya ni siquiera la esperaba. En cambio, esta novedad de escuchar y ver *Ceretones* le inquietaba, pues no era muy dado a concederle importancia, menos

aún veracidad, a lo que llamaba 'jugarretas del cerebro'. Así que, decidió racionalizar su desazón, y comenzó a dudar de haber escuchado y visto, lo que creía haber escuchado y visto. Sacó un cigarrillo de la cajetilla de Belmont, lo encendió con un fósforo, y se quedó observando la llama como si esperara algo de ella. Exhaló suavemente, con el placer que da haber estado esperando cerca de cuarenta y cinco minutos para poder fumar.

— ¿Sabes? Yo he fumado dentro de las iglesias —volvió a escuchar la voz del *Ceretón*, quien apareció sentado justo a su lado. Esta vez, su voz y su presencia no le resultó tan misteriosa y sorpresiva. Quizás por habérselo explicado como un producto de su imaginación, el miedo hacia lo desconocido e inesperado tuvo un impacto menor. Lo asumió y le respondió tal como solía hacerlo consigo mismo frente al espejo o en cualquier momento de soledad.

— Es una falta de respeto —le dijo, sin ánimos de recriminación. Más, como un comentario.

— ¡Bah! —exclamó con desdén el *Ceretón*, y desapareció, como si la expresión *Bah* fuese, a su vez, una palabra mágica.

Se sintió asediado por una idea que lo jalonaba no solo como recuerdo sino como responsabilidad.

¿Responsabilidad de qué? Bueno, por ser historiador. ¿Por ser historiador? Qué estupidez. La gente espera que un conocimiento sirva de algo ¿no? La gente espera muchas cosas. Es verdad, pero, en el caso de los historiadores, perciben que por saber del pasado pueden predecir el futuro. ¿Acaso, no lo pensaste alguna vez? Claro que lo pensé, pero, no por la obligación de ser responsable. ¿Y entonces? ¿Entonces? Bueno, simple, porque me gusta la sola posibilidad de.

Sonrió, en el intento de darse tiempo a deshacerse de la incomodidad que le generaba tener que admitirse contradictorio, vago e inseguro de contar a otros, y a sí mismo. Y, también, de tener una responsabilidad sobre el pasado de su familia. Por lo demás, ¿no tiene cada uno su particular pasado? Se interrogó.

Fingiendo poco interés, se compró una libreta de notas, y dos bolígrafos de tinta negra, y dos lápices *Mongol*, y un sacapuntas, y una resma de papel bond, tipo carta. Ubicó fechas y datos

sobre los inicios de la explotación petrolera, y fue al encuentro de Cabimas como historiador. Aún no sabía que Cabimas, y la historia de Cabimas, solo era una especie de interposición para lo que realmente buscaba.

Las tertulias con sus amigos pasaron a ser una manera de desahogar sentimientos que, por alguna razón desconocida, se habían mantenido en silencio, y que ni siquiera sabía que estaban allí. Una etapa de su vida tan malquerida que por mucho tiempo quiso olvidar. Olvidar hasta el deseo mismo de proponerse su olvido.

La herida duele porque duele, no en función de la causa que la ha abierto.

Días en los que no tenía sentido de pertenencia a la vida. Vagando por la playa de un mar que, en tales circunstancias, no le ofrecía belleza ni calma, sino una inmensa masa de agua que obstaculizaba su huida. Una aburrida repetición de oleajes que, como un reloj jactado de su poder como encomendador para decidir sobre el tiempo de los humanos, marcaba esas interminables horas. Un reloj a quién no le importaba el tiempo, que avanzaba y retrocedía una y otra vez, torturando su impaciencia: ¿Para qué sirve tanta arena? ¿De qué se reirán las gaviotas? Eran las preguntas de una mirada cegada a la belleza circundante, y negada a su sentimiento. El asombro de la belleza había perdido para él el sentido de felicidad, o la felicidad el asombro de la belleza.

Detrás estaba la montaña, una pared verde infranqueable, cuyos árboles se volvían un entramado de ramas que, como alambres punzantes, estaban dispuestas para evitar la fuga. Años en los que el paisaje no le convocaba a estados de calma y goce. Los crepúsculos y amaneceres, con sus rojos disolviéndose en anaranjados, malvas y amarillos, se volvían llamaradas que incendiaban las naves que su imaginación echaba a la mar, con deseos de perderse hacia cualquier lugar. Días cuando los amigos de la niñez intentaban devolverle: “¿Recuerdas la vez que fuimos a colocar trampa jaulas? ¿Y la vez cuando te resbalaste en la ensenada sacando mejillones que casi te ahogas? ¡Vaya al carajo! ¡Cuando hubo aquella ardientía de camarones! ¡Y aquélla que! ¿Y la vez de?” Él no recordaba, o no quería recordar,

se limitaba a responder con expresiones vagas “sí, claro”, “por supuesto”; le invitaban, le sonsacaban, con invitaciones a repetir experiencias a las cuales respondía con un “sería bueno” que en realidad significaba un “no quiero”. El caso es que no estaba allí. Y si estaba, no deseaba estar.

En repetidas oportunidades caminó por la playa, errabundo. Cuando niño, el camino de la playa lo llevaba, sin esfuerzo. Ahora, todo el viaje resultaba un pesado transitar que se negaba, hundiendo sus pies con el propósito de detenerle o hacer lenta su agonía. La expresión ‘trágame tierra’ se objetivaba como una alerta de que la imaginación tiene bases sólidas para proceder, y los símiles pueden hacerse corpóreos. En ocasiones, lo agarraba la noche, y no regresaba a la casa, sino que se acostaba en alguna que otra de esas construcciones elaboradas por los pescadores furtivos, o en los escombros de casas que en un tiempo osaron acercarse demasiado a los dominios de la mar. Se arrojaba con palmas de coco, miraba el cielo estrellado, por horas, tan fijamente una constelación como si con la mirada estuviera apropiándose de su formación y reduciendo la distancia que los separaba ¿qué será más veloz la luz o el pensamiento? Así, hasta quedarse dormido, buscando, quizás, con el sueño, un momento de tranquilidad en aquellos aciagos días. Pero, no resultaba.

A menudo soñaba que caía sobre una superficie de goma, mórbida, donde se hundía, y trataba de salir, nadando, arañando; pero, a medida que se esforzaba se hundía más. Otras veces, caminaba por encima de ella, sobre una delgada tablilla, forzando un equilibrio para no caerse. Era un sueño recurrente, donde nunca terminaba de hundirse o morir. Ciertamente la muerte rondaba el sueño. Juguetona. Terriblemente juguetona. Sicópata. Muda.

¿Acaso la muerte tiene voz?

En no pocas ocasiones, ese sueño se aparecía para interrumpir otro sueño que ya había comenzado, y se metía a la fuerza, apartando el intento de sus mejores recuerdos por darle un sueño plácido con un mar sereno, una montaña abrazadora, de juegos, cosas y personas bellas. A Nubia, Beta, la tía Marcelina, las desaparecía para instalar su escenografía de película de terror.

Por esas noches, y por esos sueños, se despertaba todo sudoroso en plena madrugada. Despierto, sin que nadie se enterara, esperaba hasta que amaneciera. Muchas veces sintió temor a dormirse, por miedo a que aquel sueño que parecía venir del techo y bajar por el mecate y las cabuyeras. Odiaba y temía a ese sueño, y eso el sueño lo sabía.

—Aquel no era el pueblo de Playa Grande de mi niñez: el de mis aventuras de pesca, el de los juegos de pichas y las jornadas de ir a tumbar cocos. Era otro. Sin embargo, no era el pueblo el que había cambiado. El extraño resultaba yo —decía, mientras sus amigos le miraban con atención.

Su mar estaba allí. Extendido y abierto. Con olas incansables de ser viejas, largas y eternas lenguas que lamen las playas, sin saciarse del sabor de la tierra. Sonido de las olas, chillido de las gaviotas, embate de la brisa que se lleva las palabras hacia otros lugares, para que otros las escuchen como ecos y susurros fantasmales. Reto de gritar a todo pulmón, cada nombre, cada verbo, cada frase, como un ensayo permanente de libertad. Montañas de pequeños árboles y arbustos que crecen robándole mineral a la piedra. Algunas independizadas del mar, otras aún unidas, recibiendo el despiadado embate de las olas que, poco a poco se imponen, formando grandes caries.

Su gente, con su piel curtida por el sol y la sal. La bruma de la mañana, con su silenciosa manera de corromper el hierro. Vaho mensajero del *Leviatán* que habita los océanos, y de su poder, del cual nadie ve nada hasta que sucede, cuando los cadáveres putrefactos de peces con ojos vidriosos, moluscos, algas y corales son ofrendados al sol en las playas, y expuestos a los sentidos humanos, con ese olor a génesis y diluvio universal que emana de la profundidad del mar. Hedor de vida y muerte.

Todo estaba allí. Él, en cambio, no lograba conectarse con esa geografía del lugar donde nació, y pasó parte de su infancia; esa que, por lo general, llevamos dentro, y cargamos para siempre como una mochila en nuestro corazón, por más lejos que vayamos. Había borrado o intentado borrar sus huellas, como parte de una renegación, del sentimiento de postergación que se acumulaba peligrosamente, elaborando un pronuario de insatisfacción.

Sí, el pueblo estaba allí, bello, cordial y elemental como todo lo que es sincero. Arturo no estaba.

— Deberías escribir sobre eso —le dijo Rolin, con esa mirada de “me gustaría escribirla yo” que ya conocía y se escondía detrás de esa frase, cuando un tema le interesaba.

— ¡Es tema de un cuento! —exclamó Alberto.

— ¡En fin! ¡Los periodistas siempre terminamos escribiendo literatura! —sonrió Rolin, acomodando sus lentes, como si con ese movimiento reafirmara una infidelidad hacia la carrera que habían estudiado.

Arturo y Alberto celebraron las palabras de Rolin.

— Escribir es de los oficios más democráticos que existen... quien lo desea puede hacerlo. No requiere un título —agregó Alberto, manteniendo el interés por el tema.

— Aunque sí, talento... y voluntad —apuntó Arturo.

— ¡Y suerte para ser tomado en cuenta por una editorial!

— ¡Así es! Hace poco leí a un escritor japonés que decía que el número de escritores no tiene límites... el espacio en las librerías, sí.

— Yo diría que un buen escritor debe tener talento, suerte... y muerte.

“Y muerte”, se repitió Arturo, descubriendo una condición hasta ahora impensada.

La pregunta para aquel entonces era ¿por qué le habían regresado a Playa Grande? Aún no era una interrogante. No estaba dirigida a sí mismo sino a una realidad externa que, hasta ese momento, percibía como impositiva e injusta. Nunca se atrevió a preguntar, y nunca nadie le acercó una respuesta, ni siquiera un comentario.

Ahora, cincuenta años después, la interrogante era otra: ¿Por qué decidieron ir a buscarlo? La pregunta situada en el anverso, al otro lado; la que escudriña en el negativo de la fotografía. Ambas, montadas en el mismo vagón, del mismo tren de su pasado.

Así, una motivación que no terminaba por definir le llamaba hacia aquellos tiempos, y hacia aquellos lugares. Un impulso muy parecido al deseo de hacer un hallazgo de algo sobre el cual no se tiene idea que pueda ser, pero sabes que está allí esperándo-

te como el tesoro que está destinado a un único excavador. Un deseo que, por alguna razón, el *Ceretón* conocía, y ese día se lo volvía a despertar ya no solo como memoria, sino como piel, oído y olfato. Lugares del cuerpo que saben cosas.

2

“Señor Misael, no recuerdo cuando comencé a llamarlos ‘tía Marcelina’ y ‘tío Herminio’ ni, por supuesto, a pedirles la bendición” —dijo Arturo ese día del velorio del tío Herminio—.

El estridular de las cigarras se había convertido en un recordatorio incesante del azotamiento del sol sobre los cuerpos. Como si de una penitencia de la naturaleza se tratara, y las cigarras fuesen la *disciplina*.

“Maestra, Guillermito no respeta la disciplina” ¡Estúpida niña esa Presentación Díaz!

Las sillas se situaron por el lado izquierdo de la casa, muy cerca de donde muchos años atrás estuvo sembrada la palmera de dátíl. Los pocos árboles no daban abasto para guarecerse a la sombra y refrescar el ambiente.

“El día está pesado”, pensó sin decirlo, y sin saber por qué lo pensaba. ¿Qué podía ser un *día pesado*? Se preguntó, mientras retrocedía para hallarse repitiendo una frase de la tía Marcelina para referirse a aquellos días con una atmósfera tensa, donde no había nubes de agua, pero, tampoco sol, ni brisa, y un silencio que parecía impuesto por la naturaleza se instalaba, a veces acallando incluso a las cigarras y los pájaros. Los movimientos de las personas se ralentizaban como obligados a caminar despacio. Y, ahora que lo pensaba, la realidad toda se detenía como en una fotografía tomada por Dios.

Tomó prestada la expresión. *Pesado*, definitivamente tenía que ver con su atmósfera muy particular. Él como un todo: dentro y afuera, arriba y abajo, hacia los lados, en los rostros y las palabras, en la manera de caminar... en la memoria. *Pesado* era un sentimiento que duplicaba la fuerza de atracción de la tierra, y obligaba a su cuerpo a sentarse como una piedra, o pegado como una etiqueta en aquella silla plástica de color blanco que parecía haber sido dispuesta, de manera exclusiva para él desde antes de nacer, en aquel lugar del patio, y en ese día. Pensó en la idea de morir antes de nacer de algunas religiones orientales. También, de la literatura. Acaso sean lo mismo.

No pudo evitar irse a los tiempos de aquel patio lleno de matas y arbustos, donde el sol debía pedir permiso para entrar. Los árboles de mango con su generosa entrega de sombra y frutos, los nísperos dulces que dejaban las manos pegajosas del azúcar y la boca por el látex, los ciruelos, guanábanas, y el olor de las guayabas estalladas en el suelo. Y el recuerdo de la guayaba le trajo la sensación de un gusano en sus labios ¿cuántos gusanos se habría comido? Comenzó a recordar los lugares que pertenecían a los árboles en los cuales él se subía. Aquellos marcados como suyos para esconderse y vigilar la realidad de los adultos. Se confirmó esa especie de *efecto paralaje* de la edad que experimentamos con los espacios. Que se nos hacen más grandes cuando se miran siendo niño, y más pequeños cuando adultos. Que, hay cosas que, más que recuerdos, son creencias.

¿Qué hay de cierto eso de que uno se va de los pueblos, pero los pueblos no se van de nosotros? ¿Será como dicen los físicos cuánticos, que algo que tuvo una conexión sigue teniéndola indefinidamente?

Ahora, la resequedad, la falta de agua y de nutrientes en aquel suelo, se le plantaban negando su recuerdo. Y se quedó pensando en la sonoridad del vocablo *nutrientes*. Tres árboles viejos, infectados por el comején, hacían desplantes a su memoria, y testificaban en su contra en aquel juicio donde, de alguna manera, Arturo se sentía acusado. Su patio se había tornado extraño y hostil. Ni siquiera lo saludó por cortesía. El distanciamiento que proyectó como *normal* para adecuar a la situación había sido sobrepasado.

Ese día fue como si la muerte del tío Herminio hubiera liberado un dolor viejo y oculto. Un quejido que surgía de la tierra, y subía por las raíces de los árboles sedientos y enfermos, por las paredes, y por las patas de la silla donde él se hallaba, no sentado, atado. Amarrado al recuerdo, como el tango *Niebla del riachuelo*. ¡Nadie sabe lo peligrosas que son las canciones de amor! ¿Quién escribió eso? ¿Creo que Enrique Cadícamo? No el tango, lo del peligro de las canciones de amor. Suena a Joyce... ese irlandés es un tormento leerlo, pero escribió cosas geniales. Bueno, toda genialidad es tormentosa ¿no? A veces pienso que a Venezuela le ha faltado un Joyce, un Goethe, un Rulfo, un Vargas Llosa,

un García Márquez ¿no crees? Creo que son conclusiones de intelectuales. Aunque tuvimos a Gallegos muy cerca del Nobel en 1960. Sí, pero, Manuel Caballero dijo que el Nobel se lo mató demasiado lobby en petro dólares, teñido de partidismo adeco. ¿Tú crees? Algo así, también, dijo Neruda. Para mí fueron esos suecos de la academia. Y también hubo ese ruido de que se trataba de un plagio de otra novela llamada *La Vorágine*, de un Colombiano. ¡Tonterías! Es lógico que escritores contemporáneos escriban sobre temas similares ¡Si así fuera todas las novelas de caballería serían plagios! Además ¿qué diferencia podía haber entre el llano colombiano y el venezolano? Mismas guerras, similares glorias, iguales pestes y miserias, y hombres ambiciosos de poder y gloria. ¡En este país siempre hay un más de menos o un menos demás! ¡Una excusa! ¿Y qué hay de Joyce? La II guerra Mundial entre tantas muertes, también mató el Nobel de Joyce. Sí, aunque Paulo Coelho dijo que Joyce era “superficial” y que *Ulises* le había hecho “daño a la humanidad”. ¡Imagínate! Cuando el autor de la superficialidad y la frivolidad se atreve a decir eso sobre Joyce, tenemos el mundo al revés ¿no? En fin, que el problema de los escritores no es el Nobel, ni el Nobel el problema del país, son los líderes... Ahí tienes la cantidad de premios Nobel que tiene Latinoamérica ¿y cómo está? La bella y necesaria inutilidad del arte, ¿eh? Hay quienes dicen que la pobreza y la miseria ayudan a ganar premios literarios. Sello de la *cultura de la cancelación*. Dirás de la actual *cultura de la cancelación*, pues siempre ha existido: *Prometeo dixit*. Tienes razón, la diferencia es que ahora con las redes es pública. Desterrar o quitar la nacionalidad a alguien ha sido un muy usual tipo de cancelación. ¡Creerse con el poder de borrar lo que ya existe! ¿Puede haber algo más atroz? Ya me arreché.

Volvió a mirar el patio, y el patio lo miró a él: desde las ramas secas, desde los nidos de comején, las cuevas de culebras y machorros, los cúmulos de arena de las hormigas, y los montoncitos de hojas, y los pedazos de vidrio, y de latas oxidadas. Ojos de lagartijas, arañas, tuqueques, y del pájaro solitario en la única rama verde, vestido inapropiadamente para un velorio. Ojos por todas partes, con miradas recelosas, casi de extrañamiento.

Entendió que aquel patio ya no lo escondería ni lo protegería como antes. Se sintió expuesto y desnudo. Centro de las miradas, y sin un árbol, una rama, un seto que lo resguardara. Se había perdido el afecto, la lealtad y la complicidad entre ambos. Solo. Desolado. Desértico. Exiliado. Su cuerpo se volvía el único promontorio por encima del horizonte, y cada vez que intentaba huir al cielo el sol le enviaba címbalos cegadores, confinándolo a mirar de la altura de sus hombros hacia abajo.

Algo no terminó por suceder en Santa Clara.

Volvió a confirmarse su percepción —ya casi tesis histórica— de que Cabimas, Maracaibo, el Zulia y toda Venezuela eran *obras inconclusas*, lienzos de pinturas dejados a medio andar en un caballete, y que un sentimiento de frustración se escondía en esas formas grandilocuentes, agresivas y excluyentes de la cultura regionalista y nacionalista. Y pensó, también, que a eso se debía esa marcada tendencia a la anarquía, al irrespeto de las normas y leyes, la corrupción y la admiración de líderes parecidos o que simularan parecerse a ellos. Y recordó a *Lusinchi es como tú... Chávez es el pueblo*. Y se fue del velorio hacia un país procurando enaltecerse a sí mismo haciendo estatuas, monumentos y plazas a diestra y siniestra, y calles y avenidas para homenajear a alguien. “Un collage de homenajes”, como diría un personaje de Roberto Bolaños. Siempre en busca de un papá civil o militar que lo acredite o certifique como la mejor burla de sí mismo.

En la deriva de su pensamiento, Cabimas lo devolvía a esa visión del *pecado original histórico*, a la perenne culpa del subdesarrollo inducido, al *otro culpable* de los discursos populistas salvacionistas. De los eternos explotados en espera de un redentor, vengador de los Libertadores, para siempre volver a comenzar. Donde los hombres que llegan al poder dejan de ser presidentes de turno con un programa de gobierno, para convertirse en cosas tan inaccesibles e inasibles como “El General del pueblo soberano” “El Restaurador” “El Padre de la democracia” “El comandante eterno” o “El presidente obrero”.

No era algo que no hubiera sentido antes. Pero este acumulado de sentimientos que por años lo asediaban, ahora lo sitiaban como a un prófugo.

Quizás, si no hubiese estudiado el posgrado de historia no me abrumaran tanto, pensó.

Por cierto ¿qué sería de Renata y su culo? ¡Brutica la muchacha! Tetas grandes. Risa infantil. Boca para. ¿Qué pasó con ella? Demasiado lanzada para mi gusto, no me gustan así. ¿No te gustan, o te hacen sentir que no tienes el control? Y eso es lo que temes. Por qué siempre tienes que buscarle las cinco patas al gato.

En un intento por cambiar el rumbo de sus pensamientos, hurgó en su memoria. Buscó un atajo. Una trocha del cerebro por donde contrabandearle juegos inesperados, con palabras trastocadas, dislocadas en sus huesos. Porque practicar la polisemia puede ser nuestra línea de defensa ante el engaño del lenguaje, una pócima para romper el hechizo de algunas palabras.

Buscaba algo que pudiera crearle un corto circuito en las dendritas, e intentar cerrar el canal de la crisis histórica. Y nadie mejor que Eduardo Polo, el calígrafo de la imprenta de Blas Coll, en Puerto Malo:

*Me aturdo, me aturdo
con el niño zurdo
su luna es anul
su sol es un los
es luza el azul
y es soida el adiós*

Sus *otros* rieron. Por Renata y su culo, y por el niño zurdo.

En un intento por negociar su estancia allí, buscó la tierra como conductor para recordar cuando jugaba con unos diminutos animalitos, parecidos al cachicamo, y que ellos llamaban *cachicamitos*, y que formaban unas trampas en forma de promontorios de tierra reseca por varias partes del patio, para atrapar hormigas o cualquier otro insecto. Buscó con la mirada, pero más con el deseo y la esperanza, la posibilidad de ver alguno. Tomó con la mano un puñado de tierra queriendo regresar a través del tacto y cerciorarse. Y como quien pasa una página o cambia el lente de una cámara, se obligó a regresar a la realidad del velorio. Al silencio de alto costo.

“Parece mentira, ahora hay menos agua que antes” —oyó decir a *alguien* de aquel grupo de caras largas, miradas perdidas en suponer la muerte, y voces bajas que suelen acompañar esos momentos. Luego oyó a otro *alguien* decir que hacía un sol para burros. Y enseguida, cuando otra voz, bronca, replicó: para burros y locos. Y escuchó una voz un poco quebrada y resignada que, regresando al tema del agua, dijo que antes había más de todo. Y cuando hubo una pausa, y parecía que nadie más iba a hablar, un *alguien* hombre preguntó en voz baja y como en secreto: ¿Será que se acabó el café?

¿Por qué se habla en voz baja durante los velorios? ¿Para no molestar al muerto? ¿O a la muerte? Para que no se dé cuenta de nuestra presencia como vivos. Futuros clientes inconformes. Lo sorprendió la interrogante de esa parte de su memoria que, en algunas ocasiones, solía someterlo a cuestionamientos y plantearle acertijos, indicarle símiles o metáforas, de manera imprevista y muchas veces sin relación lógica aparente.

Por unos segundos, quizás minutos, quedó enganchado por esta última intervención, y se asombró de que existieran ese tipo de inquietudes en su mente. ¿En qué parte del cerebro se alojarán? Lo resolvió pensando que, tal vez, no existan totalmente en su pensamiento, sino que requieren del aporte de la realidad para constituirse, como un compuesto de burusas de ideas y hechos reales, en una voz interior más profunda en el pensamiento. Una especie de *Celacanto* de la memoria, que desaparece por largos períodos, y se asoma a la conciencia en los momentos más inesperados, con total autonomía. Capaz de elaborar asociaciones de ideas e imágenes y olores y sabores, y sonidos, como no habíamos imaginado que pudieran hacerse. Y hasta descubrirnos con palabras que creíamos no conocer o ya extintas.

Había olvidado el sueño que tuvo la primera noche que durmió en esa casa de Santa Clara, cuando se adentraba nadando a la mar, desnudo. Era un mar picado, con olas que sobrepasaban los techos, y se llevaba las tejas de la casa de su abuela Gloria. Pasaba por el callejón del viejo *Cacho Bolero* y llegaba hasta la avenida: los carros eran arrastrados por las olas y depositados, en forma desordenada, en la salina del sector La Rinconada. Por momentos, tenía el rostro de él y estaba solo,

pero a veces, era con el rostro de *Toño* y otras con el de *Meco*. Los peces saltaban por todos lados y la gente podía tomarlos con las manos. Dentro de la sala de las casas, caían en las camas y en los muebles. Su mamá los agarraba en el aire y, de una vez, los tiraba a la paila, los sacaba doraditos y los servía con ocumo chino sancochado, en un plato de peltre que tenía flores rojas y azul añil, que le recordaban las florecitas silvestres que crecían en la fertilidad del cementerio. “Todo cementerio es fértil”. Lo hacía mientras las olas pasaban por encima de ella, formando un túnel, como el *tubo* de una ola para surfistas, sin mojarla, sin despeinarla ni quitarle la pintura color fucsia de los labios, y sin apagar la candela del fogón. Los pescadores no iban a la mar, solo colocaban los botes en fila en la playa y se llenaban solos de tantos peces. Él regresaba de la mar, entre cientos de sardinas que le pasaban saltando por encima de la cabeza como miles de luces centelleantes que se confundían con las estrellitas, saltapericos y los cohetes de navidad. En sus manos traía un racimo de cocos. Los pelaba como si fuesen mandarinas, y por dentro estaban llenos de uvas de playa del uveral de la doctora Hortensia Bermúdez. La gente reía y celebraba los peces y la llegada de un nuevo año, otras, cuyos rostros no podía distinguir, lloraban ante un reloj que marcaba las 11:45. Con los números que parecían estarse derritiendo y goteando un líquido negro que llenaba una bacinilla.

Esa mañana se despertó, y al abrir los ojos se asustó cuando vio el techo de Zinc. No era el techo de caña brava con vigas de madera que estaba acostumbrado a ver al despertar en la casa de la vieja *Calela*, con quien se quedó a vivir cuando murió su madre ¡Ay! *Calela* tan delgada, tan frágil, tan bajita, y tan amarilla que parecía vivir en estado de consunción. Tampoco sentía el olor del salitre de mar, ni del café con leche. Aguzó los oídos para escuchar algún sonido. Unas voces que le ratificaran que, a pesar de aquellas ausencias, todo seguía igual y que él continuaba en Playa Grande. Que el viaje, el Chevy Nova, la mata de dátil, el bombillo con las polillas, su hermana Nubia y la que luego sería su tía Marcelina habían sido parte del sueño; que en cualquier momento llegaría Aristóbulo, el hijo de *Calela*, con un *carite* o un *tajalí*, de regreso de la playa donde los botes comenzaban a

recalar de su jornada madrugadora. La claridad que entraba por la ventana que quedaba a la izquierda de su hamaca, por donde se podía ver parte de patio de la casa de Santa Clara, terminó por despertarlo; aun así, cerró los ojos con fuerza durante unos segundos, en un intento por desaparecer aquella realidad que veía, algo así como cambiar de canal. Fue en vano.

Poco a poco fue haciendo memoria, hasta que la imagen de su hermana y la tía Marcelina se posicionaron claramente. Sí, estaba en ese otro lugar en el cual aún no deseaba estar. Miró hacia los lados. Ya varias hamacas habían sido descolgadas. Como un último recurso, recordó el afiche que había visto ¡Esa sería la prueba definitiva! Cerró de nuevo los ojos, y lentamente giró su cabeza hacia aquel lugar. Despacio fue levantando la cortina de sus párpados, y... sí, ahí estaba el afiche de LEONI PRESIDENTE VOTA NEGRO, con su traje negro, casi como un anfitrión de bienvenida, como un vigilante o un cuentadante de lo *real*, encargado de confirmarle que aquello no había sido un sueño sino la realidad. Volteó hacia el cuarto donde vio acostarse a su hermana cuando llegaron, y, luego, hacia el corredor donde sintió roncar a alguien hasta quedarse dormido. Se levantó y sintió el piso de cemento duro, frío y sin imperfecciones, muy distinto al sinuoso piso de barro en casa de *Calela*. Esto terminó por confirmarle su temor. Caminó despacio y en silencio hacia donde escuchaba unas voces. Asomado en la puerta que daba al patio, lo encontró su hermana Nubia, para llevarlo a estrenar otro amañecer, con otra gente que, hasta ese momento, eran unos completos desconocidos.

“Parece mentira, pero ahora hay menos agua que antes” —se repitió la frase, tratando de encontrar en la supuesta ingenuidad de aquellas palabras un reclamo social. Alzó la vista para ubicar a la autora de la frase, con la idea de hallar en su rostro, sus gestos, o la manera de vestir, una pista de inconformidad con la situación del país, el gobierno, o cualquier cosa. Sin embargo, no pudo. Ya hablaban de otra cosa, y de otra, y de otra.

Muchos viejos. Los jóvenes no van a los velorios, y tampoco hablan de política, la de hoy no es una generación politizada. ¿Qué es? Idiotizada, ensimismada, virtualizada, que escucha

sonido, no música. Suena reaccionario... a cosas de viejo. O sea, que no estás de acuerdo. Es difícil estar de acuerdo, y me pregunto ¿acaso, en los años sesenta las canciones no eran, en su gran mayoría, bobaliconas? Con esa pandereta de congregación evangélica. Obladi Oblada... lalalalalalala... ¡Uf! No me refiero solo a la música, sino a la actitud frente a todo. Yo pienso que preocuparse siempre ha sido un oficio de élites: hay gente que solo vive y gente que piensa lo que vive. ¡Eso sí es reaccionario! ¿Por qué? Es como todo, hay gente que caga sin problemas y gente con problemas para cagar: los que tienen problemas para cagar son los que piensan cuando le entran ganas, ¿no es así? ¡Dios! ¿Tienes que ser tan escatológico? Bueno ¿y qué?... la escatología nos libera.

“Antes había más de todo”. Tiene lógica —se dijo— antes tenían pipas, las cuales dejaron de usar cuando se introdujo el agua por tuberías, y, ahora, no tenían ni pipas ni agua por tubería”.

Para cuando Arturo dejó establecida su idea e incluso quiso opinar, ya el grupo había saltado a otro tema, como en una conversación de personas ebrias de cosas que contar, y de puntos de vista; donde todo está mezclado y cada uno entiende que de lo que se trata, precisamente, es de aceptarse como parte del enredo de la conversación; más para decirse cosas que para entenderse.

— No pretendo idealizar el pasado, pero es innegable que antes había más agua, y más árboles, y más sombra en el patio —dijo en voz alta— y se halló ante la mirada de Misael Yajure.

Aquella fue una mirada extraña, de otro Misael Yajure. Una mirada fija como de ciego, o de felino. Una mirada que miraba más allá de su rostro, y lo hacía sentir responsable. Se preguntó: ¿qué cara habré puesto yo para que me mire de esa forma? Y trató de verse desde la mente, sin lograrlo.

— Por lo menos tienen pipas donde hacerse de agua —dijo Misael Yajure— antes no teníamos más que tinajas.

Se quedó pensando en la imprecisión del adverbio *antes* utilizado por Misael Yajure. Lo miró para cerciorarse de que Misael Yajure se correspondía con esas personas que siempre recurren al mérito menor para desarticular un argumento, y al pasado como la mano condescendiente que requiere el presente.

Y le pasó como un rayo la idea de que Misael Yajure fuese uno de esos viejos con ideas militaristas del gendarme necesario el militar para poner orden la mano dura añoranza de Gómez o Pérez Jiménez convencidos de la democracia pervertida corrupta culpable de que la gente haga lo que le dé la gana y los jóvenes lleven el pelo largo sean maricos y las mujeres se crean hombres etcétera, etcétera. Y lo vio sentado cuadrado hipnotizado frente al televisor viendo el desfile de la Batalla de Carabobo añorando uniformes sables estrellas medallas gorras botones etcétera, etcétera. Caja de resonancia de la voz EL GLORIOSO EJERCITO DE VENEZUELA HEREDERO DE LOS LIBERTADORES DEFENSOR DE LA SOBERANÍA esperando que diga REVOLUCIONARIO SOCIALISTA HASTA LA VICTORIA SIEMPRE. ¡ATENCIÓN FIR! ¡A DISCRE...CIÓN! ¡SA... LUDO! Y las botas los pasos los cañones, y las caras pintadas para esconder la vergüenza DE LOS BRAVOS SOLDADOS DEL BATALLÓN tal DE LA 21 BRIGADA DE INFANTERÍA MOTORIZADA LOS INSIGNES SOLDADOS DEL BATALLÓN quien sabe cuál DE LA 22 BRIGADA DE INFANTERÍA DE MONTAÑA LOS EMERITOS SOLDADOS DEL BATALLÓN cual sea DE LA 41 BRIGADA BLINDADA en un desfile que solo ven el presidente ministros generales con sus rostros que pretenden honor pretenden valor pretenden gloria ansiosos de salir de allí para irse a comer beber donde las putas o putos que alojan en lujosos hoteles con facturas de cobro a la PATRIA O MUERTE VENCEREMOS.

Soldadito de Venezuela

Soldadito venezolano

Armado vas con tu rifle

Que es un rifle ruso o iraní

Negociado por los cubanos

Para matar a tu hermano aquí

Me parece exagerado. Es difícil que siendo todo eso, pudiera haberse hecho amigo del tío Herminio, ¿no? Pero la euforia de Chávez pudo haberle despertado el autoritario. Sí, tal vez, pero. El autoritarismo siempre está, solo requiere de una oportunidad para manifestarse. Y ¡Zas! Los perseguidos se hacen perseguidores, y los torturados, torturadores, es casi una ley histórica.

¿Querrás decir venganza? La venganza, la oportunidad, el poder y el placer de infligir daño ¡Qué se yo! El odio y el poder son embriagantes y lujuriosos. ¿Y qué me dices del discurso patriótico militarista? Un hoyo negro. Pobre Misael Yajure si supiera lo que le pones a decir.

Beta, Isbelia y Julia, hijas de la difunta Amada Quiva, repartían café —había dejado de ser usual repartir cigarrillos para los fumadores— y atendían a quienes llegaban. Había algo de reclamo en aquel velorio. Era una escena de muerte y abandono. Se podían saber los pensamientos de varios familiares. Algunas miradas y gestos conversaban entre sí como en un juego de beisbol: bocas dobladas a izquierda o derecha, ceños fruncidos, toses y carraspeo, tronar de dedos y miradas de reojo. Arturo se sintió objeto de algunas de ellas, mientras pasaba la vista, tratando de relacionar los rostros allí presentes con las personas de su generación. De eso que llaman *contemporáneos*, para intentar asirse a una identidad que reúne edades, juegos, modas y canciones.

¿Pero es suficiente, luego de veinte o treinta años?

Los pocos *contemporáneos* presentes los percibía, igual que él, como otras soledades. O quizás era la misma soledad de un tiempo donde no se llegó a ser el deseo propuesto. ¿Acaso soy yo quien se distancia? Reflexionó, tratando de sacudirse un pensamiento que lo llevaba a un precipicio. Concluyó cediendo a la posibilidad de que allí hubiesen conocidos que podían llegar a no serlo y extraños que pudieran conocerlo.

Poder echar mano de un nombre y apellido se le volvió angustia. Resultaban pocos los que podía recordar. Recurrió a los detalles físicos: una boca, una nariz, una manera de caminar que asumiera la representación del recuerdo de una persona. Algo así como la sonrisa recuerda a La Mona Lisa, el tabaco a su abuela paterna y los lentes oscuros y el sombrero a su papá. Urgía de un gesto, un detalle, o una parte corporal para darle un nombre, porque a la gente le gusta ser recordada a través del nombre, porque el nombre los hace historia de algo o de alguien, porque puede haber muchos *Pedros*, pero cada *Pedro* se cree el primero, el último, solo y único verdadero *Pedro*.

De no ser por Isbelia, no hubiera reconocido a *Charo*.

Ella dijo: “Guillermito, ¿te acuerdas de *Charo*?” Y la memoria del oído recordó. Arturo levantó la vista y vio a una mujer que podía ser *Charo*.

Y de no ser por Isbelia, tampoco *Charo* lo hubiese reconocido a él. Ella dijo: “*Charo*, ¿te acuerdas de Guillermito?” Y la mujer que podía ser *Charo* le fijó una mirada paleontológica. Y aquellos segundos le supusieron a Arturo que el pasado de *Charo* era más pasado que el suyo.

“Sí, es *Charo*” se dijo, mientras le daba la mano, y su memoria viajaba en tren, recorriendo uno tras otros los pasajes furtivos de su niñez, tratando de ubicarla. Le impactó reconocer, a través de *Charo*, como había pasado el tiempo, pero, sobre todo, percatarse de cómo había pasado su propio tiempo. Su envejecimiento. “No es cuando cumplimos años que nos hacemos viejos, sino cuando constatamos la vejez de nuestros *contemporáneos*” —pensó. Seguidamente, empujando esa reflexión, se le vino la certeza de que era bastante probable que *Charo* estuviera pensando lo mismo: “¡Cónchale! ¡Cómo está de viejo Guillermito!”

Siempre le había gustado *Charo*. Trató de recordar si alguna vez se lo habría dicho. ¿Estaría su marido con ella allí? Conocía por Beta que tenía hijos, pero, no se acordaba si le había comentado que vivía con el padre de sus hijos, o mantenía otra relación, o vivía sola. Lo que sea.

Ahí estaba *Charo*. Ayudándole a regresar. Con su piel color café con leche, con más café que leche, tal vez de chocolate con leche. Sus ojos pequeños, negros y aún luminosos, su boca de labios finos y de sonrisa de un solo lado, ubicados en otra *Charo* que se empeñaba en borrar aquella que, por más de treinta años, había mantenido en su recuerdo.

La de ahora, vestida de pantalón jean, y calzando unas gomas deportivas que, aunque tenían el logo *Nike* bastante visible eran visiblemente imitaciones, le pareció baja de estatura. No había engordado, pero una pequeña panza impertinente de anteriores embarazos se insinuaba por su blusa morada. Aunque sin llegar a estropear el todo bastante conservado. Senos pequeños. “Nunca fue de senos grandes”. Ojos marrones, claros, que él recordaba más oscuros ¿o serían negros?

Miró a *Charo* y se la imaginó siendo su mujer. Lo abrumó la cantidad de cosas que hubieran resultado diferentes en ese escenario. Para empezar, él no formaría parte de *la gente de Maracaibo*, y con mucha probabilidad, tampoco del *ustedes* de Argelia. Quizás viviría en Cabimas, ¿en Santa Clara?

Charo le facilitó la salida del embrollo con un “*qué de tiempos, Arturo*”.

Por momentos, fue un juego de superposiciones que terminó por imponer a la que estaba presente. La miró y recordó, sin saber por qué, aquella foto de Virginia Woolf que lo había cautivado, desde que la vio por internet en una página literaria con su rostro tan inglés: el cabello lacio, su cara larga de caballo, nariz pronunciada y boca pequeña, ojos melancólicos que parecían mirar siempre más allá de la realidad, y que, quizás, por ello les resultaban tan tristes. “De una tristeza suicida”, pensó. Y no pudo evitar volver a sentir el abatimiento que le produjo conocer los detalles de su muerte. En especial, el de llenarse los bolsillos de piedras para meterse y ahogarse en el río *Ouse*. “Hay muertes que regresan”.

¿Por qué recordaba a Virginia Woolf?

Se obligó a rastrear en su pensamiento una razón, una oportunidad, un detalle, un olor. No lo halló. El cerebro le había mostrado una especie de portada del recuerdo, y le negaba el enlace para abrir el archivo. Aunque sabía que estaba por allí, quizás en otro compartimento de la memoria, o en otra memoria de niveles más profundos donde se requería clave de acceso. Vaya loco.

Mientras *Charo* le hablaba sobre algo, él se había ido de la conversación tratando de encontrar la respuesta al recuerdo de Virginia Woolf (la clave de acceso) cuando, de pronto, se atravesó el recuerdo de *otro algo* que había leído sobre Henri Bergson, seguramente relacionado con la situación de no poder acceder al enlace de Virginia Woolf, pero ¿qué era? Ahora resultaban *dos algos* perdidos.

La repentina risa de *Charo*, acompañada de un leve golpecito en el hombro, lo regresó.

— ¡Siempre te recuerdo por ese día! ¡Eh! —dijo *Charo*, sonriéndose de la manera tan bella como él la recordaba, y que había sobrevivido a la *Charo* actual.

“La sonrisa de la gente no cambia” —se dijo.

Arturo, tratando de incluirse en el momento, hizo un movimiento descompuesto, y desplegó una sonrisa afectada y sin personalidad. Ahora le intrigaba, además de Virginia Woolf y Henri Bergson, saber qué pasó ese día por el cual *Charo* lo recordaba, pasados tantos años. Se molestó consigo mismo, pues hubiera querido tener ese dato. Preguntarle en ese momento lo consideró impertinente, y hasta irrespetuoso.

Charo se fue tras el llamado de *alguien*, y Arturo constató que había muchos *alguienes* en ese velorio. Siguió intentando acceder a los archivos. Le resultó inútil. Se conformó con verla caminar, y la imagen que le llegó de aquella niña que, por lo general, andaba con un vestido blanco de primulas moradas, rojas y amarillas, como un bodegón ambulante o una primavera exclusiva para vestir su cuerpo. Porque, en ese tiempo, las niñas tenían el monopolio del rosado y de las flores.

Nunca corría. Daba la espalda y se alejaba del patio, como si supiera que él la estaba mirando, y, ya en la tubería, volteaba a verlo, moviendo su cabello como en la publicidad del *Shock* del jabón *CADUM* que hacía Susana Giménez, la que huyó de la violencia doméstica de Carlos Monzón, la que dijo que estuvo a punto de terminar como Alicia Muñoz, la que.

Se preguntó si voltearía a mirarlo esta vez. A ver si ella.

Charo dio cinco pasos que Arturo contó mentalmente: uno, dos, tres, cuatro, y cinco. *Charo* volteó. ¡*Shock*! “Sí, siempre supo que yo la miraba” —murmuró. La muy pícara.

Ellas notan todo eso. Abiertas como flores, conocen sus horas...

Sintió el ambiente lóbrego, como es la costumbre en todo velorio. Pero este iba más allá: un sentimiento de culpa comenzó a colonizar su pensamiento, a metérsele por la piel, a invadir sus desplazamientos, y a reconducir su mirada. Un asunto pendiente que, en todo caso, ya no podría asumir a no ser por el hecho mismo de sentirlo. El peso de ser responsable, y de no haber cumplido, o no haber estado a tiempo. Un *no sé qué cosa de algo o alguien* que él ha debido de.

Volvió a aquel momento cuando el tío Herminio le regaló el Radio Graetz. Tuvo la percepción de que, además de asistir al velorio del tío Herminio, estaba en el de muchos otros de aquella familia:

el de Lucrecia, Catalina y Amada. “La muerte rememora muerte” — pensó— y, al ver a Beta atareada con la atención hacia las visitas, se preguntó por qué no había asistido al entierro de su mamá, aquel año de 1989.

Un malestar le sobrevino, y a la culpa se le sumó la vergüenza. Se trataba de la madre de quien había compartido con él lo mejor de su niñez. ¿Qué podía ser tan importante para no haber estado allí con Beta, acompañándola en tan tristes momentos? Se despreció así mismo. “Cuán egoísta fui” —se dijo. Beta nunca le había dicho nada al respecto, ni siquiera un comentario, y eso le hería más. Hubiese preferido el reclamo en vez de la indiferencia. También sabía que, en el caso de Beta, no era indiferencia hacia su persona sino a mantener intacto el más puro y noble afecto. Algo parecido a tener un juguete guardado y resguardado del polvo, el sol y los vientos, y de los tiempos. Que dejó de ser juguete para volverse recuerdo, inmortal, inmune al carácter utilitario y perecedero de jugar con él por un tiempo, a una edad.

Él, en cambio, seguía sin saber por qué se había comportado de esa manera miserable. Bien pudo haber estado allí, en el entierro de Amada Quiva, aquella mujer con porte de amazona: alta, de caderas anchas, ojos penetrantes y agudos como ave de caza, y una cabellera larga y negra que le llegaba a mitad de su larga y ancha espalda. Fuerte para carretear varias latas de agua desde *la pluma de Mayía*. Con una fertilidad que muchas mujeres envidiarían, y de quien recordaba con suma precisión haberle bañado y limpiado el culo a él, la vez cuando se desmayó llegando de la escuela.

— ¡Maestra! ¿Puedo ir a la letrina?

— ¡No Guillermito! ¡Usted está castigado por lo de la *Candelita*! Ya la escuela Santa Clara la habían mudado para un local que quedaba detrás de Los Flores, en la calle San Antonio, a unas cuatro o cinco cuadras más lejos de su casa. En el terreno frente a ella había un balancín, cercado por una malla de ciclón donde se enredaba una mata que llamaban *Maravilla* y daba unas frutas amarillas, de concha suave y rugosa, que por dentro tenían unas semillas rojas; los muchachos acostumbraban a comerlas. Pero, de esas frutas silvestres, la preferida de Guillermito eran

las vainitas que daba un arbusto llamado *Quinchoncho*, que también se daba en esos terrenos. Cuando maduraban, las vainitas tomaban un color marrón oscuro, y por dentro su pulpa tenía una consistencia parecida a la del *Tamarindo*, pero dulce y sin la acidez de este último.

Por lo general, cuando salía de la escuela se quedaba un rato observando el incansable movimiento del balancín. ¡Hacia arriba y hacia abajo! ¡Hacia arriba y hacia abajo! Luego de recoger *Maravillas* y vainitas de *Quinchoncho* se pegaba a la cerca y se imaginaba un pájaro que hundía su largo pico dentro de la tierra, buscando algo que comer. “¿Nunca se cansa?” —se preguntaba. Así llegó a tejer la historia de que, quizás, en algún momento cuando nadie estuviera mirándolo —en horas de la madrugada, podría ser— sacara su largo pico de aquella fosa y se sentara a descansar o saldría a caminar por los alrededores con sus pesados pies de hierro. ¡Tum, Tum, Tum! Provocando el temblor de la tierra y terror entre la gente que, al verlo, se esconderían en sus casas temiendo que *El monstruo del balancín* los succionara. Los perros le ladrarían y correrían detrás de él, abalanzándose sobre su cuerpo, intentando morderle, pero su cuerpo de hierro les destrozaría los dientes, tal vez a algunos los pisaría, aplastándole sus cabezas, y a los gatos les lanzaría chorros de su veneno negro. Las gallinas volarían de sus palos y el gallo lo enfrentaría confundiéndolo con un ave zancuda. Pelearían, y al gallo se le romperían las espuelas y regresaría cabizbajo, derrotado y avergonzado de no ser tan gallo. Un gallo de cresta y cola caída, sin fuerza ni moral para anunciar la salida del sol, y sometido al desdén de las miradas de sus gallinas que, al otro día no lo dejarían montárseles. Porque “así sucede con los animales en la selva” —decía su papá, refiriéndose a un lugar tan lejano, que llamaban *La Conchinchina*, del cual nunca le preguntó dónde quedaba ni él se lo dijo, pero el nombre sonaba muy lejos. *Más lejos que en la Conchinchina* era un apotegma, y el principal valor para medir distancia. Quedaba tan lejos que la única manera de llegar a él era imaginarlo.

Algunas paredes de las casas se resquebrajarían, como pasa cuando hay un terremoto. El estremecimiento provocado por sus pasos haría que cayeran los mangos maduros,

las guayabas, guanábanas y nísperos, que si no estuviera muerto del susto él se dedicaría a recogerlos y llenaría muchos baldes. Luego, *El monstruo del balancín* regresaría a su lugar frente a la escuela a continuar con su movimiento: ¡Hacia arriba y hacia abajo! ¡Hacia arriba y hacia abajo! Cual si no pasara nada. Mientras el día y la gente regresaba a una normalidad consensuada, al creer que todo había sido una pesadilla. Aunque él —y solo él— conocía el secreto de *El monstruo del balancín*.

Y por saberlo, hubo noches que desde su hamaca miraba por la ventana esperando verlo pasar; detenerse frente a la casa y observarle desde la carretera, con unos ojos negros, sin esclera, chorreando petróleo a través de su pico como un vampiro que acaba de chupar las entrañas de la tierra. Parado allí con la mirada fija, mientras le decía: “Yo te conozco” y reclamándole porqué se había llevado todas las vainitas de *Quinchoncho* de la mata que estaba dentro de su terreno. Esta cuestión era ya, por supuesto, un asunto personal.

En cuanto sonó el timbre de salida, Arturo se echó a correr para llegar a su casa. Esta vez no se detuvo a observar al *Monstruo del balancín*. El estómago parecía que se le iba a reventar de tantos sonidos y retortijones. Poco a poco entró en un estado de lasitud, se fue poniendo frío y comenzó a sudar. Apretó duro las nalgas, pero no pudo más, y, ya cruzando la esquina de Los Flores, se cagó todo el pantalón. Sintió la mierda que le bajaba por la pierna hacia las medias. Al entrar a la sala de la casa, se debilitó hasta desmayarse. Esa debió haber sido, también, la primera vez que tuvo una de esas bajadas de azúcar que en lo sucesivo sufriría.

Cuando despertó estaba desnudo, acostado en una cama, y Amada Quiva le lavaba el cuerpo con agua y jabón, también le pasaba con delicadeza un trapo con alcohol por la cabeza. Sintió rabia por haber ensuciado sus recién estrenados zapatos *Fifo*, y más todavía, pena, porque se dio cuenta de que Beta lo observaba, escondida detrás del escaparate de Ricardo. No obstante, lo que le sobrevino como un problema que lo ocuparía en su pensamiento todo el día fue la posibilidad de que otros niños lo hubiesen visto cagarse los pantalones cuando salió

de la escuela. La idea le aterraba. Se imaginaba a los niños haciéndole un pasillo para reírse de él, abriendo sus bocas, y mostrando sus dientes mudando de *leche a hueso*, señalándole con sus odiosos dedos índices que se vuelven afiladas garras que laceran el orgullo.

¿Habrá algo más abominable que un dedo índice señalando? ¡Uf! Muchas: las escupitinas, la basura en la comida, y las piedras lanzadas a Dorothy Counts en la *Harding High School Harry* en 1956, la estrella de David y los números marcando judíos, la esclavitud, los zoo humanos, por ejemplo. Bueno... ya, pero lo de Dorothy fue una abominación racista incentivada en aquellos alumnos por activistas supremacistas blancos. ¿Y qué? La de los niños que lo hacen por burla surte los mismos efectos en el "otro". El efecto es el mismo, pero las causas son distintas. No sé, los niños pueden ser tan terribles como los títeres, y quizás por ello se atraen mutuamente.

¿Cómo llegó el dedo índice a tener ese poder imperativo?

Al día siguiente, urdió la posibilidad de inventarse un dolor de estómago a última hora, antes de salir a la escuela, para no ir a clases; pero ¿hasta cuándo podía mantener esa mentira? Lo más probable sería que asociaran su dolor de estómago con tener parásitos, y le dieran ese terrible aceite de ricino, porque el aceite de ricino era lo único conocido para la *Ascariosis*.

"¡No! ¡Por favor! ¡Aceite de ricino, no!" —exclamó en su pensamiento, deteniéndolo a tiempo antes de que saliera por su boca. Sintió náuseas de solo imaginarse. Aunque la tía Marcelina les daba el aceite de ricino ligado con agua de panela o *Frescolita*, y le obligaban a taparse la nariz porque, según, así no sabía tan mal, el sabor en la boca cuando eructaba, y los cólicos que le provocaba eran horribles. Resultaba, incluso, más horrible que las lombrices blancas y rosadas que le salían al defecar, luego de haberlo tomado, y tener que ver a las gallinas comerse las lombrices. ¡Coño! Sin nombrar la bochornosa ocasión cuando hubo de correr con los pantalones bajados hasta los tobillos porque una gallina negra de cresta roja, y de ojos anaranjados, que solía poner huevos blancos, lo persiguió por todo el patio tratando de picotearle una lombriz que no terminaba de salir, y le quedó colgando del culo cual si

fuera un espagueti. ¡Sale! ¡Sale! ¡Sale! Y la maldita gallina, que no se amilanaba ante sus embistes, corría tras él con sus patas de saurio *Velociraptor*.

Ese, y ahora el de cagarse los pantalones, los días más vergonzosos que había vivido en esa casa de Santa Clara.

Finalmente, tomó la decisión de que debía asistir a la escuela. Eso sí, a cualquiera que se le ocurriera comentar o hacer un chiste —sobre todo Simón del Moral— acerca de ese hecho “Le caería a coñazo”.

Al otro día se levantó predispuesto, con el ceño fruncido y el puño dispuesto desde la noche anterior que ideó el plan. Abrió la mano para cepillarse y agarrar la cuchara para tomarse la maicena, luego volvió al puño. Tomó el bulto con la mano izquierda para dejar la derecha libre, y salió de su casa con el caminar retador, dispuesto a ejecutar su plan. Caminó por la calle, mientras otros niños iban por la otra acera. Los miraba de reojo en espera de cualquier gesto, una sonrisa pícaro o una comidilla al oído. Cruzó la esquina de Los Flores, pasó por frente de *El monstruo del balancín*, y lo miró para cerciorarse de que hubiera regresado de sus andanzas nocturnas, y *El monstruo del balancín* le hizo un guiño. Llegó a la puerta del colegio. Observó el patio donde se encontraban haciendo distancia, ya dispuestos a ingresar al salón. Ya habían cantado el himno nacional. Hizo la fila de su grado, como siempre, detrás de Simón del Moral, quien volteó su cabeza de abundante pelo cobrizo para mirarlo. En ese momento, Arturo imaginó que sucedería exactamente lo que temía. Entonces, apretó el puño hasta sentir las uñas hincadas en la palma de la mano, tal como lo había estado ensayando todo el día anterior, la noche y durante el sueño. Echó una mirada rápida hacia el lugar donde se hallaba la maestra Lesbia, también, busco a *Charo* en la fila de las niñas. Detalló el rostro blanco, los ojos negros y la nariz pequeña y chata de su amigo. Llegó hasta la boca de Simón que se abría en cámara lenta, mostrando sus dientes como un teclado de piano. “Allí es donde le voy a dar —pensaba— entre la boca y la nariz”. Fueron segundos de una espera tensa, donde todo a su alrededor se había borrado, y el mundo era solo él y la boca de Simón.

— ¡Llegaste tarde! —le dijo Simón.

Esas palabras fueron las más tranquilizadoras, amigables y hasta amorosas que oyó de su incomodo e insoportable amigo en toda su vida.

De manera disimulada, volvió a pasar revista a los asistentes en el velorio del tío Herminio, en espera de un “¿Eres Arturo?”. Allí estaban algunos de la familia Rojas y Romero, de los Rodríguez, y de las hijas y sobrinas de la tía Primitiva. La gran mayoría pertenecía a las nuevas generaciones, y eso le causaba cierta sensación de extranjero en el lugar que marcó gran parte de lo que sería después como persona. “Extraño y solo como Francisco de Miranda en 1812”, pensó.

Apenas si podía reconocer, con muchos problemas, a Misael Yajure, *Charo*, Leticia, la hija adoptiva de Romelia, y una que otra hija de la tía Primitiva. Ciertamente, ya no era de allí, en ese momento, pero ¿cómo dejar de serlo en su memoria?

Dos, y hasta tres Arturos, se peleaban la titularidad en el velorio. Una lucha de motivaciones que se sucedía ajena a su control.

Una brisa repentina, como de otro lugar y de otro tiempo, llegó para reacomodar la monotonía del momento. Como si Dios hubiese recordado el velorio, o la naturaleza se hubiera cansado de sí misma. Algunas hojas secas se arremolinaron y una quedó prensada entre las rejas de una ventana, aleteando como un pez recién sacado del agua. Un pez hoja.

“¿Has escuchado el sonido de las vainas secas de las acacias?”, recordó que le dijo una vez Rolin a los pocos días de haberse conocido. En esa oportunidad la pregunta lo descolocó. “¿Qué coño es una *acacia*?”, le preguntó. “Un árbol”, le dijo Rolin.

Nunca se había detenido a pensar en los nombres de los árboles. Conocía aquellos que, en su niñez, le fueron cotidianos, pero ¿por qué una persona se detendría en esas cosas? Fue la interrogante que le sobrevino, aunque hizo un esfuerzo por no mostrar señal alguna de contrariedad. En parte porque no deseaba pasar por ignorante, odioso, o quién sabe qué otra idea que pudiera hacerse de él Rolin tan tempranamente, otra por condescendencia a la apuesta por una posible amistad, y otra más porque la mirada de Rolin irradiaba un profun-

do convencimiento en la significación contenida en aquella absurda pregunta.

Lo había conocido a través de Alberto, lo cual no dejaba de parecerle una paradoja: Alberto, el comunista ortodoxo en amistad profunda con un nihilista. Porque esa fue la impresión, y la ubicación que le otorgó en un intento por darle cierto rigor filosófico a las frases “pedazo de loco” y “come flor” que pensó de buenas a primera.

Y tal vez Alberto tampoco era lo que parecía.

Fue Rolin quien le abrió el interés por esos temas de la física cuántica, la teoría del caos y el efecto mariposa. “La realidad es un acumulado de infinitos detalles. Lo pequeño es mucho más extenso” —decía. Y poco a poco Arturo fue poniendo en duda las certezas de aquellas tesis políticas e ideológicas que manejaba desde su adolescencia y alejándose del materialismo histórico, hasta llegar el caso de tacharlo como una visión “determinista”, un calificativo que no en pocas ocasiones le provocó incómodas situaciones con Alberto.

“Las doctrinas son todas insuficientes y provisionales”, decía con vehemencia Rolin, y a él por razones que nunca buscó le ganaba esa idea. Como le ganaba esa forma desprevenida, siempre casual y ocasional que tenía Rolin ante la vida. *Carpe diem* a lo Rolin.

“Sí. La realidad es una perspectiva” —pensó Arturo, como confirmando a Rolin, a distancia, y en ausencia.

En adelante, ese tipo de preguntas de Rolin serían el pan de cada día, y lo extraño pasó a ser que no las hiciera. Incluso, que él, y hasta el mismo Alberto, no se las hiciera a sí propio. Esa otra mirada que ahora veía un *pez hoja*, y que redescubría la mirada del Guillermito extasiado con el nido del Gonzalito, tuvo en Rolin su principal animador.

¿Buscaría con Rolin sustituir la ausencia de Lubio?

Decidió ver si tenía señal en su celular para escribirle:

“Épale, Rolin. Estoy en Santa Clara, en el velorio de mi tío Herminio. ¿Sabes que acabo de recordar la vez cuando me referiste lo del sonido de las vainas secas de las acacias?”

Esperó un rato, mirando estúpidamente la pantalla del celular.

“Cuando vas a Cabimas, ¿no sientes como si los lugares te re-

clamaran algo?”, volvió escribirle, sin recibir respuesta.

Quiso volver a sus recuerdos de niño, pero el adolescente y el adulto se entrometían, y todo era un desastre: su niño hablaba con el adulto, el adulto con el adolescente y el adolescente con el niño. Las imágenes se mezclaban, y el mundo de la niñez se deconstruía, se reescribía. La memoria afectiva luchaba contra la sentencia de la realidad efectiva, y el adulto no dejaba de repetirle “Las cosas no son como pensabas. El cerebro es un mentiroso compulsivo”, insinuando incógnitas —y miedos— que aún no conocía en él, y menos todavía que se atrevería a escribir.

“Los pueblos y personas parecen cobrar las ausencias” —se dijo, al constatar tantas caras desconocidas.

Desde que entró a la calle Falcón, aquel pasado comenzó a darle muestras de no ser el mismo. Ahora, lo corroboraba sentado allí, en el patio, y rodeado de personas, entre los espacios vacíos, y las marcas dejadas por las cosas y los árboles que ya no estaban. Algo muy parecido a regresar a un libro que se leyó hace mucho tiempo: con la sensación de que hubo algo en él que fue cedido, pero, ya no está; y, lo que queda ha sido expropiado por el tiempo, y no te reconoce, ni permite que te reconozcas en él. Así, miras esas páginas dobladas, los subrayados, las notas, las marcas de una lectura que siendo tuyas, te resultan ajenas. Libros orgullosos, capaces de ser retaliativos.

— Yo puedo dar fe de que su corazón fue una casa abierta para recibir a quienes lo necesitaban, sin otra recompensa que verlos crecer, haciéndole compañía... Las familias de enantes eran pobres, pero unidas —dijo Misael Yajure, escupiendo chimó y haciendo silencio, cual si el escupitajo fuese el punto final de la oración.

Su pregunta a Misael Yajure buscaba, más que una explicación teórica, el punto de vista de una persona que llegó a conocerlos siendo niños. Indagar en aquellos recuerdos de otros, que le trajeran recuerdos propios. “Así actúa la memoria —se decía— por enlaces”. Arturo sabía que muchos comportamientos a esas edades, como llamar tío a una persona, y pedir la bendición, inicia por una imitación, una orden. Luego, la costumbre y los afectos hacen el resto. La tía Marcelina y el tío Heminio dieron

pie para que esas cosas se establecieran en esa casa como una afirmación que no requería ser demostrada. Todos quienes estaban allí eran de la familia, y eso era suficiente.

— ¡Hijo! No se pregunte cuándo, interróguese por qué —le contestó Misael Yajure, minutos después, en el momento cuando Arturo daba por hecho que no había escuchado, o, en todo caso, había olvidado su pregunta.

Hicieron lo posible para que la noticia de la muerte de su hermano no afectase a la tía Marcelina, pero para las cuentas del alma hay otro tipo de dolor. Es un dolor seco, que no se moja en lágrimas públicas ni en llantos sonoros, prefiere el silencio y la introspección. Produce resequedad en la garganta, vacío y sensación de levedad. La tía Marcelina recibió el impacto, lloró y lo asimiló. Por lo menos eso pareció.

Habían pasado muchos años desde el último diciembre que estuvo al lado de su hermano Herminio, allí en Santa Clara. En esta ocasión los reunía la muerte. Nubia, Ricardo, Arturo, Arge-lia y Lubio estuvieron pendientes de ella. Andaba con un vestido blanco de motivos morados, y recorría la casa como poniéndose al tanto de que las cosas estuvieran tal como las había dejado hacía veintinueve años atrás. Y, tal vez, ya no estaba allí por las cosas sino por el nombre que recordaba de aquellas cosas. “¿Qué pensará?” —se preguntó Arturo, reproduciendo la misma escena cuando la observaba en el fogón, esperando un descuido para robarle algunas verduras que usaría en las acostumbradas comidas que inventaba en su escondite, debajo de una mata de limón.

— ¡Muchacho *el diantre*! —exclamó tía Marcelina, mientras tomaba con su mano zurda una piedra para lanzársela.

Guillermo corrió, pues cuando la tía Marcelina usaba la palabra *diantre* era señal de que consideraba lo hecho por él como algo con cierta carga de maldad, tal vez auspiciado por el mismísimo diablo. Reprensible, con categoría de otro mundo.

En el momento, cuando consideró haber logrado su hazaña de escapar, cruzando la esquina del fogón, sintió el pinchazo en la pantorrilla. Cojeando pasó por el lugar de la cerca de alambre de púa que tenía reservado para los momentos de emergencia

y se fue por los *Postes Negros*, hasta alejarse lo suficiente para detenerse a descansar en la tubería. Ahí estuvo un rato, sentado, mirando hasta donde alcanzaba la vista para ver perderse aquellos cuatro tubos que, según decían, por mucho tiempo llevaron petróleo los más gruesos, y gas los más delgados, hasta Ulé y de allí a la refinería de Amuay. Le colocaban fibra de vidrio líquida, y, a quien rozaba con ellos, le producía una gran picazón y erupciones en la piel, parecidas a las que ocasionaba la mata de *Pringa moza*. ¡Ayayayayay! ¡Nojoda! ¡Mamaaa!

Algunos muchachos de la calle Falcón jugaban a corretearse entre ellos, entablar una lucha donde ganaba quien lograra lanzar al otro contra los tubos llenos de fibra de vidrio. Emilson, Antonio y Quintiliano lo tenían como un deporte. Primero se quitaban la camisa, luego se tomaban por los antebrazos y comenzaban a danzar, cada uno tratando de empujar al otro contra la tubería. Así podían estar minutos, y hasta horas. Eran tiempos cuando se jugaba con otras personas.

Guilhermito se acercó a la casa de Romelia quien al verlo le dijo: — ¡A qué hiciste alguna diablura!

Romelia fue adentro de su casa y le trajo una de esas *paledonías* que solía cocinar para vender. Había quienes no las comían porque ella sufría de sinusitis y mantenía un continuo moqueo; decían que los mocos caían en la masa. Él, sin embargo, las encontraba deliciosas.

Romelia Araujo tenía un cabello largo con el cual siempre se tejía unas clinejas. Alta y blanca, de ojos marrones claros, su porte daba la impresión de ser extranjera. Se caracterizaba por mantener una actitud maternal y comprensiva hacia los muchachos de la calle. Su marido era un hombre negro, de Bobures, llamado Manuel, del cual nunca supo su apellido, pues, los apellidos son cosas de adultos. En ese tiempo, verlos juntos, resultaba una imagen contrastante para la gente de Santa Clara. Y puede que hasta ellos mismos sentían el peso de lo que pensaban los demás. No era común que se les viera andar juntos por la calle, y mucho menos de visita en otras casas. No llegaron a tener hijos, pero en su casa los acompañaba una muchacha llamada Leticia, hija de Manuel con otra mujer.

Lubio era uno de esos muchachos que salían a vender las *pa-*

ledonias y *torticas de harina* de trigo que hacía Romelia, cuando no andaba vendiendo las empanadas que se hacían en su casa; algunas veces no le iba muy bien en las ventas y la tía Marcelina las guardaba para servir las en la cena, acompañadas de un pocillo con café con leche.

— ¡Eso no es leche! —murmuraba la tía Marcelina.

Arturo no recordaba muy bien cuando sucedió, pero el cambio de la leche líquida que vendía *Tatayo*, traída en cántaras desde los corrales, a la leche en polvo *Klim* o *Reina del Campo* no fue muy bienvenido al principio. Muchos tenían la idea de que la leche en polvo era un engaño. Un polvo blanco sospechoso de ser elaborado con otros ingredientes. Una mentira del proceso industrial. Un fraude del desarrollo. En cambio, para los muchachos como Beta y Guillermito significó la posibilidad de poder comer leche con azúcar, algo que no podían hacer con la leche líquida, pues esta última se compraba para el uso diario y no se podía guardar. No tenían nevera. Solo la gente de mucho dinero podía comprar una nevera; por esa razón, cuando había carne, la tía Marcelina acudía a casa de los Ballan para pedirles el favor de que le prestaran la nevera para guardarla por una noche.

Tener un pote de leche en polvo era un acontecimiento. Había tardes donde se daban el lujo de tomar batidos de guanábana o de guayaba, con leche. Con cambur no, porque en ese tiempo era veneno.

En el caso de la marca *Reina del Campo* a Guillermito le gustaba quedarse con el pote vacío para meter sus metras. Además, aquella mujer de sonrisa amplia, con una mirada lejana, quizás hacia un campo donde pastaban unas vacas, con una flor blanca y roja en el cabello, tenía algo de madre para él.

La salida al mercado de la harina *PAN* sí representó un alivio para los brazos encargados de moler el maíz sancochado. Al tío Herminio no le era de su agrado y, por mucho tiempo, continuó comiendo las arepas con masa de maíz molido de forma manual. Fue así como, poco a poco, entraron en desuso los famosos molinos *Corona*, y Argelia cedió en sus peleas, tanto como los muchachos se liberaron de sus reclamos. La harina *PAN*, vale decir, pacificó las tardes en esa casa de los Manaure.

3

La mirada de Beta Quiva

“En esa casa viví los últimos días de mi madre” —dijo Beta, a otro *alguien*.

Vestida con un pantalón negro y una blusa de seda morada, con detalles de flores color beige, se esmeraba en atender a quienes llegaban a dar el pésame. Algunas, con las acostumbradas cuatro palabras “mi más sentido pésame” o “mis más sentidas condolencias”. Pero, en ocasiones se sentaba a dialogar, y a intercambiar impresiones de *la vida con y la vida sin* el tío Herminio.

Siempre fue una mujer de contextura fuerte, y antes de nacer Isbelia, la más parecida a su madre. Alta, de piel entre morena y amarilla, de caderas anchas, y con una mirada firme, su rostro, y su presencia toda parecía ser intimidante, pero, esa imagen se deshacía cuando la sonrisa llegaba; entonces, la imagen de esa mujer dura, madurada de manera temprana por las vicisitudes, forjada por la urgencia de “hacerse cargo”, cobraba una dulzura, una ingenuidad que, a veces, rayaba en la timidez.

Su corazón palpitó de alegría contenida cuando vio llegar a *la gente de Maracaibo*, que era la manera como desde hacía unos años para acá acostumbraban a decir para referirse a la familia que había emigrado. Era una expresión común. Sin embargo, a Arturo le llegaba con una carga semántica negativa en ese contexto. Le incomodaba. Recurría a chistes, o salidas con expresiones jocosas que, de alguna manera, sirvieran de distracción y pasaran a ocupar el primer plano, y aquella expresión *llegó la gente de Maracaibo* se dispersara lo más pronto posible como saludo, y volviera de nuevo al lugar que él le tenía reservado en su corazón como una frase que, en lo personal, le colocaba una pared al frente. Una dificultad para rehacer lazos, mayor que los ocho kilómetros del Puente sobre el Lago, y los treinta y cinco minutos de viaje. No era una expresión que él valorara como un calificativo pre-

meditado de quienes la emitían, sino como poco agraciada. Como esas cosas que se dicen por costumbre, sin malicia, pero, según cada cual, adquieren valoraciones distintas.

“Es difícil llegar a conocer realmente lo que puede sentir cada persona ante palabras iguales” —pensó, mientras se explicaba lo que sentía.

Beta, aun cuando hacía lo posible por disimularlo, no dejaba de mostrar ese doble sentimiento de alegrarse por el reencuentro con quienes vivieron con ella su niñez, y por otro, saber que la visita no pasaría de ser eso, *una visita*. Un momento de felicidad rasguñado que, no en pocas ocasiones, percibía como el maquillaje de un olvido.

La presencia de Arturo le aceleraba el corazón. Nunca se había guardado ese sentimiento. Con él había vivido lo que ella consideraba *Los mejores años de mi niñez*. En muchas ocasiones se había preguntado si lo que sentía por él sería amor: ¿Estaba enamorada de Arturo o enamorada del recuerdo que tenía sobre estar enamorada de Arturo? Se interrogaba. Pero ¿lo sentiría Arturo hacia ella? ¿Sintió él lo mismo alguna vez? ¿Recordaría, como ella recordaba, los besitos que se daban algunas veces? Se preguntó durante algunos años. No era una interrogante que la atormentase, pero estaba metida como una espina en su corazón. Si es que allí es donde se sienten esas cosas.

“¿Llegará el día que hablemos de esas cosas?” —se interrogó, mientras lo observaba conversar con Misael Yajure.

La yunta de Arturo y Beta durante la niñez fue muy fuerte. Si se pudiera hablar de *amor* a esa edad, es posible que hubiera sido algo así entre ellos. Sencillo, inocente, sin la formalidad y las decepciones que conlleva cuando se practica en la adolescencia y la adultez. Sin necesidad de buscar su justificación, ni alargar sus placeres como sucede cuando se entra en la etapa de racionalizarlo todo, realizando maniobras, muchas veces en vano y con resultados fatales, que, quizás, sin ellas tampoco pudiera llamarse *amor*. Quién sabe.

“¿Recordará Beta la primera vez que topamos nuestros labios?” Jugando al escondido. Mientras Emilson contaba, los demás corrieron a buscar donde esconderse. Cada uno de ellos tenía sus

lugares preferidos para hacerlo, pero por eso que suele llamarse *coincidencias de la vida*, en esa ocasión Beta y Guillermito se encontraron en el mismo lugar.

— Busca otro escondite —le dijo Guillermito.

— No, yo llegué primero —respondió Beta.

— Aquí no cabemos los dos —dijo Guillermito.

— ¡Cállate! ¡Nos van a descubrir! —ripostó Beta.

Y como mente y cuerpo no siempre están de acuerdo, algunas partes de sus cuerpos, más abajo, se desentendían de lo que pensaban y vociferaban más arriba, y se ocupaban de otras cosas. Susurrando. Apretujados, y sudando. Hediondos a sol, y respirándose sus respiraciones, se encontraron chocando sus labios entre salados y dulces. De frente como todo beso de niño que todavía no ha aprendido que, de lado, es más fácil y apasionado, y las narices no entorpecen. Temerosos de sus debutantes besos de nueve años, y de que los latidos del corazón los delatara. Sin hallar qué hacer con las manos y con los ojos, ¿hay que cerrarlos? Rieron de sus sonrisas en señal de aprobación de sí mismos. El beso se hizo sinécdoque. La parte del día por el todo. Y para todos los demás días, *símil*: jugar al escondido, sería *aquel beso*. ¡Cuarentamatas!

*Boca que desenterraste
el amanecer más claro
con tu lengua. Tres palabras
tres fuegos has heredado:
vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos sobre tus labios.*

Al momento de reencontrar a *Charo* y a Arturo en el velorio, Beta vio pasar por su mente todas esas ocasiones de juegos compartidos, y renovó la convicción de que, cuando niños, aquellos dos sentían un tipo de atracción. De niña lo supo y llegó a sentir celos. Incluso, al verlos ahora, después de tanto tiempo, volvió a sentirlos. Pensó en la existencia de un tipo de *fantasma de los amores infantiles* que ronda esos encuentros entre las personas, donde las palabras y los gestos muestran ciertos requiebros de

tiempos pasados. Ella lo percibía. Y, si ella lo percibía ¿por qué no puede ser así para otros? —se dijo.

“A mí no me daría pena hablar de esas cosas. Éramos niños” — pensó Beta, mientras dejaba escapar una leve sonrisa. Aunque también pensó en lo que había pensado: *éramos niños, ¿no será un comodín?* Una justificación para un hecho que no lo requiere. “Después de todo, el amor existe fuera de nosotros”, se dijo Arturo, como conclusión de todas aquellas imágenes de su niñez que lo llevaban a gustar de *Charo*, Beta, *La Gocha*, y su amor idílico con la maestra Lesbia y Penny Robinson. Amores imposibles que necesitamos o inventamos necesitar para que nuestro futuro se haga de un interés posible de ser contado.

Un sentimiento totalmente a expensas de una motivación acaso impredecible, a veces súbita, de la cual tenemos poco control, y cuyo efecto desaparece al dejar de alimentarse con la presencia del motivo, y sus secuelas aminorarse con el tiempo. De esos que el recuerdo solo nos trae evaluaciones que no pasan de ser nostalgias ya sin amor, o con otro tipo de amor, que se ve a sí mismo como *aquel amor*. “El amor del presente siempre será, querámoslo o no, un producto distinto, sobre el acumulado de otros amores que quedaron lejos, y que solo existirán como ausencias”, se dijo para finalizar aquel largo extravío que había terminado por hacerle bajar la cabeza y los hombros, y borrar las líneas que estuvo trazando en la tierra, como si con eso borrara, también, el extravío. ¡Ay! Los extravíos de descubrir cosas que pretendemos no buscar.

Volvió a mirar a Beta.

“Nunca he olvidado ese día... quizás ella ni lo recuerde... o sienta pena de recordarlo” —se dijo Arturo, sin la pausa de los puntos suspensivos.

Para Beta, lo que en un principio fue distancia se fue transformando en olvido. Y eso le dolía. “La verdadera muerte es el olvido”, pensó.

Amar a alguien conlleva, siempre, el peso de la posibilidad de estar solo en ese sentimiento. Ser amado, es más cómodo, y más todavía si no se da por enterado. Por lo demás, el amante no requiere explicación de lo que siente. Se puede amar, incluso,

al ser más despreciable. ¿No fue Platón quien dijo que amar es superior a ser amado porque en quien ama habita un dios?

Miró a Beta buscando indicios de la presencia de Dios en ella.

Para Arturo, reencontrarse con Beta, aún a cierta distancia, en el velorio del tío Herminio, se le transformaba en un viaje revelador. En cierta manera, se estaba consiguiendo consigo mismo, rehaciéndose. Y se percibía ante un jurado. Su presencia actual, lo llevaba al pasado y lo reprobaba. Beta no se lo había dicho, pero él lo escuchaba en su mirada, lo comprendía en sus gestos. Ella le hacía saber que siempre había tenido en su corazón un lugar para él. Uno, que él valoraba no merecer, y, que ahora, no encontraba la forma de evadir saberlo.

Una hora antes, durante el camino, estuvo pensando en esa conversación: “Siempre te he tenido en mi corazón” —le diría ella. ¿Y él qué le diría? “Yo también te recuerdo”. Pero “Yo también te recuerdo” no es igual a “Siempre te he tenido en mi corazón”. La suya le sonó a respuesta burocrática, de condescendencia. Se vio en un supuesto futuro negado, y creyó borrarlo masajeando sus sienes.

Sería un diálogo que se imaginaba difícil, cargado de pausas y silencios, con mucho tiempo de morosidad para ser actualizado en una sola conversación. Y mientras preparaba sus sentidos para disfrutar de uno de los pocos tramos que, por la vía de Santa Rita, la carretera se subsume en orilla del Lago, su cuerpo se abandonó por entero al pretérito: “Los amores siempre son tan lejanos”, pensó. Se dejó volar con algunos buchones, planeando sobre las aguas. Un bache en la carretera lo devolvió, y el pensamiento cayó de sus alas. Se mojó de lago.

Se confirmó que en la vida suelen darse derrumbes, y que pocas veces, como le sucedía en ese momento, sentado en aquella silla plástica, rodeado de pesar, nos ocupamos de echar un vistazo a sus ruinas. Ahí estaban esos escombros: momentos, sensaciones y sentimientos que, a medida que pasaban los minutos, se imponían al recuerdo de los momentos bellos, e iban siendo ganados por algo más fuerte como es el *dolor*. El día todo era una alegoría al *dolor*, y la realidad sucumbía ante la idea que él se hacía de ella.

En Beta, la imagen de aquel día cuando Arturo se montó en el camión que los trasladaría a Maracaibo quedó grabada como un repujado en metal.

El camión de barandas se estacionó por la calle Falcón. Al rato, se encontraba lleno de chécheres, maletas viejas y cajas, la cama de hierro, individual, donde dormía Nubia, dos gallinas — una de ellas, la de la lombriz— y un gallo, en una jaula.

Lo que más costó fue subir el escaparate de madera de Ricardo. Era de madera caoba. Tenía tres puertas: dos para los espacios donde colgar ropa, y en el centro cuatro gavetas y un espejo. “El espejo donde la luna graduó a un grillo de astronauta”, recordó Arturo la vez que —ya en Maracaibo— estuvo horas observando la luna reflejada en ese espejo, y un grillo que permanecía inmóvil sobre aquel reflejo. Y lo imaginó con su traje, su casco y sus pesadas botas, recorriendo la superficie lunar.

— ¡El primer grillo en llegar a la luna, titularían los diarios! —exclamó Rolin, cuando le contó.

Sería el año de 1969, tres años después del matrimonio de Nubia, cuando la mayoría de los Manaure se mudaron a Maracaibo, llevándose a Arturo, su juntica, su compañero de juegos y travesuras. Su *quizás amor* de la infancia. En esa casa quedaron el tío Herminio, Amada, Endora, y Beta. Más allá en las puertas de sus casas: *Charo*, Emilson, La Gocha, Simón, José *maifren*, Romelia y Leticia. Y, en las alcayatas la maestra Lesbia, Penny Robinson y *El monstruo del balancín*.

A medida que el camión avanzaba, sus ruedas atropellaban sentimientos. Y Guillermito, sin poder socorrerlos, los veía cada vez más distantes, y adoloridos. *Un dejo* se fue acumulando hasta hacer *un bojote* en la garganta. *Un bojote* que no había sentido, o no recordaba haber sentido, de ese tamaño, cuando se lo llevaron de Playa Grande. Y a lo mejor a cada edad se corresponden *dejos* y *bojotes* distintos. Como sea.

Los que se van y los que se quedan, tituló el momento en un intento por someter la imagen de aquel recuerdo en esa cápsula que, a veces, son las palabras. Esta vez, con esa cierta ventaja que otorga el tiempo. Pero ¿acaso, él se había ido? Hizo una pausa como si quisiera tomar distancia de sus propias palabras.

Fue una despedida dolorosa y de pocas palabras. La tía Marcelina lloró abrazada al tío Herminio. El tío Herminio también hacía lo mismo, pero en silencio y sin lágrimas mojadadas, como lo hizo toda su vida. Fue un abrazo largo y ancho. Como si esa despedida abarcara todos los años que pasaron juntos desde que salieron de Carazao. Un abrazo que se extendía alrededor de todo el patio, las matas, y los animales. Un abrazo de sus peleas, y de los muertos. El único abrazo que Arturo recuerda haberles visto darse durante su niñez. Un abrazo que presagiaba no solo ausencia y distancia, sino olvido.

Y tal vez muchos abrazos los damos y recibimos tarde en nuestras vidas.

“Herminio se negó de manera terminante a salir de Santa Clara”, escuchó decir en varias ocasiones. Ahora sabía que, *terminante*, fue un adjetivo desapasionado y mezquino. Desautorizado por los requiebros que hizo el tío Herminio en todos los momentos que habló con él, después.

Su hermana lo conocía muy bien para saber de antemano que esa sería la decisión que él tomaría ante la pretensión de Nubia Manaure de mudarse a Maracaibo. La tía Marcelina emprendería otra migración, para continuar esa especie de consagración a los descendientes de sus hermanos, que se extendería hacia las generaciones siguientes. Una capacidad de dedicación y servicio que parecía impulsada por algún tipo de promesa hecha en un confesionario, una tumba o un lecho de muerte, teniendo a Dios por testigo.

¿Sería eso?

Beta se recostó en el umbral de la puerta de la pieza nueva que había construido Nubia, con su vestidito rosado con flores blancas (en ese tiempo todas las niñas vestían atuendos con flores ¿ya lo dije?), su cabello negro con partes claras, amarillentas por la quemadura del sol. Sus ojos y boca heredados de su mamá.

— ¡Cuidado cuando pasen el puente! ¡Mamá dice que lo acaban de reparar! —le dijo Beta a Arturo, cuando arreglaba la misma maleta color vino que trajo desde Playa Grande, para ir a montarse en el camión.

Las palabras de Beta se referían a aquel martes 7 de abril de 1964. Arturo lo recordaba muy bien, porque se despertó al escuchar una algarada de comentarios y exclamaciones de asombro que provenían desde el fogón. La mañana en Santa Clara se vio trastocada en su monotonía debido a la noticia sobre la caída de un tramo del Puente sobre el Lago la noche anterior. El tanquero *Esso Maracaibo* se había estrellado contra las pilas 31 y 32, provocando el derrumbe de un tramo de la vía. Cuatro automóviles se precipitaron al Lago y murieron siete personas.

— ¡Santo Dios! —exclamó la tía Marcelina aterrada— ¡Gracias virgencita por proteger a mi muchacha!

Esa noche, Nubia había pasado diez minutos antes de la tragedia, en el bus de La Universidad del Zulia que servía de transporte a los estudiantes de La Costa Oriental. El choque del tanquero sucedió a las 11:45 pm. Por alguna coincidencia, la misma hora que veía en sus sueños, pero, en lugares y situaciones distintas. “Las 11:45” había dejado de ser una hora, y hasta una frase. No le evocaba tiempo ni espacio, sino *designio*.

“Sentimos un ruido y todos miramos hacia atrás, pero, no vimos nada. Aunque nos extrañó que el bus continuaba y no veíamos luces ni otros carros, siguiéndonos” contó Nubia en su casa, cuando se enteró al día siguiente de lo sucedido. La tía Marcelina le pasaba la mano por la cabeza, una y otra vez, como si de esa manera le aliviara o despojara de todo lo negativo, y la besaba, para proveerla de lo positivo.

Por alguna razón, eso siempre funciona.

— ¡Dios te ampare y te favorezca! —decía, invocando cuanto santo y virgen recordaba.

A partir de ese día, Nubia, como todos quienes requerían ir a Maracaibo, debían abordar las lanchas rápidas de NAVECA o los Ferris, desde el puerto de Palmarejo.

Aún, a pesar de haber sido reconstruido con cierta rapidez, en los años siguientes la gente mantenía la idea de que el puente se volvería a caer, porque era muy largo para el trayecto que recorría. Después de haber sido reparado y puesto en funcionamiento, muchas personas preferían irse en las embarcaciones que salían de Palmarejo. El pasado suele chantajear al presente,

y el presente lo acepta a conveniencia, por temor al carácter impredecible del futuro.

— ¡Nubia dijo que ya está bien! ¡Ella ha pasado varias veces! —le contestó Arturo.

Ese día del velorio de Herminio Manaure, Beta no se le acercó. Arturo intentó recomponer ese detalle por vía de la frase “Está muy ocupada”. Se mentía. En el fondo sabía que no era así. Las miradas que pudieron cruzarse se lo confirmaron durante todas y cada una de las horas que estuvo allí. “Debe haber muchas cosas en un silencio” —pensó. Solemos ocuparnos de lo que dicen las personas, pero ¿qué será de lo que callan? Las palabras no dichas y las no escritas. Las que aún no se inventan para nombrar ciertas cosas. ¿Serán, acaso, la manera más profunda de captar el mundo que nos rodea? La frase *me quedé sin palabras* puede que sea la objetivación de que en el silencio oral y escrito está el misterio y el asombro de la creación. De que existen cosas más allá de las palabras, y de que no hay palabras para todo. Las culturas más antiguas parecían saberlo. La elocuencia y el ruido de nuestra época impiden ese placer, pero ¿qué más grato que llegar a casa y sentarse en silencio, o la meditación en la ducha. “Hay una elocuencia del silencio” —pensó.

Beta quiso, tras la excusa de llevarle café, acercarse a Arturo, pero Julia ya lo había hecho. “Qué importa... otro café no está demás —se dijo—, a él le gusta el café”. ¿Qué tanto pensará? Se interrogó al verlo en esa posición que le conocía desde niño, de pasar minutos observando fijamente hacia un punto, como si en ese lugar estuviese sucediendo algo que le interesara... quizás, algo imaginado. Como en aquellos días que imitaba a Raphael, cantando *Llorona*... Sin *Laura*, *Cuando tú no estás*... y hacía sonidos onomatopéyicos de un público que lo aclamaba, desde las gradas de las matas de mango.

— ¿Qué hará ella aquí? —dijo Beta, señalando a Argelia y tratando de ocultar que miraba a Arturo, cuando sintió la llegada de Julia y de Isbelia.

Beta recordó aquel momento cuando Argelia estuvo de visita por Santa Clara, y mantuvo una discusión con el tío

Herminio: “¡Me voy —gritó— y no vendré ni siquiera cuando mueras!”. Por eso, cuando la vio llegar tuvo el impulso de encararla. Se contuvo al pensar que un velorio no era lugar para dirimir algunas cosas, y que ya era bastante con la muerte misma.

La presencia de Lubio que, también le recordaba otro pasado, tampoco le causaba buena espina, pero comprendía que esa era la familia. Suspiró en un intento por descargar ese malestar que no dejaba de estar asociado a la tristeza, rabia y dolor. “Cómo pueden estar juntas tantas cosas de diferentes tiempos, al mismo tiempo, y en el mismo pensamiento” —pensó.

— ¡Ojalá no se le ocurra armar un alboroto con el asunto de los terrenos! ¡Esa es capaz!

— No creo que sea tan loca —comentó Isbelia.

— ¡A vaina!

— Hoy no es día para el rencor, sino para la tristeza—le comentó su hermana Julia, con esa voz pausada, tan llena de sabiduría artesanal, que suelen aliviar no porque resulten *verdaderas* sino *sabias*.

— Desde temprano anduvo hablando pendejadas de nosotras con algunos vecinos.

— No le pares... las palabras se las lleva el viento.

— ¡No siempre! Otras veces, las palabras traen los vientos —respondió Beta.

— ¿Sabes lo que me dijo Rita Hernández?

— ¿Qué dijo?

— Dijo que deberíamos quitarle los zapatos a Herminio.

— ¡A la vaina! ¿Y eso por qué?

— Ella dice que a donde va no los necesita.

— Nuestros muertos van al cielo... Herminio va al cielo.

— Dijo, también, que debíamos haber puesto cebolla debajo del catafalco.

— ¿De qué?

— Catafalco.

— ¿Qué carajo es Catafalco?

— No sé. Así dijo.

— ¿Por qué cebolla?

— Para protegernos de las enfermedades que salen de los finados.

Eran las 2:00pm. Las personas habían trasladado las sillas para sentarse a la sombra de los pocos árboles, y resguardarse del sol.

— ¿Hablaste con Arturo?

— Le llevé café, y pasó algo muy extraño...

— ¿Qué pasó?

— Estaba como distraído, haciendo figuras con una ramita en el suelo... Cuando levantó la cabeza, me miró fijamente, y dijo un nombre raro. Fue como si de pronto recordara algo. ¡Me asustó!

4

El nido de Gonzalito

—Yo estuve allí ese día —dijo el *Ceretón*, sentado en el extremo de la mesa.

Arturo había decidido irse a escribir en el apartamento de su hermana. Tenía varios textos en proyecto, incluido el de trabajar sobre *cierta historia de Cabimas*, y, también, acerca de su infancia en Santa Clara, que, para ese momento, lo pensaba más en una línea autobiográfica.

El apartamento estaba deshabitado desde hacía dos años, por el viaje de Nubia hacia Estados Unidos, con pretensiones vacacionales, y ya con características de residencia. Desde entonces, él asumía el trabajo de darle unas vueltas, así como de atender los asuntos de limpieza y mantenimiento. Resultaba paradójico que aquella soledad que le llenaba de nostalgia fuese, a su vez, el mejor ambiente para dedicarse a la escritura, y ordenar las ideas. No obstante, así resultaba. El silencio del apartamento le recordó la frase de Scott Fitzgerald “La vida es un proceso de demolición”, pero luego de recordarla, y someterla a su voz interior, le pareció dura para armonizarla con lo que había sentido: “Te pasaste”, le oyó decir.

El de su hermana era un apartamento amplio. De tres habitaciones, dos salas de estar, comedor, cocina, lavadero y tres salas sanitarias. Con piso de mármol y rodapiés de madera que hacían juego con los muebles de la sala y el comedor. “Nubia siempre tuvo buen gusto” —se dijo a sí propio, como si en decirlo estuviera la oportunidad de objetivar su presencia física.

Por lo general, cuando iba, Arturo se sentaba a escribir mirando hacia los retratos de sus sobrinos, ubicados en un mueble de madera situado al lado de la puerta de entrada. Sin embargo, esta vez, optó por sentarse en la mesa del comedor, mirando hacia el paisaje que ofrecía el ventanal que da a la avenida. Una vista de media ciudad. Del sexto piso hacia arriba, con pedazos de edificios, y de cielo, de antenas y nubes,

dentro de los límites del marco de 3x2 metros, de aluminio, pintado con pintura acrílica dorada.

Aun cuando desde la última ocasión que el *Ceretón* se le había aparecido en la iglesia transcurrió un buen tiempo, su repentina presencia no le generó sorpresa. Estaba en absoluto dominio de su existencia, y el *Ceretón* de la suya.

— ¿De cuál día estás hablando?

— ¡Ese del velorio de Herminio!

— No te vi...

— ¡No podías verme, pues, yo andaba entonces con otra persona!

— ¿Y tú? ¿Por qué eres tan falta de respeto? Deberías decirle ‘Señor Herminio’.

— ¡Qué! ¡Todos ellos deberían llamarme señor a mí! ¡Yo soy mucho más viejo!

Arturo lo miró, sin hablar.

— ¿Cómo vas?

— ¿Con qué?

— ¡Con lo de Guillermito!

— No me interesa —le dijo en tono displicente.

El *Ceretón* lo miró escéptico.

— ¡No te creo! De todas maneras, te doy un dato: Argelia es la clave.

— ¿La clave de qué?

— ¡Bah! —y desapareció.

Arturo quedó pensativo. Trataba de recordar aquel día del velorio del tío Herminio en busca de alguna señal que le permitiera ubicar la presencia de El *Ceretón*. ¿Dónde podría esconderse un ser de esa naturaleza? Lo buscó entre las matas y no estaba. Se lo imaginó en los rincones, debajo de las sillas, y hasta posado como el *Hombre Araña* en las paredes. En todo caso —pensó—, sería una presencia obvia, demasiado grotesca para pasar inadvertida. ¿Por qué se le aparecía ahora? ¿Por qué no lo hizo unos años atrás, en el velorio del tío Herminio, por ejemplo? ¿O cuando falleció la tía Marcelina?

Se halló hablando solo en voz alta, y se preocupó de que ya fuesen tres aquellos personajes con los que desarrollaba diálogos. “Esquizofrenia”, recordó sin alarmarse que le dicen a ese tipo de

casos cuando se vuelve un trastorno. Desplegó una sonrisa. “Es solo un producto de la imaginación”, recurrió al lugar común, sin convencimiento, más por comodidad. Buscó en Google “Esquizofrenia”: *trastorno que afecta la capacidad de una persona para pensar, sentir y comportarse de manera lúcida*. Buscó *Lucidez*.

Habían pasado trece años desde la muerte de la tía Marcelina, y tres de aquella misa. Un día, en una de esas actividades auto impuestas para matar el aburrimiento del insilio y la cuarentena, Arturo se dedicó a limpiar y acomodar su pequeña biblioteca. En la balda más alta siempre reinó el radio Graetz que le obsesó el tío Herminio. Verlo y comenzar a detallarlo fueron un solo impulso: su caja de madera color caoba oscuro, su tela beige, un tanto ajada y rota en algunas partes —la cual siempre decía que procuraría cambiarla por otra similar para conservar lo más posible la originalidad— sus teclas de plástico duro, amarillentas, y aquellos dos grandes botones: a la izquierda *Bass*, a la derecha *Discan*. Entonces, como si aquel radio hubiera sintonizado la frecuencia de su alma, le llegaron las voces, el sonido del viento, el cloquear de las gallinas, la lluvia en el techo de Zinc, el velorio del tío Herminio, la imagen de la tía Marcelina, la misa, el padre Alburguez y el *Ceretón*.

Así, por esas inquietudes que llegan y comienzan a sonar como la gotera del baño que no deja dormir una vez que el sonido ha logrado centrar tu atención, que acosan, y forman extrañas cadenas de casualidades donde todo lleva hacia la misma idea, no pudo seguir limpiando.

Un *algo* imposible de ser verbalizado con un nombre se desprendía como un torrente —más bien un aluvión— que arrastraba un acumulado de pasado, y le llevaba, sin haber resistencia de otro tipo de pensamiento, hacia una idea y un propósito.

Bajó del taburete donde se había subido para alcanzar esa balda. Pero, el Arturo que bajó del taburete ya no era el mismo que minutos antes había subido, dispuesto a realizar una tarea. Este Arturo bajó con una inquietud frenética por recordar, y contar los recuerdos. Una emotividad que no podía ubicar con precisión lo invadía como un virus, y le producía alegría e inquietud, zozobra

y responsabilidad, ¿culpa y contrición? La posibilidad de haber hallado la traza de su existencia. Todo y nada se desplegaba en su pensamiento, tomaba control de su cotidianidad, y le apremiaba a escribir. Tanto como en otro tiempo le apremió leer, o pintar, o jugar ajedrez, o fútbol.

Ese día provocó el encuentro con Rainer María Rilke:

— *Pregúntate en la hora más serena de la noche: ¿Debo escribir?*

— *Pero ¿qué escribiría?*

— *Me preguntas a mí, y con seguridad, le has preguntado a otros ¿Por qué buscas por fuera una respuesta que está en ti?*

— *Imagino que, por la experiencia, ¿no?*

— *La experiencia de otro no puede ser tu punto de partida.*

— *Pero, ayuda...*

— *En esta parte, nadie puede ayudarte. Estás solo con tus recuerdos, tus miedos, alegrías y tristezas, y tus deseos...*

La conversación con Rilke convenció a Arturo de poder llegar hasta los silencios y exponerlos. Remover el barro, tomar del agua revuelta que tantas veces Aristóbulo, el hijo mayor de *Calela*, le había aconsejado no beber cuando iban a poner trampas de conejo. Se persuadió de que no solo debía asumirlo, sino que necesitaba hacerlo: con más pasado que futuro, la soledad se vuelve un tema imperativo al cual hay que procurarle, por lo menos un alivio, una tarea, un pasatiempo donde se acompañe de propósitos, dificultades y ambiciones por alcanzar. Cada vez más en una carrera contra reloj, donde el tiempo mismo se vuelve una ambición.

Al fin y al cabo, esos silencios le pertenecían. Había vivido con ellos por cincuenta años sin detenerse a saludarlos. Pudiera decirse que los trataba con descortesía. Siempre supo que tenían cosas que decirle. Jamás se detuvo a saber qué, pues, lo urgente lograba su cometido de pasarse por importante, y él parecía darse por satisfecho de que así fuera.

Esta vez no rehuiría, tomaría del agua con sabor a tierra, y la posibilidad de que al beberla enfermara. Y tal vez la literatura pudiera darle esa la posibilidad de recrearse y exorcizarse escribiéndola, como lo había hecho tantas veces leyéndola.

Haciéndole cambiar su perspectiva de las cosas, a través de ese misterioso don que tienen esos pequeños símbolos gráficos que damos por llamar *palabra escrita*. Y, también, tal vez, escribir tenga poderes curativos.

Comenzó a recabar información, resignado al hecho de que una gruesa parte del relato serían supuestos. Quienes podían hablar para aclarar, precisar, vindicar o negar sus propios actos estaban muertos. Ello le colocó en la delicada situación de actuar con suma discreción. En su caso, no profanar los sentimientos de otros. “Todo muerto tiene dolientes”, se dijo a sí propio. Y la desgracia de la muerte suele provocar un borrón y cuenta nueva de los vivos hacia sus muertos, una condonación de sus errores por temor a perderlos definitivamente.

Sus muertos insistían en no darse por enterados de sus muertes. Se asumían, en todo caso, como fallecidos, no muertos. Presumían de ello, realizando complicados juegos al escondite en su enmarañada memoria, y le encendían recuerdos como flashes, con tal despliegue de conexiones que llegaron a invadir las horas de sueño y las de vigilia. Le obligaron a establecerse un horario: las 5:00am, para levantarse así fuese a mirar la hoja o la pantalla de la laptop, en blanco, por minutos, y a veces horas, hipnotizado por el cursor.

¿A qué crees que se deba todo esto? -insistió en molestar al otro del espejo. A todas estas, el único a quien podía encontrarse despierto a esa hora y confiar la necesidad de dedicarse a ese asunto, pues, se resguardaba cualquier comentario sobre esta repentina faceta que se proponía, a familiares y amigos. En parte, porque presumía que le restarían importancia a la idea de investigar y narrar sobre hechos y personas que no tenían singularidad alguna. Historias de vida tan comunes como las matas de mango o las cayenas rojas, en nada distintas a las que tuvieron miles de personas en esa época de migración petrolera. Por otro lado, porque podrían ratificarle en su propio recelo de que tal pretensión significaba ausentarse de la opinión política actual, y, peor aún, una claudicación, convirtiéndose en un desmovilizado ante la situación del país. “Qué dirán Rolin y Alberto” – pensó, más por la ansiedad de compartir que por desear saber.

Se entusiasmó a la manera de los niños cuando juegan, y todo aquello externo a sus pensamientos se le hizo distante, y la realidad pasó a estar allí como una molestia, una acompañante incómoda. Le molestaban las visitas imprevistas, los sonidos de los automóviles, las voces de la gente, las llamadas telefónicas que repicaban más de cuatro veces. Hasta tomó la decisión de salirse de algunos chats, y silenciar otros. Deshacerse de “esa compañía líquida”, dijo, parafraseando a Zygmunt Bauman.

Por influencia de un ensayo que había leído sobre la diatriba entre Niels Bohr y Albert Einstein, eligió llamar *fantasmas* a los recuerdos que le traían imágenes de detalles extraños, impen-sados y absurdos, de su niñez. Recuerdos que ya no se conformaban con quedarse en casa, salían con él a la calle, al abasto, a jugar dominó. Cuando hablaba con los vendedores o con sus amigos, no lograba escuchar más allá de sus primeras cuatro o cinco palabras, luego, comenzaba a verlos como esas interpretaciones para personas sordomudas que salen en televisión. Asentir con un movimiento de la cabeza a todo lo que decían, para no pasar por distraído o disimular su desatención, llegó a ser por varios días su único lenguaje. Las excusas ante las invitaciones se hicieron tan evidentes que sus amigos las anticiparon. Al pasar de los días dejaron de ser excusa para volverse un perturbador alivio para él, y un desafecto para sus amigos.

Cada vez más le llegaban las imágenes con mayor nitidez, como si un director de producción teatral o cinematográfica se dedicara a proveer todo lo necesario (locación, personajes, vestuario, utilería, calles, y hasta los días de sol, lluvia, y las noches de luna) para situarle en la época, en el ambiente afectivo, e imbuirlo de toda aquella atmósfera donde pasaron las cosas.

“Sí, *Las Cosas*. Es la frase con el vocablo impreciso más exacto para transmitir lo que siento” —se dijo a sí propio, como anticipando la voz del *Celacanto* o la del tipo del espejo.

Arturo fue rodeado, sitiado, y asediado por el pasado.

Fue como el llamado de Beatriz a Dante: ***En medio del camino de la vida, errante me encontré por selva oscura, en que la recta vía era perdida.***

El radio Graetz lo hizo obvio: debía escuchar sus transmisiones. Allí, en esa caja se hallaba encapsulado un universo. Solo había

que sintonizar el dial exacto, para escuchar las voces del pasado, la predicción del tiempo atmosférico, los sonidos cotidianos. Asumir la descripción de una textura no como una información sino como una sensación. En una única y excepcional emisora: *Santa Clara 1963*.

Las traviesas escapadas del cementerio que hacían sus muertos, para pasearse de regreso al presente, no podía ser otra cosa que valerse de su estrenada destreza para abordar la historia. De la oportunidad de la cuarentena y la soledad. “Los fantasmas viven de la usura de la vejez” —pensó— mientras intentaba una conexión de sucesos y fechas que le reafirmaran en su apreciación.

Y como suele pasar cuando se urge de encontrar respuestas que nos confirmen, Arturo las encontró. “Definitivamente, existe una conexión”, se dijo. ¿Por qué haría un postgrado en Historia? —se interrogó, con ese tipo de preguntas que se responden a sí mismas.

Rescató sus experiencias de lecturas de Historia Universal de la niñez y de la adolescencia, y las encajó como parte de esa confirmación. Para ese entonces, una historia sin ambición de controlar su futuro. De héroes que vivieron en sitios lejanos, y crearon imperios tan vastos que se volvieron leyendas de imposibles: Alejandro, Julio César, Aquiles, Cleopatra, Héctor, Marco Antonio. Héroes que se imaginaba con muertes dignas y edificadoras, desprovistas de miserias humanas. Una historia mítica, como toda historia, donde la mentira era bella.

La historia de Venezuela, en cambio, le resultaba aburrida. Demasiado cercana y de todos los días en la escuela y en el liceo. Con un Simón Bolívar que aún no bajaba de su caballo para dejarse ver caminar. Siempre encima del pizarrón, y detrás del escritorio en la oficina del director. Cómplice callado de las reprimendas y sanciones que recibía. “Alguien debió haber contado mal su épica —se confirmó— para que no lograra conectarme, a pesar de los esfuerzos de las maestras”. ¿O quizás, por ellos? Y por esa manía de colocarlo detrás de los presidentes, como parte de su gabinete de gobierno, y corresponsable de sus malas administraciones.

“¿Por qué a los niños no les gusta la historia que dan en los colegios? En parte, pienso que se debe a que es una historia con poca historia. Sin canciones ni juegos, demasiado seria y dramática para emocionar. Por otro lado, los niños no tienen mucho pasado que les preocupe. El presente lo es todo. El cuento y las historias de aparecidos, duendes, fuegos fatuos, princesas y héroes les son fascinantes porque pertenecen a su imaginario, siempre presente”. (Diario de Arturo).

Aunque nunca lo admitiría, en Arturo rondaba la idea de que un tipo de destino, una mano oculta, lo guiaba. No en el sentido religioso, personificada en el bien y el mal, Dios y el Diablo. Más bien, como una conciencia. Hacerse cargo de una deuda, una ausencia o un vacío. Lanzar una piedra que tomó y nunca lanzó, o hacer una pregunta que nunca se atrevió a hacer. Un silencio que no debió.

¿Y la edad? Sí, la edad, que tiene sus propios momentos de hacerse edad.

Deseaba conocer su propia familia, y a él dentro de ella. ¿Por qué? ¿Acaso, no la conocía? ¿Podía decir que la conocía? Fueron interrogantes que comenzaron a caminar con él, comer y bañarse con él, dormir y soñar con él. Y lo que parecía conocer comenzó a serle desconocido, y lo que daba por hecho se deshacía, se desintegraba, y se dispersaba como esos pequeños meteoritos que llamamos estrellas fugaces.

Siempre llega el momento de querer descubrir la propia familia. ¿Cuándo sucedió? Se hizo la idea de que el momento pudo haber sido el día cuando el tío Herminio le obsequió aquel aparato de Radio, marca Graetz. “A usted le gustan estas cosas” —le había dicho—. Fue una noche que, estando en Maracaibo, decidió regresarse a Cabimas, al otro día de haberlo traído. Se trataba de una estancia programada para tres o cuatro días, por lo que imaginó que algo lo había hecho cambiar de opinión de manera abrupta.

— No me dijo por qué, pero, estaba algo contrariado —le comentó a Beta, en una de esas ocasiones que se escribieron por WhatsApp.

Así lo hizo y ya estando de regreso en su casa, se sentaron un rato.

Tenía razón. Ya Arturo había comenzado a interesarse por esas cosas, como dijo el tío Herminio. Sin embargo, para entonces, se trataba más bien de un interés coleccionista. De una mirada pasiva sobre el pasado.

“En esa ocasión no me lo llevé porque percibía que, de alguna manera, el obsequio significaba una despedida. No podía ser otra cosa. Desprenderse de aquel aparato en el que, por más de cuarenta años estuvo escuchando sus noticieros y programas radiales, entre ellos “Martín Valiente, el ahijado de la muerte” por Radio Rumbos, con Arquímedes Rivero y Rosita Vásquez. Hasta que no logró conseguir repuestos para los tubos de vacío, porque los transistores los dejaron en desuso. La tecnología y la moda suelen adolecer de condescendencia. Y, en el caso de la tecnología moderna, es cada vez más neutra, frígida, y menos emotiva”. (Diario de Arturo).

En la casa de Santa Clara nunca se escuchó música a un volumen estridente. El sonido del radio siempre se mantuvo muy bajo, como respeto al silencio consensuado de aquella casa. El tío Herminio, quien mantenía el control del aparato, solo le subía un poco de volumen a la hora del noticiero. En ciertas ocasiones, aprovechando sus desapariciones en el patio, Argelia o Endora le daban volumen y podía escucharse los temas de moda: Los Corraleros del Majagual con *Tú lo que quieres que me coma el Tigre* o Simón Díaz con *El Superbloque*.

Antes del incidente con el *Ceretón* en la iglesia, a ese *pasado pasivo* llegaba como un cirujano a una operación: con un traje aséptico, guantes y pinzas, en resguardo de un tiempo detenido en los textos de historia y en las cosas, tales como un radio, un reloj, una botella, una silla. Las bodegas de los pueblos llegaron a ser paradas obligadas de su afición. San José de Seque, Moruy, Buena Vista, Santa Ana, fueron sus anticuarios preferidos. La gente se iba a las playas, mientras él visitaba los pueblos en busca de esos trozos de historia encapsulada en objetos de vidrio, metal o madera. Una historia sin contexto, acomodada en los anaqueles u olvidada en baúles.

¿Cuáles serían las motivaciones para que aquellas personas mantuvieran en los estantes de sus pequeños abastos objetos y mercancías de treinta, cuarenta o cincuenta años

atrás? ¿Qué probabilidad había de que alguien como él llegara con esa valoración e interés para comprarlos? Un comportamiento difícil de comprender ante lo abrasivo y territorial que resulta el presente en nuestras vidas, de manera imperativa con las personas más necesitadas. El hambre es odiosamente imperativa.

En algunos casos tuvo la impresión de que esas cosas seguían allí porque ya nadie las compraba, pues, no eran *útiles*. En otras, porque el dueño del abasto manejaba la idea de que poseían algo de valor como *pedacitos de pasado*, y en cualquier momento aparecería alguien como él, interesado. La mayoría, por la sencilla razón de que nadie se ocupaba de limpiar esos estantes.

“Esta vez será distinto”, afirmó como si dictara una sentencia contra sí mismo. Iría a esa historia, no como estudio organizado de los procesos, tampoco como una vuelta a la inocencia perdida o el deseo nostálgico para el intento de exaltar las bondades de una vida llena de penurias, pero, bella por su sencillez y ejemplo de nuestra superación. No. Las necesidades que encarna el subdesarrollo solamente pueden ser bellas en alguna literatura. “La belleza es armonía, y no hay armonía en la pobreza” —se ratificó, como si estuviese frente a una audiencia. Pero, tampoco se trataba de evidenciar y exponer una vida sufrida, con ánimos de refrendarse a mí mismo, y a sus otros familiares, como ejemplos de superación. Tampoco.

Iba en busca de los silencios, los propios y ajenos, de esas pocas palabras que se pronunciaban con precaución. A preguntar y a interrogarse sobre ellos. Delante de sí ya no había la oferta de cincuenta años más para la espera ni posibilidades de extender una prórroga ante el preaviso de desalojo que la vida desliza por debajo de la puerta a partir de los sesenta años.

“Me propongo ir al espíritu de las ideas que movieron a esas personas, a sus formas, objetos y cosas que implicaron afectos. A los usos, las palabras y el imaginario que los convocó. A lo que de ellos hubo y quedó en mí, tanto por sus palabras como por sus silencios. Una indagación sobre mí mismo, a través de ellos y el país que les tocó vivir. Las cosas y las personas tendrán que empezar a contar sus historias. Deberán hablarme, ensuciarme

y llenarme de sus lodos, de sus lágrimas y sangre. Hasta dolerme". (Diario de Arturo)

En fin, creyó que podía resumir esa intención en el reiterado intento de responderse aquella pregunta que se quedó en su mente, persiguiéndole durante todo el posgrado de Historia, y que quizás fue el detonante para decidirse a estudiar *Historia*: ¿por qué alguien pensaría o haría cosas de tal manera, en una época determinada? Una interrogante, si se quiere, bastante infantil, y que de niño debió hacérsela, aunque no lo recordaba. Una pregunta ligada al *Túnel del Tiempo* con Tony Newman y Douglas Phillips.

— Mis hijos lo decían a cada instante: ¡En serio! ¿Hacían eso? ¿Pensaban así?

Se lo preguntaban como todo muchacho que cree que las cosas existen a partir de su propia experiencia. Con un asombro real. Como si esas cosas hubiesen sido realizadas por seres de otro planeta. Con el mismo asombro que él manifestó cuando se enteró de que *Parangaricutirimícuaro* no era un lugar.

"Imagino que, con el paso del tiempo, son preguntas que dejan de hacerse porque suponemos saber que lo sabemos, o deseamos poner fin a un recuerdo" —comentó a Lubio, algunos meses después, cuando comenzaron a escribirse.

Iba a rehacerse. Al encuentro de su niñez con más de cincuenta años de por medio, siendo otro *Arturo*, empoderado de su identidad. Era difícil saber cómo sería recibido por esas personas que le conocieron para entonces. Como lo sería por aquel *Arturo* de su niñez, y menos todavía por el tal *Guillemito* pregonado por el *Ceretón*. Ir del presente al pasado representa una arbitrariedad y hasta un abuso de poder. Pero el pasado tiene, además de la facultad de ser un inciso recurrente al presente, en mayor grado que el futuro, la exclusividad de un arma letal: puede desnudar a cualquiera con alta probabilidad de ridiculizarlo. Puede golpear, y a quien se descuida, enfermarle con cierta gravedad. El cuerpo no reconoce si una amenaza es real o imaginaria, presente o pasada, su estado de alerta responde igual.

Él, por su parte, no se engañaría. Las cosas serían relatadas, no como falsas o verdaderas, verdad o mentira, sino como le llegaron a su cuerpo, como se hicieron él, y en él. Para lograrlo

debería confrontarse a sí propio, a la familia donde se hizo y a la patria que le contaron. “Y tal vez el resultado sea una nueva realidad —se dijo— creada por mi observación”.

Iba al universo de su memoria con Max Born: con una cierta probabilidad de que lo que buscaba estuviera allí.

Bajo el acecho de la provisionalidad de un país en crisis, con una realidad tan real y efectiva que achata como el peso del agua a una lata en la profundidad del mar. Una realidad, a su vez, postergada de soluciones, y tan continuamente relativizada que, si no fuese porque se debía cagar, comer, dormir, bañar, despertar y cepillar los dientes, fácilmente se convencerían de estar en un sueño, una pesadilla de función continuada, como en aquellos antiguos cines de Maracaibo. Un país donde, como dijo alguien por ahí, para sobrevivir había que tener *fe: familia en el extranjero*.

— Sí, ahí estaba yo, aceptando las *incidencias fantasmales* e insinuaciones del pasado, intentando un escape bajo amenaza —comentó alguna vez a Rolin, unos meses antes de que este migrara a Colombia.

En una ocasión, como dándose una oportunidad más de echarse para atrás o confirmar la decisión, se preguntó si debía realizar ese viaje al pasado. Si era oportuno ponerle una pausa al presente y distanciarse lo suficiente para encontrarse con esos silencios que, por un lado, podían resultar más amables, con los filos limados por el tiempo, para evitarle sentir ni siquiera una incomodidad; pero, por otro lado, capaces de sorprenderle con una verdad inesperada y lacerante. ¿Con cuál pasado se encontraría? ¿Con el de la espada o el del armisticio?

— ¿Por qué me consultas sobre una decisión que ya has tomado? —le dijo el tipo del espejo, un poco fastidiado.

Arturo lo miró concediéndole un tanto de razón, pero resentido de la notoria falta de interés de su alter ego con sus asuntos.

— Okey. Es cierto. Estoy decidido a hacerlo.

Sería el año 2020, en plena pandemia del COVID cuando Arturo optó por aceptar el rescate procurado por los fantasmas y el *Ceretón*. En gran parte porque le ayudaban a salir de aquel estado de sitio donde se encontraba por las frases llenas de conjugacio-

nes verbales en pretérito del liderazgo político. Tomar el salvavidas lanzado para flotar sobre un presente transitivo y transitorio, pleno de argumentos en gerundio, le ofrecía una oportunidad. En fin, que decidió montarse en esa ambulancia que atendía una llamada de emergencia en esa Venezuela resbaladiza, como las baldosas del piso de un baño, donde caminar por ella se había vuelto un accidente. De la tristemente célebre frase “*tenéis razón, pero vais preso*”, mutado ya como un chiste que esconde y expone, al mismo tiempo, cierta admiración por el poder que ejerce el *otro*. Un país que parece sentir horror por la posibilidad de ser consenso, y por eso está constantemente huyendo de sí mismo.

Un país que, a decir de Rolin, se había convertido en una *sensación*. En la mera impresión de estar en un país. Un país orwelliano, donde se renueva el constante reverso de la utopía latinoamericana, para ratificar que sí: la esperanza forma parte de este mal.

Encargó a sus conocimientos de historia la responsabilidad de poner orden sobre aquel escritorio lleno de papeles, de ideas con pretensiones de hacerse tangibles. Clasificó las fuentes y datos, precisó las fechas y acontecimientos históricos, enlistó bibliografía. Puso a disposición un bosquejo de aquella Cabimas que iba desde los inicios de la explotación petrolera hasta 1970.

— Es demasiado tiempo, debes delimitar — intervino el sujeto del espejo, mostrando ya cierto interés.

“No voy a hacer historia” —le respondió. Y se quedó pensando en el razonamiento elaborado por el tipo del espejo, con base en la metodología en los estudios históricos, y en cuanto había aprendido durante las veces que amaneció estudiando con él cuando cursó el posgrado.

Arturo deseaba ir a esa fuente escurridiza que es la memoria de las personas. Indagar en la sinuosidad de sus tinieblas, y en la ubicuidad de sus personajes. Como un ladrón de recuerdos. Muchas veces bajo engaño, y de manera impune. Su vida, ahora, se convertía en un rompecabezas de piezas que se trasmutaban continuamente. Una sábana cosida a retazos, pretendiendo un orden, una normalidad con la cual arroparse, por lo menos, hasta que llegara la hora de dormir.

La historia no sería suficiente. No esta vez. Y, por coincidencia o fortuna —a lo mejor por anhelos— desde hacía tiempo, paralelo a la política y a la historia, había cultivado un amorío infiel con la literatura en la pequeña biblioteca que había venido organizando Ricardo. En esta ocasión, gozaba de una poderosa compañía a la que poco le importaba abrigarse de racionalidad. Una amante extrovertida, liberal, desaliñada, inteligente, capaz de bailar un vals en un castillo, y mostrarse con sus delicadas formas apolíneas, tanto como danzar al son del erotismo de un tango en un burdel o los tambores de Cata, en una noche de lujuria, desnuda en la orilla de una playa, con desenfreno dionisiaco. Puta.

“Como siempre, al pasado llegamos después y, a veces, tan después que ya es tarde. Podría decirse que es un antes al que llegamos después. Los griegos —que pensaron y escribieron sobre casi todo— dicen que Epiménides durmió por 57 años en una cueva y que, al despertar, le contaron como días. Le ganó a su pasado 684 meses y se hizo sabio de su presente en Creta. Fue lo más cercano que estuvo alguien de viajar al pasado, en esa época. Por mi parte no lo haría dentro de una cueva sino con el sueño en vigilia de la narrativa.

Para entonces, ya la literatura me había colonizado sin necesidad de invadirme ni usar la fuerza. Descubrí o me descubrió la literatura. Me encontré que los escritores hacían cosas parecidas a los mundos que yo imaginaba cuando niño. Más felices, con mejores finales y con los errores que se cometen en la realidad, corregidos y acomodados para complacer los deseos de sus personajes y de sus lectores, sean en el papel de héroes o como villanos”. (Diario de Arturo).

Desde su encuentro con *Cumboto* de Ramón Díaz Sánchez, la primera novela que leyó estaba ya unos cincuenta años. La interrogante que ahora se hacía era ¿por qué no había estudiado Letras en el momento cuando estuvo tan enamorado de la literatura? Sin embargo, también, ahora tenía la respuesta: le sedujo y distrajo la política.

— ¿Acaso, estudiar Letras te hubiera hecho mejor lector o escritor? —le volvió a interrogar el sujeto del espejo, repitiendo una acción que ya comenzaba a volverse costumbre.

En el transcurso del texto lo apodaría *Cicerón*.

Arturo no le respondió y prefirió concentrarse en una interrogante propia: ¿habría encontrado, acaso, la hebra que podía desenrollar el nido del *Gonzalito*?

5

Notas de Arturo escritas en Playa Grande

Cuando abrí la puerta, y pasé el umbral, pude sentir que el silencio y la quietud de aquel tipo de soledad me detenían en seco. Una atmósfera espesa cambió el ritmo y la velocidad de mis pasos, aplacó el frenesí que traía desde el exterior. Fue una sensación muy parecida a la que se siente cuando se va en un automóvil por una carretera, y de repente nos encontramos con una masa de agua empozada. La desaceleración me obligó a sentarme sobre un promontorio de tejas cuyo ordenamiento meticuloso daba una impresión de haber sido dispuestas allí con alguna intención de ser trasladadas o vendidas. Me senté, aplacado, como obedeciendo una orden cuya única intención era la de obligarme a observar: las cayenas blancas, las clavellinas rojas y amarillas, los capachos con su ardiente bermellón que no conoce de veranos, el baño con el piso de azulejos ya opacado no tanto por el sucio como por el olvido, donde llegábamos a sacarnos el salitre del cuerpo y veía caer los granos de arena dorados que, desde que supe que se trataban de conchas y piedras desgastadas por el mar durante miles de millones de años, nunca más pisé la playa de la misma manera y sin preguntarme: ¿Cuántos millones de millones de conchas de caracoles estarán aquí? Más allá, la vieja tinaja para el agua donde la guácara solía pegarse por largos minutos, con su baba pegajosa y sus dos cachitos, disfrutando de la humedad de la arcilla. Ahora, cediendo a su propio peso, concha a concha, polvo a polvo, atendiendo de manera rigurosa al llamado de los principios de la tierra. El albañal por donde corrían las aguas del baño hasta vaciarse en la alcantarilla del frente de la casa, donde por las noches mi primo Oscar y yo, cuando no estábamos peleándonos, hacíamos competencias de matar zancudos. Mi abuela Gloria Marcano, con su tabaco con la candela hacia adentro, con su voz aguda cantando en el fogón el Vals de Playa Grande, con cuyo autor Cheché Acosta, se decía, mantuvo una relación amorosa. Aquella era una realidad que imponía sus maneras, su ritmo, su tiempo. Como la mujer que frente al espejo se propone la

forma en que desea ser mirada y deseada, ésta se daba su goce y su gusto mirándose en mis ojos. Una realidad de la cual podría decirse que aceptaba ser fotografiada o narrada desde sus propios términos. Que exigía una mirada al detalle, una respiración pausada, y el silencio y la soledad de todo lo que lleva al origen de las cosas.

Un tiempo lento aminoró los latidos de mi corazón, desahogó mis pulmones y relajó mis músculos hasta quedar integrado, mimetizado en el paisaje. Fui el güareque resolviendo la gravedad, la mariposa levitando y el colibrí suspendido. Concha de caracoles milenarios, musgo y piedrita. Me volví silencio y soledad para recibir el principio. “Tal vez sea cierto eso que dicen de que la realidad existe para hacerse cuento”, pensé.

Una vez aprobada y aceptada mi presencia en aquel lugar, mientras daba rienda suelta al febril interés que me había invadido por captar realidades con el lente de mi cámara Nikon, me pregunté: ¿Qué pensarían las personas a quienes estas cosas le fueron útiles? Y como si hubiese estado al acecho, robando el turno de responder la anterior, llegó la interrogante ¿qué hago aquí? La esencial interrogante que correspondía al momento, la que me llevó hasta allí, y que solo en ese momento podía saberlo. No hay otro momento para hacerse esa pregunta. Es como si algunos lugares pre elaboraran la pregunta que debe hacerse.

Ahora sé que no la hice yo, me llegó de ellos. Las fotos comenzaron a insinuarse, a invitarme a conocer aquellos escenarios de cuando esos objetos fueron nuevos, recién estrenados, placer, vanidad u orgullo de alguien. Forma de ser de alguien. Símbolos de alguien.

Aquel año 2007, en la misa, el Ceretón había abierto el archivo de 1983 cuando me inquietaba una búsqueda, un viaje sin vigía en la cofa de una nave a la cual veía con deseos de embarcarme. Ciertamente, con temor por no tener seguridad a qué puerto me llevaría. En la casa de mi abuela lo sentí, pero no lo descifré. Vi la camioneta Chevrolet verde de mi papá abandonada en el patio, carcomida por el óxido, con los rines sin cauchos, hundidos hasta la mitad en la tierra y el cajón rebosado por todas las hojas y todas las flores de cada uno de los árboles que estaban

sembrados allí. “Una urna de naturaleza muerta” —pensé. Vi la máquina de coser de mi mamá en el pasillo que daba hacia el fogón. Sin embargo, no me interrogué sobre qué hacían allí ni cómo y por qué llegaron hasta ese lugar. En resumen, qué historia los acompañaba. Eran otros ojos los que miraban. También, otras necesidades.

Para ese tiempo no tenía idea de que mi hermana mayor, Nubia, había estado en esa casa siendo una niña de tres años, allá por el 1944. Tan inocente como yo debí haber sido a la muerte de mi mamá, del mundo que acontecía paralelo a su circunstancia: el ejército de la Alemania Nazi en franca retirada de los países que había invadido, y el ejército ruso violando mujeres alemanas; el período de Isaías Medina por finalizar, con un gomecismo que ya parecía extinguirse. La democracia como una joven recién casada que sueña futuro feliz, con casa, muebles y amor. Aires de triunfo, vestida de blanco con algunos detalles rojos, bajo una lluvia del arroz de la abundancia, festejada por eso que llaman ‘pueblo’.

Trece años antes de que yo naciera, diecinueve de que supiera de su existencia y la de un lugar llamado Santa Clara, donde no había mar. Tampoco conocía del viaje que, junto a Lubio, mi hermana realizó uno o dos años antes de la muerte de mi mamá, cuando José María Marcano, mi futuro padre, estuvo preso por actividades de contrabando. “¿Cómo pude estar tanto tiempo sin saberlo?” —me interrogué, mientras intentaba ordenar las ideas en aquel escritorio atiborrado de libros.

La sensación de haber pasado por un ignorante acerca de esa parte de mi vida se convertía en una mortificación. Me llamé estúpido. Hube de reconocer que, para entonces, me dedicaba a mirar sin ver, y sin observar. Debí sentirme seguro de lo que era y de lo que había sido hasta ese momento de mi vida, convencido del relato que sabía. Conforme con el corte y pega de la cinta de celuloide para que la proyección de mi película, a partir de la muerte de mi mamá, continuara sin reparar que la cinta parafinada había unido dos historias distintas con el mismo personaje. Sin detallar el cambio de actores de reparto y la nueva locación que representaba Santa Clara. “La función debe continuar” diría el cerebro, y tenía razón.

6

Notas de Beta Quiva

Cinco años después de la muerte de Herminio, y tres de la de Marcelina, la casita de barro fue derrumbada. Tras varios años de mostrar serios daños en sus paredes, el agua comenzó a filtrarse por debajo y a horadarla. Allí viví con mi madre sus últimos años de vida. Mis hermanas más pequeñas y yo hicimos intentos por ir reparando los daños, pero esta se caía lentamente, como los héroes que nunca caen de un solo golpe sino parte por parte, hasta su último aliento.

Una noche nos despertamos con un torrencial aguacero; serían las 3:00am cuando al colocar los pies en el piso, sentí el frío del agua que se había filtrado y cubría los cuartos y la sala. Un hueco por donde podía haber una persona gateando se había hecho en una de las paredes. Nos vestimos para salir ante la posibilidad de que un derrumbe nos cayera encima.

Esa vez la casa resistió, pero continuó cediendo a la humedad y el paso del tiempo. Eran noventa y cuatro años de estar allí, cinco generaciones de prestar sus espacios para la familia. Fundadora del barrio Santa Clara y testigo de una historia de voluntades para superar necesidades. Así, la casita de barro volvió a ser parte de aquel terreno donde manos emprendedoras habían extraído el material para construirla. En principio fue un refugio, luego una casa donde poder ser parte de un hogar.

Recuerdo esos minutos antes de que la derrumbasen, y la apremiante necesidad que sentí de tener contacto con el piso y las paredes frías de la casita de barro. Fue como un llamado interior. Como si mi cuerpo estuviera conectado a la casita por un vínculo invisible capaz de provocarme cosas reales y llevarme a tomar decisiones.

La vista es muy superior como sentido, pero tocar parece ser definitivo. Algo así como “si no se toca, no es real”. ¿A qué se deberá? Quizás, por ello, cuando las cosas desaparecen físicamente, y a pesar del recuerdo, algo insiste en convencernos de que aquello fue el final. En el mejor de los casos,

en esa lucha por no dejarlas ir, el tacto pareciera ser nuestro mejor sentido aliado.

Así se iba esa parte de nuestra vida. La casita no soportó las últimas muertes. Con Marcelina se había ido la tercera generación de esa familia. En el caso de Herminio y Marcelina, fueron dos formas distintas de sobrellevar las cosas en vida, y, también, dos maneras distintas de morir. El primero, sembrado hasta su muerte como otro árbol más en su casa y su patio. Ejerciendo el control y la vigilancia desde la mesa, frente al aparato de radio y con el clavo grande de hierro que servía de pasador, con el cual controlaba las llegadas tarde a la casa. La otra, dispuesta a desprenderse hasta de su herencia familiar para servir durante tres, y hasta cuatro generaciones: a sus hermanos, los hijos de sus hermanos y los hijos de los hijos de sus hermanos con sus hijos. Herminio con sentimiento de abandono, Marcelina siempre rodeada de una atención, por demás merecida.

Para el dolor que pudo haber en el corazón de quienes llegaron allí por situaciones dramáticas, en un viaje cargado de sentimientos de abandono, no habrá analgésico, ni relajante para el alma, más que mirarse al espejo y tratar de responder una sencilla como profunda interrogante... una que yo me he hecho: ¿Cómo ha sido posible que hoy me encuentre aquí? En ese caso no habría pleonismo en la frase "Me interrogué sobre la pregunta". En adelante, todo dependerá de cómo cada uno de nosotros valore y asuma lo que ellos nos dieron, con escasez o abundancia, con razón o sin ella, con o sin amor.

El día que se fueron para Maracaibo fue para mí como si me hubieran arrancado un pedazo del corazón. Lloré mucho. Y todos los días, a esa hora exacta, las 12:00m, aún escuchaba en la sala el tema de Merrie Melodies, fantasías animadas de ayer y hoy. Entonces, corría hasta allí, para comprobar que se habían llevado el televisor. Una parte de mí sabía que ya no estaba allí... otra, no.

Yo, al menos, siempre tuve a mi madre en esos días de la niñez en Santa Clara, pero entiendo que todos los demás estaban en otra situación. En cierto modo, aquella era una casa de niños huérfanos. Por lo demás, nuestras penurias fueron tan compartidas como nuestras alegrías inventadas. No hubo

niño Jesús, ni tortas de cumpleaños. Inventábamos las piñatas con las bolsas vacías del pan. Cuando se fue Guillermito me quedé sin juegos.

A veces pienso que, ese día, dejé de ser niña. Que mi niñez se fue con él. No creo que otras cosas sean capaces de llenar todos los vacíos. Es posible que, para algunas cosas y personas que llegan después a nuestra vida, construimos y estrenamos nuevas habitaciones.

Del día del entierro de Herminio, recuerdo muchas cosas. Algunas agradables, a pesar de la situación; otras, desagradables. Jamás olvidaré lo que sentí cuando estábamos en la sala y nos disponíamos a sacar la urna para llevarlo al carro fúnebre. Fue como si alguien me diera dos palmadas en el hombro; era una mano suave como un algodón, familiar. Me volteé creyendo que pudiera tratarse de Julia o Isbelia, pero no había nadie a mi lado... siempre he pensado que fue el Alma de Herminio... lo sé porque esa palmada fue siempre su única manera física de mostrarme afecto y jugarse conmigo. Algo me dice que fue él, despidiéndose... y si no fue, me gusta creerlo.

Ahora estaba convencido de que fue en aquella misa cuando comprendió el llamado. Y, tal vez, el *Ceretón* y el padre Alburquez no eran más que distintos locutores de un mismo programa, de una sola emisora, y una única señal que captaba el radio Graetz. Hasta entonces no lo sabía. “El principio es el fin”, se dijo como quien encuentra una respuesta universal.

La visita a la casa de su abuela en la década de los ochenta se le revelaba ahora como una premonición. Un toque que le había sido dado cuando aún no poseía la madurez, el conocimiento, el espíritu, o quién sabe qué cosa para descifrarlo. “Hay un tiempo para todo”, recordó el *Eclesiastés* 3. Y encontró en su memoria afinidades escondidas con **“Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo que pasó”**.

¿No te parece que hay un poco de la relatividad de Einstein en esa frase? Le dijo Rolin en cierta oportunidad.

Aunque dudó de la posibilidad de que se puedan restaurar hechos causados con dolor, y de que la muerte fuese capaz de zanjar todas las deudas, Arturo sentía que aquellas palabras del *Eclesiastés* viajaban por el tiempo humano como *verdades inmortales*.

Y, sí, tal vez las parábolas no pasen de ser la manera de expresar las percepciones que podían tener los antiguos sobre la relatividad del tiempo y los fenómenos cuánticos. Antecedentes de las fórmulas físicas y matemáticas que se conocieron muchos siglos después. En fin, la aleatoriedad siempre ha existido.

Por supuesto, él no podía ver las cosas como las vería un dios. El recuerdo se iluminaba como si alguien hubiese encendido uno por uno, y gradualmente, los cenitales en cada lugar preciso de un escenario para que él como espectador en primera y única fila pudiera verlo. Y la casa húmeda, melancólica y pesada de su abuela, se le hizo generosa y liviana. Podía flotar en su atmósfera, oler sus aromas mezclados de café recién colado, con tabaco, salitre, leña y perfume de flores; palpar la sedosidad del capacho, la humedad de las paredes; oír el motor de la camioneta Chevrolet de su papá y el engranaje de la máquina de

coser *Singer* de su mamá, parecido al sonido del motor de un Volkswagen escarabajo. Pudo ver el auto que llevaría con urgencia, el cuerpo de su madre hacia Carúpano: el reloj. Los labios pintados de color fucsia, el rostro blanco y sus ojos negros, y el amasijo de hierro, vidrio, gasolina y aceite del choque. Oír el llanto, los gritos, los cohetes, y el *Feliz Año*. Las fechas comenzaron a coincidir, y el calendario de su vida se le mostraba organizado como los taquitos de los calendarios que en diciembre regalaban los comercios, con las fechas en negro y rojo, y que tenían *frases célebres* de *hombres célebres* en el reverso.

Aunque puede haber *frases célebres* de *hombres no célebres*. Hasta podía verse así mismo, olerse y tocarse. Desdoblado como *El hombre par*. El pasado se le mudó justo al lado, con patio contiguo al presente. Y nunca como ahora le hallaba sentido a la frase de Benedetto Croce *Toda historia es historia contemporánea*.

El pasado era es, hoy. Leopold Bloom.

A partir de allí fueron meses de una continua y creciente actividad de imágenes relativas a su niñez entre Playa Grande y Santa Clara. Y su Guillermito de entonces se mostraba tan claro que podía detallarlo: moreno de cabello lacio negro, robusto de cuerpo, no gordo —algo barrigón— nariz perfilada, ojos negros y boca pequeña. En fin, como la fotografía que, de esa edad, no tenía y nunca había podido ver en los registros familiares. Las suyas no eran familias de *registros familiares*. Una cámara era demasiada ambición. Arturo no recordaba que, en esa casa de Santa Clara, ni en la de Playa Grande, se hubiera tomado una foto. La vida era, no posaba.

¿Estaría allí la respuesta a esa obsesión por la fotografía que me ocupó durante mucho tiempo?

Se interrogó sin procurar una respuesta. Hizo un intento por recordar si alguna vez se había visto siendo un niño en una foto, y una imagen relacionada con un cartón de notas se asomó, pero no se quedó lo suficiente. Fue una imagen difusa que se desvaneció como la acetona, dejando un olor a papel viejo y las formas de unas letras escritas con una máquina *Brother* que marcaba unas letras más negras que otras, y a veces se mezclaban el negro y el rojo. Las mayúsculas venían con sombrero rojo.

Todo le llegaba acompañado de interrogantes, no siempre coherentes, a veces sin respeto a la sintaxis. Algunas ni siquiera vestían el signo de interrogación. Pedazos de imágenes y retazos de frases parecían luchar o jugar para asomarse, tal vez para darse de interesantes. En todo caso, todas insinuaban una invitación. Debía ir a la casa de Santa Clara. A esa otra locación de la película.

Cuando se dio cuenta, de recordatorio había pasado a exigencias con visos de increpación. Se establecieron en el archivo de asuntos pendientes, de primeras en el casillero. De manera que, cada vez que abría su memoria, su carpeta saltaba a la vista con osadía, reto, a veces desesperados y con urgencia de ser indagados. Tal vez con la marcada intención de volverle una víctima más de la larga fila que conforman todos quienes llegan a la edad de querer hurgar un poco en aquellas cosas de su pasado. Una necesidad quizás promovida por tener tiempo libre para ello, o porque a determinadas edades la vida ya no da cosas, sino que comienza a quitarte. De manera que ir al pasado se vuelve una zona segura donde comprar tiempo, inventariar pertenencias y ahorros espirituales antes de que el olvido del Alzheimer progresivo lo declare posible de ser expropiado.

O tal vez iba al pasado para el propósito de rebelarse.

Por momentos, los sucesos y las personas se comportaban como en un baile de disfraces, algunos con antifaz: ¡A que no me reconoces! Llegaban a decir, de manera pícara, como aquellas *Negritas* de los antiguos carnavales. Asomados en una esquina, en un rincón o en cualquier canción, guiñando el ojo de “estaremos por aquí por si cualquier cosa”, y lo invitaban a pasar un rato con ellos en lugares complacientes, a la medida de su soledad. Al principio Arturo fue abordado mientras dormía, luego cuando leía. Años más tarde, con la crisis, mientras llegaba la luz, al acostarse y después al levantarse. Entonces, apareció el COVID con su secuela de encierro, soledad y su hermana la nostalgia. No tenía escapatoria, y, acaso, tampoco deseaba tenerla.

Hubo entonces de encargarse de la situación.

Afirmó su importancia como animal consciente racional que avanza silogísticamente desde lo conocido a lo desconocido y como reagente consciente racional entre un microcosmos y un

macrocosmos ineluctablemente contruidos sobre la incertidumbre del vacío. Recordó y buscó ese pasaje de *La montaña mágica* de Thomas Mann.

Pensando en *El Lector* lo escribió y lo borró dos veces.

Fue así como, pasados quince años, desde la muerte del tío Herminio en el año 2005, decidió volver hasta aquella casa. Casa para refugiarse de lo que existe afuera, a los lados, y arriba en el universo. Casa sencilla de dos aguas, sin alardes del friso, construida con emergencia y a retazos, con cemento comedido y pintura de tercera, con un Zinc que soportó rigores sin pedir tregua a los elementos ni renunciar a ese cielo, por lo general celeste y de pocas nubes. Casas que no saben y resienten; no oyen y suenan, no ven y se muestran. Que no tienen responsabilidad alguna y las asumen. Hasta el límite de soportar el olvido y la desintegración. Casas llenas de significados. Donde habita lo trascendente que es oculto a la vista de quien solo pasa. “Siempre queda una casa en la memoria” —escuchó a *la voz profunda del Celacanto*.

Casa del recuerdo que lega la piedra, la arena, la cal, la pintura, la madera y el Zinc. Casa desgastada por el uso, como una prenda de vestir que, con el tiempo, adquiere la forma de quienes la habitan, y el talle, el olor, la vibración de sus voces, y el ritmo de los pasos.

Casa donde se hizo la fundación de nuestra individualidad. Lo de adentro que no tiene afuera, a no ser en nosotros quienes la vivimos. La que se esforzó por dejar de ser edificación de resguardo para convertirse en hogar. La que se mira en el espejo de nuestros ojos para ratificarse íntima e imperturbable hasta la muerte que, capaz, tampoco la inquiete. Casa de pasos largos y pasos cortos, de pasos altos y pasos rasantes, de pies descalzos y pies calzados. Casa del rincón donde agazaparse para sentirse seguro y oculto. Casa donde pasamos las pruebas que nos impuso: la de tropezarnos con sus desniveles y caemos, la de golpearnos con sus marcos, raspamos la piel con sus paredes corrugadas, y herimos con sus clavos sobresalientes y oxidados. Casa que te hace sentir en ella, un pedazo de ella. Que no recuerda porque ella es el recuerdo. Casa que dice “Me abandonaste”. Escribió Arturo en sus notas.

Con cautela abrió la puerta trasera sin que sus cerraduras y bisagras se enteraran. Cuidó de no espantar el pasado, no remover el sucio del piso y de las cosas, ni que el sonido de los pasos interrumpiese la conversación del silencio con el viento entre las rendijas de las puertas y de las ventanas. Ya sabía que el techo de Zinc se encontraba muy deteriorado. Antes, Beta se persignó como si entrara a un templo.

— ¿Qué sentiste? —le preguntó Arturo.

Artidoro Manaure y Lucrecia Quiva vivieron un siglo. Se llevaron consigo la tristeza de hacerlo por demasiado tiempo como para tener que ver morir a dos de sus hijas y una nieta. Se conocieron a mediados del siglo XIX y se enamoraron en tiempos de odio, toque a degüello y devastación. Se dieron amor para atenuar la tristeza distribuida entre todas las casas y procuraron los besos que permitía el apuro por buscar agua y comida. No hubo suficiente ni demás, solo carencia, en aquella tierra desolada tras cinco años de Guerra Federal. Ni siquiera el premio, no del triunfo sino de la derrota del otro, valió la pena, pues la única manera de ganar hubiera sido evitándola. Al cabo, la única victoria para ufanarse había sido regresar vivos.

“¡Cómo se puede luchar por cinco años sin saber qué se hará una vez conseguida la victoria! ¡Tanta muerte para colocar a un hombre que luego abandona la presidencia!”. Así valoraba Artidoro aquel pasaje cuando Juan Crisóstomo Falcón dejó el gobierno abandonado, extenuado de nada, de no saber qué hacer. Era la conclusión de aquellos cuentos, seguidos por un escupitajo de chimó que -al igual que a Misael Yajure- le fungía de punto y aparte en su narración.

El grito de Tirso Salavarría en Coro lo agarró siendo un recién nacido, y el desenfreno que duró décadas, toda su adolescencia. Él mismo participó en una o varias de esas escaramuzas de montoneras que continuaron dándose, ya concluida la guerra larga. Cuando tenía 12 años se sumó a la llamada Revolución de Coro en 1875 bajo las órdenes del caudillo León Colina, para pelear por las mismas cosas que habían luchado sus padres cuando él apenas nacía. En esta ocasión, contra uno de sus propios líderes federalistas de entonces, Antonio Guzmán Blanco.

Conoció y se casó con Lucrecia Quiva. Una tarde salió a recoger las cabras del monte para llevarlas al corral y no regresó. Estuvo perdido por varios años. Se apareció un día en el umbral de la puerta, vacío de pertenencias y lleno de relatos donde el espíritu cruel y asesino de Martín Espinoza y sus trece fieras, al mando de Ezequiel Zamora, parecían mantenerse:

‘El perro todavía vive’ —repetía. Y como pelear en montoneras resultaba lo más común para entonces, dieron gracias a Dios porque hubiera regresado con vida, le calentaron café y le hicieron almuerzo. Nadie le volvió a preguntar sobre sus años de ausencia. Retomó la vida en donde la había dejado, con su mujer y sus hijos, quienes, al parecer, habían estado esperándolo por tres años, como quien espera a alguien mientras va al abasto por una mascada de tabaco.

El día que nadie sabe cuándo se fue, Artidoro lo hizo —según él— alimentado con otra de esas tantas utopías que se han sumado desde la conquista; algunas heredadas y otras copiadas. Todas fallidas. Con sus abuelos fue “La Independencia”, con sus padres la llamaron “Federación”, y con los hijos “Restitución de la Federación”. Lo que se buscó en 1859 y debía lograrse en 1863, aún se peleaba en 1880.

Regresó cargado de distopía. Se fue para enfrentar a los que tenían, años más tarde no quedaba contra quien pelear, pues nadie tenía. Ni siquiera estaba ya la posibilidad de ser vendidos a los ingleses para hacer jabón con su carne y mangos de bastones con sus huesos, como decían los federales en los pueblos para ganar adeptos a su causa. Hubo quienes lo creyeron y cegaron vidas, y entregaron la suya para evitar que la mentira fuese verdad. “Ahora no nos queda carne ni huesos que vender” —afirmaba con decepción, tras la pausa del escupitajo.

Con su sombrero de paja sombreando la mitad de aquel rostro prolijo en facciones Caquetías ¿o Arawacas? De ojos hundidos, nariz aguileña y frente amplia, Artidoro miraba al camino de tierra que lleva hasta su casa en Carazao: un pequeño caserío desconocido, de una sola calle de tierra y varios senderos, por donde arriar las cabras, ir al conuco o cargar las mulas con cuero de chivo para negociarlos en las islas cercanas; un pueblo al cual sus habitantes omitían nombrar para incluirse en el más general de Coro o Falcón. Una casa con paredes de barro y techo de tejas, mujer, muchachos y un corral con tres cabras y un chivato. Una cerca de palos y alambre de púas, enredada de piras, a la espera de lluvias que, por lo general, pasan de largo. No teniendo nada era fácil convencerlos de que peleando regresarían con un poco más de lo que no tenían. Un poco más es suficiente

cuando no hay nada y, ante la impaciencia del hambre, siempre ha sido más fácil explotar las emociones de la guerra que emprender el tedioso camino del diálogo y los acuerdos. Y a las guerras, ya se sabe, unos van con hambre de gloria y poder, y otros con hambre de comida. La sangre que corrió, sin embargo, no llegó a regar sus piras. Al final, los hombres regresaron con un poco más de menos.

Décadas después, con sesenta y siete años encima, seis de sus siete hijos, y con algunos nietos, se propuso otra aventura. Ya sin edad para utopías, un chorro de petróleo los empujó hacia el Zulia. Esta vez la meta por alcanzar estaba allí, más cerca, no en Caracas. La riqueza salía del suelo y no se requería pelear para morir. La muerte misma tendría otras maneras distintas de acontecer. Los que podían y tenían suerte de conseguir a alguien que tuviera un automóvil, en ese tiempo, lo hicieron de esa manera. Otros más, en burros, mulas o caballos, la mayoría a pie. A través de caminos abiertos a fuerza de machete decenas de corianos emprendieron la travesía. Tardaron cuatro días desde Carazao para llegar a Cabimas y ayudar a fundar un caserío. En los campos petroleros, por lo menos tendrían trabajo y una paga. Llegaron miles. Campesinos analfabetos cuya única aspiración era dejar de pasar hambre. “Si debíamos desmalezar con los dientes para avanzar, lo haríamos —expresaba con dramatismo el tío Herminio, mientras contaba la travesía—, en Coro ya no se aguantaba la necesidad”. Salir de allí significó una apuesta de todo o nada. Cansados de regresar, en esta ocasión se desplazaron sin retorno. Lo cumplieron. La gran mayoría se quedó y formó familia en las nuevas fundaciones que la explotación petrolera trajo a Cabimas.

Un día les cayó un aguacero de esos que borran los caminos. Los senderos de tierra se transformaron en una pastosa arcilla donde las cabras y chivos, burros y mulas, y los pocos caballos se atascaban. Cortaron ramas de cujíes e hicieron un techo entre dos árboles. Ahí estuvieron toda una tarde y madrugada estacionados. “Llovió como si la naturaleza nos estuviera enviando un mensaje” —dijo el tío Herminio. Para algunos, tanta lluvia no podía ser otra cosa que una confirmación de haber tomado la decisión correcta, habida cuenta de la sequía en Carazao; para

otros, un mal presagio de lo que les esperaba, la naturaleza, quizás Dios, advirtiéndoles. Temor y voluntad enfrentados. Con el paso de las horas todo parecía abonar razón a estos últimos, pues llovió tanto que algunas gallinas y perdices se ahogaron sin poder salir de las jaulas, arrastradas por el lodazal. Otras se salvaron porque los dueños recurrieron a guindar las jaulas en las ramas de los árboles. Los hombres y mujeres mayores se metían hasta las rodillas para sacar del lodo a sus animales de corral. “Todavía escucho los gritos de un pequeño marrano hundiéndose en el lodo” —recordaba la tía Marcelina. Sin embargo, quien parecía tener mayor disposición para ofrecer información era el tío Herminio, pues por lo general, cuando a la tía Marcelina se le intentaba precisar algún dato solía responder: “Eso fue en el tiempo de María Castaña”. ¿Viviría María Castaña?

— ¡Amarren a esos muchachos como si fueran cabras! —gritó alguien.

Amarraron a los niños con mecates a su cintura para evitar que la corriente de lodo pudiera llevárselos. Artidoro, sus hijos y nietos lo hicieron, además, con sus tres cabras y su chivato, para proteger el único capital con el cual contaban para *comenzar a vivir otra vida*. La de Carazao había muerto.

Allí estuvieron compartiendo las viandas con piras, las más privilegiadas con chivo salado y arepa pelada, alrededor del fuego que permitía el viento y las goteras. Empapadas y con sus faldas llenas de un lodo amarillento, las mujeres organizaron tandas para ir a cambiarse, ocultas, y hacer sus necesidades detrás de cualquier arbusto, pues cuando la necesidad apremia el recato moral se relaja. La mayoría secaría sus ropas al caminar.

Al llegar a Cabimas cada grupo buscó un terreno donde asentarse. La tierra prometida debería tomársela y, esta vez, no sería con otra guerra a caballo, fusil y machete sino con la ayuda más inesperada: la del extranjero. Llegaron tantos que el sector lo llamaron “Corito”, un etnónimo para recordar su origen. La dictadura se haría la vista gorda. Total, esas tierras no eran tan apetecidas por quien era para entonces, quizás el mayor terrateniente del mundo con cerca de 45 mil kilómetros cuadrados de tierra en Aragua, Anzoátegui, Bolívar, El Tuy y San Juan de los Morros. Las empresas extranjeras obtenían mano de obra

barata y Gómez sus regalías de un negocio más. Esta vez, todos parecían ganar en un país donde muy pocos podían declararse ganadores.

Artidoro y algunos de sus hijos varones se asentaron en el sector que más tarde llamaron *Las 40* y donde la empresa *Venezuelan Oil Concessions* construiría una urbanización para sus trabajadores. En Santa Clara se quedaron Lucrecia y los hijos de Olegaria, su segunda hija que no se atrevió a realizar el viaje para Cabimas. Desmalezaron y deforestaron el terreno donde levantarían *La casita de barro*. ¿Por qué no se vino María Olegaria con sus hijos? Sería una pregunta con cien años sin tener respuesta. Una de las preferidas del silencio acordado y la imaginación que la inquieta.

Todavía, treinta años después cuando Arturo llegó siendo un niño, podía ver en el patio la fosa de la cual sacaron gran parte de aquel barro. Estaba entre la mata de tamarindo y la de manga con sabor a medicina, a unos cinco o seis metros de la cerca que colinda con la casa de los Rodríguez. Las paredes de la casita se levantaron con una elaborada estructura de caña brava amarrada con cocuiza la cual se iba rellendo con una argamasa de tierra, arcilla, conchas de coco y piedra de ojo; con columnas y vigas de madera. Se colocó un techo de Zinc y se pintó con cal, a la cual le echaban pedazos de sábila para darle consistencia y adhesión.

Marcelina Manaure, la hija mayor de Olegaria, fruto de su relación con Antonio Serrano, trajo un cura para bendecirla, pero también, previa consulta con el brujo Cedillo del R10, colocó limones en cruz por los rincones y una escoba detrás de la puerta para espantar las malas visitas. Sembraron yuca, piras, e instalaron el corral para las tres cabras y el chivato que lograron traer. Cuando Catalina Manaure (la menor de los cuatro hermanos) tuvo sus hijos, se asignó una a cada uno de ellos para su cuido y ordeño. O, quizás, para marcarles su procedencia con la mirada buena de una cabra, el olor a boñiga y orine, y ese quejido de soledad e indefensión del berrido que nos recuerda sentimientos propios.

9

La mirada de Nubia Manaure

En los años que vivió en Santa Clara, para Nubia el mundo giró en un solo sentido: superar la situación en la que había vivido y salir de Cabimas a como diera lugar. Una idea obsesiva que poco a poco se le hizo proyecto personal, y cuyo desenlace, con o sin propósito, redundó en un cambio para todos, por la sencilla razón de ser ella quien cargó con *el peso* de esa familia.

Quién sabe si en su niñez fue una idea marcada por el terror que tenía a las culebras que, con frecuencia se metían en *La casita de barro*. O la oportunidad que tuvo de comparar distintas formas de vida cuando Marcelina Manaure la llevaba con ella a las casas de las urbanizaciones de los gringos.

Con toda seguridad cuando ya era una joven, fortalecida por la circunstancia de que, en Maracaibo, había logrado entrar en contacto con muchachas procedentes de los sectores medios en ascenso, que tenían, no solo una mejor calidad de vida, sino también otras formas más urbanas: acceso a la telefonía, la televisión, el cine, los supermercados *TODO* y las tiendas por departamento. Cosas aún extrañas y lejanas para la mayoría de las personas en Santa Clara, un lugar al cual los jóvenes que salían a estudiar en Maracaibo o Caracas acostumbraban a definirla como *monte y culebra*.

A las personas mayores, oír a los jóvenes con esa expresión los colocaba en esa tensa situación de tener que aceptarla como la referencia de una realidad acordada, pero a su vez, imaginarla en esas otras significaciones. Sin duda, era verdad: había mucho monte y culebra. Y había, también, otras verdades. *Monte y culebra* pasaban a ser memoria y querencia, atraso y obstáculo, emigrar o quedarse. Y, como suele pasar, mientras los jóvenes se descubrían en nuevos conceptos, los viejos no requerían conceptos para decodificar el mensaje de sus hijos, pues a cierta edad el corazón se hace sabio de vivir con los conceptos que le son suficientes. Pero, cuando se es joven, aun cuando no se emigre de lugar siempre se puede emigrar en el pensamiento.

“Hay un discurso para el cambio, y hay un cambio en el discurso”. ¿Dónde leí eso? Intentó recordar Arturo, al reflexionar sobre las diversas formas que adquieren los relatos sobre situaciones similares.

Con los años aprendemos que las palabras nunca vienen solas, contienen una carga emocional y una historia personal de quien las dice. Y no siempre con el interlocutor enterado a sí mismo de lo que dice. Las palabras y su sentido llegan a hacerse de cierta autonomía para andar solas y, en no pocas ocasiones, sorprender a su portador. ‘No quise decir eso’ es muy común escuchar una vez que se piensa en las palabras pronunciadas. Algunas veces por excusa, otras por no tener dominio sobre ellas. Como si el personaje del autorretrato saliera del cuadro, saltara el marco y le hablara al pintor.

Arturo siempre fue de la opinión de que, en el caso de Nubia, la expresión *monte y culebra* sobrepasaba cualquier sentimiento de ameno, intención de desapego, o de desprecio a su lugar de origen. “Eso hubiese sido fácil: un trabajo y un hombre de buena presencia”, pensó.

Con ella fue como si la realidad que la oprimía, más allá de la geografía, de lo social y cultural, le hubiera lanzado un reto. Un reto de negación mutua, cuya solución final no podía ser otra que asumir su superación como una misión personal. Obsesiva y estoica, como la de Marcelina Manaure.

Santa Clara era un lugar ausente de los cambios que se ocurrían allí mismo en Maracaibo, a ocho kilómetros, pasando el puente. Muy pocas mujeres usaban pantalones, a pesar de ser una moda extendida en las ciudades. La tía Marcelina nunca usó pantalón, tampoco Amada Quiva. Ni aún las más jóvenes de aquella casa fueron vistas usando jeans hasta muy entrados los años setenta. Nubia fue una de esas pocas mujeres que causaba extrañeza cuando se paseaba vistiendo de pantalones, luego de haberse casado.

La gran mayoría de su extensa familia se quedó allí, en Cabi-mas. ¿Qué mantiene a unas personas apegadas a lugares donde vivir es un acto de heroísmo? Se interrogó Arturo. “Quizás el mismo heroísmo”, se respondió a sí propio.

Hay quienes no vislumbran la posibilidad de emigrar, aunque la realidad sea terrible. Algunos hasta encuentran virtudes en las falencias. Tal vez la fuerza de sentirse resguardado con lo que se tiene prive sobre la incertidumbre del cambio, y la misma realidad que lleva a huir a unos ejerce fuerza de atracción para quedarse, en otros.

Nubia, por su parte, sintió resguardo en el distanciamiento.

— “Ahí está Nubia convencida de que debe continuar el legado de la tía Marcelina —dijo Misael Yajure a alguien, señalando con un movimiento de su boca a Nubia, cuando bajaba del automóvil.

¿Es el legado? ¿O es ella? Pensó Arturo.

Nubia tenía años sin ir a Santa Clara. Sin embargo, mantenía una constante comunicación con Beta, en términos familiares y con relación a la limpieza y resguardo de aquellos terrenos de los cuales era heredera por decisión de sus tíos Marcelina y Herminio Manaure.

La recordaban como una mujer elegante y hermosa. De buena estatura, blanca y de pelo negro; delgada, de piernas largas y paso raudo como si quisiera dejar algo atrás, y su caminar lograra que el tiempo pasara más rápido. En sus años de juventud mantuvo contados noviazgos muy bien escogidos con hombres de buenas familias. Quizás el más recordado por la tía Marcelina fue el de un joven llamado Adaulfo Rincón. “Era un buen hombre” —decía, hablando sola. Por ello, Arturo se hizo la idea de que para la tía Marcelina, Adaulfo Rincón fue el yerno que hubiera querido tener. Nubia estaba en conocimiento de esa preferencia de la tía Marcelina. En realidad, todos lo estaban, pero guardaban silencio. Un tema por demás delicado para exponer en cualquier reunión familiar, y del cual nunca se habló, salvo por esas referencias susurradas por la tía Marcelina mientras amasaba o lavaba los platos. Con el tiempo dejó de hacerlo, y el *fantasma* del nombre *Adaulfo Rincón* dejó de mudarse con nosotros como en la tercera casa.

Nubia conoció a Benito Urribarrí, con quien se casaría y establecería una familia, al ingresar a la Universidad. Era otro tipo de persona. De pensamiento más moderno, locuaz, hiper

activo; quizás, menos familiar, pero, con una mayor y muy distinta ambición de cara al futuro.

Desde la perspectiva de Nubia Manaure, apostar a vivir con un hombre de Santa Clara significaba repetir el destino que había seguido la mayoría de las jóvenes en ese barrio, donde los hombres no tenían otro futuro más allá de los pozos petroleros. Ella proyectaba algo más. Adaulfo Rincón era un buen hombre, un caballero, de buena familia, pero formaba parte de esa cultura. A veces el amor no basta y se requieren otras cosas como compartir proyectos y ambiciones. Ciertas similitudes inexplicables, como dice María Zaragoza en una de sus novelas.

Para Nubia Manaure salir de Santa Clara fue una desiderata. Nada ni nadie, en absoluto, la desviaría de ese propósito. Benito Urribarrí se presentó como el hombre que, además de enamorarla, cubría esos anhelos y esas expectativas, ese proyecto atesorado. Nubia Manaure tenía un ideal más proyectado para la época, resguardado de las carencias y las creencias, y se abrazaba a él como un náufrago a una tabla salvavidas.

Arturo no llegó a conocer a Adaulfo Rincón, y si lo conoció no lo recordaba, salvo por esas pequeñas y ocasionales frases de la tía Marcelina. Y más tarde, por las fotos recabadas en su investigación. A Benito Urribarrí, sí. Lo recordaba con especial distinción desde la vez que, en unos carnavales, lo vio aparecerse una noche disfrazado de Gallo. Andaba con Filmo Ruiz y Edelmira Cárdenas, quienes vivían en las Cinco Bocas y la “L” respectivamente. El traje le quedaba espectacular. Por su altura, parecía un gallo gigante. A Arturo le dio mucha risa verlo bajar del automóvil y emitir sonidos como un gallo, mover los brazos y hacer el mismo movimiento que él veía en los gallos cuando buscaban aparearse con las gallinas. Ese día pasaba a buscar a Nubia para irse al *Club La Salina*, donde se organizaban unos bailes de carnaval reconocidos por la calidad de las agrupaciones que se presentaban.

Los Clubes y Campos de vivienda de las petroleras eran otro mundo. Uno que Arturo no llegó a conocer en su niñez, a no ser por las expresiones que salían de boca de la tía Marcelina y Amada Quiva, donde se combinaban asombro y envidia, admiración y respeto. Un ellos y nosotros. Con un *nosotros* queriendo

ser *ellos*. Un mundo totalmente contrario a los barrios de la periferia. No había ni siquiera formas de comparación. Se trataba de realidades tan distintas que la frase *ese es otro mundo* resultaba perfecta. Las palabras: *carretera, casa, sanitario, ornamentación, parque*, no existían fuera de allí. Al entrar a cualquiera de esas urbanizaciones e instalaciones se tenía la sensación de que, en Cabimas, coexistían dos universos paralelos: el de la Cabimas anarquizada, con ranchos de barro, tablas y Zinc, con calles sin asfaltar, trochas y pozas del petróleo derramado, desde cuando *El Barroso* estalló con aquel inmenso chorro de cuarenta metros de alto. La otra Cabimas, la de los campos y urbanizaciones de las compañías: diseñadas, con carreteras de asfalto demarcadas, aceras y brocales, jardines, escuelas y canchas de tenis. Una división que no requería un discurso que la nombrase, pues la forma era el contenido.

“Sí, en Cabimas hay una violencia no dicha”, se dijo.

Recordó el libro *Historia de las Ideas* de José Gaos que había leído durante el posgrado, y en el relato de Samuel Smith sobre *El Barroso* que formaba parte de esa otra historia que vive en las anécdotas.

Los seres humanos tienen esa capacidad de recordarse a sí mismos desde la historia más complaciente: la de las virtudes infladas, y los vicios contrabandeados como parte del *alma nacional*. “Quizás como recurso de sobrevivencia”, pensó, tratando de establecer una hipótesis.

Las historias patrias tienen sus oscuros vacíos y sus mundanas sustancias ocultas. ¿Cuántas tragedias, horrores y miedos se esconden en muchos de esos cuentos que nos contaron, y que nos resultaban heroicos?

Se preguntó, al tiempo que se imaginaba la desesperación que debió sentir toda esa gente, y las siguientes nuevas calamidades que supuso mudarse de esos lugares tras *la lluvia negra*. “*Se dice rápido*”, acostumbra a decir la gente. Una frase que debería ser un epígrafe obligado de los historiadores al tratarse de realidades que solo pueden ser toleradas desde la distancia del narrador. “*Desde la ausencia*”, como diría Villoro hablando de parte de la historia de México. Que no es lo mismo, pero es igual.

El pote de galletas surtidas *Bagley* que la tía Marcelina trajo de *La Hollywood* fue por mucho tiempo lo más cercano que Arturo estuvo de conocer la vida en esos campos. Al repartirse le tocaron dos: una de chocolate y la otra de vainilla. Las trozó en pedacitos para tener varios placeres.

Llegó a pasar largos minutos procurando que el deseo lo llenara de galletas, y en uno de esos *de repente* abrirlo y encontrarlo lleno para hacerse de cuantas quisiera. Cansado de mirarlo sobre el escaparate con sus letras blancas sobre rojo y azul, y sus orlas plateadas, y de abrirlo para conseguirse con novillos de hilos, y de agujas, el pote le quedó como un portal para ingresar a ese mundo de donde provenían las galletas *Bagley*. Un lugar crujiente con sabor a vainilla y chocolate, donde la gente podía viajar a la Luna tan normalmente como ellos iban a Tía Juana, Las Morochas o Maracaibo.

Un lugar que solo pocos años más tarde ocuparía el panqué *Once Once*.

“Monte y culebra”.

Nubia siempre lo decía, recordó Arturo, con la actitud de quien descubre un asunto que asombra por ser tan obvio. “El terror hacia las culebras”, se repitió. Y le halló sentido a por qué el recuerdo de la vida de Nubia en Santa Clara estaba asociado al día cuando se mudaron de *La casita de barro* para la casa del tío Herminio.

Muchas veces la verdad suele encontrarse en las cosas más sencillas, y más a la vista de lo que se cree.

Al pasar de la calle Falcón a la casa de Santa Clara, Nubia sintió el impacto, tanto de la voracidad como la infalibilidad del tiempo. El álbum fotográfico que su memoria conservaba de aquel lugar se desdibujó ante la realidad. Las imágenes se le cayeron del álbum como las hojas de un árbol en el otoño de esos países con cuatro estaciones. Durante el trayecto se había mantenido apegada a las imágenes que hacía un poco más de veinte años registraba en su memoria; por ello, lo que sus ojos veían tenían la violencia del desencanto. Arturo pudo notarlo. Él mismo lo había sentido hacía un año atrás cuando fue a buscar al tío Herminio para llevarlo a Maracaibo. Y aun cuando se lo había referido a su

hermana, nunca es igual hacerse la idea de un lugar que verlo. “Cuánta desolación”, se dijo a sí misma, y buscó en la mirada de Arturo la verificación de la suya, con el propósito de no hallarse sola en la percepción, y de compartir la desolación.

Hizo todo lo posible por no demostrarlo.

La posibilidad de que ella fuese, en parte, responsable por todo aquello comenzó a litigar en su pensamiento. Y aun no siéndolo, que los demás lo pensarán, también le mortificaba. “Somos en nuestro relato y en el de los demás”, pensó, segundos antes de abrazarse con Beta.

En las primeras de cambio aquel impacto fue de manera inteligente desplazado por el recurso de su prodigiosa memoria que la llevó a reconocer a muchas de aquellas personas que tenía años sin ver. Una capacidad que Arturo le admiraba, y ahora le envidiaba, pues mientras Nubia saludaba a varios de los presentes allí, Arturo no reconocía ni era reconocido. Se sintió incómodo y desprotegido, mientras buscaba un apoyo o una excusa, recurriendo a lo que resultaba una muy valedera razón: es más fácil para una persona adulta reconocer los rostros, que para un niño; sobre todo, si le han sido contemporáneos. Por lo demás, los niños solo suelen concentrarse en aquellos rostros que, de alguna manera, le causan impresión, asombro. “Sus recuerdos, en este sentido, no responden a los protocolos sociales establecidos por la educación o las normas de cortesía”, se dijo a sí propio para auto convencerse, echando mano a la sociología para intentar resolver asuntos del corazón. Fue en vano. Explicarse un problema no elimina el problema.

De alguna manera, y a pesar de tener muchos años sin verla, para quienes estaban allí de su generación —incluso para otros más jóvenes— Nubia representaba la mujer emprendedora. Podría decirse un emblema. Una especie de flor nacida en el pantano, el vivo ejemplo de la posibilidad de alcanzar el éxito a través del estudio. El triunfo de la civilización sobre la barbarie, de Santos Luzardo sobre Doña Bárbara. La imagen a donde acudir cuando a un hijo o hija se le dice: “Ahí tienes a Nubia Manaure como logró hacerse con esfuerzo”. Casi como el título de un programa de gobierno. De heroísmo discreto.

Al verla, su prima Eloína Manaure, hija de su difunta tía Primitiva Manaure, recordaría aquel sábado 2 de abril de 1966:

— ¡Bueno Marcelina! ¡Ahí tenés a tu muchacha! ¡Vestida de blanco!

Le dijo la tía Primitiva, colocando sus brazos en jarra, con la voz trémula por la emoción y con la mirada de “ojalá, mis hijas lo hagan así”. Ambas, situadas en un rincón desde el cual tenían el dominio de todo el escenario y desde donde podían ver sin ser vistas; evaluando lo que para ellas significaba el fin de una de una etapa y el comienzo de otra.

Más allá, Carmen González Ballán, mostraba una alegría que, vista desde la mirada de cualquier extraño de Santa Clara, resultaba exagerada, sobreactuada, en la frontera de lo falso. De esas reacciones que parecen no llevar el ritmo de la realidad y quebrar el equilibrio establecido o acordado del momento. Que suelen provocar reservas, acompañadas de ‘ni que fuese su hija’. Sin embargo, quienes la conocían sabían que no se trataba de una teatralización, ella era así, capaz de asombrarse y admirarse con el amanecer de cada día. Si alguien le comentaba sobre cualquier suceso de la vida o de la muerte, su cuerpo todo reaccionaba con un estremecimiento inusitado, y la inflexión de su voz daba la impresión de que, en ese instante, moriría de alegría o de pena. Gozaba de un carácter extrovertido, lleno de entusiasmo positivo. Capaz de ver milagros en la salida como en la puesta del sol, incapaz de decir *no* ante cualquier comentario o propuesta que implicara tomar una decisión negativa o afirmativa.

Por ello, no había ocasión donde viniera al caso el tema del casamiento de Carmen González, que Altagracia Romero olvidase hacer el comentario: “La única explicación que encuentro para que Carmen se casara con un hombre tan feo como Omar Ballán, es precisamente por no saber decir que *no*”.

La madre de Carmen, Rosario González, era hija de canarios, y su padre, Arnoldo Aranguren, se especulaba, y él lo fortalecía en usura del apellido, que era descendiente de Antonio Aranguren, quien fuera dueño del pozo *El Barroso II*, antes de venderlo a la Venezuela Oil Company en el año 1906. Según, producto de

un encuentro furtivo. Arnoldo Aranguren, por su parte, no lo negaba como tampoco lo afirmaba o demostraba con documento alguno. Sus respuestas estaban diseñadas de esa manera que tienen las cosas con posibilidades de verosimilitud para dejar instalada una duda razonable en las personas.

Por esa razón, cuando Rafael Simón Urbina asesinó al coronel Carlos Delgado Chalbaud en una casa propiedad de Antonio Aranguren, el primer dueño de *El Barroso II*, muchos afectos al partido Acción Democrática en Santa Clara denostaron de Arnoldo Aranguren. Hubo, incluso insultos y actitudes agresivas hacia él y su familia, tan solo por tener el mismo apellido, y por las especulaciones que él mismo se dedicó a fabricar sobre su descendencia. Transcurrido el tiempo nunca hubo prueba de línea familiar entre dichos portadores del apellido *Aranguren*, pero la inquina quedó.

— La gracia se le convirtió en morisqueta —dijo la tía Marcelina Manaure, al recordar esos sucesos.

Resultaran ciertos o no tales comentarios, de lo que no cabían dudas era de que Los González siempre habían tenido una buena casa y acceso a bienes que pocos allí en Santa Clara alcanzaban. Tanto era así que el primer televisor y la primera nevera que hubo en el sector fueron adquiridos por ellos.

Carmen González tenía una estatura promedio, de piel blanca, pelo lacio bermejo, y unos ojos entre azules y verdes que se parecían la imagen del planeta tierra en las fotos de los atlas. No sería exagerado decir que Carmen González debía ser de las mujeres más bellas en toda Cabimas. Omar Ballán, por su parte, era hijo de padres sirios llegados por los años cuarenta. Hombre de mediana estatura, grueso, moreno oscuro, con una calvicie prematura, y cejas tan pobladas que formaban una sola. Daba la impresión de no tener tiempo para otra cosa que no fuese el trabajo. No era dado a vérselo en los abastos de Santa Clara ni de visitas sociales. Iba y venía en su camioneta Dodge de cajón abierto, a su mueblería y carpintería *Alepo*, que quedaba entre la Avenida Intercomunal y Calle Las Palmas.

Carmen solía salir en su defensa, enumerando sus virtudes de hombre y esposo dedicado, responsable, emprendedor, y buen padre. Había construido una de las mejores casas del sector.

Una de las pocas con techo de platabanda y estacionamiento, baño y cocina dentro de la casa. Además de televisor y nevera, tenían picó, lavadora, cafetera, ventanas de romanillas de vidrio y cortinas que caían hasta el piso.

En realidad, Omar Ballán no resultaba un tipo bien parecido, por lo que se hacía difícil asociarlo y aceptarlo al lado de una mujer tan hermosa como Carmen González. Pero, tal vez los comentarios que intentaban realzar la belleza de Carmen para enfilarse contra Omar Ballán no dejaban de ser, también, argumentos de falacia ad hominem para distraer cierta envidia.

En el caso de Altagracia no había dudas: lo hacía porque era la mujer más chismosa y deslenguada de Santa Clara. Todos los vecinos sabían que sus madrugadoras jornadas de barrer a las 4:00am en el frente de su casa se debían a su dedicado oficio de averiguar quién entraba o salía a esa hora de cualquiera de las casas. Vivía diagonal a la segunda sede que tuvo la escuela Santa Clara. Un tanto hombruna, barría con una escoba que tenía el palo recortado, pues su pequeña estatura y sus piernas gruesas y cortas, le dificultaban hacerlo con una escoba normal. La oscuridad, además de ocultar sus defectos físicos, le permitía camuflarse detrás de unos setos de matas de *berbería* que tenía sembradas al frente de su casa, desde donde observaba durante horas usando unos binoculares.

— ¡No es feo! —decía Antonia Revilla— ¡Se ve feo porque Carmen es muy bella! ¡Pero, si lo pones al lado de Altagracia, Omar Ballán sería un Albertico Limonta!

— Yo sabía que esa muchacha iba a llegar lejos.

— ¡Tan linda que se ve una mujer con su traje de novia! Es lo que yo le digo a mis hijas: ¡No abran las piernas hasta que no se casen! ¡Después de probar ningún hombre se casa!

Como en toda reunión o fiesta, allí coincidían las dos tipologías más conocidas de todo pueblo cuando las personas son expuestas a interactuar: las que se ocupan de detallar a quienes son desconocidos, y las que se interesan por los ya conocidos. En el caso de Altagracia Romero su gozo rompía todas las convenciones.

— ¿Y él también es graduado?

— ¡A todas estas! ¿A quién le caería el ramo?

— ¡Según, a una de las Mora, de por allá pasando la 32!

— ¡Las Mora! ¡Si le cayó a la que llaman ‘Cara de pepita de cajuil’ es un ramo perdido!

Ercilia Mora ‘Cara de pepita de cajuil’ era la menor de las hijas en la familia Mora. Puede decirse que su penosa fama nació con ella en el hospital. Casi pudo haber sido escrito junto a su nombre en el cartoncito que se cuelga del pie de los recién nacidos. Fue el resultado de un parto sietemesino, difícil, y riesgoso; donde, para más inri, el médico hubo de jalarla con fuerza debido a que estaba *cruzada*, comentaba la gente. Fue así como, por la presión ejercida sobre su aún tierna cabeza, resultó con el cuello largo y la cabeza aplanada. Con unos ojos que parecían dos granos de caraota y una nariz muy pequeña, perdida entre las paredes de sus cachetes. Al borde de una *aprosopia*.

Era poco agraciada, y el desarrollo no la ayudó mucho. Había quienes decían que la ropa que usaba no era para vestirla sino para ocultarla. Sin embargo, lo que le faltaba en gracia le sobraba en inteligencia. No había en toda Cabimas una niña con mejores notas que Ercilia Mora; de hecho, las madres enviaban a sus hijos para que ella les explicase historia, castellano y matemáticas. Mucha gente se preguntaba si acaso Ercilia Mora poseía algún tipo de clarividencia para entender esas cosas, casi extraterrestres, de *polinomios* y *monomios*. Además, escribía y se expresaba muy bien.

De alguna manera, con ella, la naturaleza lograba establecer ciertos equilibrios y compensaciones. Nada es totalmente bello ni totalmente feo. La belleza es tan imperfecta como la fealdad. Por otro lado, Ercilia Mora no daba demostraciones de ser permeada por su fealdad. Actuaba de manera desinhibida, alegre, lo que no dejaba de ser admirable en una niña. Su fealdad pasaba a segundo plano mientras otro tipo de belleza se imponía y tomaba el control. La frase “Es fea, pero inteligente” se instituyó, y con el tiempo ya nadie hablaba solamente de lo fea que era. Ercilia Mora se resumía en dos adjetivos inseparables. Había hallado la manera de que aquello que la hacía única, fuese, a su vez, la fortaleza de su identidad como persona.

Sus padres decían que, tal vez su inteligencia la podría salvar de ser una mujer quedada. Por el contrario, su abuela Estela no pa-

recía compartir tal optimismo hacia su futuro: “Fea e inteligente, son dos cosas que juntadas son malas para que un hombre se enamore de una mujer”.

— Por cierto, hablando como los locos, ¡Me dijeron que Julito, el menor de Altagracia Romero, y que está muy mal!

— ¡¿Verdad?! ¡¿Y eso?!

— Dicen que el cuerpo se le ha venido hinchando como un jamón. Al parecer por la picada de un bicho, ayer cuando andaba limpiando un monte cerca de su trabajo.

— ¡Ay! ¡Virgen Santa! ¡Tan buenmozo y decentico que es ese muchacho!

— Aquí entre nosotras: ¡Ese Herminio es un perro bravo con esas cervezas!

— ¡Mijita qué gentío! ¿De dónde salió toda esta gente?

— ¡De dónde va a ser! ¡De Maracaibo! Todas aquellas mesas son de la familia del novio. La señora que está en el centro, de pelo corto, al parecer es la madre del novio. Oí decir que se llama Erminda...

— ¡Anda ve si le sacas una cerveza a Herminio! ¡Cómo que las tiene contadas!

Arturo tendría nueve años cuando Nubia se casó; sin embargo, no recordaba muchos detalles de ese acontecimiento. De allí que todo lo que sabía acerca de ese evento correspondía a lo que su hermana Nubia y Lubio le habían contado. No tenía, en ese sentido, sus propias imágenes. Tampoco Beta las tenía porque para esa fecha no se encontraba en esa casa de Santa Clara.

Para el matrimonio civil se adornó la cerca de alambre de púas con palmas y se extendió una alfombra para cubrir parte del piso de tierra. En la Iglesia San Juan Bautista se hizo el eclesiástico y la fiesta allí, en la casa de Santa Clara. Con algunos bombillos extras que se colocaron en el patio. Hubo mucha gente, y más todavía, asomados. Personas que pasaron horas pegadas a la cerca observando lo que sucedía. No para pedir comida o licor, se trataba de hacerse parte de un acontecimiento, de responderse cómo es un matrimonio. O por ser la primera vez que se oía música, ruido, y palabras altisonantes en casa de los Manaure.

“¿Por qué no tendré suficientes recuerdos de un suceso tan importante? ¿Cómo y por qué el cerebro escoge unos y desecha otros?” —se preguntó Arturo durante el velorio del tío Herminio, provocando a su otra voz.

Hasta hace poco pensaba que mucho de ese proceso tenía que ver con la edad; es decir, a mayor tiempo hacia atrás, menos recuerdos. Pero, en este caso no se correspondía. Él tenía nueve años. Solo le llegaban destellos de algunas imágenes difusas sobre la tía Primitiva en la nueva pieza y un montón de cajas de regalos sobre una cama. También, al tío Herminio metiendo las manos en una pipa extrayendo botellas de cerveza. Tampoco había visto fotos sobre la boda que le ayudaran a recordar porque el estudio fotográfico encargado de tomar las fotos ese sábado 2 de abril nunca llegó a entregarlas. Otras fuerzas fuera de su dominio le habían negado a él y a la familia Manaure tener las gráficas de un hecho tan importante para ellos.

Las pequeñas cosas que deciden cosas importantes.

— Ese día exhibí un traje de novia blanco con una cola muy larga, que había comprado en una tienda en Maracaibo de nombre “Quinta Avenida”, con un préstamo del Ministerio de Educación — recordó Nubia, ante un grupo de mujeres que la abordaron.

— Desde muchacha, Nubia fue muy parecida a su madre Catalina, aunque más alta —recordó Misael Yajure.

Al percatarse de la llegada de Argelia, Nubia le hizo una señal a Arturo para que se acercara.

— ¿Viste que llegó Argelia?

— Sí, ya la vi...

— ¡Ojalá no se le ocurra ponerse a discutir aquí el asunto de los terrenos!

— Yo no creo que se atreva a tanto...

— Bueno, ojalá que no suceda... ¡Tú sabes cómo es ella!

— ¡Verga, sería una locura!

Cuando regresó a su asiento, Misael Yajure parecía estar esperándolo.

— Ella tenía una casita por *La H* —*dijo*.

Arturo se quedó pensando a cuál de tantos temas o personas se refería Misael Yajure. Sabía que su comentario podía venir como

continuación de algo conversado hacía horas atrás. Esperó por la posibilidad de que Misael mismo se delatara. Al ver que no lo hacía, pensó en preguntarle “¿Se refiere a Ercilia Mora?”.

— ¿Se refiere a Ercilia Mora? —le preguntó.

— No, a la tía Primitiva, la madre de Eloína... Vivía en una casita de barro increíblemente pequeña y bajita.

La referencia de Misael Yajure le conectó enseguida con el recuerdo. Aquella casita de la tía Primitiva a donde fue llevado por la tía Marcelina *para que conociera a sus nuevas tías* siempre le había parecido una *Casita de Muñecas*. Esa imagen y las conservas de semillas de la mata de *Taritas* eran el motivo de su alegría cuando iban a visitarla.

En aquel tiempo se hizo la idea de que el tamaño y altura de aquella casa se debía a la estatura de la tía Primitiva. Que había sido construida especialmente para ella. Y ahora, las palabras de Misael Yajure lo ponían en cuenta de que era *increíblemente pequeña y bajita*, también para la mirada de otras personas.

Siempre mantuvo la impresión de que allí pasaban mucha más necesidad que ellos. Las veces que vio a la tía Primitiva lucía muy elegante, gustaba vestir de blanco y usaba tacones para verse más alta. Su pelo de un negro profundo y brillante, al caer sobre su vestido blanco, semejaba una tela de terciopelo. A diferencia de la tía Marcelina y el tío Herminio, ella hablaba mucho. Enlazaba un tema con otro sin pausa y sin que nadie supiera cuando de estar conversando de una gallina que ponía huevos con dos yemas, pasaba a los asuntos del gobierno y las guerrillas.

Durante sus conversaciones nunca daba información alguna que permitiera deducir su condición real. Parecía haberse propuesto, hasta el límite del olvido, tener siempre un relato contrario a su realidad. “¡Quién sabe si esa manera de enfrentar y sobrellevar la pobreza le haya resultado efectiva! Por lo menos, para morir en paz” —pensó.

10

El Sobador

Por mucho tiempo, Arturo vio ese vestido de novia guardado en el escaparate de Ricardo. ¿Qué sería de él? —se preguntó, ya adulto. Lo que más recordaba tenía que ver con la imagen de la tía Marcelina cuando lo sacaba para airearlo y limpiarlo. Después, volvía a guardarlo, y colocaba esas bolitas de naftalina con olor a viejo para espantar las cucarachas y los grillos. La tía Marcelina lo valoraba y asumía como la representación de su trofeo muy particular: haber llevado a su muchacha hasta obtener un título universitario, y casarse “con todas las de la ley y por todo lo alto”, como le oía decir. Bajo las convenciones morales y religiosas. Ciertamente, casarse vestida de blanco y con toda la parafernalia no era fácil en esos tiempos para una familia surgida a lomo y machete. Era una cuestión no solamente de valores morales y religiosos sino de dinero, y hasta del qué dirán. Porque en Santa Clara había que sacar cuentas: ¿Qué salía más caro incumplirle a la Iglesia o a la lengua de Altagracia Romero?

“¡A mundo Nubia!” —susurraba, mientras pasaba las manos por el traje de novia. Imaginándose, quizás, a ella caminando rumbo al altar de la mano con Porfirio García.

— ¿Usted conoció a Porfirio García? —preguntó Arturo.

Misael Yajure pareció no escucharle. No hizo ningún gesto. Sin embargo, Arturo sabía que en cualquier momento podía responderle. En minutos, una hora más tarde o en medio de otro tema de conversación. Parecía como si Misael Yajure mantuviera varias conversaciones al mismo tiempo en su mente, y respondía a las de la realidad cuando le tocaba el turno.

Nubia Manaure no lo comentó ese día en el velorio del tío Herminio mientras recordaba con su prima Eloína ese pasaje del día de su boda. Había olvidado la experiencia que tuvo con *El Sobador* en la madrugada de aquel amanecer del día de su matrimonio.

Unas horas antes de acostarse había estado probándose el vestido de novia y ultimando los detalles con Carmen González Ballán, su comadre, quien era costurera.

— ¡Un hombre! —grito Nubia, levantándose como accionada por un resorte.

Un tipo había roto la tela metálica de la ventana que quedaba sobre la cama donde dormía, metió el brazo y comenzó a tocarla. Ella, al sentir la mano sobre sus senos, cerró una de las hojas de la ventana y le aprisionó el brazo contra el borde del marco.

— ¡Le atrapé la mano! —decía Nubia, mientras los demás corrían hacia el cuarto.

A pesar del esfuerzo de ella por mantenerle los dedos machucados, el tipo logró zafarse y huir, dejando la madera del marco y las hojas de las ventanas embadurnadas con un tipo de sustancia aceitosa que la tía Marcelina y Argelia se apresuraron a limpiar, no fuera ser que se tratara de un fluido corporal enfermizo o de una brujería.

— ¿¡Le vio la cara!? —le preguntó el tío Herminio.

— ¡No! ¡Gritó cuando le machuqué los dedos! —respondió Nubia.

— ¿Y? ¿Cómo era la voz? —la interrogó la tía Marcelina.

— ¡No sé! ¡Era un hombre!

Serían como la 1:00 am, quizás las 2:00 am, para amanecer de aquel sábado 2 de abril.

Las noches en aquella casa de Santa Clara se presentaban muy oscuras. Podría decirse que no había una separación convincente entre el mundo de las tinieblas real y las que poblaban gran parte del imaginario de las personas. De allí la manera prolija como se recreaban y se aceptaban esos relatos de seres que tenían en las sombras su lugar de existencia predilecto. No existían fronteras. El tránsito de las cosas que constituían el imaginario hacia aquella existente alrededor estaba libre, sin alambres, y los pocos enclaves de luz artificial no alcanzaban para frenarlas. Los pocos metros hasta donde llegaba la luz de los bombillos eran islotes. Al salir de allí, la mente y el cuerpo sentían el impacto, y por más que recurrieran a silbar para acompañarse a sí mismos, a invocar santos y vírgenes, se sabían a expensas de otras fuerzas.

El mundo de las sombras con sus amenazas de ciento sesenta y cinco mil años atrás tenía el poder intacto, y se desplegaba con un desprecio total hacia la evolución de la materia, la filosofía y la ciencia. No tanto del arte y de la religión, en las cuales hallaba muchas veces un aliado.

Santa Clara resultaba un sector muy pobre, donde todos se conocían y había poco que robar. No existía la cultura de las rejas en las puertas y ventanas. La gruesa mayoría de las casas tenía fogones y una alacena donde se guardaban la harina, el maíz, el arroz, el café, en una construcción independiente del resto de la casa. Eran muy contados los recuerdos de situaciones sobre robos que se hicieran a las casas o a las personas; uno que otro suceso de un tipo que apodaban “Ojo podrido” que robaba gallinas.

Los temores sociales se centraban en lidiar más que con los vivos con las criaturas del más allá: muertos, aparecidos, fantasmas, *duendes* y *ceretones*. En ese tiempo *los vivos* todavía no llegaban a ser verdaderos enemigos en Santa Clara, pues todos eran víctimas de sus creencias, de la naturaleza y de sus necesidades. Hasta que apareció *El Sobador*.

Esa noche se levantaron sobresaltados. Encendieron los cinco bombillos que había en toda la casa y el tío Herminio salió al patio, machete en mano. Las gallinas cloqueaban alborotadas, mientras los perros ladraban de manera incesante. Hubo un revuelo en la cuadra, y en varias casas se fueron encendiendo las pocas luces que disponían, mientras los perros sincronizaban sus ladridos y las gallinas el cloqueo.

Eran tiempos cuando al caer la noche, lo que sucedía en una casa se replicaba en todas las demás, y los bombillos y lámparas parecían conectados para responder en circuito. Como un mecanismo de defensa establecido por la especie.

El Sobador corrió por el camino que va de la casa del tío Herminio Manaure hacia *La casita de barro* que, cuando niños parecían ser unos cien metros de distancia. Una vez allí, intentó saltar la cerca de los Rodríguez, pero no pudo. Se trataba de un hombre de mediana estatura. La oscuridad y el aceite que cubría su cuerpo hacía difícil describir su color de piel y detallar las facciones. Miró hacia atrás y vio venir al tío Herminio con la

perra *Azabache*. La hoja del machete relumbraba a la luz de la Luna. Los ojos marrones de la perra se habían vuelto amarillos, y con su pelambre negra se veía como una pantera con dos llamas encendidas a cada lado de su trufa que olisqueaba el suelo, gruñendo, jadeando y babeando como el can de satanás.

Desplazándose como un mono, utilizando sus manos, como en cuatro patas, *El Sobador* fue a esconderse entre la espesura que daba una mata de *Altamisa*. Allí se quedó inmóvil, en cuclillas. El sudor le recorría a chorros el rostro y las gotas iban formando un pequeño charco al caer. Aunque el olor del aceite quemado que lo embadurnaba hacía difícil que la perra lo olfateara, decidió cerrar los ojos, llevado por la idea de que lo único blanco que había en su cuerpo lo delatase en aquella oscurana. De pronto sintió que algo le había picado en la pantorrilla de la pierna derecha ¡Mierda! pero como no podía hacer ruido se suprimió el deseo de gritar tapándose la boca con la mano izquierda; abrió los ojos y reaccionó dando un manotazo suave con la mano derecha, y vio como un animalito, tal vez un ciempiés o un alacrán se escabullía entre las hojas. Allí estaba, esperando que no hubiese nadie cerca y cesaran los ladridos de la perra, cuando comenzó a sentir que el dolor se hacía cada vez más punzante y la pierna le ardía y crecía, forzando la tela del pantalón tubito negro que usaba durante sus noches como *El Sobador*. Entró en un estado de torpor. La visión se le hizo borrosa, los brazos no le respondían. Sintió escalofrío y se fue desvaneciendo lentamente.

Entonces, se halló escondido en la letrina de su casa, untándose con un pedazo de goma espuma los pies, las manos, los brazos, el pecho y la espalda, con aquel aceite quemado que se traía de su trabajo en el cambio de aceite por las *Cinco Bocas*. Esa noche había decidido ir a fisgonear a las mujeres de la casa de los Manaure, a la cual tres días antes le había realizado el correspondiente estudio de campo. “La Nubia se va a casar... por eso no me mira cuando pasa cerca de mí” —comentaba, mientras se encajaba el pantalón que había comprado con absoluta discreción, a escondidas de sus padres y hermanos, y que guardaba dentro de un pote de manteca *Los tres cochinitos* de los grandes y cuadrados, enterrado cerca de la mata de *Chirimoya*. “Ella se la da de *culito apretao*, porque estudia en la Universidad”. ¡Ah!

¡Pero le voy a echar una vaina! Para que lo recuerde cada vez que hable del día de su matrimonio.

¡Qué buen cuerpo tiene la Priscila García! Se extasiaba recordando, mientras cerraba los ojos y se acariciaba por encima de la bragueta del pantalón, como en una especie de trance erótico que le sobrevenía cada vez que se proponía salir a mirar por las ventanas.

La noche cuando fisgoneó a Priscila había ido con la idea fija de ver a la menor de las tres hermanas, Elenita. En esa ocasión se encontró con que los únicos cuartos con ventanas hacia el patio eran el de Priscila y el de los padres. El cuarto de Elenita no tenía ventana hacia el exterior “¡Es una lástima!” —se lamentó. Acarició la posibilidad de tener que ingresar a la casa de los García para poder ver desnuda a Elenita, pero como si hubiese sido jalado por una repentina conseja ética, se auto corrigió: “¡No! ¡Yo no soy ladrón para estarme metiendo en el interior de las casas!”. Por último, se embadurnó la cara con polvo de carbón mezclado con manteca, porque el aceite quemado le ardía en los ojos.

El recuerdo de Elenita lo llevó al de su prima Graciela, y al momento cuando por primera vez vio a una mujer desnuda. Fue una noche que se encontraban de visita donde su tío Julián, en Las Morochas. Ella, Graciela, era dos años mayor que él. Para los quince que había cumplido ya era una muchacha muy bien formada. Sus padres se hallaban conversando con su tío Julián en la sala, ya casi para irse. Él estaba, como había agarrado por costumbre, observando a las gallinas dormir y detallando cómo se les expandía y contraía el culo, mientras dormían subidas en los palos de las matas. Fue entonces que vio a Graciela pasar con una toalla blanca terciada alrededor de su cuerpo cubriéndole hasta la altura de los senos, pero dejando descubierta su espalda, que se alargaba con el cuello hasta llegar a los límites de su cabello negro y corto; con la mano derecha sostenía el nudo de la toalla frente a sus pechos, y en la izquierda llevaba un jabón *Lifebuoy*. Le pareció que iba en el aire, que no pisaba el suelo, mientras se dirigía al baño del patio, construido precariamente con latas de Zinc oxidadas. Nunca había prestado atención al sonido del agua en la oscuridad ni sentido esa sensación que tuvo al ver las manos blancas de Graciela que sobresalían por

encima de las latas, para enjabonarse las axilas, como invitándole. Se acercó de manera sigilosa, y por entre las rendijas observó aquel hermoso cuerpo blanco, de un blanco distinto al de la toalla, la luna y todos los blancos que podían existir. Un blanco de luz de un ángel que iluminaba aquel cuchitril, parecido a los ángeles de las estampitas que se dieron como recuerditos en su primera comunión. Era la primera vez que sus ojos observaban con detalle el cuerpo de una mujer y sus partes más íntimas. Ahí estaba, al alcance de sus ojos, solo para él, como un regalo para someter a la oscuridad de la noche. Con sus senos paraditos y los pezones rosados, sus nalgas curvas, su espalda perfecta, por donde resbalaba el agua lujuriosa en forma de culebrillas, sus pies descalzos sobre el piso construido con piedras de laja rústicas. Aquella imagen era la respuesta a esa sensación que, desde unos tres años para acá, lo obligaba a mirar de otra manera a las niñas. Era su propio descubrimiento de América. Una iluminación, una epifanía, quizás el único llamado que le deparrara el destino. Sintió la erección como queriendo romperle la bragueta del pantalón, y un fuerte dolor en los testículos. Allí supo lo que estaba destinado para él.

— ¡Ya nos vamos! ¿Dónde se habrá metido ese muchacho? — Escuchó la voz de sus padres.

Desde ese día, se juró que “amaría para siempre” a Graciela. Estuvo enamorado solo y secretamente de su prima. Soñaba con ella, con volverla a ver. Los días, semanas y meses que pasaba sin verla le resultaban angustiantes, y, a su vez, felices, pues cuando se está enamorado solo no hay lugar para la infidelidad. Por un tiempo todas las imágenes de cualquier mujer que veía en revistas, y las que se encontraba en la vida diaria se transformaban en su prima Graciela. Al verlas por la calle, vestidas, las encarnaba como Graciela desnuda. Un temblor lo estremecía cuando escuchaba decir a sus padres que irían a donde su tío Julián. La noche anterior a la visita volvía la erección, y el dolor punzante tan agradablemente íntimo en el pene. Dolor y placer ¿cómo pueden ser tan uno del otro? Entonces, se acostaba y cerraba los ojos para que la realidad onírica tomara posesión de su cuarto y lo llevara a ese lugar donde había visto a su prima. Como un paraíso de agua y espuma olorosa, únicos entre el cie-

lo y la tierra, donde no existían latas de Zinc, gallinas, ni voces que se interpusieran entre sus manos y el cuerpo desnudo de Graciela. O, lo que el sueño le viniera en gana hacer con su erección y con su deseo. Total, al soñar, estamos a sus expensas. Al abrir los ojos, saciado de plenitud, mojado por su esperma, aliviado del dolor que le ocasionaba la irrigación sanguínea, aún le llegaba el aroma de la piel desnuda y del jabón Lifebuoy usado por su prima aquella noche.

Sin embargo, aquel acto de fe *para siempre* que se construyó con su prima hermana sufrió un duro golpe la vez que se enteró de que Graciela tenía novio. Todo el relato de besos y caricias y proyectos a futuro se desplomó el día cuando lo conoció durante una de esas visitas. Se trataba de un tipo un poco mayor que ella, de estatura promedio, pero alto para su edad, moreno, y que conducía una moto. Aquel “*vámonos Andrés*” que salió de boca de Graciela, envuelto en ternura, gracia y coquetería exagerada, acompañado del movimiento de su mano para acomodar su cabello, un poco más largo de cuando la vio desnuda, hacia un lado de su cuello, donde un lunar parecía una prenda más en su cuerpo, le llegó como un ludibrio. Y todo el estado febril emocional que había acumulado para ese día se rompió de tal manera en él que pudo escuchar el sonido de su corazón al encogerse, y la sangre borbotear en su cabeza como el agua hirviendo en una olla, y las orejas rojas y encendidas. El fuego de su mirada torva vació de oxígeno la sala. Pasó rasante sobre su prima y se estacionó en el rostro de Andrés, quemándolo, como al pasar el tiempo quemaría los recortes de los hombres que acompañaban a sus mujeres de colección de las revistas. Súbito fue el paso de amor a odio. Odió al tipo, a Graciela, odió a su tío Julián, a la moto, tras volverla objeto cómplice de que su prima se enamorara de su dueño.

Ella pasó por su lado, desentendida de su presencia, y él contrajo las ganas de gritarle “¡Yo te vi desnuda!”. Con intención de ridiculizarla ante el novio, herirla, tanto como ella lo hería en ese momento a él. Pero eso hubiese sido no solamente declarar su culpabilidad en un hecho reprehensible, sino, además, exponer el secreto que lo mantenía emocionalmente ocupado. Y aun cuando la actitud de Graciela lo golpeaba en lo más profundo, ella

había sido su inspiración, el génesis de los amores siguientes. Ese amor que como sucede con el primer encuentro con el sexo contrario, ya pasado y sin posibilidad alguna de regresar, permanece con título de honoris causa en la espesa bruma de nuestros recuerdos, y en el músculo del pene. En aquel momento, apretó las manos para descargar en ellas su furia, su frustración, y le quedó como un hábito para ocasiones similares posteriores.

Desde entonces, se negaba a acompañar a sus padres cuando iban a casa de sus tíos. Ese día lloró en silencio, y se sintió traicionado, humillado por su primera Eva. Su América había declarado la independencia antes de que él la conquistara y mucho menos la colonizara. Sufrió a Graciela sin compañía, sin siquiera poder hacer uso de la notoriedad que da la infidencia.

Habían pasado ya diez años, y a pesar de haberse dedicado a buscar unos senos parecidos entre las mujeres que había espionado en las casas de Santa Clara, no había vuelto a ver unas tetas como las de Graciela. Hasta que vio las de Elenita García, la vez que en unos carnavales la bañaron de pies a cabeza. Elenita andaba sin sostenes y la tela mojada adherida a su piel mostraron sus hermosos ‘montes himalaya’ como él los llamaba, después de leer en un folletín esa frase de un escritor, cuando describía los senos de una mujer.

El agua libró a la tela de responsabilidades morales, la hizo piel y forma de las tetas de Elenita, y el pezón tensando el algodón, y el algodón tensando la vista, y la vista tensando el momento, activó en la *ínsula* el deseo intenso de aquella primera vez con Graciela. Elenita se hizo Graciela, o Graciela se hizo Elenita. Ella corrió llena de vergüenza, y mientras los otros jóvenes reían él quedó impactado y preñado de ganas de volver a verla.

“De no ser por Elenita yo no anduviera en esto —decía— ¡Ah! ¡Y por la maldita puta de Graciela!”. Porque, aunque la imagen de Elenita lo hubiera llevado al recuerdo —ahora ingrato y malhadado de Graciela— fue Graciela quien creó a Elenita. Fue Graciela la super nova que explotó, esparciendo el polvo y gas para que se crearan otras nuevas *gracielas*, con otros rostros y otros nombres.

Sabía que sus padres estarían dormidos desde las nueve de la noche, y un poco después, sus hermanos y hermanas. A las

12:00 cuando Santa Clara se sumía en total silencio y la oscuridad arrojaba la luz de los escasos bombillos, reduciéndola a unos ocho o diez metros de alcance, salía a saciar esa ansiedad que mantenía oculta durante todo el día, y que al llegar la noche se le metía en la cabeza con la imagen de su prima Graciela, desnuda y mojada, aún en el podio de sus emociones. ¡Todas las mujeres se hicieron Graciela! ¡Y ahora se hacían Elenita! ¡Con sus montes de himalaya! Un ardor le recorría el cuerpo hasta provocarle esa erección tan fuerte que le dolía en lo físico y en el pensamiento. “La gente no sabe lo que es eso” —murmuraba. Y maldecía una y otra vez no poder gritarles a las mujeres que llegaban al trabajo, las que se encontraba en la calle o en cualquier abasto, que él sabía lo que había debajo de sus ropas, que las deseaba con toda su alma, y que sería capaz de cualquier cosa por desnudarlas y tener sexo furioso, ardiente, como el que nunca ningún otro hombre se lo haría.

Cuando le atraía alguna mujer, metía sus manos en el bolsillo para que nadie notara como las apretaba con fuerza, buscando así desahogar toda su frustración. Odiaba a esos tipos de Santa Clara “que se la dan de santos y caballeros ¡Mentirosos! ¡Hipócritas! ¡Todos quieren hacer lo que yo hago! Pero no tienen la valentía de reconocerlo. ¡Yo sí! ¡Yo sí!” —gritó, en un ataque de rabia contenida.

“¿Qué pensaba el padre Elías de la iglesia San Juan Bautista? —dijo para sí— ¿Que yo iba a confesar mi afición de observar el culo de las gallinas?” Recordó su voz: “Niños, la primera comunión es aceptar a nuestro señor Jesucristo y recibirlo en nuestro cuerpo y mente, a través del pan y el vino”.

— ¡Mamá no entendí lo de comer y beber a Jesús! —preguntó ese día, al salir de la iglesia, vestido de pantalón negro, camisa blanca, y con una corbata tipo hallaquita.

— ¡No te preocupes hijo! En el cielo hablan de una forma muy distinta... Debe ser algo bueno.

En esa ocasión se guardó esa confesión, pues “qué pecado podía haber en mirar el culo de las gallinas”.

“Hay que agarrarlo y caerle a palo” —los escuchaba decir en el abasto del viejo Vicente Crespo. “Si supieran delante de quien hablan” —pensaba, sin emitir opinión ni mostrar el

más mínimo gesto cuando por alguna casualidad se encontraba presente y tocaban el tema de *El Sobador*. Mientras él solo los miraba de reojo. ¡Con sus caras de estúpidos! ¿Por qué no le caen a palo a sus hijos que en la escuela se pegan pedazos de espejos en los zapatos para verle los picones a las muchachas, por debajo de la falda? —se preguntaba— ¡Estúpidos! ¡Hipócritas! Cuerda de viejos que ya no se les para y se frustran de que mente y cuerpo no vayan al mismo ritmo de las ganas y los placeres. Que se masturban de vista y odian ese desenfrenado destino que la biología asigna a las células de morir sin poder cogerse todas las mujeres que quisieran. ¿Qué piensa Herminio Manaure? ¿Qué ese mujerío se va a quedar para vestir santo? ¡No soy un enfermo! ¡Tampoco tengo pacto con el diablo! ¡Soy cristiano! ¿Pero, que tiene que ver esto con la religión? ¡Desde la comunión yo llevo a Dios dentro de mí! Acaso, si estuviera cometiendo un pecado ¿no debería darme un dolor de estómago? ¿O una erupción alérgica por haber consumido el pan y el vino benditos? ¡No saben nada! —volvió a gritar, en el momento que recobraba la conciencia.

Estaba hirviendo de fiebre. Habían pasado cerca de treinta minutos, desde que se sintió desvanecer. Cuando hizo el intento por levantarse, el dolor ya era insoportable. Se tocó la pierna y constató que estaba túrgida de tal manera que el peso no le permitía levantarla de la tierra, y amenazaba con romper la tela del pantalón. Como pudo salió y se fue arrastrando su pierna derecha, sintiendo que la hinchazón comenzaba a irradiarse subiendo hacia la cintura y los glúteos, y dejando un surco en la tierra como un gasterópodo. ¡Maldita sea!

Herminio Manaure y la perra *Azabache* se regresaron dando por sentado que *El Sobador* había logrado escaparse. Luego de un buen rato, varios vecinos hablaban reunidos en la calle:

— Ese es *El Sobador* —decía uno de ellos.

— ¡Anda desnudo y todo untado de manteca! ¡Yo lo vi cuando saltó por el patio de los Rodríguez! —gritó otro.

— ¡Ramón Chirinos me contó que antier estuvo a punto de echarle mano cuando se metió por su empalizada, pero se le resbaló! —dijo uno de ellos.

De alguna manera la noticia del matrimonio volvió atractiva la casa de los Manaure para las actividades voyeristas de *El Sobador*; allí vivían para entonces tres mujeres: la tía Marcelina, Nubia y Argelia. Unos meses más tarde llegarían Amada, Endora y Beta.

Como en todas las casas de Santa Clara, la oscuridad de los patios era avasallante. Cuando Nubia comenzó sus estudios en la Universidad del Zulia, en Maracaibo, el bombillo que quedaba en el frente se mantenía encendido por las noches. A partir de ese día decidieron dejar encendido, también, el bombillo de la enramada del patio.

El tío Herminio estuvo varias horas recorriendo el patio en busca de huellas.

— ¡No pise por aquí! —le decía a Guillermito.

Pasó algún tiempo bordeando las piedras que el tío Herminio había colocado para marcar las huellas dejadas por el *Sobador*. Por largos ratos se quedaba mirando las líneas marcadas en la tierra. A las huellas les asignaba un zapato, y al zapato una persona que, por lo general, era un indio o un alemán nazi.

Y por años, mantuvo la imagen de esa noche en la cual *El Sobador* estuvo merodeando en la casa. En algunas de las tantas veces que por haber cometido una travesura se quedaba en el patio a esperar que Nubia llegara para poder entrar a la casa sin que le pegaran, solía recordarlo. Imaginaba verle llegar entre las sombras y descubrir su identidad: ¡Lo descubrí! ¡Ya se quién es! Gritaría de emoción, convirtiéndose en uno de esos héroes como *El Zorro*. Aunque, a decir verdad, el recuerdo de *El Sobador* le asustaba más que el de *La Llorona*.

— ¡Muchacho! ¡Te va a salir *La Llorona*! —le gritaba la tía Marcelina desde la puerta del fogón.

Él la escuchaba desde su escondite en cualquiera de los árboles. Había creado con El Patio y la oscuridad que lo sumía una relación equilibrada, entre el temor a ese tipo de amenaza de otros tiempos inaccesibles a él y la seguridad que le otorgaba ante esa otra amenaza del castigo. La amenaza de la naturaleza y el espanto es, a veces, más llevadera que la de los humanos. Sentía miedo y respeto por los seres que protagonizaban los cuentos, y que le eran más reales por los extraños sonidos que

la oscuridad suele amplificar, como el crujir de las ramas, los del viento, los insectos, el ulular de un Búho, y de quién sabe cuáles más que son imposibles de descifrar por el oído humano. Por los ojos que observan desde lugares insospechados en ese patio de la noche donde perdía los referentes. El más acá o más allá se acortaba o se ensanchaba. Pero, por otro lado, sentía el resguardo de una oscuridad que parecía, también, respetarlo como extraño y apoyarlo en determinadas situaciones. Y puestos en la balanza, le concedía mayor importancia a esa aceptación de los seres de la oscuridad que salir a la luz y exponerse al dolor que podía serle infligido por la correa o el cable en su cuerpo. En todo caso, se trataba de escoger el miedo que estaba dispuesto a sentir.

El Patio era, en ocasiones, un resguardo. Un amigo extraño con un carácter volátil que en varias oportunidades lo había ayudado a resolver situaciones comprometidas, como la vez cuando su hermana Nubia casi lo descubre con *La Gocha* en la letrina. Estaba convencido: no pudo haber sido otra cosa sino *El Patio* quien lo salvó en esa oportunidad. Pero, también, tenía el poder de torcer las voluntades y los actos humanos, hacer crecer monte para desaparecer las trochas, cambiar de lugar el pote de metras que él había enterrado, intercambiar a placer un árbol por otro para confundirle los puntos de referencia, crear obstáculos y distracciones. Apagar o encender fuegos fatuos, silbar y traer canciones y voces lejanas atemorizantes.

El Patio era el lugar donde se rompía la inalterable cotidianidad. Un salto cuántico que los niños daban para irse de la realidad de los adultos donde todo estaba detenido, repetido, y aburridamente reglamentado. La presencia del televisor de alguna manera llegó para competir con él. Sin embargo, carecía de olor, de color, y de miradas. Además, *El Patio* no se podía apagar.

Al principio mucha gente asociaba estos actos de *El Sobador* con los llamados *Ceretones* que, según las creencias extendidas, robaban las arepas de los fogones, tumbaban los trastos y las ollas; también, aparecían para besar y acariciar a las mujeres mientras dormían. En ese sentido, hubo familias que se valieron de ellos para intentar ocultar y atenuar el desliz de un

embarazo imprevisto entre alguna de sus mujeres. Una salida mágica ante el comentario público para evitar la pena, tanto como para argumentar el desconocimiento u ocultamiento de la identidad del responsable. La imaginación suele venir al rescate cuando la realidad está comprometida.

— ¡A la hija de Santiago parece que la preñó un *Ceretón*! —comentó Argelia.

— ¿No será el mismo *Ceretón* que vi hablando con ella por los lados del balancín? —respondió Nubia con sorna.

En fin, que *El Sobador* también se aprovechaba de esa creencia popular de los duendes enamoradizos, llegados de la tradición de los estados Falcón y Lara, para despistar y confundir a la gente sobre su lascivo comportamiento.

En Santa Clara las personas se preguntaban sobre quién podría ser *El Sobador*. Se generó toda una narrativa cotidiana que iba desde la suspicacia sobre algunos vecinos hasta la existencia de seres parecidos a los Grifos. En el abasto del viejo Vicente Crespo donde enviaban a los muchachos a comprar “una cuenta de pan dulce” se tejían comentarios que llegaban a ser verdaderas tramas para cuentos. Arturo los escuchaba con gran atención, atraído por la manera como se narraban. Por lo demás, para un niño, el que fuesen contados por personas adultas les otorgaba licencia de verdad:

“Ese hombre debe tener pacto con el diablo —decía uno a quien apodaban *Conejo*. Si se ponen a ver todo ha sido muy bien concebido: es negro para hacer más difícil verlo en la noche. Parece que no pisara el suelo, pues tiene un caminar tan silencioso que ni siquiera las hojas crujen cuando las pisa. Se hace amigo de los perros con solo chasquear sus dedos, y por eso usted no los escucha ladrar cuando entra a las casas. Hipnotiza a las gallinas con solo mirarlas por un momento. Emite un vaho parecido al de la mapanare que mantiene a la gente dormida, mientras él observa a las mujeres y se masturba ¡Dios libre que una mujer despierte cuando la mira porque puede quedar tan cautivada como loca!”.

El Sobador fue un personaje que llegó a ser el misterio y el sobresalto, la intriga y el suspenso de la gente en Santa Clara. Los más viejos lo comparaban al famoso *Nudista* que en el año 1946

fue todo un escándalo en Caracas. Algunos llegaron a afirmar que podía ser el mismo.

Fue por un tiempo la comidilla del café de la mañana y el de las 4:00 de la tarde, compitiendo con otros temas como el de Ana Griselda Vegas, la miss Venezuela que se metió a monja y el asesinato de John F. Kennedy por los comunistas, la mafia o por la ultraderecha.

Y para Arturo, en especial, un hecho real que le provocó momentos de intensa imaginación donde él se convertía en un super héroe en constante lucha contra el mal, defensor de las mujeres de su casa, Santa Clara, y el espacio. Con Beta, *Charo*, *La Gocha*, *la maestra Lesbia* y Penny Robinson cayendo en sus brazos como *Luisa Lane* en los de *Superman* interpretado por George Reeves.

Hubo tantas descripciones de *El Sobador* como personas en el barrio. En lo único que coincidían era en que actuaba de madrugada, solía fisgonear a las mujeres a través de las ventanas y estaba untado de una sustancia grasosa o aceitosa que hacía imposible asirlo con las manos.

La fama de *El Sobador* no estuvo tanto en sus tropelías como en el hecho de que, así como surgió, desapareció, y nunca se supo con certeza quién de los hombres que vivían en Santa Clara pudo haber sido. Y en el caso de ser una *criatura*, qué sería de ella.

Guillermito, por su parte, creía que *los patios* de Santa Clara escondían al *Sobador*, y de allí la dificultad para atraparlo. Pensaba que *El Sobador* debía conocer ese poder de *los patios*. Y quién sabe, tal vez algunas personas podían establecer acuerdos con *los patios*, como hacen los fantasmas, los animales, las raíces, y los insectos.

El único que lo sabía era *El Patio*, pero no lo diría nunca.

Porque si algo había aprendido Guillermito era que *los patios* lo saben todo: dónde hay enterrado alambre de cobre, el lugar de los nidos de las gallinas que desaparecen por un tiempo para empollar, de las cuevas de las corales, de los pocitos de agua donde se esconde la rana a fastidiar con su croar, el dédalo de las ciudades de las hormigas, la mina de donde las avispa extraen el barro para construir sus casas holocénicas, de cómo

sabe el gallo la hora, de dónde y cómo recarga la luciérnaga su bombillo y las mariposas se hacen los tatuajes. Pero, sobre todo, el secreto de dónde coloca el Gonzalito la primera brizna de paja para hacer su nido colgante.
Cosas que nunca diría.

11

¡Lo sacamos de la Ford, y no lo voy a sacar de aquí!

— ¿Qué piensa usted Ramón?

El viejo Ramón Chirinos, quien llegó a Cabimas de la mano de su papá, provenientes de la Sierra de San Luis, de Coro, era jubilado de la compañía que construyó la red de postes eléctricos llamados *Los postes negros* debido a una resina de alquitrán llamada *Creosota* que le untaban a la madera para protegerlos de la humedad y evitar que el comején se los comiera. Se asentaron en Cabimas siendo él muy joven. Su padre —según sus propias palabras— “se lo llevó un infarto al ganarle una apuesta a la hambruna, en una partida de dominó”.

Se le conocía por profesar una incredulidad total sobre asuntos religiosos o metafísicos. Tenía afición por la lectura en diversos temas. También, había aprendido algunos acordes en el cuatro que heredó de su padre. Un cuatro de fabricación larense, de doce trastes, al que se le veían las muescas como constancia de haber cumplido a cabalidad el oficio de instrumento. Esos tres acordes le resultaban suficientes para ser considerado *músico* y tocar las mismas tres o cuatro canciones: *Compadre Pancho*, *Mamá Inés*, *La Perica* y *Rosa Angelina*. Suficientes, también, para animar las reuniones y cumpleaños a los cuales se le invitaba con especial interés.

Forzando una ubicación de su pensamiento podría decirse que Ramón Chirinos era una especie de mezcla positivista, evolucionista y materialista. Aunque él se consideraba así mismo “aconcionista y diletante” y en otras oportunidades como “negativista lógico”. En todo caso, nadie le exigía explicación de sus definiciones, y él, no en pocas oportunidades, las declaraba para finalizar u obstruir una discusión que no podía ganar.

— Nosotros venimos del mono, sino lo cree observe a mis hijos —decía, soltando una carcajada.

Sus hijos, *Mombo* y *Bemba*, no le habían perdido pista: eran negros, altos, de rasgos gruesos. Ramón Chirinos, por la edad, asomaba algunas canas y cierto encorvamiento al caminar, pero mantenía cierta fortaleza y vigor para el trabajo. A pesar de rondar ya los setenta y tantos años, se le podía ver cavando huecos, cortando árboles y monte con sus hijos. Tenía un hablar punzante, cerrero y tajante, sin metáforas.

—¡Tú como que no te has mirado al espejo! —le decía Dominga, la mujer de su segundo concubinato.

Entre sus convicciones más duras asumía que los judíos eran “la fuente del mal en el mundo”. Ideas que heredó de su abuelo Segundo Josefo Chirinos quien participó en la expulsión de los judíos acontecida por el año 1855 en Coro, en lo que, quizás, resulte ser el primer episodio de expulsión de judíos en América y que ocasionó un conflicto con Holanda. Unos ciento sesenta y siete judíos que habían emigrado de Curazao hacia Venezuela fueron obligados a regresar. Se les acusaba de avariciosos y explotadores: “*La distorsionada avaricia de los judíos ante la miseria y desesperanza del pueblo*” decían los panfletos lanzados, incitando a los pobladores, entre los que se encontraba el abuelo de Ramón Chirinos.

En realidad, todo provino por la falta de recursos del gobierno bajo la presidencia de José Tadeo Monagas para pagar a los militares de la guarnición de Coro y la exigencia forzada a los comerciantes judíos de que asumieran ese compromiso, como parte de sus impuestos. Un grupo de militares manipuló la situación de calamidad y el resentimiento de la gente, asociando su situación en contraste con el progreso de los comerciantes judíos. Por supuesto, muchos lo creyeron y José Tadeo Monagas pasaba de ser el único responsable de la situación a salvador. Suele suceder.

Un día, varios hombres armados tomaron las calles y comenzaron a disparar contra las casas de los judíos y a saquear sus comercios. “Nuestras muchachas, otrora modelos de virtud, han sido prostituidas por los judíos”, se leía en algunos escritos.

Finalmente, Holanda envió un buque para sacarlos de allí, no sin antes exigir el pago de los bienes que le habían sido arrebatados a sus ciudadanos. Ante la negativa del gobierno venezolano, blo-

quearon las costas con naves de guerra y se produjo un conflicto internacional que culminó con el reconocimiento de responsabilidades por parte del gobierno de Venezuela y el pago a los judíos por las pérdidas materiales de casas y negocios. Con intermediación de los Estados Unidos, por supuesto, que ya marcaban territorios. (Apuntes de Arturo).

Sin embargo, Ramón Chirinos contaba lo que sabía, y la gente terminaría sabiendo lo que él sabía: “Total, la verdad se fue con su abuelo y su caballo” —concluía el viejo Vicente Crespo, mostrando cierta contrariedad con las aseveraciones de Ramón Chirinos.

— Yo llegué a conocer a un hermano de Ramón Chirinos. Un día, dicen que desapareció de San Luis, y se corrió la voz de que andaba de guerrillero con Douglas Bravo —dijo Misael Yajure, regresando de quien sabe qué lugar de su memoria.

Hizo la pausa de quien tiene algo más para decir, pero desea darle cualidad fehaciente.

— ¡Ese mismo que ahora está en contra de la revolución que profesó! ¿puede creerlo?

Escupió chimó, como si al hacerlo escupiera también la actitud de Douglas Bravo.

Arturo se encontró en las últimas palabras de Misael Yajure. Se preguntó si aquel sería un comentario que lo tenía a él como destinatario.

— Las revoluciones se comen a sus hijos, ¿no?

Respondió con sigilo Arturo, echando mano a un aforismo que consideró suficiente en su intento por confirmar el pensamiento *chavistoide* que presuponía en Misael Yajure. Y se quedó pensando en esa cualidad que tienen algunas frases expresadas en momentos puntuales de la historia humana para hacerse *sentencias* con el devenir del tiempo. Porque ¿qué iba a pensar Pierre Victurnien Verniaud, al momento de ser guillotinado por los jacobinos, que su frase “es de temer que las revoluciones, como Saturno, terminen devorando a sus hijos” caracterizaría a revoluciones venideras? Tampoco Rubens y Goya que sus *saturnos* terminasen siendo obras ultrajadas por la realidad.

Saturno Robespierre, Saturno Stalin, Saturno Mao, Saturno Fidel, Saturno Jomeini.

Misael Yajure enarcó las cejas, lo miró de reojo, y pensó en la posibilidad de que ese barrigoncito que conoció de niño fuese ahora uno de esos *opositores de universidad*, como se acostumbró a llamar a los estudiantes y profesores que salían a protestar. — Más que una revolución, aquí lo que hubo fue una especie de desquite. Le gente vio la oportunidad de cobrarse algo.

Este último comentario le indicó a Arturo que, tal vez, Misael Yajure sabía más de lo que decía, o de lo que él creía que podía saber, y reconsideró su actitud de subestimarle acudiendo a lugares comunes. De primera, sintió el deseo de lanzar un comentario demoledor sobre el régimen, asumiendo como cierto lo que suponía: que Misael Yajure era uno de esos viejitos pensionados, comprados por una miseria, con ideas del tipo *aquí lo que hace falta es una bota*, y quizás, hasta orgulloso de su sometimiento. De esos que, con su actitud, consciente o no, contribuía a destruir la vida de millones de familias y comprometer el futuro de niños y jóvenes. Egoísta, pues valoraba su existencia, ya en declive, por encima de los más jóvenes con una vida por delante. Un retrógrado de, y más.

Lo detuvo la idea de que, tal vez, Misael Yajure le respondería que hacía falta una revolución para acabar con la corrupción adeco—copeyana. Y entonces él se vería obligado a contraatacar diciéndole que ahora hay más corrupción, y que las revoluciones, por lo general, terminan siendo peores remedios que las enfermedades, y echaría mano de la historia poniendo de ejemplos a la revolución francesa, la revolución rusa y la revolución cubana. No obstante, siendo estos ejemplos de mucho peso y cuantiosa documentación sobre sus fracasos, tendría el problema de explicar que cada una de ellas son diferentes, y que, en casos como la francesa, arrojó importantes cambios civilizatorios, y también la rusa y hasta la cubana. Lo que le llevaría a entrar en los llamados análisis de coyuntura y relativismos propios de los procesos históricos que, tal vez, Misael Yajure no comprendería, o él no tuviera tiempo ni ganas de explicar. “Mucho verguero”, pensó.

Y al final, ¿no estaría él pensando más de lo que era? Simplificando a Misael Yajure para corroborarse a sí propio. Y Misael Yajure seguiría votando por su pensión. ¿Qué caso tiene? Se diría

a sí mismo, la gente por lo general vive y piensa al detal, y en su alrededor. Y no se puede cambiar ni concientizar a alguien que no posea las herramientas para ser cambiado. Él mismo tendría que explicarse como ejemplo de un proceso lleno de contradicciones. Por otro lado, ¿tendría sentido entablar ese debate? ¿No estaría sucumbiendo a esa tentación vanguardista de sus años de juventud cuando se creía dueño de la verdad? Y, finalmente, ¿quién era él para someter a Misael Yajure a semejante cuestionamiento? Además, “las feas palabras traen feas reacciones, tanto como las bellas buenas acciones”, se dijo a sí propio.

Fue entonces cuando la palabra *pensar* recobró su sentido. Concluyó que hay dos momentos para callar: cuando no se tiene nada que decir, o cuando se tiene tanto que puede abrumar. “No deja de ser pedante”, le dijo Cicerón. “Ok, pero si la ignorancia es atrevida, por qué no puede serlo el conocimiento”, respondió Arturo. “Estoy de acuerdo, en mi caso no dudaría en abrumarlo” —contestó Cicerón— y me ahorraría la pedantería. Optó por mantener la conversación en un nivel general, con palabras y frases que vadearan el contexto. Lubricas. Comestibles. De buen sabor y color, que difícilmente alguien pudiera negarse a compartir. Más por respeto y afecto al Misael Yajure del pasado más pasado que al Yajure del pasado actual.

Así dijo:

— Es difícil construir desde la venganza, ¿no cree?

Misael Yajure hizo silencio, y se confirmó que Arturo no pasaba de ser otro más de esos que son revolucionarios cuando estudian y reaccionarios cuando se gradúan. *Revolucionarios majunches* que, gracias a Dios, el comandante llegó para desenmascararlos. Que lo mejor sería no perder el tiempo, y mucho menos ponerse a hablar de política en el velorio de su pariente Herminio Manaure *queenpazdescanse*, el único opositor decente que él había conocido.

Arturo trató de descifrar si aquel silencio pertenecía al campo de la concesión o al del resguardo. Al cabo de unos minutos se convenció de que, en ambos casos, sus supuestos no lograban más que mejorar la razón del silencio de su interlocutor. Misael Yajure se había quedado dormido.

De las tantas anécdotas de Ramón Chirinos se contaba que llegó a tener un camión Ford del año 1934, heredado de su papá Ramón Segundo Chirinos.

— ¡No deje que lo conviertan en *Tanque Tortuga*!

Le había dicho su papá, ya enfermo y con problemas de senilidad. En ese entonces no le encontró explicación, y lo asumió como parte de los dislates que el viejo solía decir en sus últimos días. Luego supo que Gómez había ordenado la fabricación de un tanque utilizando la plataforma de los camiones Ford 6x6, con el objeto de mostrar fuerza ante Colombia. Lo llamaron *Tanque Tortuga*. Tan inútiles que no llegaron nunca a desempeñar alguna función militar. En vez de temor, provocaron risa.

Ramón Chirinos tenía una pequeña finca por los lados de Punta Iguana donde sembraba yuca, maíz, y tenía algunos animales. La había comprado con la liquidación de la empresa eléctrica. Iba tres veces por semana. Un día, tras un aguacero torrencial, el camino quedó enfangado y el camión se le atascó. Unos conocidos que pasaron lo vieron esforzándose por sacarlo, colocando palos y piedras para que tuviera agarre de tracción. Le gritaron ¡Ramón! ¡Déjelo ahí! ¡Vamos a buscar ayuda! ¡Así no va a poder sacarlo! El viejo Ramón, con una de sus acostumbradas salidas les contestó: ¡Nojoda! ¡Lo sacamos de la Ford y no lo voy a sacar de aquí!

Esa, tal vez, fue la frase más cercana a una metáfora que pronunciaría en toda su vida.

Sus dos hijos, *Mombo* y *Bemba* (nadie sabía sus nombres de pila) todos los fines de semana armaban un alboroto. En reiteradas ocasiones se les podía ver entrarse a puñetazos en plena calle. La gente salía a observar el enfrentamiento de los hermanos como si se tratara de un espectáculo de feria. Eran unos tipos recios y fuertes. *Bemba* era el mayor de ambos. Sin camisa, descalzos, sudados y con los labios y pómulos ensangrentados, sostenían en la calle polvorienta un combate que podía durar horas.

¡Ya están peleando *Mombo* y *Bemba*! ¡Salgan a ver! —se corría la voz por toda la calle. La gente salía. Nunca se supo por qué se peleaban. No eran unos muchachos sino unos hombres de entre 19 y 21 años. Sus peleas llegaron a ser tan recurrentes que

se hicieron esperadas. “Pero, bueno, ¿cuándo irán a comenzar la pelea *Mombo y Bemba*?” —decían. Llegaron a ser una manera de romper la inalterable cotidianidad que transcurría allí en Santa Clara. Ellos, puede afirmarse, habían asumido ser la diversión. Como una pelea de gallos, complacían la oportunidad de la gente para romper el largo y tedioso bostezo de las horas que iban entre 2:00 y 4:00 de la tarde, hora casi puntual en las que, como sujetos a un horario de presentación, llevaban a cabo sus enfrentamientos. A alguien de la calle El Carmen se le ocurrió agregarle más sentido de espectáculo introduciendo un tambor de los que usan los sanbeniteros, y así, al sonido del tambor, el enfrentamiento cobró aires de una danza de guerra.

A nadie se le ocurría, y a nadie le interesaba preguntar por qué peleaban, solo se limitaban a formar un círculo alrededor de ellos, apostar y gritar a favor de uno u otro. Parecía que, tanto *Bemba* como *Mombo* eran conscientes de ser protagonistas de una atracción y que debían dar el todo por el todo para complacer a la audiencia. Era su manera de ser importantes, aunque había quien comentaba que todo aquello estaba montado por un grupo de apostadores. Su padre y su madre los veían desde su casa, hasta con cierta indiferencia; el viejo Ramón sentado en una mecedora de madera de cardón, y Dominga lavando debajo de un cují y tendiendo la ropa en sus ramas. De vez en cuando se asomaban al portón para saber hasta dónde habían llegado, pues sus peleas recorrían varias cuadras, como si de un ring ambulante se tratara.

Arrancaban frente de su casa en la calle El Carmen, atravesaban el pequeño puente para salir a la intersección donde se une la calle Falcón con la principal de Santa Clara. De allí, cruzaban la esquina del abasto del viejo Vicente Crespo, pasaban por el frente de la casa de los Manaure —donde los muchachos podían verlos apenas entre la gente, pues no les permitían salir para *metersenesascosas*— y seguían como yendo hacia los Flores y la intercomunal. En adelante, se perdían de vista entre la polvareda que levantaban. Al parecer, donde los Flores terminaba la pelea, y la gente les brindaba refrescos y paledonias. Una hora después se les veía regresar, abrazados y sonrientes, hablando entre ellos, rumbo a su casa, acompañados de

un grupo de muchachos de la calle El Carmen que los habían seguido desde el inicio de la pelea.

En cierta oportunidad *Bemba* llegó a la casa de los Manaure. El tío Herminio hablaba con él. Arturo se acercó para verlo más de cerca. Iba vestido de pantalón caqui y una franela blanca que promocionaba su piel negra. Andaba calzado con cotizas de suela de caucho por donde sobresalían unos dedos gruesos de uñas amarillas.

Cuando peleaba en la calle el círculo que formaban los adultos no le dejaba distinguir con claridad quien era uno u otro. Para él se trataba de un campeón, un artista como *El gran Lotario*. *Bemba* era un hombre alto, pelo negro hirsuto y dientes un poco amarillentos; tenía una cabeza muy grande, los ojos redondos y con la esclera sumamente blanca, como ojos de muñecos, que parecían agradecer ser mirados. Sus labios eran gruesos, y sus encías rojas como una flor de cayena. Los pómulos sobresalientes. Era alto, de brazos nervudos, y con una sonrisa triste. De una tristeza antigua, heredada.

Al darse cuenta de que Arturo lo miraba fijamente le tendió su mano para saludarle. Ese apretón de manos fue el pacto que selló la admiración. Desde ese día, cuando se presentaban los combates entre ellos, Arturo siempre gritaba desde dentro de su casa a favor de *Bemba*. *Bemba* había dejado de ser un apodo.

— ¡Parece un buen hombre! ¡Y debe ser inteligente! —decía Endora a Argelia.

— ¿Cómo puedes saber si es inteligente? No lo conoces.

— ¡No le ves el tamaño de la cabeza!

Argelia se molestaba porque Lubio y Endora decían que *Bemba* iba a la casa porque tenía interés en ella. Para sus ideas de un buen prospecto el comentario representaba un insulto: “Yo con un negro, jamás”. La vida, tan impredecible como es, terminaría jugándole una pasada muchos años después, cuando salió embarazada de un hombre muy parecido a *Bemba*; con lo que se cumplía el viejo refrán, casi inventado por la tía Marcelina: ‘La lengua es el castigo del cuerpo’.

En la bodega, Ramón Chirinos se mantuvo callado mientras escuchaba los comentarios, hasta que la pregunta lo motivó, y con esa forma adusta que lo caracterizaba dijo:

— Yo pienso que a quienes debemos observar con mucha atención es a los que se muestran muy interesados en asociar todo lo que sucede en Santa Clara con los Ceretones o el mismo Satanás.

Silencio. Desde ese día, todos se cuidaban de achacarle las cosas a las travesuras de los Ceretones. Los cuentos continuaron, cada vez menos públicos, pero más profusos. La casi inexistencia de un cuerpo policial y la escasa vigilancia para mantener el *orden público* en ese tiempo impedía realizar un trabajo de seguimiento y de investigación sobre las denuncias que se hacían al respecto. Sin embargo, siempre hubo la sospecha de que se trataba de un hijo de Altagracia Romero. Jamás llegó a comprobarse.

— En ese caso de *El Sobador* siempre tuve mis sospechas — comentó Misael Yajure—, no pudo ser casualidad que muerto el perro se acabara la rabia.

Arturo, quien se encontraba haciendo figuras en la tierra con un pedazo de rama seca, lo miró con curiosidad.

— ¿Quién cree usted que era *El Sobador*?

Misael Yajure calló. Arturo entendió que no debía insistir. “Ya son dos preguntas con respuestas pendientes” —pensó, y regresó a sus figuras en la arena.

Julia Quiva se acercó para ofrecerle un pocillo con café a Arturo. Al levantar la vista, sintió como una cascada de agua cristalina refrescante sobre su cabeza, seguida de un rayo de claridad. Oyó la voz susurrada del *Celacanto*: “Aquí está”. Y le trajo aquel enlace que había intentado conectar unas horas antes. Supo entonces que el recuerdo del retrato de Virginia Woolf no le había llegado a través del rostro de *Charo* sino por la impresión que le causó en el momento que llegaron a la casa de Santa Clara, el saludo, la voz, la expresión corporal, y aquellos ojos melancólicos de Julia. Virginia Woolf no estaba en *Charo* sino en Julia.

— ¡Claro! ¡La memoria pura de Bergson! —exclamó, chasqueando los dedos, mientras Julia y algunos más le miraban con pasmo.

Fue para el amanecer de un sábado cuando Arturo inició su relato. Ellos, los que él llamaba *los fantasmas*, le despertaron a las 5:00am. Colocó la olla con agua para hacer café, con la idea de que hirviera mientras se cepillaba los dientes. Sin dejar de observar la olla, pues había llegado a la convicción de que el café se derrama en el preciso momento cuando deja de mirarse.

Hizo el café, se sirvió de manera dispendiosa en una taza blanca de cerámica, como era su costumbre. El contraste del negro del café con el blanco de la taza le resultaba una imagen estética agradable. Una asociación que, además, le hacía más original, o más confiable, el sabor del café y el placer del gusto. “No es tomar café: es una taza de café”, decía a sus amigos para resumir su teoría de que *café* y *taza* eran una unidad que reunía estética y gusto.

Se fue a su escritorio.

El *Ceretón* pareció haber cumplido su cometido de anunciarle lo que vendría. Desde ese día del apartamento no volvió a aparecerse. La noche anterior, y parte de la madrugada, había llovido por intervalos. El ambiente estaba fresco, y eso que los griegos llamaron *el aroma de la tierra, geosmina*, permanecía recordando cosas. Unas pocas gotas aún podían verse en las ventanas, mientras un tuqueque parecía saciar su sed con algunas de ellas. La *palma viajera*, sembrada en la jardinera del frente de la casa parecía complacida, y sus hojas anchas y verdes se plateaban con el reflejo de la luz de una luna rezagada, tal vez acordada con la madrugada para mantenerse grande y brillante a esa hora, como un *Faro de Alejandría* iluminando nuestras almas, cuidándolas de ser devoradas por la oscuridad total del universo. Era la primera vez que Arturo no comenzaba un trabajo escritural en hojas de papel sino directamente desde la laptop. También, la primera vez que veía a un tuqueque beber agua.

La historia pasó de organizar sus notas a forcejear por ponerse en control del proyecto. Lo llevó a relecturas de textos sobre los inicios de la explotación petrolera: *Mene, Oficina No 1, El chorro, gracia o maldición*. Pero Arturo no se sentía cómodo

con aquellos discursos. Se negaba a ver a sus tíos desde la perspectiva de un dato, una estadística o un peón de la *Lucha de Clases* y la *Teoría de la Dependencia*. “Las personas son mucho más que una estadística” —se dijo. Se ganaba hacia una literatura relajada de prejuicios, incluidas las de ella misma, más entregada a sus demonios.

“No puedo ser tan argumentativo: *contar sin decir*, ¿no es una regla de la literatura?”, se dijo, tratando de convencerse, pero con serias dudas de poder cumplirlo. Conocía bien al conocimiento histórico y sus cantos de sirena. Sabía de su capacidad para ser un detonante para las emociones, un alucinógeno para un liderazgo mesiánico, y hasta una poltrona muy cómoda para sentarse a ver pasar las cosas y negarse a construir desde donde estás y con lo que tienes. Debía cuidarse de que el pasado lo convirtiera en un soldado para su defensa.

Siempre estaría la seducción de querer dar a conocer y explicar todo lo que consideramos saber. En fin, desconocía cómo sucede, pero como el lenguaje suele ocultar al orador (una trampa de la ideología, usual en la política), sabía que un historiador andaba merodeando el relato. No en pocas ocasiones debió regresarse debido a los contrabandos del discurso histórico.

Tratar de no convertirse en su saber pasó a ser un ejercicio. Se dejó seducir por las experiencias de otros y leyó poesía para romper paradigmas e intentar aprender el poder de la palabra precisa. Fue entonces que Eugenio Montejo le recordó ser su *poeta preferido*, y, ruborizado por el apotegma que Arturo le concedía, se ofreció con *Trópico Absoluto*:

*Palmas azules y blancas/nítido sol marino a orillas de la costa/
viento yodado, cuerpos desnudos, oleaje/Estoy contemplando
esta tierra como si la viese por primera vez o fuese a dejarla.*

Indagó en los detalles de aquella vida, de las personas y de las cosas, de su propio cuerpo de los días cuando era Guillermito. Encontró fotos de todos, pero no de él.

— ¿Cómo era yo? —preguntó a Misael Yajure

— ¡Ja! Eras fuerte, barrigón y tremendo —dijo sin pensarlo y escupiendo chimó.

Arturo siguió el escupitajo hasta verlo estrellarse y ser absorbido por la tierra reseca, hundiéndose lentamente, y formando una

costra. Y aun cuando los tres adjetivos no le dijeron algo que no supiera, Arturo los tomó como una confirmación. En definitiva, era *fuerte, barrigón y tremendo*. Era, después de todo, la foto que no tenía, tomada desde la cámara de los ojos de Misael Yajure, y retocada en el laboratorio de su memoria.

Hurgó en sus más íntimos deseos actuales y los proyectó en retrospectiva. ¿Cuánto de lo que era hoy podía haber estado en Guillermito? ¿Cuánto de Guillermito en lo que era hoy? A los secretos de las palabras nunca pronunciadas donde habitan sus miedos, su rabia y su amor les hizo perfiles viejos, y se ensayó en ellos buscando heredades. No halló inteligente ni concluyente esa expresión *Los niños de hoy son los hombres del futuro*. ¿A qué refiere? Es tan obvio que llama a dudar de ella. ¿Y si la niñez muere en sí misma?

Fue por esos días cuando un sueño se le hizo recurrente: sentía que se ahogaba. Abría la boca frente a un espejo y podía ver una hebra de cabello en su lengua. Era de color negro. Él la tomaba con sus dedos índice y pulgar. Pero, a medida que la halaba, se volvía más largo y grueso. Entonces usaba sus manos para tener más fuerza. Podía sentir como el cabello pasaba por su garganta provocándole arqueos de vomito, mientras las hebras de cabello se acumulaban a sus pies como rollos de cable de color negro. Despertaba exhausto y temeroso, con dolor en la garganta.

Un *sueño trampa* que le llevaba irremediablemente a recordar aquel de sus dos años de adolescencia en Playa Grande. ¿Qué sería de aquel sueño? No recordaba haberlo tenido en Cabimas ni en Maracaibo. Definitivamente, ese sueño tenía residencia en Playa Grande, y no había hecho el viaje con él. Maldito sueño. ¿Qué relación podía haber entre ambos sueños? Los sueños más terribles que había tenido en toda su vida tenían algo en común: darse en situaciones de gran ansiedad, y el vacío de respuestas concluyentes.

Aunque justo es decir amigo lector que más adelante Arturo Cordido conseguiría una tregua con la historia. Necesitaba a la historia. Le reconocía la virtud de quebrantar la arrogancia, con solemnidad y cierto halo de capacidad premonitoria. La necesitaba, además, porque tenía que ver con el perenne

estado de sospecha que le asistía sobre el presente, con esa duda acerca de lo que se repite, y con su enfermizo desacato a la autoridad. Ésta última, una especie de obsesión que no lograron solventar *El Manual de Carreño* ni los cursos de adoctrinamiento marxista.

Halló consuelo en la afirmación de Vargas Llosa “Escribimos sobre nuestras obsesiones”. ¿Cuáles eran las suyas? Y volvió a pensar en aquellos sueños y en el propósito de hurgar su pasado. De salir en *expedición sentimental* para conseguirse con personas, cosas, sabores y olores, en otro lugar fuera de las certezas.

Deseaba embarcarse para navegar sin brújula. Ir al misterio de su propia existencia a la deriva de la memoria. ¡Ese laberinto del *Minotauro* al que siempre nos adentramos! Ser un náufrago en mitad de un mar desconocido, en busca de algunas respuestas, quizás dolorosas. Convencido de que se puede morir en la víspera de conocer el pasado. No ocuparse de conocerlo era, por lo menos, un poco haber muerto con anterioridad.

Ese *Hilo de Ariadna* que podía salvarle de morir ahogado, devorado o perdido, ¿estaría finalmente a su alcance?

En resumen, que este náufrago podría, también, morir en la víspera de conocer su propia historia. Escribió a Rolin, al enterarse de sus planes de atravesar el Darién.

Atracción y temor se turnaban en su deseo de escribir una novela. Una admiración cargada de reverencia hacia los autores le llevaba a dudar. Ese temor al cual lleva, con mucha recurrencia, la admiración y lealtad hacia nuestros ídolos y líderes. Un temor muy parecido al que nace de los amores idílicos. En su caso, al que mantuvo hacia su maestra Lesbia de cuarto grado, donde todo el placer provenía del secreto. De que ella no lo supiera, pues de saberlo hubiese perdido el encanto que da amar sin desilusiones.

¿Escribir lo llevaría a una desilusión?

Con la maestra Lesbia, tal como sucede con cualquier pasión, la realidad era ignorada, relevada, y señalada de *metida en camisas de once varas*. Todos sus pensamientos de revancha por los llamados de atención, los castigos mirando a la pared, los brazos levantados o ser puesto en la dirección que su comporta-

miento ocasionaba, eran relegados por él ante su figura esbelta, delgada, su cabello amarillo y esos ojos que, cual dos gotas de miel contenidos en los alvéolos de un panal de abejas le dirigían esa mirada bondadosa; porque, a veces, solo basta ese tipo de mirada para encantar a un niño.

Y cada novela que leía tenía algo del encantamiento de la maestra Lesbia que le impedían dejar de mirarla. Algo de génesis del mundo, que, cuando no lo están creando, están enviando un diluvio sin el Arca y sin Noé para acabar con él y rehacerlo a su medida. Porque hasta el infierno se hace admirable y bello en una novela.

¿Tendría lo requerido?

— Hay un dios en cada escritor de novelas... puede que en todo artista —comentó a sus amigos.

Un día escribió a Rolin:

“Todavía me impresiona esa capacidad de inventar nombres que tienen los escritores, los dramaturgos de teatro y cine. No por los nombres en sí, sino por la facilidad con la cual esos nombres se vuelven reales a medida que se desarrolla el perfil del personaje dentro de la trama. Con el tiempo, se llega al caso de tomarlos como referencia para definir situaciones o calificar el comportamiento de alguien: “Eso me recuerda a Antonio el consejero de la Guerra del fin del mundo”, “Como diría Sancho Panza”, “Citando al emperador Adriano”. Y, uno ya no puede saber si estos tipos escribieron inspirados a partir de una realidad determinada o, sencillamente, crearon esa realidad determinada. Porque, tal vez, esa sea la única verdad del arte: regresarte al principio, al momento de la creación donde comenzó todo.

¿Podía haber otros nombres para establecer los sinónimos y antónimos como los que fueron usados por Cervantes en El Quijote, o Víctor Hugo, para identificar el comportamiento humano? ¿Por qué se llaman así? Es la primera pregunta que se me activaba al centrarse en la lectura de un texto.

Deduzco que tiene que ver con los valores, formas, el cuerpo... quizás con el significado bíblico. En fin, lo que le suene como nombre para un personaje con las características que ha definido. Tal vez, un ensamble de personas y caracteres, condicionados por la arbitrariedad del escritor.

¿Cómo decidiría Dios los nombres de Adán y Eva? Me he interrogado en momentos de vagancia intelectual y anacronismos. En definitiva, no encuentro otro nombre que no fuera Úrsula en Cien años de soledad, Meursault en El Forastero, Aurora en Retrato en Sepia o Felicitó Yanaqué en El héroe discreto. El nombre se convierte entonces en la cualidad y la palabra asume el poder. La ficción se le volvía tan real, que a esos personajes juraba haberlos visto de compras en cualquier abasto, caminando por la acera de una avenida o por una calle. Debe haber algo de locura fingiendo cordura en todo esto”.

Le contó la experiencia que había tenido en internet con uno de esos cursos que se ofrecen llamados ‘Master Class’ sobre cómo escribir y vender un libro:

El tutor decía que una de las principales preguntas que debía hacerse quien se inicia en el oficio de escribir es ¿A quién le puede servir lo que se pretende escribir? De entrada, eso captó mi atención. Me quedé viéndolo y escuchándolo: “Eso es muy importante —reafirmó aquel joven cuyo idioma vagaba entre chileno y argentino— porque representa la posibilidad de monetizar tu creación. Fíjate que, en Amazon hay un libro de sesenta páginas cuyo título es: ‘Como dormir a un niño.’ ¡Es un récord de ventas! —exclamó efusivamente. ¿Cuántos padres necesitan algo así? ¡Te imaginaras que millones!”.

Te confieso que el ejemplo y el argumento me interesaron. Continué allí pegado, a pesar de que mi deseo era irme a una página deportiva donde estaban siguiendo el juego Argentina versus Brasil por las eliminatorias sudamericanas, con vistas al mundial. “Decídete a escribir tu libro —enfaticó, acercando más aún su rostro a la cámara, en un primer plano que permitía detallar a un hombre joven, blanco, con unos treinta años a lo sumo, y un tatuaje (el cuerno de la abundancia) en su cuello. ¡En mi curso te enseño desde cómo asumir la hoja en blanco hasta publicar y venderlo! Si nunca has escrito ni leído, no importa: por 39,99 dólares puedo ahorrarte el trabajo de tener que leer”. Dijo, además, para finalizar, que por cinco días tenían la posibilidad de acceder a una promoción del curso con una rebaja del 50%.

Mil cosas pasaron por mi cabeza. Lo primero (no creo que haya sido el orden) reconocer la capacidad de oratoria del sujeto; lue-

go, los argumentos oportunos, y el significado que podría tener para el tipo llevar el tatuaje del cuerno de la abundancia. Salté entonces a reflexionar sobre el abismo que existe entre este tipo de negocios y el oficio de escritores reconocidos o no, que se dedican a leer literatura, historia, arte, gramática, los recursos narrativos, con el fin de escribir novelas, cuentos, guiones para teatro, cine y televisión. Escritores que, tal vez, nunca lleguen a publicar o vender un libro.

Y tal vez, también el sujeto tenga razón: debe haber un público para su propuesta. Y, también, tal vez, como dijo Allan Poe (en un cuento cuyo nombre no recuerdo) haya interpretes que consigan siete ideas en el arorro mi niño. No en balde se jactaba de tener en su haber treinta libros publicados, algunos a razón de uno cada tres meses y hasta de un mes, con el método que había elaborado y que ofrecía a los de la clase en cuestión por 39,99 dólares. “Ni siquiera 40 dólares” —dijo una muchacha, de rostro agradable, con sonrisa de publicidad de dentífrico y pose de Tupperware, que fungía como asistente.

Me sentí arropado, y hasta incapaz. Antediluviano, inadecuado para lo que estaba sucediendo en ese mundo de las redes y las publicaciones. Pensé si tendría algún sentido continuar narrando estas cosas para un mercado donde debía competir, nada más y nada menos, que contra autores que habían hallado la manera de interesar a un público con un manual que resolvía el más natural de los problemas de una madre o un padre, como lo es dormir a sus bebés.

Se me vino a la memoria la vez que mi primer hijo, Arturo, nos despertó con un berrinche a plena madrugada. ¡Ah! ¡Cómo me hubiese gustado tener ese manual!

Confieso (y no se tome como un chiste o sarcasmo) en las posibilidades de ese mercado. Escribir algo así como ‘La diferencia entre pelar una mandarina y un cambur’. ¿Tendría pegada? A la final abandoné esa nadería, pues no se puede escribir sobre algo que no te inquieta. En todo caso, escrito por mí nunca dejaría de ser ciertamente sardónico.

Cumboto. Esa novela situada en la Venezuela colonial, amena e ingenua, y bella por su sencillez, no le impactó tanto por los

personajes como por el ambiente donde se desarrolló. En *Cumboto* corrió por sus campos, se montó en sus árboles y se tendió bajo sus sombras. Recolectó cacao, tumbó cocos, jugó en los corredores con *Federico* y *Natividad*. Escuchó un piano por vez primera, y supo que *Beethoven* podía ser un nombre.

Su felicidad se desentendió, o no dio tiempo, o no le sumó interés a la discriminación racial, el esclavismo, el mestizaje o la doble moral de la sociedad que se manifestaba en *Cumboto*. Los Brandt eran alemanes muy diferentes a los de *Combate* con Vic Morrow. Y él fue feliz con los Brandt.

Lo tomó a escondidas, así como muchos otros textos más, de la biblioteca de Ricardo Manaure. La ambientación lo devolvió de Maracaibo a su niñez en Cabimas. Y Cabimas pasó a ser parte de la región costera del Norte de Venezuela, y la casa de Santa Clara se transformó en la hacienda *Cumboto*, y las matas de mango en cocoteros. Le sucedía algo parecido como con esos lugares que vemos en postales y tocamos con el dedo índice para sentirlos cerca. Como a esas fotos de momentos felices que sabemos difícil de repetir. Que miramos una y otra vez, como si así nos apropiáramos de ella para recrearlas.

Ramón Díaz Sánchez le abrió un *portal* donde las pisadas del *Sobador* no eran de un alemán nazi.

La empatía con un texto puede venir por distintas vías, pero si hay algo que capta y conecta con gran impacto de un relato es encontrar que se parece mucho a nuestras realidades y proyecciones objetivas o imaginarias. Para que alguien siempre termine diciendo “Eso lo pensé y viví yo ¿por qué no lo escribí?”

Hay textos que terminan definiendo cosas en la vida de algunas personas. Así como algunas personas, sin llegar a proponérselo, llegan a ejercer una gran influencia en la personalidad de otra.

“Ricardo nunca llegó a enterarse de su aporte en mi pasión por la literatura” —recordó Arturo.

¡Ay Cumboto!

Aun cuando tiempo después supo, por esa manía mata pasiones de los historiadores, que la hacienda existió como propiedad de unos alemanes, él la preexistió a través del escritor, y no por lo que llamaría Castoriadis la *realidad efectiva*. De no existir fuera del texto, la hubiese vivido igual.

“No puede haber pasión por la lectura sin deseo de escribir” se dijo, aspirando a hacerse de un precedente para sí propio. Un Guillermito pre-Arturo, para justificar ese deseo de atreverse a escribir una novela, un relato, un cuento, o algo que le permitiera abrir las compuertas de sus recuerdos. De eso que debió haber hecho y no hizo, y que ahora lo emplazaba como una moción de urgencia antes del cierre de cualquier cosa que deba cerrarse en su vida.

La sensación de llegar a escribir una novela se le presentaba bastante parecida a lo que había leído de Roland Barthes, citando a Gide: “Es como ir por primera vez a un burdel”. Se quiere, pero se teme.

¿Podiera haber alguien esperando una novela de la misma manera que un aficionado al fútbol espera un gol de cualquiera de sus jugadores preferidos?

A decir verdad, no lo creía.

¿Podría haber alguien esperando la suya?

Bastante poco probable. Le gustaría, pero.

A diferencia de otras épocas, la literatura, y el arte en general, no son espectáculo en nuestro tiempo. Hoy requeriría de los préstamos del cine y la televisión. La llamada *masa digital*, además, no es propicia para la privacidad y el silencio que requiere el acto de escribir y leer literatura: demasiado ruido, barullo, irrespeto y profanación de la privacidad. El espectáculo —más específicamente, el escándalo narcisista de la generación de los *yoes*— carece del respeto a la distancia que requiere el conocimiento y el reconocimiento del *otro*. No cuenta la buena literatura con ese sosiego para el espíritu. Y no tiene ese marketing, para desgracia del público y la civilización.

La de ahora pareciera ceder al vértigo de la rapidez y lo inmediato, de lo pasajero y poco exigente al razonamiento. Si las cosas vienen explicadas y empacadas, mejor. El signo de interrogación parece entrar en desuso. El *resumen* es el signo de estos tiempos digitales donde ya no hay espacio para los libros en el carrito de compras.

A ver. No tan rápido. No te apasionas. ¿Coincides conmigo en que siempre habrá gente esperando que le digan cosas? Sí, claro. ¿Y gente deseando decirlas? Por supuesto, siempre ha-

brá gente para la aventura de ese gancho literal simbólico de la interrogante. ¿Lo crees? Lo creo. Entonces, debemos concluir que todas las generaciones pasan por situaciones parecidas. Por ejemplo, el Renacimiento fue una respuesta hacia adelante, pero tomando cosas de la cultura clásica. Sí, pero, en ese tiempo no existían los móviles, la virtualidad propia de la tecnología digital. ¡No tenía por qué haberla! No podía haber un Da Vinci o un Miguel Ángel con un celular. ¡Por Dios! No seas tan obvio, no ofendas mi inteligencia ni envilezcas la tuya. Bueno, perdón, lo que quiero decir es que surgió lo que debía: la teoría heliocéntrica, el telescopio, la imprenta ¿te parece poco? Y eso es, relativamente, el equivalente a la actual tecnología digital o la inteligencia artificial... Y, tal vez, muchos como tú ahora, pensaban que era *fin de mundo*. Bien, pero, en ese tiempo se pensaba más ¿estamos de acuerdo? Porque había menos acceso. Y tal vez una cosa lleve a la otra ¿no? También es cierto. Y puede que vivamos una sobre saturación de información que, paradójicamente, termina desinformando, y creando un nuevo tipo de analfabeta, porque nuestro cerebro, contrariamente a lo que se cree, es lento y primitivo para procesar... Y esa sobresaturación no sucedió en los siglos anteriores. ¿Te refieres a una analfabeta que sabe leer y escribir, y tiene acceso a mucha información, pero decide no utilizarla? Correcto. Interesante punto que nos lleva al triunfo de la mediocridad ¿no? Es lo que percibo. Somerset Maugham dijo que “solo una persona mediocre está siempre en su mejor momento”. La pregunta es ¿podrá la evolución recoger el paso? ¿Nos arrollara la abulia mental? ¿La inteligencia artificial? ¡Mierda! Arnold Schwarzenegger... El Exterminador, Skynet ¡Yo escribiendo cosas del siglo pasado! ¡Del nido del Gonzalito!

Y quizás eso nos salve. No sería, acaso, momento de conceder importancia al hecho de buscar nuestro principio en el canto de las aves, la mirada del gato, el afecto de los perros, la conversa del río, y tenderse a sentirnos el náufrago que somos al mirar el cielo estrellado. Admirar sin inteligencia ni arrogancia como esa pequeña ave, sin más herramienta que su pico, pudo tejer una frágil y fuerte, hermosa y perfecta, canasta para preservar su especie.

¡Por qué no te callas, escuchas, y vuelves a mirar homo sapiens!

Fue así, que, en un intento por hallar una definición para lo que se proponía, y atendiendo la sugerencia de Argelia, las insinuaciones de El Ceretón y a Rainer María Rilke, Arturo escribió en sus notas: *“es una crónica larga que sale a caminar. Llega a la frontera del cuento y, pues, como no encuentra posada, continúa su viaje. A cierta distancia, subiendo una loma se ven unas luces, concentradas en un pequeño pueblo llamado ‘Novela’. A su alrededor, la oscuridad parece más oscura, y su luz más iluminada. En fin, que bien podría ser una ilusión y se trate de un lugar donde el sentido, el inconsciente y la lengua hallan la manera de hacer consistente la inconsistencia”*.

Después de todo ¿dónde está nuestra *novela*? ¿Existe ese lugar donde un escritor vislumbra la posibilidad de llegar, poniendo fin a su ansiada aventura de escribir, y sentarse a descansar? Sobre todo ¿habrá descanso al encontrarla? Tal vez sea como dicen algunos autores que la última novela nunca se escribe, siempre está en proyecto. De ser así ¿qué hay con aquellos que dejaron de escribir por voluntad propia como Rimbaud y Rulfo?

“No se trata de lo que se escribe sino de la manera como se escribe (siempre que no refiera solo a la técnica o el método). No veo al hombre cambiando tan radicalmente lo que le interesa, lo que le motiva: la vida, la muerte, el sexo, el poder y la trascendencia. Por mi parte, mientras narro suelo hallarme con otros escritores; conmigo, y a pesar de mí. Por los márgenes de una realidad, aguardando su equívoco. Imagino que el sendero del Orco pertenece con exclusividad a las almas de los escritores. Suelo caminar por él, como lo hacía por la playa, sin un destino apuntado, descargándome de mí. Sin saber a dónde van esas cosas que descargo”. Diario de Arturo.

Se le ocurrió una especie de introducción, mejor dicho, una advertencia. Algo así como: *¡Cuidado! Este texto puede no ser lo que usted busca*. Por último, se decidió por un *A quien pueda interesar*. *“Aclaro que este propósito no tiene como finalidad informar. Es un relato verosímil, no verdadero. No es histórico, pues no es lo que fue, y mucho menos científico porque no trata sobre lo que debería ser. Será lo que cada lector considere que le ha*

sido dado a partir del engaño y la manipulación que mi memoria y la de otros se proponen. Sin embargo, debo advertirles que todo en él es posible de ser corroborado por algo tan objetivo como nuestra imaginación, y tan mentirosa como la realidad”.

Se la propuso y desistió de la idea. Dos veces.

A fin de cuentas, Arturo comprendía que solo en parte podría responder por lo que escribiría en su relato, ya que su intención como escritor cubre una pequeña parte. Hay otras cosas, de otras personas, vivas o muertas, quienes le habían cedido —a otras, incluso, robado descaradamente— parte de su memoria. Lo cual siempre le llevaría a un compromiso, una idea atormentadora. Su texto lo aceptaba, y proponía como una coautoría. También, como un adulterio literario.

Cuando comenzó a escribir, decidió compartir la idea con Rolin Piñero, quien le sugirió títulos como “*Crónica de la migración coriana en tiempos del Barroso*” o quizás “*Historias de vida en los inicios de la explotación petrolera*”. Lo dijo de manera tan entusiasta que, por mera cortesía y agradecido de su manifestación de apoyo, Arturo hizo silencio. Mas, no era en absoluto nada de eso. Para Arturo se trataba simplemente de ir a esa cara oculta de la luna que presentía en su pasado; conseguirse a sí mismo en un país que ya no reconocía.

“No andarás en esa onda de conócete a ti mismo” ¿Verdad? —se dijo, a manera de broma, como si estuviera frente al espejo—. Y casi que, sin darse cuenta, se consiguió estableciendo una relación extraña con su pensamiento, en conversaciones continuas —muchas veces pasadas de tono— parecidas a la locura.

Cayó en cuenta de la influencia que *Cicerón* ejercía sobre él, y quedó intrigado con haber traído a colación esa frase que siempre le había parecido una idiotez: *Conócete a ti mismo*. No sabía exactamente por qué, hasta que leyó a Cortázar: “*Conócete a ti mismo... Es fácil decirlo, y aún más creerlo; después, en los momentos de ruptura, de implosión, de caída en uno mismo, lo que se descubre es otra cosa (...) Estamos lejos de muchas cosas, pero nada más lejos que de nosotros mismos*”.

— ¡Dije encontrarme, no conocerme! —le respondió, con piquete a *Cicerón*.

Definitivamente, *El Ceretón* y *Cicerón* comenzaban a ocuparle

cada vez más sus pensamientos. De manera furtiva tuvo la idea de tomarlos como personajes de su novela. El primero, tal como se le presentaba: burlesco, grosero, impertinente. El otro: comedido, racional, filosófico. Una salida clásica, simple y esquemática, pensó, proyectando una crítica.

Idea de la cual también desistió. Desde la primera vez.

La discusión sostenida con *Cicerón*, ese día lo condujo a buscar un texto de André Gide que había leído en un taller de literatura. Lo daba el profesor Enrique Arenas, un hombre con una sencillez que se desbordaba como la espuma de la cerveza, y su erudición arrojaba sin amedrentar; con tanto que decir que las palabras no podían ir al ritmo de su pensamiento, lo que provocaba un atropellamiento al hablar. Se enamoraba tanto de lo que decía que las palabras rozaban sus labios con placer. Una especie de orgasmo por dar lo que sabía lo abstraía del lugar donde se encontraba para el momento. “Puede repetir profesor” —le decían. Pero no repetía.

Imagino que no podía. La pregunta lo había despertado y traído de vuelta del lugar a donde había ido. El salón era un espacio para otras palabras. Escribió Arturo en una nota al borde de una página.

Esta vez, la novela la encontró en Google y la bajó: *La Puerta Estrecha*. Una novela para su época escandalosa y valiente, escabrosa para la *moral y las buenas costumbres*.

La primera vez que llegó a él le resultó una narrativa confusa, por no admitir que fue extraña a lo que venía leyendo, y chocante para sus valores. Porque, como bien ha podido usted constatar en lo que va de la narración, nuestro escritor proviene de familias comprometidas —aunque no de manera ortodoxa— con la fe católica cristiana.

En esta ocasión, la búsqueda de la novela *La puerta estrecha* tenía que ver con una duda que empezaba a inquietarle desde las primeras notas que tomó y las entrevistas que realizó a algunas personas contemporáneas a su relato: ¿Puede ser la infelicidad una decisión personal?

13

Así comenzó Arturo su relato

— ¡Mamá! ¡Abuela va gateando por debajo de tu chinchorro! — dijo Endora a su mamá, señalando con su mano.

— ¡Niña! ¡Qué cosas dices! —la regañó Amada Quiva.

— ¡Sí! ¡Va con un vestido de flores! —le reiteró aquella niña que tendría siete años.

Para entonces Amada Quiva y sus hijos vivían en *La H*. Salió temprano al mercado con intenciones de llegar hasta Santa Clara, donde quedaba la casa de su abuela. Caminaba presurosa condicionada por las palabras de su niña Endora que le habían provocado *un dejo* y un brinquito en el corazón.

Estaba acostumbrada a caminar largos trechos para realizar sus diligencias. En el sector Tierra Negra no pudo dejar de entretenerse con las grandes imágenes de ángeles, santos y vírgenes que sobresalían por encima de la cerca que delimitaba el cementerio *La Portuguesa*. Se santiguó al recordar que ahí estaba enterrada Catalina. Cuando llegó al centro de Cabimas, pasando por el frente de la Catedral —donde se volvió a persignar— se consiguió de frente con su primo Herminio:

— ¡*Maquiva* amaneció muerta! —exclamó su primo al verla, sin mediar ningún tipo de saludo.

Amada sintió la expresión de Herminio seca, tan llena de obiedad que le pareció fría. De inmediato recordó que así era su primo, directo, sin ambigüedades, y sin aspiración de ser connotativo. De esas personas para quienes la palabra es un mero trámite, y hasta un desliz del pensamiento. Y pensó, también, en lo que le había dicho Endora. Una mezcla de orgullo, asombro y temor le invadió al comprobar las facultades de su hija. ¿Cuál podría ser su futuro? Se preguntó, pre sabida de los estigmas sociales que debería soportar durante toda su vida. La rara.

De Endora se decía que tenía *facultad para ver cosas*, visiones de hechos por pasar. Fue la primera y única prole de Amada Quiva con Prudencio Solís. Para el caso, su hija mayor. Era una muchacha nerviosa, asustadiza, con una voz a punto de quebrarse, y de una inocencia insufrible. Era blanca

y con ojos *capotudos*, que daban la impresión de que se quedaba dormida estando de pie.

Los muchachos de aquella casa solían comentar que sus dotes solo funcionaban para ver cosas importantes, fatalidades o enfermedades, porque con las travesuras diarias siempre andaba despistada, sorprendida, tomada fuera de base.

En una ocasión que Herminio correteaba a Guillermito para pegarle, Endora se encontraba peinándose frente al espejo del escaparate de madera que estaba en la pieza que recién había logrado construir Nubia. Dando carreras por entre la casa, al verse acorralado Guillermito la tomó por la cintura y la puso delante de sí. El tío Herminio le lanzaba correazos. Todos los recibía ella, y aunque le gritaban que se quitara, Endora no reaccionaba. Era, además, tranquila y modosa:

— ¡Vamos para el *Club La Salina*! —la sonsacaba Argelia.

— ¡No! ¡A mi mamá no le va a gustar! —contestaba, con cara de terror, y se tocaba el lado del corazón para señalar que el mismo estaba a punto de salirse por el susto de pensar en el susto que le daría algo que no había ocurrido.

Endora parecía morirse a cada paso que daba y por cualquier cosa: un tropezón, un vaso que se rompiera, una olla que se cayera al piso, un cornetazo, el canto del gallo o el ladrar del perro. Arturo la percibía tan frágil que resultó ser la única muchacha a la cual él nunca le dio el famoso *susto del camino a la letrina*, como Arturo lo llamaba para otorgarle estatus de importancia en su repertorio de travesuras, que consistía en un mecate con una totuma seca amarrada en una punta. Cuando alguna persona venía, lo halaba haciendo sonar las semillas. El sonido parecido a las maracas de la serpiente de cascabel provocaba pánico, y la persona echaba a correr. Era una travesura que practicaba en Playa Grande, y había reinventado en Cabimas.

Para cuando murió *Maquiva*, Guillermito aún vivía en Playa Grande. Tendría uno o dos años y Beta no había nacido. ¿Cómo imaginar que las acciones de otras personas —y de la vida misma, sin pedir permiso— los juntaría durante gran parte de su niñez? Por intermedio de dos eventos tan distantes como disímiles, imprevistos: el reventón del *Barroso II* y la muerte de Clotilde

Cordido, la madre de Guillermito. Ni qué decir sobre las circunstancias que se sumaron para que fuese él y no su hermano mayor Anselmo, quien viniese a Cabimas, con otra edad, otros ojos, otro temperamento. Y *futuro*.

Su hermano Anselmo era el proyecto político de la familia, la del lado Marcano. A él se apostaba una carrera dentro del partido Acción Democrática. Inteligente, acucioso, con dominio escénico y oratoria: el liderazgo joven para el relevo de los fundadores. Una alternativa que presentar ante esa otra juventud que, azuzada por la izquierda, encendía las universidades y liceos del país. — ¡Este no! —dijo Aníbal Marcano— ¡Anselmo ya tiene un futuro!

Había hablado el hombre fuerte de la familia. El más emprendedor y exitoso en los negocios, quien podía sufragar los gastos, pagar las deudas y sacar de apuro. El cuentadante y fiador. Además, poseía el carácter, la templanza para ordenar y establecer *los futuros* en la familia.

La otra persona capaz de oponérsele era su abuela Gloria, pero en esta oportunidad coincidían. Físicamente resultaban muy parecidos: cara redonda, ojos grandes, cabello lacio y una capacidad de mando que parecía provenir no de sus genes o de su temperamento, sino de su voz. Su abuela Gloria bien pudo ser Aníbal, de haber nacido varón, tal como su tío Aníbal bien pudo haber sido Gloria, de haber nacido hembra.

Arturo no recordaba que esa cicatriz en la ceja izquierda donde no le crecía cabello y que no dejaba de llamarle la atención cada vez que veía su rostro en el espejo, se la había producido el día cuando vio llegar a Nubia, acompañada de su tío Aníbal, a su casa en Playa Grande. Al correr para esconderse, resbaló, cayó y se golpeó con el vidrio de la mesa de centro de la sala. Por muchos años había intentado recordar, pero nunca pudo dar con la información. Aquella pertenecía a ese tipo de cicatrices que marcan nuestro cuerpo y extravían los archivos con complicidad del cerebro.

Llegó a hacer ejercicios memorísticos precisando cada una de las cicatrices de su cuerpo en una situación de su vida: la de la pantorrilla con los ganchos de una bota de fútbol, jugando contra *Casa de Italia*, la del tobillo la vez que se cayó cuando aprendía

a montar en la bicicleta número 28 a escondidas de su papá, y trató de ocultar las rayas pasándole un carbón... su papá nunca sabría cómo y cuándo se manchó su pantalón beige. La del codo con un pelotazo jugando beisbol, la de la cabeza con una piedra que le lanzó un niño cuando le robó unas metras, ya en Santa Clara, y la del muslo cuando Simón del Moral le clavó un lápiz, luego de que él lo llamara *cerro prendido*.

Pero, aquella de la ceja nunca logró ubicarla en su mapa mental. Era su cicatriz fantasma. La evidencia de una agresión sin agresor, sin testigos, y sin víctima que pudiera dar fe. Una especie de *Cenotafio* que ya era identidad de su rostro. Fortaleza de sí.

Tampoco recordaba si había llorado o no cuando dejó Playa Grande. Ni gran parte del viaje hasta Cabimas. Y como en ese tiempo las palabras de los adultos venían con candados, la frase del tío Aníbal cerraba el destino. Arturo Guillermo asumió que no gozaba de eso que llamaban *futuro*, y podía irse. Y, quizás, en ese otro lugar a donde lo llevaban pudiera haber otro tipo de *futuro*, distinto del cual hablaba su tío Aníbal, donde no estaría su hermano para llegar primero y hacerse de él.

Nubia recordaría: "Todo el viaje estuvo callado".

Un automóvil Chevy Nova, color beige, se detuvo frente a la casa pintada de azul celeste. El solitario bombillo encendido arriba de la puerta de entrada alcanzaba un precario dominio. Con esfuerzo su luz llegaba a las esquinas de la casa donde acechaban las sombras. Las polillas y pequeñas taras danzaban incansables a su alrededor, peleándose el control del halo de luz. Dos ventanas de madera, de dos hojas cada una, con una tela metálica como protección, se encontraban a lado y lado de la puerta de entrada. Ahí llegaba Guillermito a Cabimas, de la mano de su recién estrenada hermana Nubia, aquel martes 20 de agosto del 1963. Él tenía seis años, y la calle apenas dos o tres postes con luces encendidas desde la Avenida Intercomunal hasta aquella casa.

La puerta estaba cerrada. Las ventanas, también. El silencio que se escuchaba a través de los grillos y ranas le resultaba extraño y ensordecedor a unos oídos acostumbrados al sonido del mar, la brisa, las voces de los pescadores, y el agudo chirrear de las

gaviotas. A pesar de la oscuridad, pudo notar que se trataba de una casa donde había muchos árboles. Al pasar el pequeño portón, construido de forma rústica con tablas de estibas, su olfato se quedó con el aroma de azahar que provenía de un jardín, pegado a la cerca, y su mirada con la sombra de la palmera de dátíl que, sin respeto a la cerca de alambre de púas, se alargaba hasta el borde de la carretera de tierra, con pretensiones de seguir avanzando hasta alcanzar la otra orilla.

“¿Cómo será ese lugar? ¿Qué pensarán cuando me vean llegar?” Fueron las preguntas que se hizo a sí propio durante el viaje y que se intensificaban cada vez que su hermana le decía “Ya vamos a llegar”, sin saber que así aumentaba su angustia, porque lo que menos deseaba era *llegar*.

Una de aquellas preguntas no tendría respuesta y le perseguiría hasta su adultez, sin el valor de confesarlo. Tal vez por temor a saber la verdad. Muchas veces, en su adolescencia reflexionó si ya era tiempo de saberlo, aún más, si valdría la pena. Lo cierto es que esa noche, como los días posteriores a su llegada, estaba más ocupado en ponerse al tanto del lugar y las personas; en comparar las barajitas de las imágenes que traía de Playa Grande con las de ese lugar llamado Santa Clara que, por lo visto, no tenía playa al fondo ni montañas hacia el frente: *la tengo, la tengo, la tengo, no la tengo*.

Tampoco hubo palabra, gesto o detalle alguno que le sugiriera ser rechazado por las personas de aquella casa en ese momento que, a la larga, resultaría definitivo en su vida.

Su nueva hermana mayor tocó la puerta. Y Guillermito vio a una señora de estatura promedio, blanca, con pelo cenizo y de ojos con iris azulados que le abrió. Era obvio que había estado en vela, esperando la llegada de Nubia. Su sonrisa, y el brillo de sus ojos al verla, descubrieron el amor que profesaba por Nubia. Era un amor con todo el cuerpo. Guillermito no dejaba de observar la cantidad de taritas que revoloteaban como locas en la luz. Su recién inaugurada hermana le pidió la bendición. La señora la abrazó, besó y la bendijo como si no la hubiera visto en muchos años, o como quien ha jugado la posibilidad de no volverla a ver, luego de una travesía que suponía grandes riesgos para estar de vuelta.

Nadie lo sabía. Solo Marcelina Manaure y su mesita de noche conocían de aquellos temores que atormentaban su mente, estrujaban su corazón y ralentizaban el tiempo desde que Nubia se había empeñado en conocer a su padre. Viajes de Nubia hacia Playa Grande que significaron días y horas de ese tipo de angustia que genera la incertidumbre del único amor capaz de amar *hasta que la muerte nos separe*.

Guillermito traía una pequeña maleta, color vino, que le había comprado Dulce, a quien le decían ‘Uche’, hija de su tía Evangelina. Ahí estaban tres pantaloncitos —uno largo y dos cortos— una camisa, dos franelas, un par de interiores y un par medias; alguna de esa ropa, comprada por su papá y otra por la vieja *Calela*, a última hora. Todo lo demás de su pertenencia lo traía puesto y con él. Dentro de él.

Por mucho tiempo se preguntó por qué no podía recordar esos detalles. ¿A dónde irían? ¿Estarían en un lugar parecido a eso que llaman *nube* del computador? Pendiente de ser activado. ¿O habían muerto, y ahora, hacían alarde de su capacidad de resucitación? “Creo que, para entonces, no tenía una amistad estable con mi voz interior” —pensó.

— Ella es tía Marcelina —le dijo Nubia, señalándola— pero le dicen ‘*Maíma*’.

La tía Marcelina le acarició suavemente el hombro, haciéndole llegar una información inesperada. Como si aquella mano supiera lo que su cuerpo necesitaba con urgencia. Luego lo tomó de la mano y lo hizo pasar. “Se llama Guillermo”, escuchó decir a su hermana, en voz baja. Lo sentaron en un mueble de la sala, forrado con semi cuero verde que, en la oscuridad, se veía marrón. Al sentarse, dos cosas llamaron su atención: la cantidad de hamacas y chinchorros colgados, ordenados en fila, separados entre ellos por dos o tres metros de distancia y un afiche que le recordaba al que estaba detrás de la puerta de su abuela Gloria. Se trataba de un señor vestido de flux negro, con cara larga y seria, ojos saltones, de una calvicie que manifestaba ser hereditaria, y que usaba unos lentes de pasta negra. En letras grandes se leía “LEONI PRESIDENTE, VOTA NEGRO”. Estaba colgado de un clavo por encima del marco de la puerta que daba hacia un pequeño corredor, donde alguien roncaba mientras dormía,

también en una hamaca. Desde allí pudo oír que sostenían una conversación acerca de los pormenores del viaje, la muerte de su mamá Clotilde, y la circunstancias por las cuales él se encontraba allí. Resultaba obvio que su presencia era inesperada, una decisión tomada por su hermana sobre los acontecimientos.

— ¡A mundo! ¡Quedó huerfanito! —dijo la señora.

— Murió joven, como mi mamá —comentó Nubia.

— ¡Pobrecito! ¿Y José María? ¿Cómo está?

— Mi papá está casi ciego...

— ¡Qué vaina! ¡Mijita! ¡Ese accidente le embromó la vida a ese hombre!

Nunca —que a la postre es un adjetivo muy poco ilustrativo como tiempo de referencia comparativa cuando se tiene seis años— había visto tanta gente durmiendo en hamacas dentro de una casa. Las imágenes más frescas de algo parecido se correspondían con las que veía en las rancherías de pescadores en Playa Grande.

Estaba tenso, sobrecogido, extrañando el lugar y a las personas. No fue hasta que la señora que llamaban *Tía Marcelina* le llevó a acostar, arropándolo con una sábana, cuando sintió un gran alivio. ¿Quién sabe si allí estuvo su primer síntoma de inclusión en ese ambiente desconocido? Una impronta para lo que sería toda su vida. Esa noche Guillermito durmió en una hamaca. Por primera vez sin su almohada y sin el arrullo de la mar.

Solo en su mente, el sonido del oleaje de la mar, lejano, recogiendo sus olas, altas, como en una marea de sicigia, dominada por la alineación del sol, la luna y la tierra, se mantenía aún vivo. Y a medida que el sueño lo dominaba, le llegaba cada vez más como un *adiós*. Un adiós decidido, también, por fuerzas fuera de su alcance que, a su vez, alineaban despedida, alejamiento e incertidumbre de no tener respuestas para algunos *cuándos*.

14

La mirada de Lubio Escorcía

Lubio Escorcía no llegó al velorio hasta dos horas después de *La gente de Maracaibo*. Venía de Valencia, en donde se había radicado desde hacía ya unos veinte años. Era hermano por parte de padre de Argelia. Ambos se habían criado en esa casa junto a Arturo, Nubia, Ricardo, Amada, Endora y Beta.

Hacía muchos años que no tenía comunicación con ninguno de *La gente de Maracaibo*, excepto con Argelia, tampoco con la familia que vivía en Santa Clara. La última ocasión que estuvo por allí resultó en un fuerte encontronazo con Beta y sus hermanas Isbelia y Julia.

De todos quienes estaban allí fue con Arturo con quien Lubio mantuvo una mayor relación familiar durante la adolescencia. Aun cuando era siete años mayor que Arturo, habían construido una amistad de intercambio de juegos, experiencias, y de ideas políticas. Una relación cimentada, no solo por haber compartido vida en Santa Clara, sino también por su continuo peregrinaje de mudanzas en distintas casas en Maracaibo. Compartieron, además de necesidades, cuartos, libros, y juegos.

Había, no obstante, el enclave de ese *sin embargo* que suele alterar el ritmo y la intensidad de los afectos y desangelar la imagen que se tiene de las personas. Esa relación se había roto desde la vez que sostuvieron una intensa discusión política acerca del desarrollo de lo que por un tiempo se llamó *proceso revolucionario*. Lo que no dejaba de ser paradójico, pues tales ideas los habían hecho coincidir durante muchos años atrás. Puede decirse que lo mismo que los unió ideológicamente acabó separándolos.

“Será con plomo”, dijo Lubio aquél entonces. Y Arturo supo que algo se había roto. Que ya no estaban dentro de las consideraciones establecidas en Santa Clara, ni en cualquiera de las casas por las cuales habían peregrinado en Maracaibo. *Será con plomo* dejó de ser frase de una conversación para volverse una sentencia que, a Arturo le llegó como *ya no somos los mismos de antes*. Y cada una de sus sílabas se establecieron como dis-

paros de un pelotón de fusilamiento para aquella relación con sentimientos de tiempos ha que se tejieron.

Con el tiempo, Arturo llegaría a la conclusión de que esa expresión no le pertenecía a Lubio sino a una ideología. El Lubio que él conoció se le hacía incapaz de argumentarse en esos términos. O tal vez, buscaba complacerse a sí mismo, obviando el más natural de los procesos: los caminos particulares dejan sus propias huellas, y cada ruta, con geografía incluida, tiene su fierro para marcar. “Quizás terminaron por ubicarnos en el lugar donde nos sentíamos más cómodos”, pensó.

Una vez dado el respectivo saludo *por educación* a todos y cada uno de los familiares, Lubio se sentó al lado de Argelia, de quien no se separó hasta el final del velorio y durante el entierro del tío Herminio en el Cementerio Municipal.

Se preguntaba si Arturo había terminado el postgrado de Historia, pero se cuidó de comentarle sobre esa inquietud a Argelia. No deseaba, de modo alguno, mostrar que sentía interés en conocer sobre los detalles de ninguna de aquellas personas que se integraban en la frase *La gente de Maracaibo*.

“¿Resentiría Arturo aquella manera distante con la cual le saludé? ... ¿Estaría bien haberlo hecho de esa manera?” Se interrogó.

Lubio reconocía que, en aquellos años de adolescencia, llegó a influir en Arturo con la ideología marxista. Sin interés de soliviantarlo, más bien con el ánimo de ofrecerle otra visión. Recordó aquel afiche de pliego completo con la figura del Che Guevara, en colores rojo y negro, que había colocado detrás de la puerta... las lecturas del pensamiento de izquierda, así como sus análisis sobre la situación del país, el capitalismo y el socialismo, el imperialismo y la revolución.

“Creo que desde allí comencé a interesarme por la política” — pensó Arturo, desde el lugar donde se hallaba sentado, dirigiéndole una disimulada mirada a Lubio.

“¿Qué más podía hacer yo? Arturo andaba con esa cuerda de escuálidos” —pensó Lubio.

“¡Cómo es posible que Lubio no se hubiera dado cuenta de que esto marchaba hacia un gobierno militarista!” —se dijo Arturo.

“¿Qué pasó con ese líder revolucionario que protestaba en la Universidad?” —se dijo Lubio a sí propio, echando una mirada a Arturo.

“Me sorprende que Lubio, siendo una persona leída, se crea el cuento del Hugo Chávez redentor” —pensó, mientras negaba contrariado, moviendo su cabeza.

“A lo mejor es de los que cree que apoyo *el proceso* porque soy un resentido” —se dijo, y volvió a mirar a Arturo, sin delatarse.

“Bueno, alguien escribió que el infierno seguía siendo un atractivo para asomarse” —llegó la voz del *Celacanto* de su memoria, de manera atrevida, entrépita y concluyente—.

A diferencia de su familia de oriente, en el caso de los Manaure y los Quiva, esta no era una familia cuyos adultos hubieran destacado por tener algún activismo político. Todo el imaginario acerca de la superación económica y social partía del trabajo y el estudio. La conseja ‘El estudio es su única herencia’ había marcado toda vocación, y toda ambición de superación en aquella familia. No había el cálculo de obtener un cargo en la administración pública por vía de la política, y en muy escasos ejemplos como el de tío Aquino Manaure, el de plantearse emprendimientos privados. La relación con los partidos no pasaba de ser una militancia de campañas electorales. Para el caso de los tíos, como la gran mayoría de los venezolanos de aquellos tiempos que ya conocían en demasía lo que significaba vivir en dictadura, muy identificados con las ideas de la lucha por la democracia. Por ello, las afinidades de los Manaure estuvieron ligadas a Acción Democrática y Rómulo Betancourt.

En el caso de Lubio y Arturo, resultaban ser una ruptura con ese tipo de identidad política e ideológica. Una ruptura iniciada en los liceos y madurada en la Universidad.

En una ocasión que estuvo de visita en casa de Arturo —Lubio para entonces ya vivía en Valencia— sostuvieron una discusión: — Fue un error apoyar el intento de golpe de Estado, y luego la destitución de Carlos Andrés Pérez —le manifestó Arturo.

Resultó en una acalorada discusión. Arturo comenzaba a criticar lo que en ese tiempo llamaban *proceso*. Lubio salió de su casa y no volvieron a tener contacto por más de veinte años. Muchas veces se preguntó si aquel alejamiento de Lubio pre-

tendía, además, un alejamiento de todo lo que tenía relación con su vida en Santa Clara. No siempre se desea regresar o recordar ciertos lugares. Habrá aquellos para quienes, el solo hecho de haberlos sobrevivido pudo haber sido suficiente. Y quizás la discusión con Arturo le brindó a Lubio esa oportunidad. Con lo cual Arturo se convertía en un chivo expiatorio del resentimiento de Lubio. Quién sabe.

El alejamiento con Lubio significó un golpe duro, por cuanto, a esa fraternidad existencial, en el caso de Arturo, se agregaba el hecho de que Lubio se había establecido como la única figura masculina que él simbolizaba como un 'nuevo hermano mayor' que, en parte, lograba sustituir a su hermano Anselmo de Playa Grande. Era, además, un referente para esos conceptos como *justicia, igualdad, humanidad*, que comenzaban a inquietarle. La personificación de dichos valores, la confirmación de que teoría y praxis son perfectamente realizables tenían objetivación en Lubio. Cuando compraba pan todos recibían la misma cantidad; cuando hacía jugo de limón con panela, Lubio usaba una medida para vaciar la misma porción. No llevaba prendas, no solo por no tener como comprarlas sino porque no tenía aspiración de tenerlas. En fin, Lubio era el distinto en aquella casa. Arturo, a lo sumo, su proyección. Y si la revolución y el socialismo eran como Lubio, entonces debían ser algo bueno. Tesis.

Juegos de pelota de medias panty, robadas a Argelia. Triángulo del home marcado con tiza en una pared. En el line up: Carl Yastrzemski, Norman Cash, Roberto Clemente, Luis Aparicio y Hank Aaron. Inamovibles. Jugaban todos los días, a las 4pm, en el patio. Nunca llegaban tarde al estadio.

¿Por qué no habían podido superar ese impasse?

Aunque no se atrevía a manifestárselo, se recriminaba el que de su parte hubiere sido producto de un estúpido orgullo. Y pensó, también, en la posibilidad de que sus actuales diferencias no fuesen más que el resultado de un proceso que inició, o fueron *anunciadas*, quién sabe porque tipo de fenómenos, en sus partidas de Ajedrez donde Arturo siempre prefirió ser Bobby Fischer, y Lubio a Boris Spassky: Nixon *yanki go home* contra el camara-da Brezhnev. La Guerra Fría en un tablero.

Sumado a ello estaba el hecho de que Arturo perfilaba su gusto hacia esas canciones que Ricardo colocaba a todo volumen, donde privaban Los *Beatles*, Los *Hollies*, y Los *Bee Gees*, y se contraponían a *Carlos Puebla y sus tradicionales*, Ali Primera y Daniel Viglietti que Lubio escuchaba con asiduidad en el cuarto que compartían.

De nuevo, quién sabe.

“Quizás no debí abandonarlo, y romper con él de esa manera tan drástica” —se dijo así propio Lubio, ese día del entierro del tío Herminio.

“¿Qué pasó con Lubio? ¿Hasta dónde es cuestión de ideología?” —se interrogaba Arturo.

“Aquellos eran momentos decisivos ... Se estaba o no se estaba” —reflexionó Lubio sobre su propia idea.

Hizo una pausa. Se repitió la frase *aquellos eran momentos decisivos*. Y como quien encuentra una rendija por donde asomarse para verse a sí propio, se preguntó *¿decisivos para qué?* No lo dijo, pero, ese día, volvió a sentir contrariedad con algunas de aquellas *verdades* que se había establecido con la llegada de Chávez al poder, y que al paso de los años se le hacían por lo menos incómodas para defender. Pensó en compartirlo con Argelia, y dudó. No lo hizo.

La ideología pesa.

Lubio observaba el lugar sin disimular su desazón. Pensaba en el abandono en el cual se encontraba aquel lugar, en la pobreza que percibía en todo aquel ritual. Valoraba injusto el que ese hombre que yacía en aquel féretro, allá en la sala, hubiera vivido sus últimos años postrado en el olvido. Hallaba, además, razones para establecer responsabilidades en algunos familiares sobre aquella situación. Sus ojos verdes reflejaban tristeza y rencor. Su cabeza no dejaba de realizar ese movimiento de negación que expone un pensamiento de desavenencia con la realidad que presencia.

Desde el lugar donde se encontraba, unas veinte sillas plásticas de distancia, Arturo podía establecer con bastante aserto los pensamientos de Lubio por la postura de su cuerpo y los gestos. Era así, una lectura aprendida en la convivencia, en el juego. Tal como había aprendido a conocer el movimiento que Lubio hacía

cuando iba a lanzar un cambio de velocidad en algún momento del juego de pelota de media.

Lubio se levantó de la silla, se dirigió al patio, y con los brazos en jarra, parado en mitad del terreno, realizó un reconocimiento visual. Su pequeña estatura, su piel blanca, un tanto amarilla, el cabello rubio y sus ojos verdes, siempre había marcado la diferencia con el resto de quienes se criaron allí. Lubio, podía decirse, era un extranjero entre la muchachera de esa casa donde predominaba la piel morena, el cabello y los ojos negros.

El trayecto hacia el patio lo hizo de manera pausada. Parecía un movimiento premeditado, como queriendo atraer la atención hacia sí. Arturo lo observó ajustarse el pantalón a la altura de su cintura y alisarse la camisa. También, lo hizo su hermana Nubia, con quien mantenía un intercambio de miradas furtivas, desde que llegaron. Fue una situación por momentos tensa, que parecía ser capaz de desatar algún tipo de inconveniente. Por lo menos así lo pensó Arturo, y lo verificó en el rostro de su hermana Nubia y el de Beta.

Al regresar a su silla, comentó a Argelia:

— ¡Allí, en ese lugar, fue donde *Canducha* se vació la bacinilla con orine en la cabeza! ¿Te acuerdas?

Lo dijo con suficiente fuerza como para ser escuchado por las demás personas allí presentes. Argelia echó a reír, con esa risa fresca de esa *otra Argelia* que siempre la había caracterizado, rompiendo un tanto el silencio y la quietud susurrada del ambiente. Más allá, Arturo, un tanto pendiente de ambos, al oír aquel nombre de *Canducha* sintió una revelación. Fue como si un torbellino desatado en su memoria hubiese removido una capa de recuerdos asentados en el fondo de algún lugar. “¡*Canducha*! ¡Qué de tiempo que no escuchaba ese nombre!” —pensó. Fue así como lo extrajo de las tinieblas de ese lado oscuro y lo rescató del pasado, acompañado de una película retro en pantalla digital. Y la realidad del velorio se ubicó en un costado del presente. Igual que en esas proyecciones que el Cine Club Universitario realizaba en las paredes de las casas de los pueblos, donde con solo voltear la mirada se podía ir de una ciudad de edificios iluminados al oscuro corral de los cochinos.

Un pasado actual, inquieto, animado y presuroso de darse a conocer y ser aceptado como un adolescente en un grupo del liceo, se venía hacia adelante.

— ¡Herminio! ¡Ayúdeme! ¡Déjeme entrar! —llegó gritando una noche, cuando ya estaban acostados.

Canducha se desempeñaba como prostituta en algunos bares, y tenía fama de bruja. Era lo que tía Marcelina llamaba *una mujer perdida de cuerpo y alma*. La gente que le reprochaba ambos oficios terminaba por concederle el perdón a los pecados del cuerpo, y condenarla por los del alma.

— ¡Qué vaina! ¡Puedo ser puta, pero bruja no! —exclamaba en voz alta para que la escucharan los vecinos.

Era una mujer alta y huesuda, de cara larga y ojos hundidos. Tenía la comisura de los labios y sus dientes manchados de tanto fumar. Se pintaba, como era usual en las llamadas *mujeres de la vida alegre*, con exageración los labios y las cejas, pero vestía con cierta elegancia. Era difícil saber el color natural de su cabello. Se lo pintaba todas las semanas, y usaba un corte al estilo Jackelin Kennedy.

Para entonces, la mujer que ejercía la prostitución asumía una identidad: una vestimenta, una manera de caminar, unos usos y formas que la hacían inconfundible. En esos tiempos, el oficio de la prostitución estaba confinado a determinados espacios. Muy distinto a las formas actuales, donde el anonimato de la virtualidad termina por diluir la identificación con el oficio. “Hoy hay mayor prostitución, y mejores formas de ocultarlas, en parte por haberse eliminado los confinamientos” —reflexionó Arturo, al sociologizar sobre ello.

Cuando *Canducha* salía a trabajar, las mujeres que se encontraban frente a las casas se metían a la carrera y cerraban las puertas. Ella lo sabía, lo usufructuaba y hacía gala de ello con altivez, lanzando una mirada de reojo. Tenía una cabal identidad con lo que era. En ocasiones, se detenía desafiante en los frentes de esas casas. Sabía que la observaban desde las ventanas. Encendía un cigarrillo, daba tres aspiradas, se atusaba el cabello y continuaba su camino, con paso seguro y en dominio. Cuando ya estaba lejos, las mujeres de la casa donde se había detenido salían a lavar con jabón el lugar donde había estado

parada *Canducha*, y si dejaba una colilla de cigarro o un papel, las mujeres lo tomaban como si fuesen objetos portadores de algún *trabajo* y los quemaban. “El fuego mata todo”, decían.

— ¡Ay, Marcelina! ¿Por qué alquilaste la casa a esa mujer?

— ¡Bueno, mijita, la necesidad tiene cara de perro... en este caso, de puta y bruja!

Por lo general se la pasaba sola allí en la casita, aunque se sabía que sostenía una relación como amante de un árabe que, mal que bien, le mantenía en una categoría un tanto más elevada frente a las demás prostitutas. Posición de la cual ella alardeaba con su forma de vestir, los perfumes, zapatos y algunas joyas que no dejaban de ser la envidia de otras mujeres, putas y no putas. Algunos dados a la facecia se referían a ella como una puta *demimonde*.

Todo se le vendría abajo cuando el árabe se mató en un accidente automovilístico.

En las veces que Guillermito solía acompañarla, la única vez que lo vio fue a través de la ventana, en una ocasión que llegó cuando ya se habían acostado. Era un hombre moreno claro, bajo, de cara redonda y ojos hundidos. Jamás se le vio llegar a esa casa en horas del día. *Canducha* salió al frente para recibirlo, y luego de una discusión el tipo se montó en su carro Ford de color verde claro con rayas blancas.

— ¡No te desharás de mí tan fácilmente! —gritó *Canducha* al tipo, y le lanzó unos billetes que el hombre le había dado.

Unos minutos después de que el hombre se fuera, *Canducha* los recogería. Excepto uno que voló hacia la calle, y que Guillermito se afanó en buscar al otro día, sin tener resultado.

El comentario general afirmaba que *Canducha* le había hecho un *trabajo* para que tuviera ese trágico final, luego de haberla abandonado. En varias ocasiones se presentó de manera abrupta en horas de la noche a la casa del tío Herminio. Y por lo general, le pedía a Marcelina Manaure que dejase ir a Guillermito para que la acompañara a dormir en la casita de barro. De alguna manera *Canducha* intuía que a la tía Marcelina no le gustaba que alguna de las hembras mantuviera relación con ella. En este caso más por ser puta que bruja. Guillermito sentía algún temor de ir con ella, pero *Canducha*

lo trataba con cariño —‘mi negrito’ le decía— y le daba pan dulce, galletas ¡y *Toddy*! La bebida más preciada de un niño de aquellos años, y más todavía por los de su condición social, pues beber *Toddy* era cosa de ricos. Ver a Renny Ottolina preparar *Toddy* en aquella licuadora llena hasta derramarse, al momento de la publicidad en su programa, se convirtió para Beta y Guillermito en un callado disfrute, un anhelo saciado solo por la imaginación, y, a veces, por *Canducha*.

En La casita de barro *Canducha* había mudado la cama fuera del cuarto, colocándola en el centro de la sala, dentro de un círculo de sal. Cada vez que Guillermito iba le alertaba de no pisar unas rayas —también trazadas con sal— que delimitaban la puerta de la cocina con la de la sala. Tenía velas encendidas en varios lugares, y en un rincón de la cocina, retratos de María Lionza, El Negro Primero y el Indio Guaicaipuro. También había un vaso con ron.

Arturo, aún Guillermito, sentía miedo ante una pequeña cadavera hecha de cemento que mantenía en otro rincón. Sin embargo, el hecho de que la mantuviera rodeada de caramelos le llamaba su atención, y hasta le producía cierta afinidad. Él, de alguna manera, lo relacionaba con un niño. “Ese es mi Orisha” —comentaba *Canducha*, señalando la pequeña cadavera.

— ¿Tú no eres cobarde? ¿Cierto? —le dijo, manipulando su orgullo.

— ¡Yo no! —contestó Guillermito, aparentando seguridad y valentía.

Al principio, Guillermito relacionaba las velas y la sal con las culebras. En La casita de barro se metían ratoneras, culebras ciegas, y algunas veces, serpientes de coral. Pero, cuando llovía se veían las llamadas ‘candelitas’. Estas últimas eran culebras pequeñas, amarillas con rayas negras, o negras con rayas amarillas. Los muchachos de Santa Clara las agarraban y jugaban con ellas. Guillermito, en cambio, las guardaba en un pote y las reservaba para llevárselas en el bolsillo de su pantalón a la escuela, y ya en el salón las soltaba para que se formara el alboroto.

— ¡Las velas no son para las culebras! ¡Es brujería! —le susurró Beta a Guillermito una noche que recogía sus cosas para irse con *Canducha*.

En una de esas oportunidades que acompañaba a *Canducha*, Guillermito, sobre poniéndose al temor de encontrarse con la pequeña cadavera, se levantó a escondidas de ella para comerse otro pan dulce y, de regreso, desbarató la línea de sal. Volvió muy nervioso a la hamaca, problematizado con esa situación y pensando en las posibles consecuencias. Esa noche resultó un fiasco. En la oscuridad no pudo darse cuenta de que el pan estaba lleno de hormigas y, al morderlo, sintió un sabor amargo en la boca, así como algunas caminándole por la cara. Tuvo que comerlo con hormigas y en silencio porque temía que, al levantarse de nuevo para botar el pan por la ventana, *Canducha* se despertara.

Después de la muerte del árabe, *Canducha* contaba que le hablaban al oído y sentía que arrastraban unas cadenas por toda la casa y, a donde caminaba, la seguían. En una de aquellas situaciones, totalmente fuera de sí, hubo quien la vio darse golpes con la mano en la cabeza, como queriendo sacarse algo de los oídos o del cerebro. Guillermito la observaba caminar en círculo alrededor de las matas de mango, diciendo cosas en voz baja, en un lenguaje extraño. Hablaba mascullando pedazos de palabras soeces, tal vez de maldiciones o injurias. “Es árabe —le dijo Beta— así hablaba el difunto... ¡Seguro las voces son de su espíritu!”.

Hasta que un día tomó la bacinilla llena de orine que tenía al lado de su cama, fue hasta ese lugar indicado por Lubio y se la echó en la cabeza para tratar de despejar las voces que la atormentaban. Luego, desapareció de Santa Clara. Años después se comentaba que *Canducha* había terminado recluida en un hospital psiquiátrico.

¿Cuál es la diferencia entre las voces que escuchaba *Canducha* y las tuyas? —oyó al *Celacanto* que lo regresaba del recuerdo.

15

Guillermito

Esa noche, iluminado por aquel bombillo de luz amarilla tenue, vio la pequeña sombra que producía su cuerpo toparse con la alargada que se desprendía de la mata de dátil. Su memoria haría clip en esa imagen con un revelado mucho más firme que el de cualquier laboratorio fotográfico. Con posibilidades de verla en tres dimensiones y salirse del encuadre. Y mientras esperaban que abrieran la puerta, jugó a que su sombra entrara y saliera de la sombra que proyectaba la mata de dátil. Se perdía en ella y reaparecía como una extensión de la sombra de la mata de dátil. Un datillermito.

La llegada de su partida de nacimiento, tramitada unos años después por su hermana Nubia, en ocasión de inscribirle para el quinto grado en la escuela, descubriría el carácter de su madre Clotilde Cordido. Tras una discusión con un hermano de su papá, un cuñado en cuyo honor se le presentaría en la prefectura con su nombre, decidió no hacerlo: ¡Ningún Guillermo! —dijo, ante el asombro del escribiente que, a todas estas desconocía a qué venía esa reacción de la mujer que tenía al frente.

Nadie, hasta el momento de buscar la partida de nacimiento, sabía de ese cambio de última hora, producto de una rabieta de su mamá:

— ¡Borre el *Guillermo*! Escriba allí: Arturo José.

— Señora, pero si yo no he escrito nada todavía —dijo el hombre.

Todo para Guillermito se echó a perder: ahora sería *José*, como su amigo *maifren*. Le habían cambiado el nombre al igual que se cambian unos zapatos por otros. *Guillermito* había dejado de ser nombre para convertirse en sobrenombre. Una circunstancia.

Aquel cómodo, ya aceptado y socializado de *Guillermito*, así como esa la musicalidad en la pronunciación silábica *Gui—ller—mi—to*, que daba la sensación de ir brincando sobre los cuadros del juego *La Carta*, ahora trastocado en un seco *Jo—sé*, como tocar una puerta *toc toc*, le generaba incomodidad.

Por un buen tiempo se olvidaba responder cuando la maestra pasaba la lista de asistencia: “Arturo José” —decía, y su cerebro no lograba aún establecer la relación entre palabra y significado. Entonces, la maestra Lesbia, repetía: “Arturo José Cordido”, agregándole el apellido y mirándolo fijamente para que él pudiera caer en cuenta. “Es tu otro tú”, le susurraba Simón del Moral.

— ¡Presente!

¿Qué es un nombre? Se dijo, y trató de imaginar cómo habría sido la primera vez que oyó su nombre. ¿Sería antes o después de la presentación en la prefectura? Su madre nunca lo llamó José sino Arturo, y el resto de la familia le decía Guillermito, en concordancia con lo que había sido pre acordado en la familia.

José no pasaba de parecerle un engaño, una distracción.

Cambiar de nombre, aunque inusual, parece algo sencillo, y, de ninguna manera sugiere o implica una alteración de la personalidad, las costumbres o la manera de caminar. Él, en cambio, no se sentía cómodo cuando la maestra agregaba el José y no Guillermo. El sustantivo José no terminaba por hacerse parte de él. Además, cuando estaba en la casa de José *maifren* era todo un enredo al momento de que la señora Kamia ¿o sería Tania? Llamaba a su amigo.

— ¡Mamá! ¿Sabes que ahora Guillermito no es Guillermito sino yo? —dijo José *maifren* a la señora Kamia... O Tania.

La mamá de José *maifren* en ocasiones le llamaba *Guilliam*, *Gilian*, o algo así. Guillermito lo asumía como parte de una confusión o un olvido, y ya se había acostumbrado.

“No son como nosotros, ellos hablan distinto” le había dicho Beta cuando le contó sobre ese detalle. Y no dejaba de tener razón, pues las comidas, las conversaciones, la manera de limpiar y acomodar la casa, y de tratar con las demás personas en casa de los *maifrenes* eran muy diferentes. Tan diferente que, a veces, cantaban y bailaban sin haber fiesta.

— Tal vez hablar de otra manera es la gran diferencia entre los humanos, y también con los extraterrestres ¿no crees? — le respondió Guillermito.

— Piensan distinto porque hablan distinto —sentenció Beta.

— Por eso *El Robot* puede hablar muchos tipos de idiomas.

— ¿Qué Robot?

— El de *Perdidos en el espacio*.

— ¡Aaah!

— ¡Olvídese del Guillermito ese! ¡Ahora eres José! ¡Arturo José!

—le repetía su hermana Nubia.

Durante esos meses que siguieron extrañaba al *Guillermito* ese como compañero de juego, en las voces de Emilson o Beta. ¿Cómo podía olvidarse tan fácilmente de quien había andado con él durante diez años? Era como pretender olvidarse de la mar y la playa.

Hubo entonces Guillermito de dedicarse a enseñar al recién llegado José determinadas formas que él ya sabía: las palabras, chanzas y sobrenombres de los amigos. Llevarle a conocer *El Patio*: los nombres de los árboles y los escondites secretos. La voz del tío Herminio y los llamados de la tía Marcelina. Presentarle a Beta, *Charo*, *La Chona* y a Penny Robinson. También a Emilson, José *maifren* y al *Monstruo del Balancín*.

“No le tengas miedo. *El Monstruo del Balancín* no se mete dentro de la casa”.

El proceso de adaptación se hacía vital para algunos casos. Por ejemplo, ¿qué haría cuando lo llamaran a moler el maíz? “José venga a moler”. Guillermito, por lo general, se escondería. Pero, pudiera ser que José fuese sorprendido por ser nuevo allí, y por la costumbre de hacer caso a los mayores, sobre todo cuando son recién conocidos, y su autoridad es nueva y extraña, lo más probable es que acudiera a moler. Entonces, Guillermito se molestaría con él: “¡Por tu culpa tuve que moler —le reprendería— por eso es por lo que no me gusta andar contigo José!”.

— ¡La *picha* que caiga en la zanja de la mata de *Dátiles* está muerta!

— ¡No se llaman *pichas*, se llaman *metras*! —le decía Simón.

Eso era parte de las cosas que José debía aprender. Acostumbrarse al *recao de olla*, las *olletas*, las *chancletas*, el *papo*. Olvidarse del *bastimento*, la *pana*, las *cholas* y la *cosa*.

Él sabía que no era fácil. Le había costado mucho en esos primeros años comprender lo que se le ordenaba con palabras que no estaban en el ADN de su lenguaje oriental, y por ello, soportar regaños y burlas.

Por otro lado, su dedicación y empeño por acostumbrarse al *José* se le volvía una tarea mucho más complicada, dado que, por mera odiosidad, Simón del Moral, su juntica de la escuela, siempre le llamaría *Guillermito*.
... y los *Ceretones*, también.

16

El bodegón de Carrizo

¿Por qué el *Ceretón* diría “Argelia es la clave”? Se preguntó Arturo, de vuelta en el apartamento de su hermana Nubia buscando eso que Byung-Chul Han llama *El medio del espíritu: el silencio*. Ese mutismo universal que heredamos como marca de pertenencia a un *algo* cuyo conocimiento no nos ha sido dado.

Hacemos ruido para sublevarnos y sentimos acompañados de nosotros mismos ante su extenso dominio, pero volvemos a él cuando deseamos encontrarnos más allá de la efectividad del presente, y más hacia adentro de nuestro ser. “Siempre, después, será el silencio”, se dijo como conclusión al salir de la claustrofobia del ascensor.

Y mientras introducía la llave para abrir la puerta de rejas, recordó haber leído algo sobre Marcel Proust donde se decía que, para huir del ruido, había tapizado las paredes de su cuarto con láminas de corcho. Se imaginó a Proust forrando el cuarto con corcho, y hasta vio el marrón y palpó la corrugación del corcho. “No creo que lo haya hecho él, porque el asma le impedía llevar a cabo ese tipo de trabajos”.

O, quizás, iba a ese espacio pretendiendo una invitación al *Ceretón*. Los seres de nuestra imaginación son tan adictos al silencio y a la soledad como nuestro pasado.

Hizo café. Si algo disfrutaba de ir al apartamento de Nubia, además del silencio y la soledad, era tener a su disposición una gran variedad de tazas blancas. Había entronizado la idea de que el café sabe mejor en tazas blancas. Muy posiblemente, una manía.

El sol de aquella mañana de marzo entraba sin resistencia por los vidrios de las ventanas que permanecían cerradas. El ruido de la ciudad, mediado por la altura, le llegaba distante. Como un eco que le recordó el murmullo de las olas del mar en Playa Grande, en esas noches cuando aguzaba el oído con la sola intención de concentrarse en el sonido del remanso para dormirse. Desde niño había desarrollado esa capacidad de abstraerse de todos los otros sonidos hasta quedarse con el ir y venir de

las olas. Podía medir de manera exacta el tiempo de cuando se produciría el remanso con el choque del agua que viene y la que regresa de acariciar la playa. Una capacidad auditiva que luego se le volvería *misofonía* con algunos sonidos como el goteo de una tubería, las cornetas de los automóviles, los bajos de las cornetas, y los sintetizadores.

El sonido del mar es para siempre.

El apartamento de su hermana Nubia era un lugar apropiado. Curado de distracciones, y simbólicamente acomodado. De los que se dice *un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio*. Donde nada es *puesto* sino *colocado*. Y cada vaso, cada copa, cada taza, y cada plato, ocupa un lugar como guarda y custodia. Y ese lugar le pertenece a tal punto que, al ser removido, su vacío es eterno en espera de su regreso. Ningún otro vaso, copa, taza o plato puede reemplazarlo si no es de su juego, color, diseño, material, e incluso fábrica. Tomar cualquiera y recordar el lugar a donde debía ser devuelto era una regla con visos de ritualidad.

El apartamento de Nubia daba la sensación de ser una galería cerrada. Los cuadros de Peña, Bellorín, Cuevas, Niño, Patiño y Gloria Castillo dominaban el espacio de las paredes. Colonizando cada centímetro, habían sometido a los interruptores de luz, obligándolos a permanecer discretamente, ocultos y avergonzados de poder ser vistos. Casi renunciando a su existencia.

El *bodegón de Carrizo* colgado en el comedor siempre le había resultado especial. Se preguntó por qué, aun conociendo la respuesta. Por mucho tiempo fue el único cuadro en la casa de *Tierra Negra*, allá en Maracaibo, compitiendo y retando el protagonismo que hasta hacía poco mantenía el reloj de pared con las horas en números romanos. El reloj que luego de la muerte de la tía Marcelina él se llevó para su casa, con una tan acuciante como inesperada motivación de conservar algo de ella. Un reloj con manecillas desentendidas del oficio, como para detener su partida definitiva.

Después de la muerte de la tía Marcelina su hermana Nubia había encargado a una marquetería la restauración y enmarque del *bodegón de Carrizo*. Ahora estaba allí.

Por mucho tiempo estuvo convencido de que el bodegón de Adalberto Carrizo lo había comprado la tía Marcelina, estando ya en Maracaibo, y cuando vivían en El Saladillo. Y fiel a esa historia, reconocía que había sido el único cuadro que recordaba haberle visto comprar. ¿Por qué lo haría? Era una interrogante de la mano de aquel extraño recuerdo que logró fijarse como un hecho real y vívido, sin haber ocurrido.

Las doce rosas: fucsias, amarillas, rosadas y blancas. Dentro de un jarrón color verde pepino. Con un centro de luz que se le volvía un ojo: “El ojo de Carrizo”. La fecha 1974 y la firma.

¿1974?

Era la primera vez que esa fecha le acotaba *un no sé qué* más allá de los números. La primera vez que la leía pensándola. “Uno, nueve, siete y cuatro”, se repitió como niño que aprende a contar. Algo andaba mal. La tía Marcelina no pudo haber comprado ese cuadro, pues no coinciden las fechas, se dijo. Ellos se habían mudado al Saladillo en el año 1971, donde vivieron pocos meses. *El bodegón de Carrizo* correspondía al año cuando ya estaban mudados a la casa de Tierra Negra. “Fue Nubia quien lo compró”.

¿De dónde saqué yo eso de que la tía Marcelina había comprado ese cuadro? ¿Por qué el cerebro me habrá engañado durante tantos años? Se dijo a sí propio ¿Qué bienestar podía traerle a su vida mantenerle una mentira? ¿Cuántas otras podía haber?

Arturo no podía menos que elucubrar sobre esa gran capacidad del cerebro para crear realidades alternas. “Eres un gran mentiroso” —creyó decirle a su mente. Y por esta ocasión, reconoció y agradeció a la historia haberle dado a conocer *la verdad*. Pero, por alguna razón, esa *verdad* —como toda *verdad* histórica que nos reacomoda lo sabido— lo mortificaba y no le era agradable. Algo se había roto en el relato de sí, y en su presente.

La inesperada verdad que siempre llega tarde, o tal vez no sea tarde sino cuando debía. Como sea. El resultado para Arturo seguía siendo el mismo: reconocer que había sido feliz bajo engaño. Aun cuando el vocablo *engaño* le pareció fuerte, y prefirió *ordenada mentira*. Y tal vez el éxito de una *ordenada mentira* esté

en sostenerse el tiempo suficiente para hacerte sentir coherente, hasta que por alguna imprudencia de la vida sea develada.

Adalberto Carrizo llegó tarde al apartamento de Nubia. Cuando ya la galería estaba ocupada por obras de artistas plásticos de mayor renombre. Cada vez que Arturo lo miraba el *bodegón* parecía más colorido: sus verdes, rojos, fucsias, amarillos y ocre se tornaban más intensos. El punto de luz en el jarrón de color verde pepino se le insinuaba como un ojo que le devolvía la mirada, y lo invitaba.

Pese a los esfuerzos, no recordaba que ese sentido *especial* que tenía el cuadro de Carrizo, y la atracción que le ocasionaba, tenía que ver con sus intentos por dedicarse a pintar; una afición que le sobrevino estando allí en la casa de *Tierra Negra*, hojeando aquellos tomos de *La Enciclopedia del Arte Salvat* que Ricardo había comprado. Da Vinci, Miguel Ángel, Rembrandt, Monet y Renoir lo trasladaban a tiempos que, por alguna razón, le atraían. Y como no recordaba nunca se había preguntado por qué incursionó en la pintura.

Fue un tiempo en el que se dedicó a comprar pomos de pinturas de óleo, pinceles y lienzo, con complicidad de su hermana Nubia. Ese *bodegón* fue por mucho tiempo el modelo para practicar las combinaciones de colores y descubrir tonalidades. Carrizo, en cierta forma fue su maestro. Como lo son tantos pintores, músicos y escritores, de otros pintores, músicos y escritores.

El cantar de una *paraulata* parada en una de las rejas del apartamento de su hermana se imponía con bastante holgura sobre el sonido lejano de los motores de los automóviles que pasaban, allá abajo, por la avenida.

El recuerdo de Carrizo lo llevó a *El Saladillo*, y *El Saladillo* a los juegos de pelota de media, y, luego, a su inexistente comunicación con Lubio. Lo último que tenía de él era aquel saludo frío y displicente, distante, que se había producido durante el velorio del tío Herminio, cuatro años después del triunfo de Hugo Chávez. Con Argelia, en cambio, había tenido mayor contacto. En realidad, no tan suficientes como para generar esa atmósfera de las confesiones familiares.

Reconoció que deseaba conversar con el *Ceretón*.

Aun cuando había logrado comenzar, su relato no terminaba por definirse entre una narración histórica de su niñez en Santa Clara, la vocación sacrificada de la tía Marcelina, y esa inquietud por tener respuestas sobre su llegada a Cabimas luego de la muerte de su madre. Así como su lugar dentro de aquella tan diversa como contradictoria familia. ¿Quién fue él allí? Además de ser el hermano por parte de padre de Nubia Manaure. Porque una cosa sí estaba clara: todos eran, de alguna manera huérfanos o procrastinados. A excepción de Beta.

Había comenzado su relato con la contradicción de tener mucha información, y lleno de incertidumbres. Sin conexiones claras ¿hasta dónde llegaría? Se preguntaba. ¿Podría soportar una inesperada *verdad*? ¿Una mucho más definitiva que la que le había dado *El bodegón de Carrizo*? Por momentos se convencía de que todo aquello no pasaba de formar parte de un estado de ansiedad por la situación del país, una válvula de escape: escribir para no morir con las ausencias, el vértigo de la polarización y el avasallamiento de la posverdad.

“Puede que sentirse acompañado no sea solo cuestión de resolver las presencias sino, también, las ausencias. Tener presencia de lo ausente.” —tuvo una epifanía poética que leyó de alguien que no recordaba.

Cuando Arturo se propuso atender lo que el *Ceretón* susurró a su oído el día de la misa, no tenía otra finalidad que reconocer lo que de aquella familia había en él y dar las gracias por los afectos y favores recibidos cuando todavía era Guillermito, hasta hoy. Una narración apologética de aquellas personas y su voluntad de salir adelante, con la carga de una muchachera. Sin embargo, al indagar y profundizar sobre personajes y hechos, los silencios de la familia comenzaron a exigir su protagonismo. A ser historias dentro de historias. Algunas de ellas anclares a su propósito, pero situadas de tal manera que, sin ellas, se hacía imposible continuar.

Por otro lado, el texto empezó a hacerse a sí mismo. Creaba situaciones y empujaba un desenlace. A veces proponía la entrada de nuevos personajes y correlatos. Como sucedió con *El Patio*, *La familia maifren* y *La casa embrujada*. Personajes y hechos promovidos desde el texto en contubernio con la historia

y la crónica. Y hasta por otros personajes de la novela que se prestaban para insinuar o recomendar nombres de *alguien que sería un error dejar fuera*.

Ciertamente formaban parte de sus recuerdos, pero hasta la página 200 no se había propuesto el ingreso de ciertos personajes o de algunos hechos en la trama. Dixit.

Su cerebro había actuado para favorecer los recuerdos felices, seleccionando aquellos que ofrecieran un orden donde reinaba la certidumbre. Había funcionado bien hasta que llegó esa etapa tan traumática, sensible, y odiosamente irreverente de la adolescencia. De allí en adelante, la inquietud de repensarse no lo había abandonado: “¿Ha sido todo, así como has pensado que ha sido?” Le interrogó aquella voz profunda que hasta ese día no sabía que existía. Por lo menos, no con esa agudeza inquisitoria, y la virtud de construir frases precisas, relacionando hechos y sentimientos de una manera desconocida por él.

Rilke había llegado a él para quedarse. Nadie vendría en su ayuda. Estaba solo.

La voz profunda que más tarde apodararía como *Voz del Celacanto de la Memoria*, le llegaba: involuntaria, impertinente y definitiva. Sin admitir diálogos. Con emersiones rodeadas de hermetismo. Una voz sin condescendencia, intratable. Instintiva. Casi inhumana, o de una humanidad previa a la palabra.

Una voz especialista en aparecer de forma inesperada, sin atender solicitudes ni búsquedas conscientes de la memoria.

Era una consideración personal influenciada por sus posteriores lecturas de Henri Bergson, y su afición por los estudios sobre el avistamiento de especies que se consideraban en estado de extinción.

“En el océano que es nuestra memoria hay profundidades donde yacen recuerdos que la pátina corrosiva del tiempo (puede que, también del dolor) oculta a la conciencia inmediata” —escribió en su Diario.

Y por vez primera recordó la primera vez que se hizo aquella pregunta: “¿Ha sido todo así, como has pensado que ha sido?”. Fue un 31 de diciembre. Ese día, una motivación inusual lo había llevado a quedarse solo en la casa de *Tierra Negra*. Encerrado

en aquel cuarto de dos ventanas con persianas enmarcadas en hierro, un closet empotrado y el afiche del Ché Guevara aún fijado detrás de la puerta. Alejado de la reunión familiar acostumbrada. Entre tantas cosas, se preguntó si sería víctima de una depresión. “Las depresiones son cosas de los burgueses”, le decía siempre Lubio. Sin embargo, resultase o no una depresión, él se sentía abrumado por un sentimiento de soledad. Quizás hubo otros momentos. Ese era el único que recordaba con total claridad y precisión. Orfandad.

En esa ocasión supo soslayarla. ¿Cómo lo hizo? La respuesta la encontró en su dedicación a leer literatura ávidamente, y la política. Aunque lo supo años más tarde.

Por cierto, ¿a dónde fue a parar ese afiche del Ché Guevara? Ahora, El *Ceretón* lo había reiniciado. No solo como una duda, también como presente y urgente. Tampoco ya con ese ímpetu justiciero y redentor. Ni aún con el dolor de la procrastinación. Si pudiera ser definido, era un sentimiento de saberse a sí mismo como historia de otros.

Pensando en la tía Marcelina descubrió que uno de esos misterios que le atraían sobre algunos seres humanos, es aquel de anularse a sí propio la oportunidad de ser o alcanzar una meta que a lo mejor soñaron, por dedicarse a otra cosa más sacrificada. No es el personaje de Gide, *Alissa*, en *La puerta estrecha* que renuncia a la felicidad por una premonición. Se trata, más bien, de dedicarse a una vida llena de propósitos. Propósitos que, en adelante, la colonizan y le alejan cada vez más de la cotidianidad, y borran otros posibles derroteros. Con el resultado final de haber sido consumido por el propósito cosificado.

Era una posibilidad.

Los grandes héroes, los conquistadores, el ascetismo sin orden religiosa. ¿Qué los anima a tomar esa decisión? Se preguntó. Mucha gente interviene en política, se enlista en una guerra o en un proyecto del cual aspiran obtener una retribución, sea de gloria, confirmación ideológica o por el poder y los negocios. Es, diríamos, un sacrificio planificado y contabilizado. Pero, qué hay de recibir muchachos, hijos de otros, para darles un hogar, comida, educación y afecto, sin tener la más mínima idea de los pro-

blemas que podrían generar, menos aún, de lo que serán en el futuro. Arturo no tenía clara la respuesta. Por lo demás, ignoraba si pudiera haberla.

Trató de recordar algún día en que la tía Marcelina no se levantara antes que todos los demás. Una ocasión en la cual él se hubiese despertado y no escuchara el trasteo en la cocina de su tía Marcelina. Una donde no encontrara el café ya colado, o las arepas en el budare. No halló ese momento. Y tal vez sucedió, pero resultó insignificante.

Lo de la tía Marcelina Manaure era, ciertamente, un estoicismo. Una dedicación imperturbable a repetir diariamente una faena. Un anonimato perfecto. Sin remordimientos, reclamos o duda sobre la existencia. Una ataraxia.

¿Por qué asumir la preocupación diaria de atender a muchachos de los que, en algunos casos, no tenía seguridad de que fuesen parte de su familia? El trabajo de buscar comida, levantarse temprano para darles una educación y fomentar los mejores valores —por lo menos los que ella entendía por ello— asistirlos en una enfermedad. ¿Fue la tía Marcelina Manaure feliz con ese oficio?

¿Se lo preguntaría a sí misma alguna vez?

¿Soy feliz? No deja de ser una interrogante de suma importancia en nuestras vidas.

En todo caso, ¿qué es la felicidad? —no podía dejar de interrogarse sobre esas preguntas que se iban apoderando de él, como una hiedra en la pared. “La felicidad es relativa —se afirmaba—, tanto es así que puede haber personas que elijan ser infelices”.

Llegó a la conclusión de que, en el caso de la tía Marcelina, el sacrificio de abandonar su espacio vital, su herencia familiar y sus querencias, arriesgando la relación con su inseparable hermano de toda una vida de sacrificios, para continuar una obra de servicio, era un *acto de fe*. Una promesa en el confesionario de su mesita de los santos. Un *acto de fe* que, sin duda, se subsumía en ella, en cuerpo y espíritu: ella sería la objetivación de un *acto de fe*.

¿Fue el caso de mis tíos un acto voluntario de infelicidad? —se interrogó. ¿Pudo la religión llegar a influir a ese extremo sus decisiones? O, por el contrario, se trató de una renunciación sin dolor que mitigaba un desconsuelo y llenaba vacíos en sus vidas.

Una promesa de amor o de honor para el intento de suturar las heridas pasadas con un nuevo sentido o propósito. *Resiliencia. Crear un logro de un sufrimiento.* Viktor Frankl.

Un poco más: qué tal si nada de ello se corresponde con lo sucedido, y se trató de una concatenación de hechos fortuitos, donde sus tíos solo fueron esa pluma al vaivén de sus caprichos. Donde el ritmo de la vida les ganó el tiempo y cuando se dieron cuenta ya no tenían tiempo para proponerse otra empresa.

Y quién sabe si, tal vez, Marcelina y Herminio Manaure fueron ese tipo de seres que refería Borges, que existen con total ignorancia de sí mismo y de lo que hacen, y andan salvando el mundo.

Hay cosas donde el tiempo actúa con sigilo, y otras con alevosía. Algo así como distraerte en mirar hacia un lado, ocuparte en algo, mientras contrabandea tu vejez.

Marcelina Manaure pudiera haber sido una *singularidad*. Muy parecido a la definición del *principio de la singularidad* en la física de que las leyes de la física son como son hasta que dejan de serlo.

En ello, las religiones son más precisas, le dicen *milagro*.

Sea cual fuere, implicó un acto de sacrificio: “Tenía razón el cura” —se le vino la imagen del padre Ramiro Alburguez.

¿Pero, por qué dijo “le faltó poco para ser una santa”? El adjetivo *poco* se le transformó en signo de interrogación. ¿Cuánto es *poco* para ser santo o santa?

Buscó, sin encontrarla, la opinión de *Cicerón*, su insufrible compañero del espejo.

Se propuso informarse someramente sobre un tema que desconocía, hasta el grado de la ignorancia: la ritualidad católica. “*Vivir las virtudes cristianas en grado heroico o hasta el sacrificio del martirio*”. Son las vías asumidas por la Iglesia para un proceso de santificación. De lo que se desprende que, en tales situaciones, se ha cumplido al extremo con las palabras bíblicas “Dios es amor”. En conclusión, santo es amar a Dios y amar a los seres humanos por sobre todas las cosas.

¡No es fácil llegar a ser santo o santa! ¡Mucho más fácil es ser un hijo de puta! Exclamó.

Pero, el hecho de que aquel cura admitiera que Marcelina Manaure estuvo cerca de serlo le generó la doble emoción de compartir ese reconocimiento habiendo sido parte de su vida, y, por otro, la duda sobre la claridad de las disposiciones de la religión cristiana.

Consideró heroica y sacrificada su vida, aunque no sabía si por virtudes cristianas o por las propias, por ascesis o por estoicismo. *“Tuvo que haber amado mucho. No tengo información o datos de que lo hizo con todos los seres humanos, tan intensamente con Dios ni tampoco que realizó un tipo de milagro para pasar la prueba de la beatificación. Sin otro santuario que no sea el que llevamos en nuestro corazón o en nuestra alma, como sea que cada uno lo defina, con toda seguridad es nuestra santa”*. Escribió una nota.

Arturo pensó, si acaso la tía Marcelina pudo haber resuelto para sí misma la pregunta del sentido de la vida: ¿Qué hacemos aquí? Y, todavía más la del enigma metafísico ¿por qué hay algo y no la nada? Interrogante que en algún momento nos inquietan como individuos. Ya no como pregunta ontológica sino como existencia simple y llana, de avatares y de muerte al cruzar de la esquina, en tiempos donde la vida era poca y con poco.

— Sí, lo conocí. Mejor dicho, lo llegué a ver. Porfirio García era un hombre alto y blanco. Una vez llegué y estaban tomándose unas fotos, sentados en la sala. ...Murió en un accidente ocurrido en un campo petrolero.

Media hora después Misael Yajure respondía una de las preguntas. Esta vez no tomó por sorpresa a Arturo. Por el contrario, lo estaba esperando.

La tía Marcelina había tenido un noviazgo con un tipo llamado Porfirio García, un hombre blanco, alto y delgado. Tal como ahora se lo confirmaba Misael Yajure. Era natural de Maracaibo, y Marcelina lo conoció allá en las casas de las gringas donde trabajaba planchando ropa. A los pocos años de haber iniciado esa relación, Porfirio García tuvo el trágico accidente. Pero, por las fotos que la tía Marcelina guardó de él en un álbum, y la decisión que tomó de negarse a iniciar otra relación en tiempos donde para una mujer

no tener marido ni hijos significaba un fracaso, le daba para imaginar que llegó a ser una relación, si no de amor, muy apreciada e íntima.

Y tal vez, solo tal vez, la tía Marcelina había asumido una viudez sin haber llegado a casarse. Total, desconocemos mucho de las cosas que creemos conocer.

La mirada de Argelia Luna

Argelia llegó a Santa Clara con Lubio. Sin embargo, no entraron juntos al velorio. Ella se detuvo a conversar en casa de Altagracia Romero. A veces, llegaba a Santa Clara sin visitar a Herminio Manaure. Un problema surgido entre ella y las hijas de Amada Quiva la habían alejado de aparecerse por allí.

Al verla, Arturo la saludó. Siempre había mantenido con ella una relación que, aunque no podía calificarse de fluida y continua, sobrevivía con cierto afecto de ambas partes. Él se imaginaba, porque nunca habían conversado sobre el tema, de que Argelia estaba en conocimiento de lo sucedido entre Lubio y él. Y que, de ser así, ella estaría del lado de Lubio. Comprendía y aceptaba esa situación, dada la compenetración que se había establecido entre Argelia y Lubio, alrededor de algunos problemas en la familia, y de un tiempo para acá, con el apoyo al régimen chavista. En el caso específico, los conflictos con la familia estaban relacionados con el hecho de que la tía Marcelina y el tío Herminio habían otorgado la herencia de aquellos terrenos de Santa Clara de manera exclusiva a Nubia.

Ese era un asunto que no requería ser conversado para saber de su presencia en el velorio. Arturo lo percibía como un espanto, una especie de nube densa y oscura que se posaba sobre aquel escenario, y que podía, en el momento más inesperado, dejar caer una lluvia que dispersara el orden de la ritualidad funérea. Era la danza de un estado de ánimo *pesado* alrededor de cada uno de sus familiares. Un sentimiento de valencia negativa capaz de subvertir, incluso, el hipnotismo de la muerte.

El hecho mismo de que se hubiesen sentado juntos significaba un mensaje, una advertencia. La objetivación de una idea y la afirmación de un acuerdo entre ambos, donde Argelia denotaba y Lubio connotaba la otra acera de la familia.

Así lo percibía Arturo.

En lo concerniente al velorio, Argelia pensaba que todo aquello no pasaba de ser una hipocresía. “Ahora para qué... cuando ya está muerto”, decía a Lubio, en voz baja. Su mirada cargada de

rabia secaba sus ojos un tanto llorosos, y los enrojecía aún más. Iban dirigidos por lo general a Beta, Julia e Isbelia, pero también rozaban a Nubia.

— ¡Nubia no puede disponer de estos terrenos, así como así! ¡Nosotros tenemos derecho! —murmuraba a Lubio.

Argelia era una mujer de rasgos finos, blanca y un cabello sumamente lacio, con una bella y pícara sonrisa. Arturo la recordaba vestida de blanco cuando pertenecía a las *Hijas de María* en la Iglesia San Juan Bautista, donde acudía varios días a la semana a reuniones de la congregación. Era una situación extraña porque a ella le gustaban las fiestas y tenía un carácter fuerte y confrontativo. La impresión que dejaba, por aquellos años, era como si la tía Marcelina la hubiese obligado a estar en esas cosas, buscando aplacar sus instintos: su *mala cabeza*. Era muy parecida a su mamá Santiago Luna, quien vivía por los lados de *La O*. A regañadientes, barría y lampaceaba la casa, y ayudaba en la cocina. Tenía una respuesta para todo y agarraba muchas rabietas. De los muchachos, la que más manifestaba públicamente su resentimiento con las preferencias establecidas era ella. También, la más atrevida en esa tensa relación con el tío Aquino Manaure, quien no terminaba de reconocerla como hija, como tampoco a Lubio, bien sea por decisión propia, por influencia de su esposa, o por asuntos legales. Como sea. Lo cierto es que tanto ella como Lubio no recibieron esa certificación, a pesar de las solicitudes que la misma Nubia hizo al respecto.

— ¡Da dolor ver esas matas muriéndose! ¿Tú crees que puede ser posible tanto abandono? ¿Qué hacen ellas aquí?

Desde su lugar, Arturo observaba los gestos de sus manos, las gesticulaciones del rostro. Y aunque no podía escuchar lo que decía, resultaba elocuente que, en aquel escenario, su *mala cabeza* había desplazado a la *buena*, y tenía el control.

En su descargo —pensaba Arturo— habría que decir que en realidad se trataba de un velorio pobre. De esos velorios donde a la tristeza se le une el abandono, y no se puede saber dónde se separan ni a cuál de ambos sentimientos van las lágrimas. Así como también, que la actitud urticante de Argelia no podía reducirse a esa situación, pues siempre había sido así.

Toda ella era una especie de urticaria, un derrame de petróleo sobre la nieve; en el mejor de los casos, una rodaja de mango verde con sal y pimienta. Una contrastación deliberada. Un litigio que no cesa.

— ¡Me dan ganas de cantarles sus verdades! ¡Se creen las dueñas de esto!

— ¡Argelia! ¡No se te vaya a ocurrir tocar ese tema aquí! —le dijo Lubio— yo te dejo sola.

“Se la dan de mosquita muerta, pero son unas arpías” —pensó, echándole malos ojos a la reunión de Beta, Julia e Isbelia.

“No debería estar aquí después de lo que le dijo a Herminio aquel día” —se dijo Isbelia.

“Seguro pensaron que yo no iba a venir” —pensaba Argelia.

“Vergüenza le debería dar, después de tanta peste que hablo de Herminio” —se dijo Beta, con mirada retadora a Argelia.

“Después de todo, era mi tío, tengo derecho de estar aquí” —se dijo Argelia, esquivando la mirada de Beta.

Argelia era una manifestación de resentimiento con el pasado y con el presente, y, más todavía, con el futuro. Con ese futuro que le resultó esquivo en todos y cada uno de sus intentos por saber cuál era. Su última gran decepción fue apostar al *proceso* para obtener una casa propia. Veinte años de promesas, marchas y contra marchas, franelas y gorras rojas rojitas, no le fueron suficientes. Apenas un cargo menor en una prefectura que no le alcanza para pagar el alquiler de una habitación. No fue, al parecer, lo suficientemente revolucionaria. El sol nunca le dio de beber.

Sus gestos, su mirada, y sus palabras se presentaban como expresión de un guion de *verdades* que se clonaba una y otra vez con el paso de los años, y que no hallaron en la adolescencia ni la adultez otra interpretación que las pusieran en duda: “Yo siempre lo he dicho”, repetía. Una de sus expresiones distintivas como conclusión pre sabida, inalterable.

Lo único en ella que rompía ese esquema era su risa. Cuando Argelia reía era otra. A Arturo le gustaba, más que escucharla, verla reír. Su risa se reproducía con todo el cuerpo como caja de resonancia. Se reía con los ojos, las manos, los hombros,

los senos, y hasta con los pies, pues mientras reía golpeaba el piso repetidas veces.

Los músculos de su rostro se desplegaban movidos al ritmo de una carcajada que bailaba, y sus ojos adquirían el brillo de los ojos de un niño. “Le faltó tener más momentos felices por los cuales reír” —pensó Arturo, mientras la observaba.

“Y, tal vez, reír sea más importante de lo que nos imaginamos”, se dijo a sí propio, en el preciso momento que se le vino la imagen de la risa de Louis Armstrong interpretando *What A Wonderful World*. Y lo imaginó con su sudor, y su pañuelo blanco, y su *boca de cucharón*, tocando y cantando, quizás para sí mismo: para el niño pobre, segregado, criado por una abuela que había sido esclava ¡Cuántas cosas puede haber en una canción! En una risa.

¿Crees que antes la música tenía más sentido? Preguntó a *Cicerón*. “No sé, pero puede que en otros tiempos nuestros sentidos disponían de más silencio para escuchar música”.

Rememoró con afecto aquel diciembre cuando Argelia le regaló un par de pistolas vaqueras. A la postre, el primer y único regalo de *Niño Jesús* que recordaba en su niñez desde que vino de Playa Grande. Eran plateadas, con fundas de cuero, y venían con una tira llena de bolitas de pólvora que explotaban al ser golpeadas por el percutor. Resultaba un sonido seco. A las gallinas las hacía saltar, y a la perra correr despavorida.

Argelia era una de las pocas personas capaz de provocar en Arturo ese complicado equilibrio de no compartir sus verdades y conclusiones sobre la familia, y menos todavía en política, y mantener con ella un nivel de relaciones afectivas impermeables a toda diferencia. Lo que, en gran medida habría que atribuírselo a Argelia, pues ella evitaba ser confrontativa con él. Y la manera que halló Arturo para mantener ese *complicado equilibrio* fue establecer una distancia. Una distancia decidida de manera unilateral por él, y acortada de vez en cuando por esporádicas y breves llamadas que no dieran lugar a extender los temas. Todo el plan podía resumirse en esa especie de metáfora que había acuñado para caracterizarla: “Argelia es como el sol: útil y hermoso de lejos, y un infierno de cerca”.

Muy distinta se presentaba la situación con Lubio. “Entonces no es solo cuestión de ideología”, pensó, y creyó encontrar la respuesta a la interrogante que se hiciera con Lubio unos párrafos más arriba.

Siempre se había preguntado sobre esas cosas: ¿Qué evitó que él llegara a las mismas *verdades* y *conclusiones*? ¿Cómo fue que escogió el camino de lo que es ahora cuando la vida le presentó la bifurcación? No lo sabía. Quizás, porque son del tipo de interrogantes que solo pueden ser contestadas a dos voces: la propia y la del *otro*.

Por lo demás ¿hasta dónde podría decir que él escogió un camino? ¿Hubo esa bifurcación? Hasta dónde se puede establecer que, en las cuestiones humanas se cumple que *b* sigue a *a* irremediablemente. ¿Qué sucede en ese espacio entre una y otra? En ese trayecto que hay de una a la otra. “Si *a* es igual a *c* y *b* es igual a *a*, entonces *b* es igual a *c*.”

Qué fácil, y hasta feliz sería la vida si pudiésemos resolverla con silogismos. ¿Fue un inglés quién dijo que hay felicidad en la ignorancia?

“Acaso, argumentar un *momento* para definir nuestras vidas no sea más que una manera simplista de obviar un proceso caótico. Como aquellos textos de *historia patria* donde los sucesos se presentan predestinados, y llevados a cabo por seres que parecen no comer, cagar, tener sexo, ambiciones y envidia”, se inquirió.

¿Estaría él cayendo en aquello que criticaba con vehemencia al referir *un momento o una bifurcación en su vida*? ¿Una hebra principal en el nido del Gonzalito? El *mí mismo* le resultaba tan misterioso como llegar a saber por qué el Gonzalito escogió una brizna y no otra, entre tantas, para construir su nido colgante.

Y como era recurrente en él, proyectaba su deriva particular y familiar como parte de la llamada *historia o cultura nacional*.

¿Cuánto más debemos buscar en los barcos de la colonización, las espadas de la independencia o en el imperialismo norteamericano, las taquicardias de nuestro corazón nacional? ¿Cuánto puede seguir resistiendo la frase *por la patria* el peso de nuestros errores? ¿Cuándo podría decirse que se torció el rumbo del país?

“Hace rato que nos corresponde la autoría de nosotros mismos”, se dijo a sí propio, como si estuviera en una de esas conversaciones con Rolin y Alberto.

Fue Thomas Gray. ¿Qué? El inglés. ¿Qué inglés? Quien dijo que *hay felicidad en la ignorancia*.

Hum.

Miró hacia los lados para cerciorarse de que sus pensamientos no habían sido escuchados, y le pareció sospechosa la mirada de reojo de Misael Yajure.

Arturo sabía que estaba entrando en uno de esos momentos de nihilismo que, no en pocas ocasiones lo seducía. El tiempo parecía habersele dividido: por un lado, todo transcurría de manera veloz y efervescente. Con ideas que se avenían como olas, y lo golpeaban con furia irrefrenable. Y en paralelo, se sucedía el tiempo del velorio: lento, casi congelado. Como si la muerte hubiese vaciado de oxígeno el ambiente y decretado la ingravidez. Como si asistiera a un velorio en la Luna.

Las últimas interrogantes amenazaban con tomar el control, e incluso se manifestaban en su rostro y en la vasoconstricción de las venas de la sien. Debía salir de allí. De esa frustración que lo llevaba a detestar y maldecir tanta realidad, y se convertía en vacío, en la caída que tantas veces se imaginó en una de esas cuevas donde, según un programa de *Discovery Chanel*, nadie ha podido llegar hasta el fondo.

“Cálmate”, escuchó decir a *Cicerón*, no con el oído sino con el cerebro. *Cicerón* conocía de él esos momentos demasiados proclives a la violencia de puños y patadas. De niño contra otros niños, de joven contra otros jóvenes, de adulto contra otros adultos. Y ya en la madurez, con la atenuación de tener hijos y esposa, descargada contra paredes, puertas y muebles. Ese salvaje que vivía larvado en él, y que buscó en la política, el deporte y el arte los divanes que necesitaba para no desintegrarse en la ira. Volvió a mirar a su alrededor buscando en otros rostros el sosiego que urgía para sí. Salir de aquel pensamiento que politizaba de manera descarada el ritual del velorio, con esa manera irrespetuosa que tiene lo político de invadir los espacios.

Quería encontrar la novedad de unos ojos que miren la vida de manera ingenua, impermeables a la filosofía, una nariz de

gancho que lo llevara a la insolencia demoledora del presentador de un teatro de títeres de cachiporra, unos labios carnosos que lo invitara al beso de Angelina Jolie, o la sonrisa seductora de Julia Roberts. Buscaba el asombro de una realidad que lo detuviera.

Porque muchas veces, un rostro, un paisaje o una canción bastan para atemperar nuestro espíritu. “La lógica necesita un baño de realidad, y la realidad un baño de contemplación”, pensó, mientras deseaba ser visto, para recibir el *feeling* de las cosas sencillas y en movimiento. De presente en gerundio para regresar a la cotidianidad del velorio, a salvo de sí mismo.

Observó a las personas con las distintas maneras de enlutarse sin dejar que el luto les impida ausentarse de la muerte, para ocuparse de que *la vida continúa*, y hasta reírse. Y encontró sosiego en Villoro “Este país desgarrado ríe mejor en los velorios”.

—¡Guillermito! ¡Venga a quitarme las botas! —le llamó el tío Aquino Manaure, esa tarde cuando llegó.

Guillermito obedecía de muy buen agrado. A pesar de que los pies y las botas del tío Aquino expedían un fuerte olor a pecuecas y bosta de vaca, sabía que recibiría alguna compensación por ello. El sudor hacía que el pie se pegara al plástico de la bota y le exigía algo de esfuerzo para extraerlas. El tío Aquino se sentaba, sin camisa, mientras tomaba el último trago de ron *Pampe-ro* que le quedaba en la carterita, y se sobaba la barriga como si acariciara la parte más preciada de su cuerpo, el centro donde yaciera todo el placer de la vida o la criatura de su creación. Al finalizar, le daba ritualmente tres bolívares que, en ese tiempo, eran de plata. *BOLIVAR LIBERTADOR. BARRE.*

El Bolívar de la oligarquíaapátridaimperialista. Aló Presidente.

— ¿Ya vieron al Bolívar Neandertal? —dijo Rolin, colocando sobre la mesa un billete con el nuevo rostro de El Libertador impreso por el Banco Central.

Ese día, nos reímos todos. Incluso Alberto.

— ¡Vaya y compre pan y una carterita de ron! ¡El vuelto es para usted! —le decía el tío Aquino.

El tío Aquino venía a ser el tercero de los hijos de María Olegaria Manaure. Tendría unos 10 a 12 años cuando llegaron a Cabi-mas. De contextura más robusta, y un poco más alto que el tío Herminio. No se parecían en casi nada, excepto los ojos, y un poco la frente pronunciada: el tío Aquino tenía la cabeza redonda y su nariz resultaba más perfilada, con ojos claros de iris azulado, redondos y expresivos. Siempre usaba un sombrero Borsalino de pelo de Guama, de color beige. En ese tiempo transportaba ganado. También, era dueño de una o más carnicerías. Sin duda resultó el más ambicioso y emprendedor de ellos. La idea que la gente de Santa Clara se hacía de él era la de una persona que tenía dinero y, en consecuencia, muchas mujeres.

¿Por qué siempre se asocia a las mujeres con dinero y poder? Es una redundancia, dinero es poder. Bueno, sí, pero. Interpreto que es una manera machista de desprestigiarlas. Ok, pero es

un hecho demostrado desde Eva, pasando por Agripina, hasta Cristina Kirchner, Rosario Murillo, y las muñecas de PDVSA. Y también, una estrategia de sobrevivencia. *Detrás de un gran hombre, siempre hay una mujer* ya no aplica, ellas han tomado el poder, o siempre lo tuvieron. ¿Cuánto de cierto hay en eso de que las mujeres hacen mejores gobiernos? ¡Estupideces! A la gente les cuesta pensar en que las mujeres pueden ser corruptas y crueles: “Fue el momento más hermoso de mi vida”, dijo una exguardia nazi del campo de concentración de Ravensbrück. Ah, sí, recuerdo esa historia, Johanna Langefeld... y vivía con sus hijos allí ¿no? No recuerdo, en Google debe estar.

Cuando el tío Aquino se desvestía para bañarse solía meter billetes enrollados entre las aberturas de las paredes sin frisar de la casa de Santa Clara. A menudo olvidaba donde los colocaba. Entonces, llamaba a Guillermito. Nunca se enteró de que Arturo ya no era Guillermito sino José, y si se enteró, no dejó de llamarlo como estaba acostumbrado para que le ayudara a buscar entre la gran cantidad de rendijas que esa pared tenía.

Nubia sentía hacia él un gran respeto y afecto. El tío Aquino Manaure financió gran parte de sus estudios en el Instituto Cabiñas y, luego, cuando ingresó en la Escuela Normal Alejandro Fuenmayor, en Maracaibo. Aquino Manaure iba a Santa Clara unas dos o tres veces a la semana, estaba unas horas y luego se marchaba. A veces dormía allí. Llegaba en un camión cuya parte de atrás estaba todo enrejado y sucio de barro y bosta de vaca. Los muchachos solían jugar en ese enrejado, ejecutando maromas. En contadas ocasiones ordenaba que se subieran a barrer los desechos y restos de paja que quedaban en el cajón del camión. Había días en los cuales traía carne de res y sesos de vaca. Cuando sucedía, la cena era dispendiosa como pocas veces y hasta compraban una uvita *Grapette*. La tía Marcelina cocinaba los sesos revueltos con huevo. Eran momentos de miradas felices y complacidas por la inusual abundancia: la fiesta de celebrar una comida donde hasta podías pedir más.

— ¡También puede comerse un pan en el camino! —concluía su mandado con picardía.

Por su edad, Guillermito era a quien el tío Aquino escogía para eso. No era tan pequeño como Beta para que se le impidiera

salir a realizar mandados, ni tan grande para suscitar rechazo a una tarea de ese tipo. En ningún momento se lo veía ordenándole esa tarea a Argelia o Lubio. En una ocasión quiso obligar a Argelia para que lavara y preparara dos kilos de sesos de vaca que había traído, y terminó en una discusión que los enfrentó.

— ¡Usted no nos atiende como sus hijos, y quiere venir a mandarnos! —le espetó Argelia, ante el asombro de todos y la inocencia de Guillermito y Beta.

Guillermito salía de la casa y caminaba hasta la intercomunal para llegarse hasta el negocio del italiano Meleto. Un hombre alto y flaco, blanco y de ojos grises, que vendía de todo: pan, queso, mantequilla, licor, tabaco, repuestos de automóviles, medicinas, fertilizantes y comida para ganado. Que, por supuesto, no tenía nada que ver con aquel griego Meleto, hijo de Meleto, que introdujo la denuncia contra Sócrates por el delito de *asébeia* (impiedad), que terminó en la condena de Sócrates a ser envenenado con cicuta, en uno de los primeros crímenes contra la libertad de pensamiento de la civilización occidental, y claro que aquel Meleto griego servía a los intereses de otros políticos. Y claro, también, que se parecía mucho a algunos políticos venezolanos actuales, o al revés, estos de aquí se parecen al griego. Porque todo lo que se ha hecho o escrito, se ha hecho y escrito ya en griego.

En fin, pobre Meleto el de Santa Clara.

En el camino pasaba por frente de la escuela Santa Clara que, antes de mudarla quedaba en una casa al lado de los Rodríguez y, mucho antes, en la casa del tío Herminio donde se pagaba un bolívar por niño para escuchar clases con el maestro Manuel Méndez, a quien llamaban ‘cabeza de repollo’. Tenía un cuarto oscuro donde castigaba a los más insubordinados y una regla de madera para reprender a los muchachos. Su carácter resultaba tan fuerte como su vocación de enseñanza y emprendimiento educativo, en aquel país todavía pleno de analfabetas.

“A pesar de la cruzada emprendida por el gobierno democrático”, como explicaba el tío Herminio en las reuniones políticas electorales. Único momento donde articulaba frases.

Luego, pasaba frente a una muy pequeña tiendita hecha de pura madera y techo de Zinc que quedaba en la esquina de los

Flores. Cuando se acercaba al bar “*El hijo de la noche*” se tiraba hacia la carretera para evitar tocar el agua que salía de allí, cuando lavaban el piso para la faena nocturna. Para Guillermito ese era un ritual que cumplía siempre que pasaba por ese lugar, porque la tía Marcelina Manaure les decía que si tocaban esa agua podían enfermarse. Nunca se atrevió a mirar hacia adentro de ese *bar*, y las veces que pasó siendo niño, la puerta de hierro pintada con pintura de aceite de color azul marino se mantenía cerrada. Siempre relacionó ese lugar con una casa donde había o se llevaban a cabo cosas malas, y que las aguas salidas de allí por debajo de la puerta estaban infectadas de esas cosas malas que podían entrarle por la planta de los pies.

Una de esas veces, en el abasto de Meleto se encontró con tres *maifrenes*. Ya habían asimilado bastante bien el español, incluso las formas del habla cabimense, pero aún decían palabras y frases en su idioma que Guillermito no lograba entender. En algunos momentos, entre ellos conversaban en ese inglés de las islas caribeñas. Sobre todo, cuando no querían que los demás se enterasen de lo que se decían. A pesar de ello, el italiano Meleto parecía entenderles muy bien todo lo que decían porque iba colocando sobre el mostrador la mercancía y ellos asentían. O a lo mejor se trataba de que siempre compraban las mismas cosas. Quien sabe.

Por lo general andaban en grupos de dos o tres, vestidos con ropa abigarrada. Deslumbrante a los ojos de personas acostumbradas a colores más sobrios en el vestir, sobre todo en el caso de los hombres, aquellos colores amarillo, fucsia, verde y negro, resultaban un tanto escandalosos.

En otras oportunidades Guillermito había visto pasar algunos de ellos por la calle Falcón, al fondo de la casa, cuando iban al taller del señor Landaeta. Verlos caminar y hablar daba la impresión de que los *maifrenes* vivían festejando el carnaval al son de los *steelpan*. Tenían un trato agradable, y siempre sonreían luego de cada frase que pronunciaban, como si la vida fuese ese instante, a lo sumo las horas siguientes. Provocaban una imagen de personas desprevenidas, y sin sustos de lo que el futuro les pudiera deparar. La mayoría resultaban ser flacos, de cara larga y ojos hundidos. Con pies y manos grandes. La camisa y los

pantalones que usaban parecían no ser de su talla. Tal vez sea una percepción distorsionada, pero a los *maifrenes* los recordaba encajando bien con la gente de Cabimas. Fuera del idioma, nadie los podría distinguir de otros llegados de la sierra de Falcón, como Ramón Chirinos, *Mombo* y *Bemba*.

La tía Marcelina, en cambio, no los veía con buen agrado “Esos negros hediondos” solía decir con un dejo de racismo. Algo difícil de entender porque por el lado de tía Primitiva eran bastante quemaditos; sus abuelos Artidoro y *Maquiva*, el tío Herminio y el tío Aquino eran todos morenos. No obstante, Marcelina Manaure era blanca y su preferencia por su color de piel parecía corroborarse cuando escogió a Porfirio García, un hombre blanco, para sostener su única relación de pareja.

“No era una racista ideológica sino de gusto, puesta a escoger” se dijo Arturo al recordar esa expresión de la tía Marcelina.

Ya, para esa época, quedaban pocos de la colonia trinitaria en Cabimas. En 1929 Gómez había ordenado su sustitución por mano de obra venezolana, y algunos regresaron a su país, lo que marcó la llegada de los orientales con sus destrezas para trabajar en el agua. Por supuesto, muchos de ellos se quedaron. Hicieron familia en Cabimas.

Al lado de la casa de los Manaure llegó a mudarse una familia trinitaria, con dos niños pequeños, uno de ellos se llamaba José, y la niña, Rosabella; esta última usaba lentes, lo que a Guillermito le pareció una imagen extraña. Resultaba la primera vez que veía a alguien de su edad usar anteojos como los adultos.

En la casa de los *maifrenes* la señora preparaba unas conservas de coco cuyo olor llegaba hasta donde los Manaure. En una oportunidad que Guillermito hablaba con José, a través de la cerca de ciclón que dividía las propiedades, la señora *maifren* le dio una conserva. Quedó extasiado con su sabor, pero más por el color. A diferencia de las cocadas que había probado antes, estas eran de colores fucsia, amarillas y hasta verdes, como los colores que acostumbraba a ver en las camisas de los *maifrenes* que veía donde Meleto y en el taller del señor Landaeta.

La señora *maifren* se llamaba Kamia, ¿o sería Tania? Siempre andaba con una pañoleta roja en la cabeza. Argelia decía que se bañaba y dormía con la pañoleta puesta, y que se escondía el

cabello porque era de *pelo malo*, y que debía olerle horrible con el sudor y la pañoleta, y que. Su piel era más clara que la de su marido y su rostro transmitía ternura, con disposición a sonreír por cualquier cosa. De vez en cuando podía vérselo usando unos *quevedos* que se colocaba solo para mirar hacia la calle, pegada a la cerca del fondo.

Aquella casa se mantenía con las puertas cerradas, nunca se les veía por los lados del frente ni asomados por la ventana. Las pocas veces que se lograba ver a los padres de José era cuando caminaban hasta un tanque superficial de concreto que habían construido en el patio para proveerse de agua, o cuando barrían el patio.

José *maifren* le preguntó a su mamá si Guillermito podía ir a su casa para enseñarle a construir barquitos con veleros hechos con las hojas de la mata de uvita de playa. La señora no respondió al momento, sino que fue hasta el interior de su casa, luego regresó y dijo que sí, “pero sin entrar a los cuartos”.

Al otro día, al volver de la escuela, Guillermito fue a la casa de los *maifrenes*. Se impresionó al ver que el piso era de color verde y la cocina quedaba dentro de la casa. No usaban leña sino querosén. En la sala había unos muebles de tela rojos, que contrastaban con el color del piso. Un gato gris, grande y peludo, afilaba sus garras en uno de los muebles y la señora Kamia o Tania, no dejaba de espantarlo ¡Fuera *Bolita*! Tenían una vitrina de madera con muchos platos, bandejas, tazas de porcelana y vasos de vidrio y cristal. Todo, colocado ordenadamente sobre la vitrina. En la parte superior se hallaban muchas cositas de esas que se compran como recuerdos de visitas a los lugares donde se viaja. A Guillermito lo atrajo en particular unas formas de animales realizadas con caracoles de mar que a él le resultaban familiares, pegados con algún tipo de pegamento, muy distinto al que él y Beta cocinaban con cauvaro verde para atrapar pájaros. Pensó que, de haberlo sabido antes, hubiera hecho muchísimas de esas figuras con los tantos caracoles que se conseguía en Playa Grande.

En el patio estaban sembradas cerca de tres o cuatro matas de coco y una de uvita de playa. No era un terreno tan amplio ni tan lleno de árboles como el de su casa, pero tenían matas de

otro tipo. En el frente estaban unas matas que echaban flores color fucsia, y que ellos llamaban *Trinitarias*. En ese entonces Guillermito pensó que se trataba de un nombre que ellos, por ser de Trinidad, le habían dado. Y los *maifrenes*, solo ellos, tenían derecho a tener esas matas en su casa.

Ese día se enteró de que la hermanita de José se llamaba Rosabella. A Guillermito no le parecía tan bella como para tener ese nombre. La imaginaba inteligente por los lentes. Los padres de José *maifren* nunca le permitían jugar con ellos, ni con otras niñas de Santa Clara. De alguna manera, y a diferencia de otros *maifrenes*, operaba en esa familia trinitaria cierto distanciamiento, un rechazo a integrarse. Puede que como respuesta o mecanismo de defensa. A veces, las personas propiciamos nuestro muy particular apartheid.

Mientras se entretenían echando a navegar los barquitos en el tanque, José comentó que su papá, Engelberto, sabía cómo enfrentar a las brujas. Que, en uno de los cuartos de su casa, donde los niños no podían entrar, conseguía el poder para ahuyentar las cosas malas.

Guillermito quedó intrigado con lo que le había contado José *maifren*. Desde entonces, esa forma callada y poco dada a la conversación del papá *maifren* se le hizo misteriosa y respetable. Por momentos sentía ganas de preguntarle sobre sus poderes, y lo observaba con la idea de que sus poderes pudieran hacerse notar, al quitarse los lentes o por debajo de la camisa.

Serían semanas después, cuando las visitas a esa casa se hicieron frecuentes que, mientras jugaban al escondido, Guillermito gritó ¡José! ¡En ese escondite te van a llevar las brujas! La señora Kamia o Tania gritó ¡Guilliam! O quizás ¡Gi-liam! ¡Qué es eso!

El señor Engelberto salió hasta el patio y los llamó. Tomados de la mano los llevó hasta la cocina y los sentó en unas sillas alrededor de la mesa: “Eso aquí no se dice” – dijo con una expresión muy seria, en ese español que ya era característico en los trinitarios que se quedaron a vivir en Cabimas. Fue cuando Guillermito pudo notar que el señor *maifren* también usaba lentes y tenía un bigote hípido y escaso, ojos de mirada bondadosa, y muy al contrario de los *maifrenes* que había conocido

antes, no vestía con ropas muy coloridas, sino de blanco. También llevaba en su cuello unos collares.

Les contó de cuando vivían en las casas de la *Colonia Inglesa*, siendo él un adolescente, hacía ya más de treinta años. “En una de ellas – narró– había una familia que hubo de abandonar su casa porque sentía que, por las noches algo se posaba y caminaba por el techo. No lo comentaban con nadie por temor a ser señalados de tener una maldición o algo por el estilo.

“Con esos temas la gente solía tener puesto el candado del miedo”, dijo.

Una noche cuando dormían, el padre de la familia fue despertado por un repentino estremecimiento de su hamaca. Se levantó y fue a ver si su mujer y su hija también lo habían sentido. Ellas dijeron que no, pero se levantaron. Luego, cuando se dirigían a la cocina se escuchó música que salía del radiófono. El padre verificó que no estuviera encendido y lo desenchufó creyendo que el aparato se había dañado. Al rato volvió a escucharse la misma música. Tuvieron que sacar el aparato y colocarlo fuera de la casa para poder dormir. Al día siguiente fueron a un técnico para que lo revisara, y el técnico les manifestó que el radiófono se encontraba en perfectas condiciones. Esas cosas extrañas continuaron pasando, y al final tuvieron que mudarse”.

Según el *maifren* Engelberto, igual les sucedió a otras personas que vivieron allí. Desde entonces esa casa fue conocida por todos quienes residían en ese sector como *La casa embrujada*. Nadie nunca más volvió a vivir en aquella casa. “Todavía está allí” —terminó diciendo.

— ¿Usted tiene poderes? —le preguntó Guillermito.

19

La mirada de Ricardo

Ricardo Manaure recordó que había dejado de ir a Santa Clara los días de diciembre y año nuevo, luego de que los García y los Flores, quienes fueron sus *contemporáneos*, comenzaron a mudarse de por allí, y, otros, a morir. Esa era la verdadera respuesta que guardaba en su corazón. No la decía porque, de alguna manera sentía que responder con la verdad tenía algo de injusticia, y significaba generar malestar en su familia. Pero, la verdad no tiene remedio. Más de la mitad de su vida en Santa Clara la había vivido en la calle, con sus amigos, y esa mitad pesaba tanto como la otra.

Esa situación, sumada al hecho de conseguir un trabajo y haber formado una familia en Maracaibo, se unieron para que sus visitas a ese pueblo fuesen mermando, hasta el punto de estar años sin ir a esa casa. La muerte del tío Herminio lo enfrentaba a esos espacios que ahora le resultaban distantes, con una nostalgia que ponía en duda la manera como los había valorado.

El momento le traía sentimientos muy parecidos a los que sintió la vez que, de manera impulsiva, salió de su casa en Maracaibo, tomó un carrito en el terminal hasta el *Centro Cívico* de Cabimas. De allí, se montó en un autobús para llegarse hasta *La Montañita*, con el fin de ver aquella casa donde funcionó la *Escuela Monseñor Carrillo*, y donde él estudió su primaria. “¿Qué son esas cosas que nos llevan a realizar este tipo de acciones?” —se interrogaba a sí propio.

Nunca se había atrevido a contarlo. Ahora lo recordaba, mientras observaba a su alrededor, casi con temor de que sus pensamientos pudieran ser escuchados por Nubia quien se encontraba sentada a su lado derecho.

Fue un sábado. Aún no había contraído matrimonio con Marina Fonseca. Estaba revisando sus archivos, atareado por introducir su perfil curricular en la dirección del Liceo Octavio Hernández, donde aspiraba obtener unas horas para dar clases de Castellano y Literatura cuando se topó con esa foto que solían hacerse, para salir de primaria, sentado en un escritorio, con un mapa de

Venezuela detrás, con el cuerpo rígido y la mirada entre susto, alegría y asombro que solían tener esas fotos.

Se detuvo a detallarla. Aparte de la cabeza grande y redonda, y el pelo, no quedaba nada. El cuarto desapareció para convertirse en salón de clases. Entonces, como si aquel Ricardo niño le hubiera dado un mensaje donde le pedía su presencia con suma urgencia para asuntos de su muy privada incumbencia, se vistió y fue a dar a Cabimas.

Ahí estaba aún la casa: con su techo alto, y sus dos ventanales. Sus alrededores enmontados, y el mismo sol. Se fue hasta la sala convertida en salón, donde se encontró a *Chucho* y a *Carlucho*, sus amigos de uña y mugre, y de nombres en rima. Los diez muchachos que hacían el total de alumnos matriculados, en un país que buscaba disminuir el analfabetismo de la gran mayoría de la población, le hicieron pasillo de bienvenida, y los vio reírse con sus risas de niños y desayuno de *Maizina Americana*.

Todos provenían de la escuelita del Maestro Méndez, donde habían aprendido a fuerza de *La letra con sangre entra*.

“Debía ir”, se dijo, reafirmandose en aquel impulso por tener una reminiscencia de su etapa escolar. “No sé qué buscaba”, y se convenció de que hay cosas que se buscan sin tener idea de lo que se trata.

Ahora estaba allí, para acompañar al tío Herminio hasta el cementerio. Ante una realidad que lo impresionaba, lo atraía y rechazaba al mismo tiempo; y su cerebro insistía en superponer las imágenes de su infancia y su adolescencia, como queriendo hacerlo sentir bien, mostrándole recuerdos de las fotos de peloteros que pegaba en aquel álbum que se había inventado con una revista de la Shell, y trayéndole aquellos lugares y sucesos desde quién sabe cuáles profundidades de la memoria. Entonces, cayó en cuenta de que se hallaba sentado exactamente allí, en el lugar donde una tarde vio pasar cuatro culebras corales, una tras otra:

— ¡Maíma! ¡Ahí van cuatro culebras!

— ¡Ave Amaría purísima! ¡Venga para acá Ricardo, que eso es un trabajo que nos hicieron! —le gritó la tía Marcelina.

Movido por un impulso incontrolado, se levantó y movió la silla

un metro más atrás de donde se encontraba. El recuerdo se le volvió reviviscencia, y su cuerpo respondió al paso de las cuatro culebras.

— ¿Qué pasó? —le dijo Nubia.

— ¡A vaina! ¡Nada! —respondió, a la vez que sonreía de manera nerviosa.

En ese tiempo el *mal de ojo* y un *trabajo de brujería* competían con El *Ceretón* en eso de hallar las respuestas que desde la fe no terminaban por convencer, o simplemente se ubican en el interregno donde dominan los *por si acasos*.

Ricardo Manaure conoció a su papá ya entrado en los diecisiete años. “Lo conocí como mi padre, pero no lo reconozco, y nunca le pediré la bendición” —le dijo aquel día cuando se lo presentaron. Así, con una sola frase se selló la relación de Ricardo con su padre. Aquel era un recuerdo neutro, sin atención a símiles, de esos que pueden decirse sin pensarlo dos veces ni buscar las palabras adecuadas para atenuar el contexto. Tal cual sucedió, lo recordaba. Ni siquiera el tiempo pudo agregarle un palpito del corazón, un suspiro, y menos una lágrima. Lo recordaba con la distancia de algo que pudo sucederle a cualquiera otra persona en cualquier otro lugar. De una noticia de prensa leída muchos años después en la página de un periódico amarillento.

Él no lo recordaba. Fue asustado para ese encuentro que le había montado su madrina Ángela Díaz. Las manos le sudaban, y en su estómago, una y otra vez, la culebrilla de los nervios. ¿Cómo sería su padre? Era la interrogante. Una respuesta que había imaginado, a pesar de. Una respuesta tan añejada que sabía a vinagre. Y una decisión temeraria que contradecía a Marcelina y a Herminio Manaure, quienes se oponían a exponer a Ricardo con una *verdad innecesaria*, según decían.

— ¡Después de burro muerto! —exclamaba Marcelina Manaure.

— Ricardo tiene derecho a saber quién es su padre —argumentaba Ángela Díaz— no puede llegar a viejo como un *hijo de nadie*.

— ¿Hijo de nadie? ¡Nosotros somos sus padres!

— Y siempre lo van a ser... que sepa el nombre de su padre no significa nada.

— ¡Ni siquiera lo presentó!

— Porque ustedes, también, se opusieron...

— Él abandonó a nuestra hermana cuando supo que estaba embarazada... ¿Qué quería?

— Ricardo ya es un hombrecito, y él desea conocerlo.

— ¡Porque usted, con el cuento de ser la madrina le embolató la cabeza! ... Usted no tenía derecho a tomar esa decisión.

Ricardo creía entender la posición de Marcelina. Sin embargo, lo impulsaba esa curiosidad del joven. La aventura y el misterio de la revelación.

Con el tiempo se daría cuenta que los motivos de Marcelina iban más allá.

Ese día Ricardo rompió el velo que se mantenía en la familia sobre la identidad de su padre. Como muchas cosas, ese venía a ser un tema tabú en aquella casa. De niño, por supuesto, tales asuntos no forman parte de las prioridades, ni siquiera se piensan, y si no se piensan, no existen. Él comenzó a percibirlo entrado en la adolescencia. A pesar de haber recibido todo el afecto y la atención de sus tíos y de su hermana Nubia, lo fue ganando la suspicacia por esas miradas cruzadas, los mutis y las respuestas pausadas; pero, sobre todo, por el mayor delator de los actos humanos cuando se intenta ocultar algo: el silencio. “Llegó el momento cuando, de tanto no oír nada sobre el tema, comencé a escucharlo” —comentó, con una paradoja, muchos años después.

Así fue como accedió a otras fuentes, las que siempre están disponibles y asombrosamente cercanos en estos casos, y llegó el día de confrontarse con parte de su pasado.

La relación con su hermana Nubia, en cambio, fue diáfana y de lazos muy fuertes. De jóvenes la acompañaba a todas las fiestas, actos públicos y privados, bingos y *Promejoras*. Incluso cuando, por alguna razón, iba a encontrarse con su primer novio Adaulfo Rincón. “También, porque Adaulfo tenía una bicicleta y me la dejaba usar”, reconocería, con una sonrisa cómplice.

Por ello, cuando Nubia se casó, y más tarde se fue a vivir a Maracaibo, Ricardo resintió esa separación, como pocos en aquella familia. Nadie más que él, a excepción de la tía Marcelina, deseaba tanto irse a Maracaibo, donde estaba su hermana ya

casada. Un deseo tan fuerte que se elevaba por encima de la congoja por dejar a sus amigos.

Por algún tiempo hizo esfuerzos por vencer aquella *verdad bolero* de que la distancia es el olvido. Viajaba a Santa Clara los fines de semana, en un intento por mantener y compensar las relaciones que había tejido en esa calle desde niño y en su juventud, a través de actividades como la cacería de iguanas en Tía Juana, donde se encargaba de tomarlas una vez que caían al suelo, tras los impactos de las piedras lanzadas por sus amigos con hondas fabricadas con horqueta de cují y tripas de carro o camiones.

— ¡Chivo eléctrico! —le gritaban— ¡Las amarras de una vez!

Eran unas iguanas enormes: marrones, y con manchas negras, con una cresta que sobresalía por su lomo, como el *Stegosaurus*. Sus amigos se colocaban en distintos ángulos y comenzaban a dispararles, todos al mismo tiempo, hasta que esta se venía abajo. Las llevaban a casa de los Flores, y ahí las preparaban guisadas.

“El presente es un tiempo voraz”, se dijo a sí propio, con una mirada que lo regresaba.

En el velorio del tío Herminio no estaba más que uno solo de sus compañeros de esos tiempos: Mauro Flores. Algunos se habían ido de Santa Clara, y la mayoría estaban muertos. Corroborarlo y deslizar una lágrima fueron una misma cosa para Ricardo.

Al regresar de mirar al tío Herminio en la urna, Ricardo fue a sentarse al lado de Nubia. Ambos se confirmaron el calor y el abrasivo sol de ese día. Ricardo sacó un pañuelo de uno de los bolsillos traseros del pantalón y se secó el sudor del rostro. Miró a su familia: *Maíma*, Nubia, Arturo, Beta, Isbelia, Julia, Argelia, Lubio. “¿Por qué siempre nos vemos cuando hay muertos?”, se preguntó.

“Ah mundo como se le ha puesto blanco el pelo a Ricardo” —pensó Mauro, al saludarlo.

“¡Mauro! ¡Carajo! ¡Está acabadito!” —se dijo a sí mismo Ricardo. Recordó que, a Mauro, cuando muchacho, le decían *Ceretón* porque, por alguna razón, cada vez que en alguna casa de Santa Clara ocurría un desmán (robo de comida, ollas que desaparecían, arepas mordidas) allí estaba Mauro. Todos los cuentos

de *Ceretones* tenían a Mauro como testigo. “Algo parecido a las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia. Donde llegaba Mauro sucedían vainas de *Ceretones*”.

Había dos cosas que marcaban el recuerdo de Arturo con respecto a Ricardo: su virtuosismo para el baile y la compra del primer mueble de biblioteca que se conocía en esa familia, y donde él con sus primeras lecturas literarias, se escapó a otros mundos al abrir la puerta de la palabra escrita, para encontrarse que otros decían y describían cosas que a él le gustaban. Gente que tenía la capacidad de adivinar lo que él pensaba y soñaba, y escribirlas. Desde entonces, asumió que esas personas debían ser muy especiales. Por eso, luego de leer los libros, buscaba su foto en la contra portada en un intento por hacerse amigo de ellos. Cuando el libro no la traía impresa, Arturo se quedaba por largos minutos con la mirada fija en el nombre del autor, y al nombre le daba un rostro que, por lo general, le sonreía.

Saint Exupéry nunca se le pareció al Saint Exupéry que él imaginó durante años.

En Santa Clara, Ricardo tenía fama de bailaror. Se había hecho de ella en las *Promejoras*, actividades organizadas por los partidos políticos con el fin de recabar fondos para aquellas pequeñas obras del barrio. Un placer que se le volvió afición, y una afición que se propuso cultivar, al límite de ensayar pasos y coreografías.

Arturo lo observaba bailar en su cuarto la salsa de *Fania*, del *Gran Combo*, Ismael Rivera. La guaracha de Cheo García con *Billos*, La *San Souci*, y el piano merengue de *Damirón*. Pero, la vez que Arturo comprendió que Ricardo hacía más que bailar y que había una pasión en ello, fue cuando lo vio bailar con su esposa Marina Fonseca. La conoció en el Liceo Octavio Hernández. Era profesora de Historia y Geografía. Se enamoraron, literalmente, bailando.

Ambos lo hacían de una manera tan elegante, fluida, y de gozo interior, que la gravedad perdía el control o, mejor dicho, quedaba bajo las órdenes de aquella pareja. El ritmo estaba en sus cuerpos como una información genética, y la música funcionaba como un catalizador positivo que lo activaba y aceleraba. Sus cuerpos parecían comunicarse para anticipar

lo que el otro haría, y seguirlo. Bailaban en un sueño, a distancia de la realidad del momento, y Arturo disfrutaba en silencio esa imagen que más tarde asociaría con el cuadro *Baile en Bougival*, de Renoir, que veía en las páginas de la *Enciclopedia Salvat*. Nunca se los haría saber.

“Algún día le diré a Ricardo cómo, sin saberlo, contribuyó a desarrollar mi pasión por la literatura” —pensó Arturo, mientras observaba a Ricardo hablar con Mauro Flores.

“Si no es así no vienen a Santa Clara”, pensó Argelia, viendo de reojo hacia donde se encontraban Ricardo y Nubia.

“¿Cuándo tumbarían el fogón?” —se preguntó Ricardo.

“La verdad que este pueblo no termina de salir adelante —pensó Nubia— si Ricardo se hubiera quedado aquí no hubiese terminado los estudios...”

“¡Ah mundo mi muchachito!” —se dijo la tía Marcelina al ver a Ricardo con Mauro.

“El huevito de gallina es para Ricardo” —recordó Lubio la frase de la tía Marcelina, a la hora de la cena.

“¿Por qué Ricardo se mantenía en la calle cuando vivíamos en Santa Clara?” —pensó Arturo.

“Al único que *Maíma* sentaba en sus piernas era a Ricardo” —recordó Argelia, sin decirlo.

— Ricardo parece más viejo que Nubia ¿no te parece? —dijo Isbelia a Beta y Julia.

— ¡Verdad que sí! —dijo Julia.

— Bueno, dicen que hay dos tipos de edades: la biológica y la cronológica... Nubia tiene más edad cronológica, pero menos edad biológica.

“¿Cómo iba a imaginar yo que Ricardo, una persona con la cual no llegué a tener una mínima relación en Santa Clara, contribuiría a darle un vuelco a mi vida?” —pensó Arturo, observando a Ricardo.

“¿De dónde vendrían esas cuatro culebras? Una detrás de otra” —se dijo Ricardo, mirando el mismo camino que le había visto seguir sesenta años ha.

20

“¡Epa, Arturo, saludos!”

Ocupado en indagar algunas datos históricos y fechas sobre el reventón del pozo *El Barroso*, Arturo recibió ese saludo desde un número desconocido, a través del *Messenger*. Era Lubio. En principio, no lo reconoció en la foto del perfil. Llevaba puesta una boina negra. Hubo sorpresa, luego, alegría. Aquella inesperada comunicación aparecía en un momento tan preciso que le cruzó la probabilidad holística de que existiera una conexión universal en todos nuestros asuntos. De causas y efectos solo entendibles como un conjunto en nuestra existencia. Un ADN de emociones, con un algoritmo capaz de ubicar las necesidades compartidas en nuestro pensamiento y cruzarlas en algún punto. O de un orden dentro de un caos, de factores libres e independientes que no requieren unirse a otros, y por azar logran alterar el todo. Algo así.

En todo caso parecía estarse dando una alineación de hechos imponderables que, a su parecer, podían ayudar a resolver algunos nudos críticos en lo que se había propuesto.

Por otras vías se había enterado de que Lubio, desde algunos unos años atrás, venía investigando sobre la migración de corianos hacia Cabimas. En su caso, más con objetivos históricos sociales. Pero, su aporte podía ser de gran ayuda por ser un actor principal de la vida transcurrida en Santa Clara; además, la característica de ser unos siete años mayor y haber llegado primero que Arturo a aquella casa lo hacía portador de otras vivencias y distintas formas de sentirlas y expresarlas. Sería esa otra mirada que se uniría a Nubia y Beta. Sabía que serían distintas, y con toda seguridad, contradictorias, pero ¿acaso no es la diversidad lo que predomina en nuestra naturaleza? ¿Un recurso de sobrevivencia? —buscó la opinión de su otra voz, como adelantándose a una posible actitud beligerante de aquella.

“Sí, necesito esa otra mirada”.

Desde ese día comenzaron a comunicarse casi a diario. Se escribían sobre varios temas al mismo tiempo, como si desearan decirse en pocos minutos lo que se debían en veinte años. “Si un

extraño nos leyerá en este momento, pensaría que acabamos de conocernos” —pensó en escribirle, pero se contuvo. Estaba más emocionado de lo que sus palabras escritas transmitían, y para eso ayudaba el hecho de no estarse mirando, hallarse cubiertos en ese cierto anonimato que los teléfonos móviles dan. Sin ojos, sin boca, sin gestos ni sonidos que pudieran dar cabida a otras interpretaciones.

Por alguna razón, Lubio había preferido escribirle y no llamarle. Arturo se hacía la idea de que, tal vez, se trataba de una opción precavida. La voz es la mejor delatora de lo que se piensa y no se dice, aun diciéndolo.

A la precaución de la palabra escrita otorgaron el poder de resolver sus asuntos. Por lo demás, nunca se habían escrito. Toda su historia común estuvo edificada sobre el contacto directo, cuando no existían los celulares. Era así, una situación nueva en sus relaciones. Por ello, Arturo cuidaba de usar las palabras, los verbos y los sinónimos, de la manera más precisa, y percibía que lo mismo debía estarle ocurriendo a Lubio. Palabras y frases movidas como piezas de ajedrez.

En veinte años sin mediar comunicación los significantes y significados suelen cambiar, y, a lo mejor, generar valoraciones contrarias a lo que se pretende.

El impacto que se llevó Nubia la vez que fue al velorio del tío Herminio Manaure lo tenía Arturo muy presente, pues tal como pasa con los lugares y las cosas, sucede con las personas. Mente y realidad suelen tener vidas distintas, y el cerebro es un infiel empedernido.

Lubio había hecho de todo, y lo contaba como si las cosas no pudieran haber sido distintas a como le sucedieron. Desde intentar estudiar la carrera de derecho, construir una biblioteca y fundar un Liceo, hasta organizar equipos de futbolito y beisbol, y participar en caminatas. Lubio era una lluvia de ideas y haceres. Escribía largos párrafos en letras mayúscula, y a pesar de que esa forma visual le molestaba, Arturo no se lo dijo.

“Sin embargo, siempre me sentí un extraño” escribió Lubio, cortando repentinamente su relato, como si todo lo anterior lo hubiese dicho a manera de introducción, o como si de repente hubiese recordado la verdadera razón de haberse comunicado con Artu-

ro, o una parte de su mente hubiera aprovechado un descuido, y se liberara para mostrarse autónoma.

Arturo percibió la epopeya particular de quien huye o intenta deshacerse de algo, quizás de aquel que alguna vez fue y busca construirse otro yo. Su sombra es la misma y lo persigue sin importar la luz que la proyecte. De allí que los éxitos, aunque satisfactorios, nunca sean suficientes para llenar el envase espiritual. Por mucho, una dificultad mayor que la que le presentaba llenar la pipa, carreteando agua desde *El Martillito*, cuando vivía en Santa Clara.

Y recordó parte de un diálogo que había escuchado en una película ¿cuál? No supo: “Cuando nada se siente como tu hogar, te refugias en ti mismo”.

El contacto con Lubio fue un suceso tan inesperado como grato. Casi veinte años de silencios aceptados como una manera de no herirse, parecían haber sido demasiado. Arturo no pudo dejar de pensar ¿qué habría en el otro plano de esa inesperada comunicación? De la persona al otro lado de esa pantalla. ¿Estarán implicados esos mismos fantasmas que motivaron el relato que él se proponía? O se trata de que nuestro cerebro posee una alarma programada para activarse en un momento del calendario de cada persona, y recordarle la necesidad de acordarse y hacer las paces con su pasado “¡Qué coño importan las razones, es un preciado y feliz hallazgo!” —se ratificó, aun cuando no pasó por alto que, en estas primeras de cambio, Lubio obviara cualquier referencia a esos veinte años de silencio. No hubo en él expresiones al estilo de *Siempre había querido hablar contigo... Me alegra saber de ti*, o cualquier otra menos comprometida, y hasta de mentira piadosa como *No había podido dar con tu número o tu número lo tenía guardado en un aparato que me fue robado*.

Y el hecho de que Lubio no lo hiciera le llegaba a Arturo como muestra y ratificación de respeto. A fin de cuentas, las personas son capaces de inventar, y de decir cualquier cosa para obtener una aprobación.

Desde el último encuentro con el *Ceretón* hacía ya varios meses, y *Cicerón* opinaba que lo más probable era que no apareciera

hasta que hubiera un momento de la historia que lo excitase, en atención a la manera lujuriosa como esos seres tremebundos asumen el disfrute de los estados de ansiedad y los miedos de las personas.

—A propósito, Misael Yajure es un vivo ejemplo de esos miedos. Podría decir que es un gran relator de ellos —dijo *Cicerón*.

A Arturo le resultó bastante precisa la relación hecha por *Cicerón*. Se fue hacia el velorio, y luego más allá, hasta llegar a un episodio de su niñez que había olvidado, y que, como otros más, se activó como un archivo descomprimido.

21

El enterrador

—¡Mire pariente! ¡Yo nunca volví a tener noticias de ese hombre! Pero, vaya usted a saber si los fantasmas de esas mujeres terminarían por volverlo loco —dijo Misael Yajure, y escupió chimó.

De los pocos amigos que Guillermito conoció al tío Herminio, Misael Yajure era con quien más conversaba cuando lo visitaba allí en Santa Clara. Se habían hecho amigos en la empresa de construcción, y más todavía, durante los trabajos de construcción de la casa de Herminio Manaure, a quien ayudó trasladando madera para establecer las columnas y vigas del techo.

Era nacido en Pueblo Nuevo, en la Península de Paraguaná, y estaba dotado de una gran capacidad para narrar historias. O, como decía Marcelina Manaure: de *facundia*. Echando mano de esas palabras que sobreviven gracias a los circuitos cerrados, y de resguardo, que los pueblos suelen ofrecer al idioma.

“Llegó la competencia de Ramón Chirinos” —comentaba en el fogón cuando sentía sus pasos. Nadie sabía cómo, pero Marcelina Manaure conocía los pasos de las personas.

Misael Yajure, un hombre de estatura promedio, delgado, con unos ojos saltones, siempre daba la impresión de andar asustado, de querer irse del lugar al cual acababa de llegar. “Vine tan solo por un rato”, exclamaba cada cierto tiempo.

Su retirada, decía tía Marcelina “*era irse quedando*”.

Usaba un sombrero tipo *cowboy*, de lana gris, y cuando se lo quitaba exponía un cabello indócil, producto de tres remolinos que se formaban en su cabeza. Cargaba en su mano un palo de vara tan pulido que daba la impresión de estar recién barnizado. Tenía un habla profusa y un vocabulario propio de quien ha leído literatura de folclore, en especial de los llanos. Portador de esa filosofía que surge del pensar mientras se siembra, ordeña y se toma agua de las pozas y los ríos. La palabra se le daba con mucha facilidad. Herminio Manaure le daba el título de *repentista*. Cuando alguien le señalaba sobre una contradicción en su relato era capaz de elaborar una respuesta rápida, y convertir el reparo en

parte de su argumento. Había nacido para contar historias, aunque posiblemente no lo sabía.

Cuando migró a Cabimas comenzó trabajando en los pozos petroleros, pero a raíz de la huelga de 1936 en Mene grande resultó cesanteado y se fue a la actividad de la construcción. Terminó instalándose de forma definitiva en Lagunillas. Una o dos, quizás tres veces al año se aparecía en la casa de Santa Clara y sostenían largas conversaciones, tomando café hasta en diez oportunidades durante su visita. “La próxima vez traiga café, Misael” —le decía Amada Quiva, medio en broma, medio en serio. En verdad, la voz que más se escuchaba era la de Misael Yajure, en tanto Herminio Manaure solo asentía con la cabeza y, de vez en cuando, hacía una intervención, por lo general con monosílabos. Hablaba fuerte, por ello, aunque se sentaban un tanto apartados de la enramada, en el fogón podía escucharse.

En cuanto lo sentía llegar, Guillermito se acercaba de manera sigilosa y se escondía detrás de uno de los árboles más cercanos para escuchar sus cuentos de aparecidos. Su voz grave y sedosa se prestaba para crear una atmósfera íntima, llena de tensión dramática entre quienes lo escuchaban. Siempre narraba la misma historia: la de un enterrador que, según Misael Yajure llegó a trabajar con él en los pozos petroleros. Se llamaba Rosauro Lugo y vivía en un lugar llamado *Cerro Montecano*, de un sector cuyo nombre parecía tan extraño como sonoro: San José de Cocodite. En principio, el nombre mismo del lugar llamaba la atención y captaba a los oyentes. Parecía un juego de palabras, con una sonoridad de voz de juego infantil como tin marin. Quien lo escuchaba no podía dejar de suponer que se trataba de un invento de Misael Yajure, como eso que narran los escritores de cuentos y novelas.

— No puede haber un lugar que se llame así —comentaban entre ellas Endora y Argelia.

Como al tercer o cuarto café, ante cualquier silencio, pausa o inciso que se presentara en la conversación, Misael Yajure conseguía la manera de traer a colación el caso del enterrador; entonces, sin prefacio, comenzaba.

Un día un sargento de la guardia lo contrató para que desenterrara la osamenta de su finada madre, con el fin de llevarla a una

tumba nueva en el panteón familiar. Le mostró los permisos para el procedimiento de exhumación que se haría bajo la figura de *Parte Interesada*, cumpliendo el tiempo establecido en las leyes de siete o más años para poder proceder a la exhumación.

—¡Barajo! ¡Ya comenzó el cuento del enterrador —comentó Amada a la tía Marcelina, dentro del fogón!

Como correspondía a su trabajo en el cementerio, Rosauro Lugo, *Pupilo* como apodaban al enterrador, fue hasta allá muy temprano, en el día y hora acordada. Abrió la tumba y sacó los huesos de la difunta. Con la parsimonia que lo caracterizaba contó el número de huesos exhumados, colocándolos de tal manera que dieran la forma del esqueleto. Allí se dedicó a esperar al guardia por más de dos horas, quien debía traer, además del dinero, una caja donde trasladar la osamenta. En vista de que este no llegaba, metió los huesos en un saco de fique y se fue, esperando que en el transcurso de la mañana el sargento de la guardia lo buscase. Pasó todo del día haciendo otras diligencias, con la osamenta a cuesta. A las 6:00pm se puso a beber en uno de esos locales donde venden cerveza, con el saco donde llevaba los huesos de la difunta colocado a un costado de su silla, al lado de las botellas que iba vaciando. Tarde ya en la noche se fue a su casa y se acostó a dormir en su chinchorro, contrariado del fiasco que le había echado el guardia, pero con la puerta entreabierta barruntando que el hombre se apareciera a buscarlo. A fin de cuentas, eran los huesos de su madre.

— Pero ¿por qué no los devolvió a la tumba de donde los había sacado? —preguntó Herminio Manaure la misma pregunta de la primera, y de la última vez que escuchó el relato, y de la cual conocía la respuesta.

— ¡Esa misma pregunta le hice yo pariente! —contestó con rapidez Misael— pero, según sus palabras, no iba a devolver los huesos hasta tanto aquel hombre le pagara. ¿Entiende?

— Ah.

El caso es que el enterrador se quedó dormido. En la madrugada, sintió que unos gatos se peleaban debajo del chinchorro y se levantó sobresaltado; entonces, se dio cuenta de que los animales habían roto el saco y se disputaban los huesos ¡Fuera gatos! —grito para espantarlos. Recogió los huesos que habían sido

regados debajo de su chinchorro; sin embargo, cuando volteó hacia el patio, pudo ver a dos perros que luchaban por quedarse con otro de los huesos. Corrió tras de ellos intentando quitárselo, pero estos se perdieron en el entramado de cujies y cardonales del monte, llevándose el hueso.

— ¡Barajo! —exclamó el tío Herminio.

Guillermito estaba fascinado con el relato de Misael Yajure. No intervenía para no delatarse, y que tío Herminio le ordenara que dejara de escuchar las conversaciones de los adultos.

— ¿Será verdad que ese hombre se llevó los huesos del muerto? ¡Ave María purísima! —se persignó Amada, dentro del fogón.

— ¡Vos sos loca! ¡Esos son cuentos! —le recriminó la tía Marcelina, sin dejar de estar atenta a la narración de Misael Yajure.

Toda la madrugada estuvo *Pupilo* recogiendo la osamenta que los perros y los gatos habían esparcido en el terreno de su casa. ¿Qué haría ahora? —se preguntó. A todas estas, los huesos estaban incompletos. ¿Si me entiende?

— ¿Se imagina la situación, pariente? —preguntó Misael Yajure, luego de escupir chimó.

— ¡Ujum!

Esa noche tiró los huesos sobre el piso intentando reacomodarlos y precisar cuáles le faltaban: un fémur y una tibia ¡Menos mal que no se le llevaron la parte de la cabeza que, a pesar de los años de estar enterrada, todavía conservaba una gran cabellera! Lo cierto es que, en ese trabajo lo agarró la mañana. Aprovechando la claridad, hizo otra búsqueda por el monte, pero resultó infructuosa. Ante el apremio y previendo que en cualquier momento se apareciera el deudo de la difunta, se le ocurrió que podía completar los huesos faltantes con los de otra osamenta.

— ¡¿Cómo va a ser!?! —exclamó el tío Herminio, asombrado como la primera vez que oyó el cuento.

— ¡Mijito! ¡Ese hombre debía estar loco de atar! —se escuchó a Amada Quiva gritar desde el fogón, como si estuviera en otra sala de cine, viendo la misma película.

— ¿De otro muerto? —preguntó Guillermito, asomándome por detrás de la mata, sin poder contener la emoción, y delatándose. Entonces, Misael Yajure hizo una pausa, mostrando sorpresa por la cantidad de personas que escuchaban su relato, y se-

guramente por saberse en control de la audiencia; otro poco, reflexionando sobre lo que había dicho, o tal vez buscando resolver el nudo que se había creado, a consecuencia de una posible exageración en la historia que narraba, o de un agregado distinto con respecto a la versión que había contado en oportunidades anteriores. Lo cual siempre sucedía. En ocasiones, decía que la osamenta tenía poco pelo, y en otras que el cabello era largo. O que eran dos huesos en vez de cuatro, y un policía en lugar de un guardia. En fin, toda leyenda se alimenta y fortalece de sus propias inconsistencias.

— ¡Sí! —dijo de manera firme, engreído de saberse en dominio de una inesperada audiencia— ¡Con la osamenta de otra muerta! ¡Porque debía ser mujer! —sentenció.

Fue al cementerio. Abrió una de las fosas donde se encontraba enterrada una mujer: ‘Josefina Martínez’. Los huesos resultaban más largos que los de la otra osamenta. Cerró esa tumba y se dispuso a buscar otra que tuviera una edad similar. Así abrió cerca de cuatro tumbas hasta que, cansado de buscar que los huesos coincidieran con los que ya tenía y ante la posibilidad de ser agarrado infraganti, optó por sustituir los cuatro huesos.

— ¡Eso es un sacrilegio! ¡Una profanación! —gritaron la tía Marcelina y Amada, quienes ya se encontraban atentas, asomadas en la puerta del fogón— ¡Ave María Purísima!

La expectativa era como la de la primera vez. El asombro, también. Misael Yajure tenía ese don de hacer que las palabras siempre sonaran nuevas, como acabadas de inventarse. Todos quienes escuchaban conocían lo que vendría, pero a su vez lo olvidaban para simularlos nuevos y asombrosos. La historia del relato carecía de tiempo. Vivía en cada uno de quienes lo escuchaban. El relato era y se hacía en cada uno de ellos. Resultaba difícil imaginar que la historia que contaba Misael Yajure existiera fuera de ese lugar y de esas personas.

Dos horas después, cuando llegó el sargento de la guardia, *Pupilo* le entregó la osamenta y recibió el pago por su trabajo. Todo pasó normal durante el día, pero.

Misael Yajure arrastró la letra “o”. Escupió chimó. Se acomodó en la silla, y pidió más café. Amada se apresuró en llevarle el pocillo con café, más por el suspenso que por atención.

Herminio Manaure carraspeó, la perra bostezó, y Guillermito se echó un peo.

Entonces prosiguió:

Llegada la noche, ese pobre hombre no pudo dormir tranquilo. Escuchaba las voces de las cinco mujeres que le reclamaban tal profanación. Una de ellas decía “Quiero mis cuatro huesos”. Otra —la difunta madre del guardia— exclamaba: “¿Qué hiciste con mis huesos?”; y las cinco expresaban al unísono: “Arderás en el infierno”.

Me contó que se había venido a trabajar en Cabimas, no tanto por la necesidad, sino huyendo de esos fantasmas. Parece que los muertos no tienen fronteras y lo siguieron hasta aquí. En el trabajo mismo comenzó a sentir la presencia de las cinco mujeres y procuraba no quedarse solo. Sus compañeros de trabajo le sacaban el cuerpo extrañando esa actitud de querer estar siempre con otros hombres ¡Usted sabe! Pensaban otra cosa. Por eso renunció y se regresó a Pueblo Nuevo a intentar resolver ese asunto pendiente con el mundo del más allá que se le presentaba en el más acá.

— Esa historia me la contó el mismísimo Rosauero Lugo, ‘el pobre’, porque según él había otro con el mismo nombre que era doctor y rico —aseveró Misael Yajure, volviendo a escupir chimó, para poner el punto final a su narración.

22

La Morra

“A diferencia de la de Argelia, su risa era corta, recelada de la estridencia que suele dar información no requerida. Sus ojos verdes resultaban extraños y tristes. Caminaba muy rápido, casi con ansiedad por llegar lo más pronto posible al lugar donde se dirigiera, como si quisiera compensar una desventaja física por medio de una actitud, y darles alcance a otros pasos de piernas más largas”.

Así describió Arturo el recuerdo que tenía de Lubio.

Había decidido que en la oportunidad que tuviese de volver a escribirse con él le contaría sobre su proyecto de narrar las vivencias en aquella casa de Santa Clara. Idea que luego desechó por considerarla apresurada. Aún desconocía cuál era el Lubio que se comunicaba con él detrás la pantalla, porque “por más que deseemos encontrarnos con la persona que permanece intacta en nuestra memoria, la realidad se impone, y el tiempo es lo que es”, se dijo.

Poco a poco la comunicación con Lubio pasó de los primeros escauceos, timoratos, conservadores, y expectantes, propios de un alejamiento de casi veinte años, y cuyo último capítulo venía de ser violento de palabra, a una especie de remembranza y nostalgia. Fue como si Lubio hubiese pasado de un estado de ánimo a otro, y continuó con sus extensos párrafos escritos en mayúscula, pero esta vez cargados de pasado, y de un dolor que Arturo calificó *del alma*, y que se movía sigiloso entre las líneas del texto. Siempre con ese puntual recordatorio de “pero aquí estamos” que funciona como un torniquete para evitar que la herida termine por desangrar a la persona.

— ¡Salimos adelante! —le escribió Lubio, como quien se siente vencedor tras una larga y extenuante batalla.

— Fue difícil, pero las adversidades nos enseñan y afirman el carácter ¿no crees? —preguntó Arturo, procurando obtener información sobre la manera de pensar del Lubio actualizado.

— ¡Por supuesto! Aunque fue una enseñanza dura. Te confieso que muchas veces lloré por mi situación. No los culpaba a ellos,

en aquella casa, sino a quienes me llevaron. Porque a nosotros nos llevaron, no fuimos.

Arturo rebobinó sobre las pasadas diferencias que llegaron a tener en la manera de valorar su situación de migrados forzados hacia Santa Clara y la relación con la familia. Lo que él siempre había captado —y, a su vez marcaba sus diferencias con Lubio y Argelia— era que, en ellos, había un resentimiento cuya culpa parecía recaer en todo el mundo: desde el sistema político y social, pasando por nuestros padres y, a veces, como reflejo en quienes fungieron como protectores en aquella casa de Santa Clara.

Hoy, con más de veinte años de por medio, se preguntaba si acaso Lubio y Argelia no tenían razón en haber desarrollado ese sentimiento. En sus casos no solo se hallaba el hecho de haber sido llevados allí por sus madres, como reacción a las conflictivas relaciones que sostuvieron con su padre, el tío Aquino; se agregaba, además, el de ser negados, sometidos a una postergación. Por otro lado ¿no son todas las familias culpables? ¿De algún u otro modo?

“El resto de quienes vivíamos allí no enfrentábamos esa situación: éramos huérfanos o no atendidos por alguno de nuestros padres, pero no negados como hijos”, se respondió a sí propio, tratando de argumentarse.

Fue un tema que lo ocupó por un buen rato. Salvando las diferencias, una parte de él la veía reflejarse en la de ellos. Trató de recordar si en alguna etapa de su vida tuvo similares sentimientos de resentimiento y se halló con algunos trances de su adolescencia donde resintió esa parte de la niñez, luego de la muerte de su mamá y su ida a Santa Clara. Se recordó encendiendo unas velas durante algunos 31 de diciembre. No lograba saber con exactitud cuando dejó de hacerlo, pero sí por qué lo hacía: el estallido de los cohetes y salta pericos, las risas y los deseos de un *feliz año nuevo* le abría la página de la noche de fin de año, cuando la muerte obsesiva por causar pena le llegó a su mamá. En el anverso, la imagen de su cuerpo metido en la urna, con el rostro blanco y los labios pintados de color fucsia, recibiendo inerte su último beso. Un beso con los ojos cerrados que, además, era el único que recordaba de su relación con su madre Clotilde.

Pudo haber otros, pero ese de la urna se presentaba como el primero. Con el agregado de no poder ser correspondido.

— ¿Tú crees que, en mi caso, lo haya superado? —consultó a *Cicerón*, quien hizo silencio.

— ¡Claro! Por ser hermano de Nubia, te respetaban. Nunca te pegaban. No recuerdo haber visto que lo hicieran. Por lo general, te decían “Te voy a acusar con Nubia”. Nosotros, en cambio, no teníamos a nadie —escribió Lubio.

Para Arturo resultó un comentario duro e hiriente.

Hasta cierto punto, Arturo imaginaba que ese tipo de comentario flotaba sobre la conversación, asomado por el resquicio de cada frase, como el actor detrás de las cortinas esperando el momento en que debe salir al escenario, o como el herpes latente para surgir en el cuadro sintomático preciso. No obstante, sentirlo, no le evitó sufrir el impacto cuando la idea se objetivó en palabras escritas. La gente dice “prepárate para lo peor”. ¡Pendejadas! Nadie se prepara para lo peor, lo peor es peor cuando llega.

Las palabras de Lubio llegaron como esquirlas que se esparcieron rápidamente por todo su cuerpo, provocándole una sensación que ondulaba entre incomodidad, malestar y dolor. Arturo releyó aquel diálogo en silabas como quien busca un error, o deseando que una segunda lectura anestesiará la primera.

Una confesión con cincuenta años de retraso a la cual de niño hubiera tomado como un comentario más, asociado a las discusiones y peleas cotidianas: *cosas de muchachos*. En cambio, a estas alturas, se convertía en una especie de paquete con pago a contra reembolso.

Enterarse de cómo le veían otros durante un tiempo pasado compartido no dejaba de ser revelador, y, en este caso, la revelación resultaba inesperada. Se transformó en asombro. Más por el tiempo que por la revelación.

Arturo echó mano de lo aprendido en las clases de la materia *Análisis de Discurso*, y no pudo dejar de diseccionar aquella frase expresada por Lubio de una manera tan natural, sin la pausa de la pertinencia: el ablativo *por* unido al infinitivo del verbo *ser* y el adjetivo *hermano* se correspondía con el *habla de un sentimiento*. De cualidad y condición intrínseca, natural, y quizás

permanente en el imaginario de Lubio. Marcas de agua de un resentimiento larvado por años.

Una parte de él encajó la afirmación de Lubio lo mejor que pudo, pero con dolor espiritual.

“¿Espiritual?” Se interrogó. “Sí, espiritual”, se respondió.

Otra, atemperada por sus propias indagaciones, por los supuestos que la imaginación había hilado desde que logró colocarse como espectador de su propia niñez: ejerciendo el poder de verse y ver a los demás, y a su vez, los demás viéndole a él.

¿Será así como vería un dios? Anotó la pregunta, en el listado de *Notas e ideas*.

“De ser así la literatura tiene más poder del que se conoce”, se dijo.

Ahora le embargaba una responsabilidad sobrevenida y sin descargo. El pasado le cobraba una factura. La posibilidad de resarcirla había vencido sin notificación al deudor. Se hallaba mudo ante una sentencia del pasado que solo podía tener una medida de gracia por la atenuante de ser un niño, inocente de cuanto acontecía a su alrededor.

Empezó a provocar a su memoria. A interrogarla sobre posibles gestos, poses, muecas, frases o susurros, miradas, cejas enarcadas que arrojasen información de lo que sentían los demás cuando se hacía evidente ese ‘respeto por ser hermano de Nubia’. ¿Me lo habrían hecho saber y yo no lo recordaba? —se interrogó. Y si lo hicieron, y lo supe ¿cuál pudo haber sido mi respuesta?

Una cosa sí era segura: de esa casa, Arturo no tenía recuerdo de fiestas de cumpleaños, tortas, regalos del niño Jesús. De lo cual deducía que, en eso por lo menos, se equiparaba con ellos. En ese sentido, su memoria atestiguaría que Beta y él jugaban a tener fiestas donde daban palo a la piñata y, al final, recogían los juguetes imaginarios, debajo de aquella mata de *ciruelas*. Mata de *ciruela* que su mirada buscó sin encontrarla en el velorio del tío Herminio. Porque si alguna mata, de las tantas que había allí le recordaba a Beta, era esa. Donde, además, estaba el nido de Gonzalito que tumbó Emilson. “No solemos darnos cuenta de que, también sucede, que no solo recordamos

los lugares porque nos traen personas sino personas porque nos traen lugares”, pensó.

Ahora bien ¿lo recordaría Beta? ¿Le acompañaría con una declaración a favor, diciendo la verdad y nada más que la verdad, frente al jurado del tiempo? Ella sería, en todo caso, su testigo estrella. Su hermana Nubia no admitiría un comportamiento que la haría cómplice, así haya sido por omisión.

— ¡Hola Beta! ¿Recuerdas alguna fiesta de cumpleaños o regalo de Niño Jesús? —no pudo dejar de preguntarle.

— ¡Para nada! Yo hacía las cartas y las metía en las cotizas, pero nunca recibí nada.

— ¿Percibiste un trato especial hacia mí, por ser hermano de Nubia?

— ¡Claro! Muy pocas veces te pegaron; además, porque tú eras muy ágil y te escapabas. Cuando llegaba Nubia te acusaban y, a veces, ella te castigaba fuerte.

Arturo se halló culpable de ser inocente. La respuesta de Beta tenía la virtud de ser justa: ser hermano de Nubia le concedía un cierto privilegio no inmunidad. Aun cuando Lubio no lo recordaba, o nunca lo vio, el tío Herminio llegó a pegarle dos veces, una de ellas con un cable. Un hecho imborrable y doloroso en su memoria. Nubia, también le castigó en pocas ocasiones y sin vehemencia. Tía Marcelina nunca le pegó. “Juro que es la verdad” —se dijo, como si colocara las manos sobre la Biblia, ante un juzgado de esos que se ven en las películas anglosajonas.

Aun así, se sentía culpable. Al fin y al cabo, que no se requiere ser culpable para sentirse culpable.

La Morra —como apoda al morrocoy, desde que supo que es hembra por no tener esa pequeña hendidura que tienen los machos en el caparazón, para acomodarse al copular— por fin aparece, con su piel Mesozoica, sus ojos llorosos, y su casa rodante.

Mientras iba a la cocina a buscarle lechuga al morrocoy meditó sobre aquella frase de *El Ceretón* “*Argelia es la clave*”. Se preguntó si debía ceder a la curiosidad que le había dejado

como pegada con cinta adhesiva en el archivo de asuntos pendientes de su memoria, como alfiler rojo en la pizarra informativa de un condominio.

Hasta ahora no había querido abordar a Argelia. No deseaba enterarla de la investigación que llevaba a cabo sobre Santa Clara. Las razones para no hacerlo eran variadas, pero la más fuerte estaba referida al hecho de que Argelia, con toda seguridad, iba a comenzar a llamarlo para hablarle sobre la propiedad de los terrenos, sus derechos a tener una parcela allí, y, lo más terrible, a encadenarse en insultos contra Beta y sus hermanas. Él, desde hacía tiempo, se negaba a formar parte de esa guerra que, por lo demás, consideraba molesta, inoportuna, pesada, fastidiosa, cargante, chinche, y todos los sinónimos del adjetivo impertinente.

Tal vez porque estaba reciente la conversación con Lubio, o por la quietud que le produjo la pausa de ir hasta la nevera, o por el verde de la lechuga y sus hojas húmedas, corrugadas y delicadas, llegó a la conclusión de que debía insistir un tanto con Lubio, antes de tomar la decisión de sucumbir ante Argelia.

— ¡Epa Lubio! —le escribió—, ayer se me olvidó hacerte una pregunta ¿tú te acuerdas cuando Dulce, mi prima de Playa Grande estuvo en Santa Clara?... Por allá por el año 1967, según ella misma me dijo.

Ese día estuvo pendiente del celular. Lubio no respondió.

Aquel parecía ser el día de los silencios, y solo *La Morra* respondía de manera consecuente a la atención que él le brindaba. Con otro tipo de silencio. Uno lleno de serenidad, desestresado, de estar pez con respecto a todo.

“Con razón viven tanto”, pensó.

23

La lluvia negra

A las 4:45am los pobladores de Cabimas que para ese entonces no pasaban de ser leñadores y pescadores, escucharon un gruñido muy fuerte, como si en lo más profundo de la tierra alguien o algo que yacía por siglos dormido hubiese sido despertado y estuviera furioso. Lleno de ira incontenible por verse emplazado a abrirse paso. Se trataba de un rugido de otro mundo, distinto a los ya conocidos. Un rugido que el oído de los pobladores intentaba referenciar sin lograrlo.

El piso se movió como una alfombra sacudida para limpiar el polvo, las paredes de barro se resquebrajaron, y parte de los techos de paja se desprendieron. Se quedaron a medio andar entre las hamacas y el suelo, esperando confirmar lo que habían sentido en la duermevela de las horas que van de la madrugada al amanecer. Segundos después, sin aún resolver la naturaleza de aquel rugido, oyeron caer sobre los techos lo que parecía una lluvia de piedra y gotas gruesas. Extrañados por lo que estaba pasando, salieron de sus casas para encontrarse con la calle llena de pequeñas y medianas rocas, algunas del tamaño de una pelota de softbol, y pisando un líquido viscoso y negro que se precipitaba desde el cielo, manchando las paredes y la ropa tendida en los patios.

Las gallinas bajaban de sus palos y corrían hacia dentro de las casas para guarecerse, un perro intentaba quitarse un pesgoeste negro que le había caído en su hocico. Más allá el techo de paja de una casa cogía fuego y las llamas amenazaban extenderse hacia el monte. La gente abrió los corrales para que los animales huyeran. Desamarraron los burros y las mulas. Tomaron a sus muchachos, y los pocos enseres para huir de la *lluvia negra* que, según los pobladores de más edad, había predicho la vidente María Acosta.

En mitad del monte, donde hasta hacía poco cortaban leña, cazaban conejos y hacían sus necesidades, la tierra vomitaba su bilis, con furia, hacia el cielo. Aquello no podía ser otra cosa que un castigo, pensaban algunos, sacando el expediente de Eva.

Entendieron que aquella era otra lluvia, una que solo podía haberse desatado desde el infierno y por los excrementos del diablo. Muchos se santiguaron, se hincaron de rodilla, invocaron a Dios, por lo que creían se trataba del inicio del fin del mundo en tierras donde decían que se había descubierto el nuevo mundo, que a la final era tan viejo como el otro. Los montes comenzaron a inundarse y el petróleo culebreaba entre los cardonales como serpiente hambrienta que sale de cacería.

Samuel Smith que trabajaba para la Venezuela Oil Company como personal bilingüe de la cuadrilla, corrió para avisarle de lo que sucedía a George Brake, superintendente de perforación. Fueron a buscar tuberías que se encontraban por el río Limón y contrataron cuadrillas con el fin de construir un muro para evitar que el petróleo llegara al lago. Al mismo tiempo que se tramitaba un equipo de expertos en ingeniería petrolera de Estados Unidos para parar el chorro, pues, aunque las empresas encargadas de la perforación de ese pozo eran inglesas y holandesas, resultaba más rápido traerlos de USA.

“Durante nueve días estuvo ese chorro levantado que podía verse desde Maracaibo —narró Samuel Smith— hasta que un día llegó el señor Arrieta, natural de Bobures, vasallo de San Benito y le pidió a Brake permiso para ir hasta el pozo a parar el chorro: — ¡Dígale al señor Arrieta que eso es imposible! Si se meten allí es probable que no salgan nunca ni ellos ni San Benito —traduje las palabras de Mr. Brake.

— ¡Dígale a Mr. Brake que San Benito va a parar el chorro! —respondió Arrieta.

¡What! Exclamó Mr. Brake, entre asombrado, desesperado e incrédulo de la propuesta que se le hacía.

— ¡Esos tipos están locos! ¡Bien! ¡Pero la empresa no se hace responsable por lo que pueda ocurrir! —volví a traducir para Arrieta y los demás vasallos que esperaban con sus tambores de Chimbangle.

Fue entonces que Arrieta y sus Chimbangleros se entraron en el cardonal. No pudieron llegar hasta el pozo. La cantidad de petróleo derramado lo impedía. Se quedaron mucho más acá y se colocaron de frente al chorro. Comenzaron a tocar desenfrenadamente, y un sonido de comienzos de la humanidad

llamaba a otros seres, a otros lugares, a otras fuerzas. Cuerpos, manos, palos y varas alineaban los tambores al latido del corazón. Bañaron con petróleo a San Benito.

A la distancia, la gente observaba a aquellos cinco hombres y al santo, en una lucha desigual entre fe y tecnología. Al rato, el chorro se paró, ante el asombro de Mr. Brake, el mío y el de la gente. Hubo una gran algarabía y se organizó una fiesta que el mismo Mr. Brake financió. La mayoría perdió sus casas, pero bebió y bailó.

No es una leyenda ni invención. Así fue como sucedió. Yo lo vi ¿Por qué creen ustedes que los cabimeros adoran a San Benito?”

Qué duda cabe. Así sucedió tal como él lo vio. Así lo asumieron, también, los pobladores de Cabimas, aún sin haberlo visto, y así lo escuchó y leyó Arturo como repetida verdad hasta hacerse baile, tradición y día de fiesta regional. ¿Cómo dudar de los poderes de un santo? La fe no requiere confirmación, y nos sentimos a gusto y cómodos de que así sea. Alguien dijo que donde hay ignorancia hay felicidad. Un tal Gray, según *Cicerón*.

“Qué sentido tendría tener fe si la realidad fuese una situación resuelta, sin misterios ni problemas”, oyó decir al *Celacanto*.

Por lo demás, los hechos históricos siempre cuentan con una épica que, de algún modo, mejora y enaltece lo vivido y padecido —se respondió Arturo a sí propio, en voz alta con aire académico. Y citó a Gao Xingjian: “La historia y la memoria no evocan realidades, sino que tartamudean mitos”.

Y Cicerón le recordó: “Cuidado con el historiador”.

Orientales, corianos y zulianos se reconocieron venezolanos en los pozos. Los campos petroleros venezolanizaron al Zulia. Por primera vez un oriental y un coriano escuchaban danzas y gaitas, por vez primera un zuliano sabía del polo y el truco. La Virgen del Valle se hizo comadre de la Chinita y de la Virgen del Rosario y, todas ellas, de San Benito.

Allí se encontraron, también, con hombres y mujeres de Trinidad y Tobago que la Lago Petroleum Corporation comenzó a traer y que se asentaron por los lados de Punta Iguana. A estos ingleses, a diferencia de los gringos, a los que decían *musiues*, los venezolanos les llamaban *maifrenes*. Su piel, textura y su com-

portamiento no difería mucho de los bobureños o corianos que trabajaban allí, en cuanto a su personalidad alegre y bromista. Los pozos petroleros fueron lugares donde se conectaron culturas, idiomas y distintas hablas que generó un léxico como expresión de ese encuentro. Una respuesta natural para resolver un problema de comunicación, y una convivencia inevitable: *guachimán*, *macundales*, *ofiboy*, no pasarían de ser expresiones singulares de lo que alguien denominó un *prestigio pasajero* en el vocabulario del venezolano.

— ¡Los que iban a ese club eran gringos de *culo negro*! —dijo Ramón Chirinos en el negocio de Vicente Crespo.

— ¡Carajo Ramón! ¿Todavía andas con eso? —respondió el viejo Vicente— ¡Esa frase ya ni se usa!

— ¡Porque aquí la gente no tiene memoria! —exclamó Ramón Chirinos— ¡Aquí hubo mucho criollo que se la daba de hablar inglés!

— ¡Va pues! ¿Y cómo iban a entender en ese tiempo si todo venía de allá? ¡Tenían que aprender inglés! ¿Acaso, nosotros sabíamos manejar esos pozos? ¡Dios carajo! —dijo con vehemencia, Vicente Crespo.

— ¡Desde ese momento, Cabimas se jodió!

— Cabimas es Cabimas por el petróleo... fue el petróleo lo que metió a Cabimas en la historia... antes de eso ni siquiera decir que el caballo de Bolívar cagó por estos lados...

— Hay quienes dicen que estuvo en el *Balcón de Lola*...

— ¡Carajo! ¡Esos son cuentos para forzar una cierta dignificación histórica! El petróleo es nuestro blasón... para bien o para mal.

— Yo creo que para mal...

— Porque tú a todo le ves el lado negativo. Yo digo que más para bien que para mal.

— ¡Yo soy un negativista lógico! ¡Ese chorro fue una especie de maldición del bien! —insistió Ramón Chirinos.

— ¡Una maldición que nos trajo luz, gas, carreteras, escuelas ¡Y que usted se halle aquí, por cierto!

“En ese tiempo hubo una “literatura del petróleo” que desarrolló una versión de imposición y transculturización. La realidad de los pozos era menos ideológica. La situación estaba muy

lejos de responder a estructuras de pensamientos absolutos. Asumir vocablos no siempre implica una relación de dominación y conquista colonizadora. Toda esa gente llegó por sus propios medios a esos campos que, en todo caso, se ofrecían como una esperanza liberadora, ante el sometimiento a un estado de pobreza generada por aquellos venezolanos, militares y civiles que, por décadas, sumieron al país en una continua guerra destructiva". (Diario de Arturo)

— ¿Por qué un mono pasaría a caminar en dos patas? ¡Pues porque lo necesitaba para adaptarse y sobrevivir! —exclamó Vicente Crespo, respondiendo con su propia teoría evolucionista a Ramón Chirinos.

Entre tantos recién llegados de oriente que buscaban insertarse en la actividad petrolera estaba el futuro padre de Nubia y de Guillermito: alto, moreno, fuerte y buenmozo; pelo negro engominado, con aire de Gardel. Con una voz grave dispuesta al tango y al galerón. José María Marcano.

Ahora que podía ubicarse en aquel pasado anterior a él, y anterior a Nubia, Arturo creía conocer mejor a su padre que en todos aquellos años anteriores y posteriores a la muerte de su mamá Clotilde. Conocerlo antes de conocerlo, vivirlo antes de vivir. El futuro afectando al pasado.

Milagros cuánticos de la historia y la literatura.

Resultaba paradójico que la historia y la imaginación —acaso no sea necesario el uso de la ‘y’ *copulativa*— le permitieran acceder a su padre mucho antes de ser su padre. Y, además, acrecentar su afecto, y hasta su admiración por aquel hombre con el cual tuvo poco contacto. Reflexionó sobre la idea de que, en estos casos, la edad adulta es una variable afortunada. No solo es capaz de disminuir los ímpetus, y de no tener la obligación de demostrar nada, sino porque tiene la virtud de ofrecer un acumulado de experiencias para amar más y mejor. La vejez tiene más referencias para ejercitar el amor.

De esa manera se explicaba Arturo el inevitable fenómeno de transformar los posibles actos irresponsables de su padre en hechos emotivos. José María Marcano siempre había sido para él el relato de un personaje de las historias de caballería: enamo-

rado, valiente, arriesgado, romántico y heroico. Ubicado en ese sublime, bello, e inexplicable territorio del mito donde podía existir sin ser valorado ni enjuiciado.

Tampoco halló en sus registros detalles que le sustentaran haber sentido resentimiento alguno en la relación con su padre. “Tal vez, contrariedades”. Con defectos que no llegaban a pesar en la balanza de su imagen final, y que cabían en esa moralidad de *Somos hijos de Dios, pero no dioses*, o *A Dios rogando, pero remando*, que servían como amortiguación de sus actos. ¿Qué se le puede reclamar a un héroe?

Ahora trataba de ubicarlo en Cabimas, y la única referencia que tenía para hacerlo era un retrato de su padre que alguna vez vio en casa de su abuela. Tendría unos veinte a veinticinco años, y la pose del retrato era gardeliana. Para entonces, el sombrero no era cosa de viejos. Era la moda. Una que, para su padre José María Marcano nunca pasaría. Dos, o quizás tres veces en toda su vida, vio a su padre sin sombrero y sin los lentes oscuros. De allí que no había manera de que su memoria trajera el recuerdo de su padre sin sombrero y sus lentes oscuros.

Acaso, también, por su revolver Smith and Wesson 38, cañón largo, especial.

Fue en el año 1936 cuando José María Marcano arrancó desde Playa Grande, estado Sucre, con su padre Rudecindo Campos para incorporarse a la legión de venezolanos que deseaban pelear un poco de esa gran mina de *oro negro* que había asombrado al mundo, cuando brotó aquel 14 de diciembre de 1922. Que despertó la modorra cotidiana de un país contenido por el miedo, con caporales civiles y militares en el campo y en el Estado. Devastado por el hambre y las enfermedades.

Se dice que Juan Vicente Gómez, al enterarse de la explosión del *Barroso* frunció el ceño: “Para bien y para mal” —exclamó. Barruntando, acaso, que el inopinado suceso cambiaría para siempre las formas del país y las del régimen que había consolidado, a través del miedo y el control absoluto de las instituciones y los negocios. Un control tan desmesurado que pasó de la realidad a la anécdota, y de la anécdota a leyenda, convirtiendo a Gómez en una irrealdad dominante, terrorífica,

y omnipresente. Un dictador de esos que logran estar cuando no están. Incluso a la hora de comer: “Toda carne consumida en cualquier parte del país proviene de una vaca de las haciendas de Gómez”, se decía.

Como en el caso de José María Marcano y su padre, comenzaron a llegar cientos de personas que venían de todas partes del país para trabajar en los pozos, en las construcciones de vías y casas, en desmontar y desmalezar. Realizar tendidos eléctricos o kilómetros de tuberías. También, sirios, libaneses, italianos, que se aventuraban a estas tierras para montar sus pequeños negocios en un país que proyectaba movimientos de dinero, nuevas necesidades y capacidad de compra.

Luego de tres días de viaje en su camioneta Chevrolet, Pick up, color verde, llegaron a Cabimas y se alojaron por tiempo provisional en la casa de su primo Andrés Da Cuña en La Gran Cruzada, bastante cerca de donde vivían los Manaure, todavía en la casa de barro.

— ¡Epa! ¡Es con usted! ¡Deténgase allí! —escuchó la voz del funcionario.

José María Marcano se detuvo. De primera, optó por callar. En ese tiempo los margariteños eran buscados y arrestados por la curiosa razón de que Jovito Villalba, uno de los líderes de la generación del 28 y adversario de Gómez, era margariteño. Él no era margariteño, pero para ese entonces al régimen de López Contreras le daba lo mismo *Chana que Juana*. Las primeras movilizaciones públicas en Caracas, tras la muerte de Gómez y las exigencias del creciente movimiento obrero en los campos petroleros, tenían sumamente nerviosos a los militares y esbirros de la seguridad que dominaron con mano de hierro al país. La muerte de Gómez había dejado expuesto no solo el cadáver del poder sino también a los deudos. Se exigía de todo: desde los derechos más universales como libertad y democracia, hasta hielo para enfriar el agua en los filtros de los trabajadores, en aquellos sofocantes campos petroleros.

López Contreras intentaba una apertura que, a esas alturas, parecía insuficiente para los partidos opositores, y demasiado para los militares gomecistas. Fueron tiempos de transición donde de un lado del puente estaban los viudos del régimen y del otro la

modernidad. En junio de 1936 entró en vigor la “Ley de orden público” arreciando la vigilancia policial.

— ¿Cómo se llama usted?

José María Marcano hizo un gran esfuerzo por imitar el habla maracucha. Aun cuando estaba en Cabimas, era lo que había ensayado durante todo el viaje para la oportunidad de llegar a encontrarse en esa situación. Al cabo que, para gran parte del país de entonces no se establecía diferencia alguna: Maracaibo era el Zulia, tanto como Caracas era Venezuela. Precisamente, la misma realidad contra la cual se habían alzado las banderas del federalismo sesenta y siete años atrás.

— ¡José María Marcano, primo! — dijo, en un maracucho de tele-novela escrita por un caraqueño.

Por alguna razón el funcionario siguió su camino. “No creo que yo lo hubiera engañado con ese acento —confesó José María Marcano años más tarde, al relatar acerca de su viaje a Cabimas— ¡Ese día lo que tuve fue suerte!”.

José María Marcano conoció a Catalina Manaure en una de esas fiestas que organizaba el Club La Salina, en el Campo Concordia. Se enamoraron, y como ella era menor de edad se veían a escondidas. Sobre todo, porque de llegar a enterarse sus hermanos hubieran sido capaces de no dejarla salir más de su casa. De hecho, sus idas al Club La Salina eran realizadas a espalda de ellos. Varias veces su hermano Herminio la sacó a empujones de algunas fiestas, por allí mismo en Santa Clara. Sumida en esa situación, una muchacha que se despertaba en su sexualidad, ávida del mundo, viviendo en una casa de barro donde ir a realizar las necesidades implicaba meterse en un cu-chitrit de madera, construido precariamente en el patio, atenta a las culebras y a una gran cantidad de artrópodos (ciempiés, alacranes, chinches y cucarachas) y a cuanto bicho existiera en ese, aún espeso monte, conocer a un joven bien parecido que trabajaba en una compañía petrolera, con pase autorizado al Club, resultaba una salida. Más allá de los asombros y emociones del amor y el sexo, también se conseguía con la posibilidad de un escape.

Jóvenes y plenos de pasión y hormonas, José María Marcano y Catalina Manaure decidieron irse a vivir juntos. Aunque en el len-

guaje común se decía “se la sacó”, fue una escapada acordada. Se fueron a una casa que para entonces José María y su padre Rudecindo Campos habían alquilado en las 40, donde estaban los campos de la Shell, empresa donde ambos trabajaban. Ella, una muchacha blanca, con garbo, de ojos y cabello negro, tenía 15 años y él 17.

Así comenzó esta historia. Y es el detalle que marca no solo la génesis de una relación entre familias distanciadas y desconocidas hasta ese momento, sino el hecho de que Guillermito forme parte de este relato tras haber sobrevivido junto a su hermana, el largo camino que supuso ese encuentro. Sin ser de Carazao, Manaure o Quiva, Guillermito entraría a sus historias de vida, y ellos en la suya.

Debe haber millones de historias de vida similares. Algunas tendrán quien las cuente, otras no. ¿Se hubiera narrado de ser Anselmo, él hermano mayor de Guillermito, quien viniera a Santa Clara, tal cual fue la primera opción? No deja de ser un poco de esa digresión metafísica que nos perseguirá mientras el cerebro no sea posible de ser programado como un software por algún ingeniero. Decisiones y pequeñas cosas.

¿Habría sido Hitler el genocida que fue de no haberse frustrado como pintor? Pensó. La bella inutilidad del sí condicional.

Allí vivieron muy poco tiempo juntos, pero el suficiente para procrear una niña que llamaron Nubia del Rosario, nacida un domingo 15 de junio a las 4:00 de la tarde de 1941, en un parto atendido por Margarita Soto. Pero las andanzas de José María por estos lados no pararon allí. Unos años después sufrió un accidente por una explosión en el pozo donde trabajaba. Además de haber sido lanzado contra un tractor, debido a la onda expansiva, que le produjo una costilla rota, parte de un líquido usado en las excavaciones le cayó en los ojos, afectándole la vista. Incapacitado para ese tipo de trabajo se vio obligado a planificar su retorno a oriente. Catalina Manaure se negó a irse con él. Surgieron desencuentros, discusiones y peleas que culminaron en su separación, y en el rapto de Nubia por José María Marcano, en el año 1944.

— ¿Y esa criatura? —preguntó la señora Gloria.

— ¡Esta es mi hija! ¡Tu nieta!

— ¡Vaya al Carajo! ¿Y la madre?

El silencio de José María fue la respuesta. La señora Gloria Marcano no necesitó palabras para saber que algo no muy claro había detrás de la presencia de su nieta allí en Playa Grande.

— ¿Qué pasó? ¿Ella sabe que te la trajiste? —insistió la señora Gloria.

— ¡Sí sabe! ¡Mamá!

— ¡Y cómo una madre entrega a su hija así!

— ¡No la entregó mamá! ¡Me la traje!

— ¡Vaya al carajo, muchacho, te la robaste!

— ¡Es mi hija! ¿Cómo voy a robar lo que es mío, mamá?

Gloria Marcano, casi representante de Dios en la tierra, recta, religiosa, inflexible ante lo que consideraba *cosas malechas*, tomó la niña en sus brazos, no sin lanzar una mirada de reprobación a su hijo. Estaba en absoluto desacuerdo con lo que había hecho, pero no conocía los detalles de lo que pasaba. En fin, era su hijo, y Nubia del Rosario su nieta.

— ¡Nada bueno va a resultar de todo esto! —sentenció.

En tanto, en Santa Clara, la tenaz insistencia de Marcelina Manaure y sus hermanos, obligó a Catalina para que fuese buscarla. Así lo hizo. Cuando realizó ese viaje no llegaba a los veinte años. El tío Herminio amenazó con denunciar el caso en la prefectura, pero ante el compromiso de la hermana menor de ir a buscarla, no lo llevó a cabo. Tampoco se tenía confianza en un cuerpo policial que, como resabio de las dictaduras, se dedicaba a los asuntos políticos más que al orden público.

— Eso queda muy lejos —dijo el tío Aquino Manaure— ¿Vas a creer que la policía va a ir hasta Carúpano? ¡Vos sos loco!

El médico dijo que Lucrecia Quiva *tenía un cuerpo de 100 años* cuando murió. Sin embargo, muchas personas que la conocían de allá de Coro afirmaban que tenía ciento trece, que era mayor que Artidoro, y que era la mujer más vieja de Carazao y sus alrededores, y que cuidado sino tenía ciento veinte.

Nunca se supo. Cuando alguien le preguntaba decía: “Eso no se pregunta a una mujer”.

Fue una mujer alta, de piel morena clara y pelo muy negro, de cara ovalada y labios finos. Desde joven padeció de artritis, lo que sumado a su edad la fueron reduciendo en su tamaño, obligándola a encorvarse. Como si la fuerza de gravedad fuese un castigo. Una situación que ni aún las botellas de *Agua de Lourdes* —el boom milagroso del momento— que el padre Elías lograba hacerle llegar pudieron aliviar.

Ella decía que sí, pero.

En sus últimos años de vida *Maquiva* gateaba como un niño, desplazándose por toda la casa, blandiendo un bastón con el cual amenazaba a sus nietos Marcelina y Herminio cada vez que estos intentaban reprender a sus bisnietos, hijos de Catalina: “A los huerfanitos no se les pega” —decía. Siempre fue la mamá grande de la familia, y continuaba siéndolo a pesar de que la genética se ensañara, año tras año, en imponerle besar el piso como un rey a sus súbditos ordena arrodillarse ante él. La naturaleza también suele ser arbitraria y dictatorial.

La gente de Santa Clara pasaba por el frente de la casa mirando hacia adentro. Les causaba asombro ver a *Maquiva*: la mujer de cien años o más. “Tan anciana que ha regresado a la niñez” —comentaban—, envueltos en la duda de si la vida no sería más que un círculo que termina en el mismo lugar de donde partió.

La tía Marcelina y el tío Herminio espantaban a los muchachos que se colocaban detrás de la cerca para tratar de ver a una anciana gateando como un bebé. No faltaba quien la viera con pensamientos cargados de una atmósfera de misterio, y hasta con lástima, al verla andar por el

piso como si de un animal se tratara; peor aún, una especie de engendro. En fin, era un suceso extraño, y lo extraño siempre genera temor.

En los días previos a su muerte fue llevada a la nueva casa construida por Herminio Manaure. Le colocaban el plato con arepa y revoltijo de huevo sobre su abdomen para que se alimentara, mientras yacía en su chinchorro colgado en las alcayatas de unas paredes que expedían un olor distinto al del barro húmedo que estaba acostumbrada en la casita de barro. Sin la cal que se vuelve polvo, ingresa por las fosas nasales como un talco sin perfume. Con demasiada luz a través de las ventanas para unas pupilas acostumbradas a un cuarto oscuro. Esta, de ahora, era una casa con textura y olores nuevos. Sin olor a tierra, a tiempo ancestral, primigenio.

Un día se acostó y no quiso comer más. Sabía que moriría en otra casa. “Lo sabía desde que salí de Carazao” – dijo. Hablar consigo misma era lo que podía, pues con tanto silencio acumulado no había palabras suficientes para dar fe de su dolor y el llanto ante la pérdida de sus seres queridos. Las pocas palabras que le quedaban se fueron convirtiendo en chasquidos. Exangües de aire en los pulmones, y de fuerza en el diafragma para salir con nitidez, regresaron a las formas onomatopéyicas de los homínidos. Y aunque lo hubiese intentado, tampoco tenía ya voluntad para planificar y ordenar otro final.

Dicen que la muerte es precisa en sus visitas, pero la suya parecía haberse olvidado y extraviado varias veces. Quizás la buscó en Carazao y se perdió entre cujíes y cardonales. Tal vez por ser Santa Clara tan nueva, tardó tiempo en encontrarla. A veces la muerte suele extraviarse, y llega más tarde o más temprano.

Tránsito pesado tienen sus calles.

Lucrecia Quiva supo que aquella no era la muerte fingida que vio por tantos años de creer que moría en cada una de sus recaídas. Aquella de procurar que las encomiendas y ruegos, las misas y velas, postergaran el desenlace. La de ahora que tomaba posesión de su cuerpo y de su mente, de su cuarto y de su familia, se presentaba sincera y original. Y si alguna vez se había prometido no tener que ver morir a sus hijos, la vida tanto como

la muerte, se encargaron de recordarle que las promesas tienen fechas de vencimiento.

Mirando al techo de Zinc de aquella habitación sencilla, de pocas cosas, donde la proximidad de la muerte resultaba ser lo más distintivo, se consiguió regresando al pasado. Su cuerpo, separado ya de todo lo que le rodeaba, de sus ropas, de su chinchorro. Más allá, la mesita donde una vela derramada y endurecida, como la lava de un volcán moribundo, apenas mantenía una pavesa cuya flama en forma de lanza parecía aguardar para extinguirse con ella. En una existencia intermedia, entre la vida que ya no es y la muerte que no termina por suceder, apenas sostenida a este mundo por sus recuerdos. De vuelta a su pueblo de Carazao siendo una niña inocente de lo que era y mucho más de lo podía llegar a ser. Y aun cuando no hay nada más democrático que la muerte, pues nos toca a todos, hay distintas muertes. Tal vez, la suya fue su liberación.

Pensó en los hombres que dejaron huella en su vida. Y como la impaciencia de la muerte no ofrece tiempo para más, resumió su vida en los años que vivió con Artidoro, y en los hijos que tuvo con él: “No sé por qué esa mujer no se vino con sus muchachos” —pensó en Olegaria— al recordar el inesperado fallecimiento de Catalina, con apenas 24 años. Idea que le vino acompañada de una lágrima, destilada por unos ojos con poca luz, tan escasa de humedad que no logró sortear más allá del primer surco en aquel rostro de piel reseca, tallado por quebraditas. La cianosis pintaba sus labios con el color azulado de la muerte, como dándole concesión para una última coquetería femenina.

Murió acurrucada en posición fetal el amanecer de un jueves 18 del mes de junio del año 1959, en una casa que se estrenaba como construcción, así como en la muerte. Una casa nueva para los olores, y nueva para los sonidos. Unas horas de un solo día bastaron para finalizar cien años. Porque por más que se tenga una idea de la muerte como una sumatoria de cosas, de vivir muriendo a cada paso, no hay duda de que, al sucederse, la sentimos como un *de repente*. Un poco lo que sucede con las películas de suspenso o de terror. Sabemos que algo está por suceder, pero gritamos cuando sucede. La

muerte es hedonista. Le gusta hacerse pública y comentada. Hacerse esperar como los artistas.

A Lucrecia Quiva le había costado vivir tanto como morir, y eso de alguna manera era un triunfo: alargar la angustia del preaviso a una muerte que se cree inequívoca.

Por el tiempo en que murió ya se habían instalado en la casa de bloque que el tío Herminio Manaure construyó —con algunas facilidades que le permitía su trabajo en una empresa de proyectos habitacionales—, muy cerca de la original casita de barro. Artidoro Manaure su esposo, hacía ya unos cinco años que había fallecido, también cercano o rebasando los cien años. La longevidad de *Maquiva* le brindó la tan inusual como triste oportunidad de ver morir a su esposo Artidoro, dos de sus hijas —Pilar y Olegaria— y una nieta, Catalina.

Demostró haber sido una mujer muy fuerte de carácter, estable en sus emociones y centrada en sus propósitos para cargar —y salir airosa— con tanta historia llena de calamidad, esfuerzo y muerte. Ese mismo carácter que la llevó a establecer el silencio como norma y forma de vida en su núcleo familiar, quizás como mecanismo de sobrevivencia en tiempos donde la palabra se hacía compromiso y ley.

¿Cuántas imágenes caben en la fototeca de unos ojos que vieron un siglo? Al morir ¡Cuánto de la naturaleza, y de las personas, se lleva la memoria! Quizás lo que más extrañamos no sea la persona sino las cosas que se lleva, y los vacíos que deja. En fin, que nadie muere para sí.

Es imposible vivir tanto tiempo sin que el dolor sume capas y capas como una cebolla, en el alma y en el cuerpo, y la muerte natural comience a ser resentida como cómplice del sufrimiento. Las letras de Cesar Vallejo en el poema *Los heraldos negros* quizás tengan algo que decir con estos versos: *Hay golpes en la vida, tan fuertes... yo no sé. Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos, la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma... yo no sé.*

Arturo escribió ese texto de un solo trazo. Le había impresionado el que una persona a determinada edad pudiera tener una regresión, al punto de que sus dificultades para cubrir las necesidades básicas fuesen idénticas a las de un niño recién nacido. Esas pa-

radojas de la vida le apasionaban. Quizás porque le ratificaban en una de sus principales tesis: la vida es un enigma.

Lo otro que lo sedujo en el caso de Lucrecia Quiva fue su vida cargada de silencios. Nadie en esa casa supo por qué Olegaria, su hija, no acompañó a sus hijos... por qué Artidoro no vivió con ella en La casita de barro... ni por qué algunos firmaban Manaure y otros Quiva, siendo, supuestamente, del mismo matrimonio. Tampoco, si en realidad hubo ese matrimonio o se trató, como decía Amada Quiva, de que el apellido Manaure había sido *robado*.

— ¿Por qué Amada diría eso? —se preguntó Arturo, y a punto estuvo de instigar a Misael Yajure para que le hablara sobre ese tema. No lo hizo.

En aquella ocasión fue una interrogante que flotó en la enramada como una pompa de jabón, y que se reventó con el alfiler de la mirada de la tía Marcelina. ¿Habría dejado en evidencia Amada Quiva aquella frase de Unamuno de que el silencio tal vez sea la peor mentira? El gesto furtivo, pero oportuno, de la tía Marcelina fue como un explosivo que disuadió la reunión, y pudo verse como desaparecían los signos de interrogación en el entrecejo de Amada Quiva y de quienes estaban presentes en esa oportunidad.

A pesar de la disuasión promovida por la tía Marcelina, las palabras de Amada Quiva quedaron establecidas, sobrevivieron al tiempo, y prueba de ello era que Arturo las recordaba. Ella tenía esa facultad de decir cosas cargadas, sino de verdad, de verosimilitud, y eso es un poder. Un poder que residía en su mirada. Cuando Amada Quiva hablaba convencida, sus ojos irradiaban fuerza de hipnotismo. La verdad de sus palabras estaba en la mirada.

Nunca más se volvió a hablar sobre ese tema. Y no contarle lo fortalecía.

Los pequeños sucumbían al silencio sin saberlo. Los más grandecitos no pasaban de intuirlo; los mayores debían callar. Los muertos de la familia no tenían relatores. Las referencias a ellos resultaban escuetas y puntuales. El silencio no solo es una forma de callar. Es así mismo, una manera muy antigua de preservar las lealtades y mantener lejos las interpretaciones sobre la me-

moria del clan. La muerte posee la cualidad de ser tan ordinaria como misteriosa. Quien muere no se lleva consigo toda su alforja, una parte de ella se queda en la vida de quienes deben cargar muchas veces con sus deudas y promesas no cumplidas. Con sus virtudes y miserias. La cancelación de sus cuentas y sus juicios morales se vuelve un deber. Un acto impositivo que la muerte establece.

¿Estaría Amada irrumpiendo contra ese ritual establecido?

Lucrecia Quiva se llevó consigo las respuestas, y dejó instalada la incertidumbre que, pese al silencio, o por el mismo, da paso a las interpretaciones. Gran parte de su legado fue una incógnita. Acuña y resguardada por las generaciones siguientes, con o sin conocimiento de causa.

“Hay verdades que no tienen posteridad, mueren en sí mismas” —escuchó la voz profunda del *Celacanto*.

La realidad era, para el caso, más sorprendente que la ficción. Tal vez haya sido la razón de Flaubert. En algunos casos, los detalles de una realidad son suficientes, y la ficción puede estar demás.

“Lucrecia Quiva tuvo el don de vivir mucho tiempo, y de tener que morir varias veces antes de su muerte” —escribió Arturo, casi como un epitafio.

25

Sortilegio de la palabra

—Ahora no sabría decir si el Ceretón vino a mí o yo fui a él. ¿Qué crees tú? —consultó al sujeto del espejo.

Luego de abrir la boca y verificar si había alguna novedad en sus dientes, *Cicerón* le lanzó una mirada perezosa:

— ¿Qué importa ya? —dijo, con cierta displicencia.

— Pero ¿recuerdas que hace un poco más de quince años, Argelia me había propuesto escribir sobre Santa Clara? ¿No te parece demasiada coincidencia?

— ¿Demasiada?

— Sí...

— ¿Por qué una coincidencia sería demasiada? Al decir *demasiada* intentas extraerla de su cualidad de ser coincidencia. . .

Arturo entendió que *Cicerón* lo llevaba hacia una disquisición retórica, y él no se consideraba con tiempo para eso.

— Okey. Lo que me interesa es atar cabos. . .

Cicerón hizo silencio.

“Necesito al *Ceretón*”, se dijo Arturo a sí propio, y pensando en ocultar su pensamiento a *Cicerón*. ¿Aunque, cómo sería eso posible? Se interrogó.

La idea de Argelia, aunada a los susurros de El *Ceretón*, comenzaron a ganar presencia e impaciencia, a incluirse en su itinerario, y a caminar con él. A veces, esperaba, ansiaba, que el *Ceretón* apareciera de nuevo, y le diera la oportunidad de entablar una conversación, menos furtiva que las anteriores. Por algunos días se fue a una pequeña plaza situada detrás del edificio donde queda el apartamento de su hermana, buscando un ambiente que pudiera ser de su agrado. Otras, se sentaba en la sala del apartamento, creyendo así invocarlo a través de esa cualidad de conjuro que tienen la soledad y el silencio. Sin embargo, no había logrado hacerlo aparecer.

Aun cuando percibía que El *Ceretón* no era del agrado de *Cicerón*, y *viceversa*, provocó una especie de sortilegio de la palabra. Un coloquio interior con la intención de que la palabra asumiera esa facultad de conjurar que le otorgan las creencias milenarias

del pensamiento mágico, y se asumiera *palabra cierta*. Más por desearlo que por creer.

— ¿Qué opinas del *Ceretón*? —preguntó a *Cicerón*.

— Que no es de fiar... es inestable, burlesco...

— ¿Por qué asociar *inestable* y *burlesco*? ¿Intentas un símil? Moliere fue bastante serio y severo con la sociedad de su tiempo... el humor es algo muy serio...

Ahora, parecía ser Arturo quien intentaba una disquisición filosófica.

— No establezco un símil —respondió *Cicerón*—, sólo enumero características que individualmente pueden ser positivas, pero juntas... quién sabe... ¿No?

— Vamos, no te agrada porque es *irracional*, o no compatible con tu concepto de *racionalidad*.

— No me agrada porque vive de la ingenuidad de las personas, de los miedos. Es un trapacero.

— ¡*Cicerón*! ¡Eres un ser despreciable! —se oyó la voz de *El Ceretón*.

Una irrealidad de otros siglos llegó con un viento frío —aunque no helado— que entró como una ráfaga, y una humedad de caverna ocupó todos los olores. Los marcos de los cuadros sonaron contra las paredes. La luz del baño parpadeó, y la temperatura del ambiente se volvió densa. En la sala, la claridad se ensombreció como si una nube pasajera ocultara el sol de forma momentánea. Luego, hubo un silencio profundo, de cuando no existía la palabra *silencio*. Y de la manera tan repentina como se dieron los cambios, el ambiente regresó a la normalidad de este mundo. Fue como si el *Ceretón* hubiera traído consigo parte de ese otro mundo al cual pertenecía.

Arturo logró ubicarlo subido sobre la mesa del comedor.

— ¡Ves lo que digo! ¿Y todavía piensas meterlo como un personaje de tu novela? —dijo *Cicerón*, y desapareció.

— ¡Sí! ¡Vete! ¡Cobarde! ¡Súbete a la litera! ¡En el camino cuídate de los hombres de Marco Antonio! ¡Jajaja! ¡Perderás la cabeza como la perdió *Cicerón*, el original!

Estaba sorprendido de la manera frenética como hablaba y movía sus manos el *Ceretón*. Se comportaba como un orador en la Rostra romana. Sin embargo, una vez que desapareció *Cicerón*

cambió tan de manera imprevista como había surgido. Como si alguien le hubiera bajado un interruptor.

— ¿Qué te pareció mi discurso? —dijo, con una sonrisa propia de quien se auto celebra.

— Típico de políticos populistas.

— Soy buen actor. Puedo trabajar en tu obra.

— No es teatro.

— Bueno, ser un personaje de tu novela.

— ¡Ni lo pienses!

— Podría ser el personaje antítesis de *Cicerón*.

— No.

— Piénsalo... No te conviene dejar afuera el lado mágico humano.

— Ahora que estás aquí, me gustaría...

— No te conviene... Algunas páginas de tu novela podrían extrañarse, de manera extraña.

— ¿Es una amenaza?

— Solo digo...

— ¿Qué quisiste decir con aquello de Argelia?

— Bueno, si no hay un papel para mí en tu novela, tampoco habrá para ti Argelia ¡Bah! Y que conste que me salió en verso... —se le escuchó como un eco, perdido en alguna parte del tiempo y el espacio.

El *Ceretón* desapareció, como siempre lo hacía tras esa expresión *Bah*. Por lo visto, una especie de conjuro para aparecer y desaparecer, abrir y cerrar la puerta entre ambos mundos. Arturo trató de anticiparse, pero no tuvo tiempo.

Dio media vuelta, y fue a sentarse en un mueble de la sala. Se desplomó en el sofá. Se rascaba y masajeaba la cabeza, intentando activar los vasos sanguíneos, tal como había visto hacer en uno de esos consejos prácticos para aliviar el dolor de cabeza. “Y ¿ahora qué?” —dijo, mientras ponía orden en sus ideas.

Le resultaba claro que el *Ceretón* no tenía intenciones de profundizar sobre el *tema Argelia*. ¿Por qué esforzarme en obtener cosas de algo que es sólo producto de la imaginación? Se dijo. Pero, de hecho, la amenaza del *Ceretón* le inquietaba, y la palabra *solo*, también. “¿Qué sentido tiene agregarla si estás con-

vencido de que es *producto de la imaginación?*”. Regresó casi como un contraataque la voz del *Celacanto*.

Se imaginó al pez *Celacanto* en el fondo frío de los océanos, con su piel gris oscuro y sus aletas lobuladas. Pensó en el símil que había establecido para esos pensamientos que le llegaban por destellos, y que le recordaban una frase del poeta Carlos Ildemar Pérez: “Un algo que no quiere acabar de decir”. Era la descripción más firme para tanta inconsistencia. Era la poesía al rescate.

Intentó comunicarse con Lubio. No pudo.

Arturo se ocupó de rastrear aquel silencio y la soledad que dejaron las voces. Observó cada rincón, cada cuadro, cada mueble y cada objeto, como si el silencio y la soledad estuviesen repartidos entre ellos.

26

Fly me to the Moon

La llegada del televisor marca Philips en esa casa fue todo un acontecimiento. La gente de las otras casas vecinas salió a mirar cuando lo bajaban de una Panel Ford de color marrón, que hacía el transporte de la mueblería Nohra, cuyo dueño era un libanés llamado Elías Nohra. Estaba situada entre la calle Progreso y Miranda, cerca de la Plaza Bolívar. Tenían una cuña en la radio: *Señora, si su marido la adora, le comprará muebles Nohra.*

Los Manaure pasaron a ser, junto a los González, de las pocas familias que en Santa Clara gozaban de un televisor. Tenía patas y la pantalla estaba encofrada en un mueble de madera que la tía Marcelina cubría con un trapo blanco hasta la hora de encenderse, y, en especial, por las noches como prevención a que lloviera: “los espejos atraen los rayos”, decía.

El televisor fue instalado en un rincón de la sala, diagonal a la cabecera de la hamaca donde dormía Guillermito. Parte del tiempo antes de dormirse, Guillermito lo pasaba mirando el blanco del trapo. En no pocas ocasiones Porky le cerraba los párpados con “Eso es to... eso es to... eso es todo amigos”.

A los pocos días Ricardo le puso un plástico color fucsia para matizar la imagen en blanco y negro. Muchos llegaban a pedir permiso para entrar a esa casa a ver *El derecho de nacer*. Pero el suceso televisado que reunió más gente fue la llegada del hombre a la Luna.

— ¡Esa es una afrenta a Dios!

— ¡Carajo! ¡Eso es mentira! ¡Va a estar usted creyendo que unos tipos van a pisar la luna! ¡Todo eso es purita escenografía!

— ¡Dígame si los están esperando los marcianos!

— ¡*Maima*, los marcianos son del planeta Marte, no viven en la Luna! —dijo Ricardo.

— ¡Lo que soy yo me acuesto tempranito! ¡Si se va a acabar el mundo que me agarre dormida!

Al amanecer de ese domingo de la llegada del hombre a la Luna se notaba en los vecinos de Santa Clara ese tipo de intranquil-

dad que reúne incertidumbre, temor y misterio con deseo por saber qué pasará. En la calle había más gente que de costumbre, y en el caminar se notaba una aceleración que hacía esfuerzos por no ser vista. De miedo simulando discreción.

La bodega de Vicente Crespo se hallaba congestionada de gente que compraba alimentos, previendo que algo ocurriera con eso de la llegada del hombre a la Luna. Y velas, porque no hay crisis que se pronostique donde no sean necesarias. La luz eléctrica parece ser el invento más inestable de la humanidad.

— ¡Yo voy a recoger mis gallinas y el marrano para resguardarlo dentro de la casa! ¡No vaya a ser que mientras esos astronautas pisan la Luna, algunos quieran pisar el patio de mi casa —exclamó Ramón Chirinos!

El pan, el maíz y las velas se agotaron a tempranas horas. Se contaba de lugares en algunos países donde la población había hecho cuevas con muchos laberintos subterráneos para protegerse en caso de una invasión extraterrestre. Algunos de esos túneles, según, llegaban a conectar países y continentes. Se decía que el mismo Richard Nixon, presidente de Estados Unidos, mantenía un estado de alerta con misiles preparados para una guerra contra los marcianos. Que la *Loca Petra* había recibido una iluminación de seres de otros mundos y ya no estaba tan loca.

— ¡Observen a las gallinas! ¡Si cloquean en la noche es porque algo malo va a pasar! ¡Ellas saben! —gritaba Justina Rojas, una criadora de gallinas ponedoras que vivía en la calle Olivia, que salía con una cesta a vender huevos personalmente porque Vicente Crespo quería comprárselos a *puya* para venderlos a *locha*, y ella no iba a ser tan pendeja para dejar que se enriqueciera a costa de sus gallinas.

En la noche había como treinta personas en la sala de la casa de los Manaure. La mayoría sentadas en el piso. Algunos —los más incrédulos— se apostaron en la ventana para ver lo que pasaba a través de la tela metálica. Radio Caracas Televisión transmitía en la voz de Renny Ottolina, quien era de los pocos bilingües en dicha empresa y traducía al español: “Aquí Águila a Houston... Houston a Águila”. También estaban Oscar Martínez, Edgardo de Castro y Oscar Yáñez. A Guillermito le

pareció bastante aburrida la espera, pero mantuvo la atención hasta ver que aparecieran los marcianos. Por momentos se quedaba dormido. La transmisión se hizo tarde para la costumbre de ese pueblo. Los tíos no les ordenaron ir a dormir por tratarse de algo demasiado importante, además, el año escolar había terminado, y solo se realizaban exámenes en algunos liceos, a los cuales se les dejó la potestad de hacerlos o no para el siguiente día de la llegada del hombre a la Luna, a la espera de lo que pasara allá arriba.

Cuando la gente aplaudió al confirmarse la pisada de Armstrong, Guillermito esperó algunos minutos; al darse cuenta de que colocaron la bandera, dieron saltitos por la superficie, se sacaron fotos y no pasó nada, se sintió desilusionado. Esperaba mucho más. La expectativa creada resultó sobrada ante lo acontecido, y Guillermito recordó la frase de la tía Marcelina *mucho camisón pa' Petra*. Pensó decirla, pero no se sintió seguro de si cabía para explicar lo que sentía en el momento. Tenía una idea de lo que quería decir la tía Marcelina cuando refería cosas de Santa Clara, pero...

Hubiera querido que aparecieran los marcianos y que aquellos héroes astronautas demostraran a los monstruos extraterrestres nuestro poderío humano. A pesar de tener ya para esa fecha unos once años, mantenía intacta esa pasión por la épica narrativa de los dibujos animados y las series de superhéroes. “¿Cómo podían invadirnos, teniendo de nuestro lado a Superman, Batman, El Capitán América y el Zorro?” –pensaba.

Salió de la sala mientras los adultos se enfrascaban en comentarios y teorías de conspiración sobre la transmisión. Algunos mantenían aún desconfianza sobre la veracidad del viaje del *Apolo 11*. Había quienes afirmaban saber *por fuentes fidedignas* que todo aquello se había realizado en un desierto de Estados Unidos, que tan era así que los rusos no permitieron que se transmitiera al pueblo tamaña mentira.

Arturo los escuchaba, pero como la imaginación de un niño resulta más convincente que la de los adultos, no les dio crédito. Ya en el patio, miró la Luna, con la esperanza de poder ver algo de lo que sucedía allá arriba. Quizás, escuchar ‘Fly me to the

Moon', en la voz de Frank Sinatra, y caminar con Buzz Aldrin y Neil Armstrong.

Beta, Simón del Moral y Emilson se acercaron a mirar también:

— ¿Guillermito? ¿Por qué dicen que es de queso?

— No sé Beta ¡A mí se me parece a una arepa! ¿Qué crees tú Simón?

— ¡No sé Guillermito! ¡Los astronautas me dieron sueño! ¡Pregúntale a Emilson!

— ¡Yo no escucho a las gallinas cloqueando! —contestó Emilson sin que le preguntaran.

Esa noche la gente durmió con las luces encendidas. En sus pensamientos predominaba la certeza de que algo podía ocurrir y la incertidumbre sobre qué podía ser ese *algo*. “No se puede invadir los terrenos de Dios sin consecuencias” —exclamó Argelia, sugestionada por las palabras del padre Elías Arturo Blasio, quien mantenía, como muchos representantes de la Iglesia, que “el hombre estaba tentando el poder del creador”.

Guillermito, por su parte, se imaginó que, con tantas luces encendidas *El Sobador* no se atrevería a salir, ni Altagracia Romero a barrer. Incluso, *El monstruo del balancín* se abstendría de aterrorizar su sueño.

Excepto ese día, el encendido del televisor estaba restringido a un horario: de 12:00m a 2:00pm para ver Super Ratón y las ‘Fantasías animadas de ayer y hoy’ de Merrie Melodies y el “Show de Renny”; luego, de 6:00 a 9:00pm para ver El Zorro, la lucha libre, el Observador Creole y las telenovelas *El derecho de nacer* y *La señorita Elena*. Nunca se encendía en horas de la mañana, y el único autorizado para hacerlo, después de la tía Marcelina, era Ricardo.

El televisor era un aparato todavía extraño. Un visitante extranjero. Con vida y cultura propia, al cual adultos y niños miraban y escuchaban casi con la misma atención, credibilidad e indulgencia como al cura de la iglesia en la misa. Desde que llegó su presencia colonizó ese espacio. La sala pasó a ser propiedad del televisor, y los muebles fueron reubicados como espectadores silentes, esclavizados, de frente a la pantalla, sin posibilidad de ser removidos ni aun cuando se barría y lampaceaba. Nada era más importante que el televisor, ni siquiera la nevera que llegó

unos meses después. El Radio Graetz había perdido audiencia y protagonismo. Solo la *lotería de los animalitos* a las 6:00pm mantenía algún poder de convocatoria.

Una de las cosas que molestaba a Guillermito tenía que ver con el hecho de que ya no se podía jugar allí. Al entrar a la sala se debía desacelerar el paso, mirar el televisor, y hasta rendirle determinada pleitesía. La tía Marcelina había prohibido que se atravesara la sala corriendo, previendo que se le golpeará, y los muchachos acabaron por concederle el respeto al *desconocidoreciénllegado*.

Con el tiempo, Guillermito y Beta descubrirían en el televisor, *La señorita Elena* y *El Derecho de Nacer*, nuevos cómplices para robar leche con azúcar de la alacena.

La inesperada carta de Alberto

“Mi buen amigo Arturo:

Siento decirte que todo confabula para que nuestro común amigo Rolin sea una cifra más de aquellos que han muerto intentando cruzar el Tapón del Darién, la selva más peligrosa del mundo, según se ha establecido.

Yo estoy en Bogotá. Isabel, en su desesperación logró ponerse en contacto con un tipo cuyo hermano iba en un grupo de migrantes que salió de Colombia hacia Panamá, hace ya un mes, a través de esa inexorable selva, para luego llegar a Estados Unidos. Y da la bendita casualidad que ese tipo resultó ser primo del amigo con quien comparto residencia. Así me enteré y enseguida me conecté con Isabel ¡Para algo deben servir las redes! ¿No?

Tú sabes que Isabel siempre estuvo enamorada de Rolin, y él y yo enamorados de Isabel.

El suyo, más que una travesía migratoria con la finalidad de encontrarse en Panamá con su hijo mayor Tulio, fue una locura. Bien habría podido aceptar el ofrecimiento que le hiciera su hijo de sacar el pasaporte, incluso una visa, por si decidía irse a USA, al precio que fuese con tal de no tener que pasar las vicisitudes de cruzar ese espacio inhóspito por la naturaleza y por la delincuencia más encarnizada. No lo aceptó porque Rolin ya no era el Rolin de otros años. Se había vuelto intratable, irascible y obtuso. Hasta el punto de que ella tuvo que dejarlo.

Tú y yo no lo sabíamos, pero por las fechas cuando logramos hablar con él, ya él vivía solo. Con sus padres muertos, su hijo mayor emigrado, sin trabajo y separado entonces, había entrado en crisis. Por eso hacía esas locuras como la de perseguir a Floro López. Sucumbió al vértigo del precipicio desde el cual miraba al país.

Siento un pesar tan grande que debo compartirla para no morir ahogado en ella. Tal vez tú y yo hayamos tenido responsabilidad en ello. Quizás debimos, de alguna manera, sobreponernos a las distancias impuestas por la crisis económica, del COVID y de

la rabia, para vernos y conversar, y reírnos, y recordar unos días que no serían felices, pero si más amables, menos feroces que los que corren por estos días.

¿Sabes que cerca de veintidós personas han sido oficialmente declaradas muertas cruzando el Darién, solo en el mes que corre? Noventa en el año, sin contar aquellos restos que se han hallado en total estado de descomposición, imposibles de ser llevados a las fosas comunes que se han cavado en el poblado de Turbo para esos casos.

Africanos de Senegal, el Congo, Burkina Fasso, Sierra Leona; asiáticos de Bangladés, India; haitianos y venezolanos forman lo que algunos periodistas catalogan de ‘Torre de Babel del Darien’. Un territorio donde el infierno ha instalado una sucursal y la muerte su negocio de urnas. Pantanos, mosquitos, serpientes y criminales en asociación para la fatalidad. Cuatro días para divisar un poblado indígena, siete o diez para cruzar hacia Panamá. Hombres, mujeres y niños huyendo de países pobres y de malos gobiernos, que, como dice el humorista Emilio Lovera, ‘se parecen igualito’.

No saber es más angustiante que saber. Quiero enterarme de mi dolor, darle cara, y no dejar que la muerte se lo lleve todo, apreciado amigo. Por ello, si logras hablar con Isabel o tener información, quien tengo entendido se fue con su hija a la casa de su madre, te agradezco hacérmela llegar.

Un fuerte abrazo en la distancia.

Alberto”.

15 de octubre de 2020

La mirada de Marcelina Manaure

Parada frente a la urna de su hermano, la tía Marcelina recordaba aquel aguacero que los agarró durante su viaje de Carazao a Cabimas. Los gritos del marrano, las gallinas mojadas, y ellos resguardándose bajo los cujíes.

“¡Ah mundo, mi hermanito!” —dijo en voz baja y quebrada.

Era la mayor de los cuatro hermanos, y aun siendo hija de Olegaria con otro hombre, mantenía el control de la casa. Sobrellevaba el carácter explosivo de Herminio, así como las distintas situaciones en las que solían meterse sus familiares, tanto en problemas de amoríos, como en los referidos a la vida en comunidad. Pero, con mayor responsabilidad, en la alimentación y educación de todos esos muchachos que, a la postre, ninguno era hijo de ella. Desde la puerta, Nubia y Beta la observaban, pendientes de cualquier situación que llegara a presentarse con ella. Dos lágrimas bajaron por el rostro de Beta como acompañando las que rodaban por ese camino sinuoso del rostro de la tía Marcelina.

Una y otra vez pasaba la mano izquierda por encima de la urna, como si lo hiciera por el cuerpo del cadáver del tío Herminio, acostado, con los brazos cruzados sobre su abdomen, vestido con un pantalón negro de lino, una camisa blanca y un flux color marrón. Recordó que nunca lo había visto trajeado con flux. “¿Quién le prestaría ese flux?” —se preguntó. Sonrió, pues imaginó que su hermano podía no estar cómodo con él. “Te queda bien” —murmuró.

Quienes estaban presentes cuando llegó se levantaron y fueron solícitos a darle el pésame. Marcelina Manaure tenía más de cinco años que no iba a Santa Clara. La última vez que se había visto con su hermano fue en Maracaibo cuando Arturo lo llevó de visita. Ella no supo el motivo por el cual se fue tan de repente; cuando ella llegó de misa, ya no estaba. Nadie supo darle razones. Y estuvo días esperando a Arturo para preguntarle si su hermano le había contado algo.

Ahora lo recordaba.

— ¿Por qué te fuiste tan rápido? —le preguntó.

Nubia y Beta, escucharon la pregunta, pero se imaginaron que se refería a la muerte.

— ¿Estás bien tía Marcelina? —le preguntó Nubia, acercándose a ella.

— Sí, estoy bien —dijo.

La tomaron por el brazo para llevarla a sentarse. De pronto la tía Marcelina se detuvo en la puerta de entrada, y se quedó observando el terreno. Señalaba, sin pronunciar palabras, algunos lugares.

Desde donde se encontraba, Arturo vio a las tres mujeres, atento a lo que pudiese estar pasando en aquella escena. Se imaginó que la tía Marcelina estuviese evocando el lugar donde había sembrado el jardín con las matas traídas desde las casas de las gringas donde trabajaba planchando. Verla en el umbral de la puerta le trajo el recuerdo del saludo con abrazos y besos a Nubia aquella noche de 1963, y a él con su maletica color vino.

Y como si las cortinas de un teatro se descorrieran, se le vino el recuerdo de la pelea que la tía Marcelina sostuvo con la mujer del Censo.

— ¡Buenos días, señora! Estamos haciendo el Censo —dijo una mujer un tanto rellenita, de cara redonda y bajita, que llevaba colgada una cartera de semi cuero, marrón oscuro, cuyas asas parecían ser muy largas, y daba la impresión de no corresponder con su estatura. Les llegaban casi a las rodillas. Parecía que en cualquier momento podría enredarse con ellas y caerse. En la mano izquierda portaba una agenda y en la derecha un bolígrafo con el que se rascaba la cabeza, introduciéndolo entre su cabellera negra, densa y encrespada.

Serían las nueve, o las diez, quizás las once de la mañana. Los muchachos, que jugaban *Libertad*, corrieron para averiguar sobre la visita, tal como hacían siempre que llegaban personas extrañas. Se escondieron asomados en una de las esquinas. De mayor a menor: Guillermito y Beta. En la otra: Argelia, Lubio y Endora.

— Le agradezco decirme, con nombre y apellido, todos y cada uno de quienes viven en esta casa —dijo la mujer, sacando un for-

mulario de la cartera y silabeando las palabras como una madre a un niño que aprende a hablar.

La tía Marcelina comenzó: “Marcelina Manaure, Amada Quiva, Endora Solís, Guillermito Cordido, Lubio Escorcía, Argelia Luna...”

La mujer, detuvo en seco su escritura, y con gestos que denotaba contrariedad, exclamó:

— ¡Señora! ¿Esta es una casa de familia o un hotel?

La entrevista se convirtió en una discusión donde tía Marcelina llegó a llamar *entrépita* a la funcionaria del Censo. La mujer, un tanto desencajada por la reacción de tía Marcelina, decidió continuar con afectada calma. Pidió y anotó unos datos más. Luego, comenzó a buscar en su cartera algo que no encontraba. Los muchachos estaban expectantes por saber cuál sería el desenlace de esa búsqueda un tanto atropellada. Marcelina Manaure la observaba con cara de “cuándo terminará de irse esta *entrépita*”.

Por fin la mujer desplegó una especie de cinta. La observó por unos segundos cual si hubiese hallado la fórmula para desaparecer de allí. Fue decidida hasta la puerta, y con rabia estampó una pequeña calcomanía. Y se marchó, sin despedirse, con su cartera que casi rozaba el piso, volteando de vez en cuando, como desesperada por alejarse de allí.

Los muchachos, una vez que la vieron alejarse, corrieron a ver de qué se trataba. Leyeron: “CENSADA”. Los más pequeños no entendían qué podía significar aquello.

— ¿Qué crees que sea Guillermito? —preguntó Beta.

— Parece una marca —dijo Guillermito.

— ¿Una marca de qué?

— No sé... tal vez de rabia...

En esa casa de Santa Clara el número de personas que la habitaban podía extenderse en algunas oportunidades hasta 11.

“La herencia que me dejaron los hijos: once bocas con sus dientes completos”, dijo el viejo Melesio a Santos Luzardo. Recordó Arturo un pasaje de Doña bárbara que nunca se imaginó pudiera recordar tan nítidamente.

Por alguna razón los hijos de los hermanos, y de las primas de Marcelina y Herminio terminaban en esa casa. No podía

decirse que se debiera al hecho de que allí había una situación económica holgada. ¿Entonces por qué? La única respuesta posible no podía ser otra que aquella frase de Marcelina Manaure *donde come uno comen dos*. Una frase que funcionaba como la varilla o el hilo de un péndulo para evitar que la fuerza de gravedad de la realidad pudiera arrastrar a su familia hacia abajo, y la mantuviera en movimiento con la esperanza del “Dios proveerá”. A veces las visitas eran inesperadas, pero por lo general, la tía Marcelina llevaba un cronograma: “El lunes viene Eusebia, y el miércoles Pilar. Por eso le dije a Cristel que se dejara venir el viernes”, se le escuchaba decir en el fogón. Con sentido de responsividad, ella aplicaba la *teoría del queso suizo*, cuando aún no tenía ese nombre, para que las necesidades no se alinearan todas en un mismo día.

Existía un acuerdo sobre entendido de no hacer comentarios sobre el porqué de la procedencia de quienes llegaban. Mucho menos, sobre quienes eran sus padres ni la situación en la cual vivían antes. Ese venía a ser uno de los silencios establecidos por *Maquiva*.

De esas pocas ocasiones que Guillermito oyó decir algo fue a la tía Marcelina: “A Argelia la trajo su mamá en una cajita de zapatos, con una diarrea que casi se muere”. Su inocencia para entonces asoció aquel comentario con el niño Jesús, y se imaginó a Toribio, el comprador de alambre de cobre, vestido de rey mago montado sobre el burrito *Baltazar* que arreaba su carreta.

Es la segunda vez que nombras a Santos Luzardo. ¿Y qué? Los Manaure fueron típicos galleguianos. ¿Positivistas? Por supuesto ¿Y quién no lo era en esa Venezuela de entonces? ¡Coño! Hasta los comunistas eran positivistas. Tienes razón. La izquierda se metió en las universidades buscando conciencia revolucionaria, y lo que encontró fue conciencia positivista. Sí, la educación y no la revolución como opción a salir de la pobreza. Libros sí, balas no. ¡Y vaya que funcionó! ¿No crees?

— ¿A qué suceso se refería *Charo* cuando dijo “*Siempre te recuerdo por ese día*”? —se preguntó Arturo, al toparse con su mirada.

El silencio del 73, y una sensación de país

— Resulta que mi padre Faustino Piñero trabajó en las petroleras como electricista, y su jefe —que era un gringo— le ordenaba *¡Rolling Mac and Dale!* para que moviera la caja de herramientas. Los trabajadores lo llamaban *Caporal Rolin*. Mi futuro padre se hizo amigo del gringo, y cuando nació su primer hijo —yo— no solo hizo al gringo mi padrino, sino que me registró con el nombre de *Rolin*.

Arturo y Alberto se reían de aquella anécdota como la primera vez que la escucharon. El relato de Rolin se hizo inevitable. Había dejado de ser una anécdota para convertirse en organismo. Rolin era la anécdota, y la anécdota, Rolin. Cada palabra del relato lo asociaba a su cuerpo, a su forma de caminar, a su manera de pensar. De alguna manera la realidad externa había determinado su personalidad, y él se sentía tan identificado y a gusto, que echar el cuento era siempre una primera vez. La historia lo fundaba, y hasta le otorgaba un aire patrimonial.

— El petróleo está en mi ADN —exclamaba, como reclamando su pequeño aparte dentro de la historia contemporánea de Venezuela.

El padre de Rolin fue uno de aquellos larenses que llegaron para los trabajos de construir muros de tierra y piedra para contener que el petróleo del *Barroso* llegara al Lago. Conoció a la señora Antonieta Salazar, quien venía de El Tigre, en ese proceso inmigratorio de la explotación petrolera. Rolin tenía dos hermanos: el mayor Carlos, fuera del país bastante antes de la crisis y su hermana, Amalia, que no había emigrado por atender a su madre. Su padre había muerto cuando él todavía estudiaba comunicación social, en la mención audiovisual, y su mamá se había regresado a Anzoátegui.

— Antonieta ¿te vas a vivir en El Tigre? —le preguntó una vecina.

— No. Me voy a morir en El Tigre —le respondió.

Flaco, alto y blanco, Rolin contrastaba con Alberto físicamente. También en lo ideológico. “¿Qué nos unía se preguntó?” Se preguntó Arturo, y lo único que encontró como respuesta fue

la palabra. El haber sido capaces de decir las palabras que los acercaban, y evitar aquellas que los distanciaban. Habían establecido su lugar de encuentro en las metáforas, en los símiles, en la poesía, y en las paradojas.

— Si nosotros hacemos hoy lo que llegamos a hacer contra los gobiernos de AD y COPEI, estuviésemos muertos” —dijo Alberto—, al recordar el día cuando fue expulsado de su partido, por negarse a apoyar a Hugo Chávez.

Alberto era un comunista extraño. Tenía mucho de la ritualidad izquierdista ortodoxa, como vestir pantalón jean y camisa de kaki, andar con uno o dos libros debajo del brazo, pero también gustaba de lo que él calificaba *música alienante* en inglés, y de los boleros machistas mexicanos.

A excepción de su pelo lacio babeado, que nunca se mostraba despeinado, y su piel morena, Alberto le recordaba a Lubio: menudo, con pantalones de esos a los que siempre hay que agarrarles mucho ruedo, y de paso rápido.

“Todas las personas bajitas caminan rápido” — pensó.

Alberto cuidaba de que nadie, aparte de Rolin y Arturo, se enterara de esos gustos que rompían con la ortodoxia de su formación materialista histórica y dialéctica. Una cosa era Alberto en su oficio de militante comunista, y otra cuando se reunían entre ellos para hablar y echarse palos.

— ¡No hay cosa más anticomunista que una buena rasca! —le decía Rolin a Alberto.

— ¡Y una vagina! —contestaba Alberto, ya entregado a los efectos del alcohol, la bohemia y a los *placeres pequeñoburgueses* como él los llamaba.

— ¡Qué viva el imperialismo Yanki! —gritaba Rolin, haciéndole una broma.

— ¡No! ¡No! ¡Hasta allá no llego yo! —respondía Alberto, como si la expresión de Rolin llegase al límite de ser una blasfemia.

Entonces, comenzaba a cantar ¡Oh, Bella Ciao, Ciao, Ciao! Y asumía la postura firme y militar de un partisano italiano. Arturo y Rolin lo observaban, y se imaginaban que, en ese momento, la ideología peleaba con el licor por recuperar el espacio perdido en el sistema límbico de Alberto. Gritaban:

— ¡Vamos Martha Hamecker! ¡No te dejes! —arengaba Rolin.

— ¡Pago dos rondas si gana la *Catira Regional*! —gritaba Arturo.
— ¡Si es así, que gane la *Catira Regional*! —respondía Alberto.
Y los tres reían a carcajadas, en un país donde la risa había pasado a la clandestinidad.

Arturo recordó la última conversación que había sostenido con Rolin: “La frase *este es otro país* me suena a epitafio”. Le contó que de tanto escucharla ya podía olerla cuando se acercaba, anticiparla por las palabras previas y los gestos del emisor. Que había desarrollado a tal grado esa lectura perceptiva, que hacía ejercicios de entrenamiento. Al escuchar en la radio o en la televisión uno de esos personajes de la política, tanto del régimen como de la oposición, se quedaba en silencio, y en un momento determinado chasqueaba los dedos para indicar el momento cuando vendrían frases como: ‘*Este es otro país*’ ‘*Eso es lo que hay*’ ‘¿*Qué te puedo decir?*’ ‘¿*Cómo hacemos?*’. Al parecer había descubierto la antesala gestual y el tono que precede a las frases de resignación, el preludio de la aceptación del vencido, y el cansancio de la voluntad.

Lo hacía durante conversaciones con las personas que a diario se encontraba en las entrevistas o en algún sitio, un café, un autobús. En estas ocasiones metía sus dedos en el bolsillo del pantalón para no ser visto al chasquear los dedos.

“Este ya no es un país sino una sensación. La sensación de estar en un país”, le había dicho la última vez que se vieron. Una frase que ahora le llegaba en forma de réquiem.

Era como si Rolin hubiese hallado la manera de mirar la realidad del país desde una dimensión donde no podía ser tocado por ella, y, por tener esa ventaja, le encontraba los entresijos. Era capaz de ver cosas donde no las había. Como el lector de una novela que tiene el todo a su disposición, Rolin podía observar a las personas no como productos del azar, sino como historias particulares de un deslave que los arrastraba. Decía que estábamos siendo sometidos por una estrategia de manipulación mediática, y traía el ejemplo de la rana que se acostumbra a la subida gradual de la temperatura sin oponer resistencia, hasta que muere sancochada. “Ya vienes tú con Noam Chomsky” —le decía Alberto. Y se trababan en una discusión que, por lo general, terminaba en ese humor punzante carac-

terístico en las reuniones de los comunicadores sociales. Más apropiadamente de los periodistas.

— Bueno, en China, la rana sancochada acabaría en Chop Suey, y en Estados Unidos en un hot dog.

— Y en Venezuela, Chávez diría que fue sancochada por amor...

— Más que amor, frenesí...

— ¡Pobre rana! ¡Hasta cuándo la sancochan!

— ¡Hasta Dios parece participar del sancocho!

— Parodiando el cuento de Monterroso “Cuando Dios despertó, la rana todavía estaba allí”.

Parado frente al espejo, Arturo se sintió observado por el recuerdo. Mirando a ese hombre de contextura no muy fuerte, tampoco débil; no alto, tampoco bajo; moreno, pero no tan quemado. En fin, una mezcla proporcionada. Un poco como esos cafés de las máquinas donde se pueden controlar la cantidad de café, la de leche, el chocolate, la vainilla... el azúcar, y hasta la cafeína.

Detalló su cara ovalada, nariz fina, ojos marrones claros y su cabello canoso, profuso y lacio. “Arturo Cordido, se dijo, presentándose a sí mismo: tipología clásica latinoamericana, hacia los lados del Caribe, donde se llevó a cabo la transmisión genética más prolija, a partir de los viajes de conquista, colonización, comercio y piratería.

¿Y a quién coño le interesa? —se interrogó con displicencia, como agotado de sí.

Se pensó en todos los años transcurridos siendo una obiedad. Una alienación del trabajo y la rutina, a quien las personas se acostumbraron a verlo como la actividad que desempeñaba, la ropa que vestía y las palabras que decía. El Arturo de los conceptos que lo fueron sustituyendo para terminar en eso frente al espejo.

Crees que estás escapando y tropiezas contigo mismo. El rodeo más largo es el camino más corto a casa.

Ahora se pensaba siendo todo lo que no fue. Nunca llegó a ser capitán de un barco, cantante o carpintero como soñó en su niñez; tampoco jugador de beisbol. ¿Dónde estuvo tanto tiempo aquel anterior a la rutina, al trabajo y a los conceptos? Se interrogó. “Está irreconocible” suele decir la gente cuando dejamos de ser la obiedad. Y nosotros mismos, de tanto practicarlo, llega-

mos a sentirnos mal cuando por alguna razón no nos repetimos y le negamos a los demás una reproducción nuestra de todos los días. Convertimos nuestra vida en una bien acomodada resma de copias litográficas, distribuidas entre familiares y amigos.

“Siempre quise lo mejor para ustedes” solemos decir los padres a nuestros hijos... pero ¿cómo estar seguros de que lo mejor que nosotros deseamos, es lo mejor para ellos? ¿Hasta dónde podemos asegurar que conocemos a nuestros hijos, y ellos a nosotros? No. Siempre habrá un secreto. Una litografía de nuestra personalidad a la cual falte un color.

Frente al recuerdo, la objeción a sí propio lo llevó a recordar el texto de un obituario que se había escrito unos dos o tres años atrás cuando la cuarentena arreció y volvió mundo los doscientos metros cuadrados de su casa. Era un texto lleno de frases un tanto nimias y frívolas, sin epifanía poética: *“Aquí yace un hombre que detestó hasta el aborrecimiento a los regímenes militares o militaristas. Que aceptó sin escamoteos que las mujeres fueran su debilidad más fuerte y fortalecedora. Que la mejor bebida es el whisky, y el mejor olor el del ajo frito. Que, hablando de mujeres hermosas, no hay como una rosa. Que unas tres o cuatro canciones, acaso cinco, lo llevaron a saber de él. Que todo se lo debe a la literatura, donde siempre alguien se le anticipó. Que siempre llegó después porque su presente se entregaba al pasado, se iba a beber o de putas con historias tristes”*.

Recordar aquel obituario con puntos y comas, y las inflexiones de voz de la primera vez, le recordó a su vez que podía ser un síntoma de estar angustiado. Y la idea de angustia se le hizo angustia.

Luego de leer el obituario, tomó el jabón de tocador y se lavó la cara como queriendo lavar, también, el rostro de Nietzsche que se le mostraba por momentos. ¿Por qué relacionaba a Nietzsche con la angustia? Y más todavía ¿por qué siempre relacionaba a Nietzsche con el personaje de *Jack Torrance* interpretado por Jack Nicholson en la película *El Resplandor*? “Creo que tengo una imagen bastante simplista y esquemática de Nietzsche”, pensó. Y no recordó haber leído ninguna de sus obras.

—“*La muerte de Dios*”—intervino Cicerón.

— Bueno, sí... la única. Casi todas mis referencias a Nietzsche han salido de ensayos sobre él.

¿Cómo se puede intentar escribir una novela sin haber leído bien a Nietzsche? Es como no leer a Flaubert y a Dostoievski —se increpó.

Y el espejo, la angustia, Nietzsche, Flaubert y Dostoievski lo condujeron a Rolin en la selva del Darien. Abrumado de tanto abandono. Pensando en sus hijos y en Isabel. Quizás pensando en ellos, como ellos lo hacían con él. Era un recuerdo en *La Menor*, como *Recuerdos de la Alhambra* de Francisco Tárrega. Un trémolo en el corazón. Un río de sentimientos:

“Ya que no puedo ofrecer a usted ofrenda de más valía en el día de su santo, acepte esta mi pobre nota poética”, recitó de memoria la dedicatoria que hiciera Tárrega a su “eximia discípula” Sra. Conchita G. Jacoby.

Y la escuchó una y otra vez, y otra, y otra.

Desde la carta de Alberto, el proceso de retomar el texto le llevó unos dos meses, y quizás la misma Beta Quiva, sin saberlo, tuvo mucho que ver en ello cuando lo llamó para informarle sobre algunas fotos y los nombres de algunas maestras que podían interesarle para su trabajo.

Fue una llamada inesperada, como uno de esos *de repente* de los que hablaba Chejov, y que llenaron sus obras de esa filosofía de los improvisos en la trama de nuestras vidas. Teatro de la vida donde no alcanza el clásico *planteamiento, nudo y desenlace*. Porque, a veces, el desenlace es el nudo.

Beta le dijo: “Sé que tú eres agradecido”.

Y esa frase le llegó a Arturo como una carta compromiso y quedó girando en su cabeza como ese círculo que usa *Windows* para anunciar que la información buscada está en proceso. Colgada en su pensamiento, la frase le sugirió que, tal vez Beta sea una de esas pocas personas que estarían esperando su novela. Por esa razón, no le comentó acerca de su estado anímico y de que había paralizado un tanto su investigación, y la escritura.

Pocos días más tarde recibió un mensaje de Lubio. Era como si la vida fuera del texto se hubiera propuesto intervenir, moti-

vándolo con pequeños gestos. Era el presente haciendo insinuaciones al pasado.

— ¿Qué hubo Arturo? —recibió un Messenger de Lubio.

— ¡Hola, Lubio! He intentado comunicarme contigo, pero no me respondiste.

— Es que estuve embromado con un estado gripal. No fue COVID, pero... tú sabes... no deja uno de alarmarse.

Arturo revivió un tanto el interés que hacía unos meses atrás tenía por obtener, a través de Lubio, lo que no se atrevía a averiguar acudiendo a Argelia.

— Claro. Quería preguntarte algo ¿tú recuerdas cuando Dulce, mi prima de Playa Grande fue a Santa Clara en el año 1967?

— ¿Dulce?

— Sí, la que llaman *Uche*.

— ¡Ah! ¡*Uche*!

— Pocos la conocen por su nombre de pila.

— No recuerdo.

— ¿Y la fecha cuando Nubia, al regresar de Brasil, fue a Playa Grande? ¿La vez que volví a Maracaibo?

— Tampoco, pero estábamos en Tierra Negra. Pregúntale a Argelia sobre esos detalles, ya que ella acompañó a Nubia la segunda vez que te trajeron. Estamos pendiente.

“Pregúntale a Argelia”. Se repitió, en silencio.

— Pregúntale a Argelia —le dijo *Cicerón*.

— ¡Pregúntale a Argelia! —le inquirió *El Ceretón*, apareciendo luego de dos meses sin saber de él.

— Pregúntale a Argelia —le susurró el *Celacanto*.

— ¡Podrían conformar el trío de las C! —dijo Arturo, en voz alta.

El Ceretón se mostraba a través del reflejo en el vidrio de un portarretrato situado en su escritorio.

— ¿Qué haces allí?

— ¿Qué más? Representando mi personaje.

— ¡Sal de la foto de mi hija! —le dijo Arturo.

— ¡Bah! —exclamó, con la misma inflexión, tono y color de la vez que la pronunció en aquel banco al salir de la iglesia, y todas las que continuaron.

Desapareció.

Para cuando *Uche* estuvo en Santa Clara, Arturo Cordido tendría diez años. Cuatro de haber sido traído desde Playa Grande. Se imaginó que fue una visita de paseo y ligada a la recién acontecida boda de Nubia, a quien conocía desde cuando fue llevada a Playa Grande raptada por su primo José María Marcano. ¿Logré verla? ¿Hablar con ella? —se interrogaba.

Uche era una mujer de quien Arturo conservaba una hermosa imagen y por la que guardó siempre un profundo afecto, en reconocimiento de su apoyo durante esa etapa crítica que él vivió esos dos años, y su insistencia en hacerle interesar por los estudios y continuar el bachillerato, interrumpido desde que fue traído desde Maracaibo. A tal fin, lo llevó a vivir con ellos en la casa de la tía Evangelina, y lo inscribió en el Liceo Tavera Acosta de Carúpano. Pero, su renegación y la vagancia habían ganado suficiente terreno. A menudo se fugaba del Liceo, o se iba a manifestar con los estudiantes afectos a los partidos de izquierda.

Le resultaba imposible que *Uche* no supiera sobre los detalles de *El silencio del 73*, como se le ocurrió llamar a ese recuerdo perdido.

¿A dónde se fue ese momento en mi memoria? ¿Por qué no se muestra? ¿Qué pudo tumbar el puente que lo comunicaba con su conciencia? —volvía a preguntarse. “La bruma de la memoria parece hacerse más espesa cuando la ansiedad es el motivo de la solicitud” —pensó.

Naufragios. Recuerdos que, por complicados y desconocidos procesos de nuestro cerebro, yacen en aguas profundas y oscuras, o en un puerto abandonado y lejano, sumido en una espesa neblina. Quizás como bellas durmientes, en espera, del beso de una idea o del mágico toque de una semejanza que la llame, y la despierte. También, que formen parte de esas estrategias preventivas que, como mecanismo de defensa, son desechadas en un basurero. Escribió.

¡No me hagas sentir bien cerebro, déjame saber qué pasó!

La novela tuvo un frenazo en *El silencio del 73*. Y el vocablo *frenazo* le trajo a Arturo Cordido el recuerdo de un pueblo del estado Falcón cuya vía principal se topaba con el cerro. Ese día estacionó el automóvil, y se bajó. Se sentó en una piedra debajo de un

cují, impresionado ante aquella imagen. “Muy bien —dijo— con el cerro hemos topado”.

Nunca olvidaría la sensación que le produjo ese camino trun-
cado por la naturaleza, y por alguna razón siempre lo asocia-
ba a la idea de *lo inconcluso*. De aquellas cosas que no llegan
a ser y que permanecen congeladas en el tiempo trasmitien-
do en onda corta su muerte prematura. Como el olvido de una
promesa muerta antes de ser pronunciada, o la pretensión
de un absurdo repetido como verdad. Edificios, carreteras,
puentes, galpones, leyes, decretos, acuerdos. Materiales, pa-
labras y gestos que alguna vez se pusieron de acuerdo para
ser algo, y alguna inconsecuencia los llevó al gran depósito
de *lo inconcluso*.

La carretera tenía algo de historia nacional.

Aquella imagen del cerro como un imponente obstáculo lo llevó
al imaginario que predominaba en siglos anteriores de que, lue-
go del horizonte del mar se hallaba un precipicio al cual caerían
las embarcaciones. Tiempos cuando la naturaleza tenía el poder
de establecer las ideas que el hombre debía hacerse de ella y
de sí mismo. “Los primeros navegantes debieron ser personas
muy osadas”, pensó en esa ocasión. Y ahora lo volvía a pensar.
Como también, por analogía pensaba en Sísifo, y por contraste
en el nido del Gonzalito tan bellamente acabado.

Por esos días parecía como si otro Arturo dentro de su mente
opusiera resistencia al texto. ¿Qué objeto tiene escribir sobre
una vida rural ya sin peso en la Venezuela actual? ¿Para una
generación que detesta el pasado, y se aburre de su presen-
te? Se interrogaba a sí propio. E inmediatamente se respondía
¿pero, acaso debo tener un motivo? Y recurría a Borges: “¿Para
qué sirve la poesía? Me preguntan, y yo les digo no sé... para
qué sirve una rosa, un café ¿para qué sirves tú? ¿O yo?”

Y las causas que no lograba encontrar en sus emociones buscó
hallarlas en la realidad. Así, se dedicó a activar y opinar en aque-
llos chats que hacía tiempo había abandonado, escribir artículos
sobre la realidad del país, y ver televisión. Se dio cuenta de que
algunas personas le habían echado de menos en las redes, y de
que la gran mayoría no. Muy contados le reclamaban escribir.
“Escribe que algo queda”, recordó a Kotepa Delgado.

A veces se entretenía con *Manchita* y *Marrón*, dos perros que habían hecho la costumbre de pasar la noche frente a su casa. El primero, blanco con manchas marrones, de cola y orejas caídas, y ojos negros como una caraota. De mirada triste, parecía tener un rango inferior, o menor iniciativa en la relación. El segundo era totalmente de pelaje marrón oscuro. Con orejas y rabo alzado, y ojos marrones claros, como miel. De mirada altanera, mantenía una postura firme y de mando.

Como en algunas oportunidades Arturo solía darles de comer, al verlo se le acercaban, y se le paraban de frente mirándolo con esa mirada sin mentira que tienen los animales. “Así debieron mirar los primeros hombres en los tiempos cuando la mentira no existía, o era poca”, calibraba Arturo una hipótesis.

Los dos perros llegaban promediando las seis de la tarde, y pasaban la noche allí. Cuando amanecía, se marchaban, *Marrón* delante y *Manchita* detrás. Actuaban de esa forma tan imprevista que tiene la naturaleza, desprovistos de urgencias y de la hiperactividad del rendimiento. Dos o tres ladridos, un poco más si la amenaza lo amerita, y después, volver a echarse. “Y tal vez, su mayor actividad está en poder ver otras cosas”, pensó.

Por esos días, Arturo escribió una cuartilla, quizás para enviársela a Alberto; pero, con toda seguridad el buzón principal del destinatario se hallaba en su corazón.

“La lluvia de aquella selva no se proponía regar los árboles, llenar los ríos, alegrar las aves, ni siquiera mojar a las personas. En el Darién su misión estaba dedicada a evitar el paso por ella. Se trataba de una lluvia perversa, cuyas gotas golpeaban como flechas en los cuerpos de los migrantes. Exponer la lengua para saborearla era exponerse a una quemadura de primer grado. Era, sí, una lluvia del infierno, producto del vapor de las calderas. En ese lugar, Rolin Piñero marchaba con sus viejas botas Loblan, aptas para excursiones en cualquier parte, menos allí. Cuando tocaba pasar un riachuelo se las quitaba para que no le mojasen las medias, a través de un pequeño hueco en su suela y se las colgaba al cuello, amarradas entre sí por los cordones. “En la selva no hay nada peor que unas medias mojadas” –nos comentaba cuando refería sus excursiones–. Con toda seguridad, debía pensar que, la del

Darién, se trataba de una aventura, como aquellas del grupo de excursionistas en la Facultad de Ingeniería. Huía tanto del país que se encontró huyendo de sí mismo como parte de ese país.

Lo imagino, y no puedo hacer más que eso, en el trayecto de ese territorio olvidado por los gobiernos de los países que lo comparten por frontera. Hallándose con rústicos abandonados en un pantano, por no poder salir del atasco, restos de ropas en los árboles, huesos de animales y personas. Un lugar dantesco que, de no ser por la pequeña tribu indígena de Emberá, nadie presumiría de estar vivo; ello, en caso de que quienes habiten allí, no sean más que fantasmas, y Emberá, el Comala de Rulfo.

Hileras de personas, algunas en grupos organizados con anterioridad para realizar el viaje, otras solitarias o con un niño, que se unían a cualquier grupo para sentirse acompañado. Y como se trata de personas de distintas nacionalidades, la comunicación no puede ser fluida. La adrenalina desatada por hallarse en un territorio desconocido. La fama de ser un infierno, la posibilidad de un ataque por bandas criminales que van desde motivaciones de delincuencia común hasta la xenofobia, no ayudaba a generar confianza entre sí mismos. Por lo demás, cada uno debía ser un proyecto propio. Un lugar donde nadie ayuda a nadie: el que se retrasa, se enferma o se accidenta, ahí se queda. Nunca se mira hacia atrás.

Un lugar donde los monos saltan de rama en rama, emitiendo horribles chillidos, como si tuvieran el diablo incorporado. El Darién es del dominio del diablo, y Dios parece habérselo concedido. Ya lo había dicho Gonzalo Fernández de Oviedo, enviado por el Rey Carlos V, que Santa María de la Antigua del Darién fue la ciudad donde hubo más muertes que estrellas en el cielo. Una conquista fallida que solo dejó muerte y destrucción, y fantasmas.

Allí andaba Rolin. Con su formación universitaria, su intelectualidad y su épica, en un mundo al cual no pertenecía ni él ni nadie: solo los indígenas de la zona y los depredadores de naturaleza animal y humana. Una alcabala natural que contribuye a resolver, en parte, la siempre malquerida migración, a países

como Panamá, México y USA. A costa de sus propios ancestros originarios. Su olvido no es consecuencia de una mala política, sino la política.

Puede que aún viva, puede que no. Te imagino, te veo, y te pregunto ¿por qué no regresaste a Cabimas, pendejo? No. Ya lo sé. Necesitabas perderte, igual que la vez que te perdiste en la Gran Sabana, andando de excursión con Andrés Solarte 'El Chivo' y un cazador de chigüires los ayudó... En fin, puede que te halles cumpliendo tu propia filosofía de que lo mejor de una aventura está en perderse.

¡Nojoda, Rolin, haz un último esfuerzo para no morir en ese lugar de mierda!"

Un día, mientras tomaba café, recibió la inesperada visita de Umberto Eco:

— Los hombres —le dijo este— desde los orígenes de la humanidad cuentan historias. Que es, al fin, la función de los mitos: dar forma al desorden de la experiencia.

Y pasados unos segundos, se incorporó a la conversa Foucault:

— La cosa solo vale la pena en la medida que ignoramos cómo terminará.

Y tal como ocurre cuando personas o personajes que nos son creíbles dicen o escriben cosas, Arturo se convenció: debía dar orden al desorden de la experiencia y dejar de temer al encuentro, al hallazgo, y la claridad de otras cosas. A la experiencia de otro *bodegón de Carrizo*.

Terminó de redactar dos capítulos sobre la cotidianidad en Santa Clara, pero su pensamiento no dejaba de traerle la interrogante: ¿por qué durante su niñez, la adolescencia, y todos los años de su adultez, no se había enterado de que *Uche* había estado de visita en Santa Clara, y de que Argelia había ido en ese viaje hacia Playa Grande, en los años cuando él vivía una de sus épocas más terribles?

Él mismo no recordaba haberla visto, y menos aún intercambiar un saludo, una palabra con ella. Y por más que se empeñaba en recordar, no le llegaba ninguna imagen. ¿Su cerebro había ordenado un black out de la memoria para ese momento? ¿Un relé para no quemar los circuitos?

Decidió llamar a *Uche*.

— ¡Aló! ¡Guillermito! (ella aún le llamaba Guillermito) como varios en la familia, y el Ceretón también.

— ¡Hola *Uche*! ¡Cuánto gusto escuchar tu voz!

La voz de *Uche* era tersa. Parecía pasar por la trama de una tela de seda antes de llegar al oído del receptor. Una voz fru fru. Tenía, además *un dejo* de sentimiento afectivo entre humildad y un dolor ancestral, heredado de quién sabe cuántas generaciones. *Uche* era ese dolor del bien, y de las buenas personas que miran con tristeza cómo la maldad se empodera. Un dolor de la humanidad. Algo así era lo que Arturo imaginaba de ella, ahora que podía ver más allá de las cosas, y hallar los símiles para transmitir lo que sentía. Lo percibió desde que la conoció, su memoria se lo recordaba, pero solo ahora lo sabía.

Luego de un largo diálogo sobre la familia, la salud de la tía Evangelina, y de la situación de la gente en Playa Grande, Arturo hizo el primer intento por obtener información de *Uche* sobre *El silencio del 73*. No quería forzar una conversación que, además, tenía el peso y la consideración de ser la primera en varios años.

— ¿Tú recuerdas la fecha cuando Nubia fue a buscarme para llevarme de nuevo a Maracaibo?

Arturo percibió la pausa. Llegó a contar los segundos, y hasta leer los puntos suspensivos que siguieron. El cambio de ritmo con respecto a la forma que precedió a la pregunta. Podía imaginar a *Uche* sentada en una mecedora, de frente al patio central de aquella casa donde la tía Evangelina cultivaba rosas blancas, rosadas, rojas y amarillas. Buscando las palabras precisas para responder tan inesperada pregunta. O “¿Es solo una percepción producto de mi estado de sospecha?” —se interrogó.

— A ver, Guillermito... eso debió ser en 1973... por allí —dijo *Uche*, resbalando las palabras.

Arturo sintió cierto alivio. Pero a su vez, comprendió que debía ser cauto.

— Yo también pienso que fue en ese año —respondió Arturo—.

¿Recuerdas quiénes fueron de Maracaibo en ese viaje?

— Sí, claro: Nubia, Benito y, una prima de Nubia... llamada, creo, Argelia... o Amelia... algo así... ¡Fue hace tanto tiempo!

Por un momento Arturo pensó en preguntar: “¿Recuerdas cuál fue el motivo de Nubia en ese viaje?”. Pero le pareció demasiado agresivo. Se apoyó en esa generalidad del discurso que funciona como una atarraya para pescar.

— ¿Recuerdas algunos detalles de ese viaje?

— ¡Andaban de paseo! ¡Benito no conocía Oriente! ¡Estaba encantado!

Arturo no terminaba de obtener lo que buscaba, pero tampoco tenía idea de lo que buscaba: ¿cuál pudiera ser la pregunta precisa? Resultaba un asunto no resuelto.

— ¿Sabes? Yo no recuerdo bien ese momento —dijo Arturo, buscando extender la conversación, y bordeando la costa del asunto.

— ¡Es normal, Guillermito! —dijo *Uche*. Yo tampoco lo recuerdo muy bien... apenas pocas cosas...

Sin embargo, *Uche* también sabía bordear la costa. Las pausas que hacía le indicaron a Arturo que tal vez ella no recordaba, o no quería ahondar en los detalles. Se convenció de que podía estar forzando una situación, y que, de recordar algo que pudiese afectarlo, o simplemente ser comprometedor, ella no se lo diría. Arturo la conocía muy bien. Dulce era ese tipo de mujer que nace para ser madre, en el sentido más amplio y benevolente que puede contener esa definición: no diría nada que conllevara a la posibilidad de crear dolor, conflicto o tristeza.

Del otro lado, *Uche* se vio sorprendida de que Arturo le hiciera ese tipo de preguntas, a estas alturas. ¿A qué vendrá todo esto? Se preguntaba. Y su pasado se vio extrañado de su presente. Por supuesto que recordaba, pero rechazaba la posibilidad de hacer confesiones acerca de situaciones incómodas. “Algunas cosas son mejores mientras se mantengan en el olvido”, pensó. Convencida de que todo había resultado mejor así, y de que no sería ella quien se prestaría a subvertir ese orden. A tal fin, fingiría, y hasta mentiría.

Arturo optó por no continuar su indagatoria con ella, y se quedó para siempre con esa duda. Una duda que alojó junto a otra que jamás se propuso llegar a saber: ¿lo vio *Uche* a él cuando fue a Santa Clara?

Aquel día en Santa Clara lo consiguió jugando. Pensó en llamarlo para hacerle saber de su presencia allí, pero se contuvo. “Lo vi tan adaptado al lugar que no me pareció adecuado que al verme recordara otras cosas” se dijo *Uche*, luego de concluir la llamada.

El pasado debería renunciar de sus derechos de autor en algunas cosas.

La mirada de Herminio Manaure

“Sé dónde estoy, y por qué” —se dijo Herminio Manaure— tratando de recordar el preciso instante cuando la oscuridad envolvió sus ojos y no pudo ver ni verse, oír ni ser oído. Ahora estaba allí, suponiendo que podía ser la muerte. Todavía lo dudaba: “Pudo ser un desmayo”.

Trató de mover sus piernas, y no pudo. Lo hizo con sus manos, y tampoco le respondieron. “Tal vez si pudiera abrir los párpados” —se dijo, o más bien se escuchó decir, en un eco que llegaba de lejos. Pero no lograba hacerlo. Nada respondía a sus órdenes. El control escapaba de él, y provenía de una fuente alterna desconocida. Entonces, dudó. ¿Dónde estaba? Los únicos órganos que parecía haber recuperado eran su piel y su oído.

Sentía frío, y oía el silencio, como dentro de una concha de mar. Un rumor que, por momentos era interrumpido por un tintineo, no de campanas, más parecido a un móvil fabricado con figuras de cerámica. A veces era un crujido como los que se escuchan en las casas, durante el silencio de las horas de la noche cuando los átomos de la materia se expanden y reacomodan. Otras, era un sonido de maracas, muy parecido al que se produce con las vainas secas de las acacias cuando el viento las estremece, y a veces como el que producen las piedras con la corriente del río. Los sonidos primarios de la vida.

El tío Herminio sintió que una luz empezaba a manifestarse desde dentro de su cuerpo hacia afuera. Ahora podía ver. Al principio, era tenue y podía verla a través de la piel que fungía como el papel gelatina de los reflectores de las salas de teatro. Luego, era más nítida, pero fría. Poco a poco se fue instalando alrededor de su cuerpo, formando una especie de aura que lo envolvía, como si de su cuerpo emanara una energía con luz propia. Entonces, pudo levantarse, no sin esfuerzo, pues se desprendía de un tipo de capullo donde se encontraba. No era resistente, aunque debía romperse para salir de él. Ya fuera,

percibió la levedad de sus movimientos: sus manos se movían de manera suave y sus pies no requerían pisar. No había nada que equilibrar. No existía con respecto a qué.

La luz llegó a ser cegadora, luego fue graduándose hasta permitirle distinguir formas.

Se vio así mismo acostado. ¿De quién sería ese flux? ¿Y esa corbata? Intentó recordar cómo fue que sucedió. Ya tenía claro que estaba muerto. “Sí, yo estaba acostado. Sentí que me ahogaba, y un dolor agudo se apoderaba de mi cabeza y de mi corazón. Quise llamar a Beta, pero la voz no me salió... no recuerdo más, hasta cuando percibí que posiblemente había muerto” — se dijo, o se imaginó decir.

Herminio se desplazó fuera del féretro, y entonces se confirmó en su muerte. Había pasado de ser humano a difunto con cierta facilidad y sin mucho trámite. Tal vez demasiado fácil para todo lo que debió luchar para mantenerse con vida. Que si la muerte tuviera pasado pudiera recordar, y tal vez dejara de ser tan definitiva, o por lo menos exquisita en sus deberes. Ortodoxa en sus criterios.

Algo era seguro: no estaba en su casa. Era otro lugar. “La funeraria”, se dijo. Desde una conciencia que había desalojado las valoraciones del bien y del mal, las sensaciones de dolor, tristeza y alegría. No había desespero ni inquietud, tampoco negación. Deseó volver a su casa y tener la oportunidad de verla desde esta otra forma que ahora se le permitía ver. Se imaginó a Beta, Julia e Isbelia, en su casa. ¿A qué hora me llevaran? —se interrogó. Dos hombres, vestidos con trajes negros y camisa blanca entraron. No lo saludaron. Lo ignoraron como se ignora a un cadáver en la funeraria. Los dos tipos fueron directo a la urna. Lo cerraron con prisa. Parecían apurados. Él, de todas maneras, pudo regresar al capullo. Eran las 8.00am.

Luego, ya estaba en otro lugar.

Ahora sí parecía encontrarse en el lugar correcto. Donde deseaba estar. ¿Cómo lo vería la gente ahora que era otro Herminio? ¿Qué pensaría la gente de su muerte? Se interrogó, tratando situarse en los ojos de los otros, y de ver su muerte desde los ojos de otros: “Murió igualito que cuando estaba vivo” ... “Muerto se parece más a Aquino” ... “Era jodío, pero”

... “Por lo menos va a descansar” ... “Deberían cerrarle mejor la boca y quitarle esos zapatos”.

Se asomó fuera del capullo, y pudo ver a varias personas: los Romero, los González, los Rojas, los Rodríguez, y los Flores. “¡Ah! ¡Ahí estas Misael Yajure! Mi amigo... me tocó primero. ¿Qué pasó con el sombrero?” —le preguntó, aun cuando entendía que no podía escucharle. Él, tampoco podía escucharlos a ellos. Sin embargo, resultaba tan placentero intentarlo. “Ah! ¡Arturo! ¡Sabía que vendrías!”.

De uno en uno, dos en dos, pudo ver desde el capullo —como a través de un mosquitero— a Nubia, Ricardo, a Beta, Julia e Isbelia... a Lubio y Argelia.

“Marcelina, mi hermanita, no sigas pensando en los chillidos del marranito”.

Quiso levantarse, tal y como lo había hecho en ese otro lugar, pero algo lo condicionaba. No le quedaba más remedio que esperar el momento de poder hacerlo, de que esa otra voluntad fuera de su dominio se lo permitiera. Sabía que ese momento llegaría, no porque tuviese la certeza o algún tipo de premonición. Lo sabía porque era lo único que podía pasar allí en donde se hallaba.

Aún podía recordar. Y recordó el número de su cédula de identidad. Se interrogó si había echado suficiente maíz a las gallinas y regado las matas. La noche anterior había vendido todas las cuatro cajas de cervezas, aunque Atanasio Quintero le quedó debiendo. Había salido *La Lapa*, pero él había jugado *El Águila*.

¿Por qué siempre jugué fijo a El Águila?

Los días estaban ordenados, más que por un horario, según lo exigía el trabajo y las costumbres. Hubiera o no un reloj dispuesto para confirmar la hora, las personas sabían lo que correspondía hacer en cada momento, por el sol, la sombra, la brisa, o el canto de un animal.

Y las 6:00 de la tarde era la hora de la *Lotería de los animalitos*, tanto como las 4.00 la del segundo café. O, al revés: *La lotería de los animalitos* definía cuando eran las seis de la tarde, y el *segundo café*, cuando eran las cuatro. La realidad era imperturbablemente puntual, pues no sucedía nada lo suficientemente importante o grotesco que pudiera transgredirla. Los accidentes, los robos, los asesinatos, las guerras sucedían en otras partes. En otro mundo. En el *espacio* de *La Cochinchina* o en el *tiempo* de *María Pascasia*: la fórmula anterior a Einstein.

De allí que *El Sobador* y el matrimonio de Nubia se volvieran acontecimientos.

— ¡Ya son las 5:00... allá viene *Pacho* del trabajo!

Pacho era las cinco de la tarde. La sombra al ras de la enramada eran las 12m. A un metro o dos, bien fuese del lado izquierdo o derecho, eran con toda seguridad las 9am o las 3pm. A pesar de haber un radio, el tío Herminio acudía a la sombra producida por la enramada. Incluso, cuando escuchaba la hora dada por un locutor, se iba a verificarla con la sombra de la enramada.

En ese pueblo, todavía era el tiempo de cuando la naturaleza aún conservaba el dominio y la credibilidad para establecer los códigos, y el ser humano permanecía sin revelarse. Los gallos también tenían ese oficio del tiempo, además de montar a las gallinas. “Serían como la una y pico de la madrugada, porque recuerdo que el gallo ya había cantado”, dijo Amada Quiva, refiriendo la hora exacta en que *El Sobador* metió la mano por la ventana.

La gente se sentaba junto al aparato de radio para escuchar los resultados, a través de la emisora Radio Valera. El sorteo se hacía en Trujillo, en una plaza pública. A esa hora, las calles queda-

ban más solitarias que de costumbre. De gente, de perros que ladran, y de viento que arremolina hojas.

Mucho antes, en la mañana, mientras la tía Marcelina Manau-re hacía las empanadas que Lubio debía vender en la escuela, Amada —cuando no le tocaba ir a lavar y planchar en las casas de los campos petroleros— se sentaba a tomar el café. Comenzaba su lectura de la borra en el fondo del pocillo de peltre:

—¡Se parece al loro!

Así pasaba unos cuantos minutos. Mirando desde distintos ángulos, meneando el contenido del pocillo y ladeando su cabeza. Los demás observaban en tensión, esperando el dictamen final de la lectura, para tener cierta seguridad sobre el animalito a jugar ese día. El rostro de Amada Quiva se mantenía con una seriedad y concentración total, así como el de quienes la observaban, convencidos de la capacidad de vencer el azar, y someterlo a la voluntad de otras fuerzas, de otros mundos. Conocimiento cuyo dominio estas fuerzas podían compartir con ciertos humanos, concediéndole un tipo de franquicia, y dotarlos para tal fin.

En el cartón de la Lotería estaban unos cuadros que iban del 1 al 31 y cada número estaba representado por un animal: el camero era el uno, el león el cinco, el loro el siete...

— ¡Herminio! ¡Juéguese la Lapa! —concluía la lectura de Amada.

— ¡No voy a jugar ninguna Lapa! ¡Carajo! ¡Yo gano con El Águila! —contestaba Herminio Manaure.

Mucha gente pasaba por el frente de esa casa a esa hora en busca de la información que pudiera darle Amada. “¿Cuál es el dato de hoy Amada?”, preguntaban desde la calle. Algunas personas iban de una a otra casa donde también se llevaba a cabo estos tipos de adivinación, y de la comparación entre una y otra lectura sacaban el animalito que jugarían ese día en la lotería. “¡Salió el loro!” —se escuchaba cierta algarabía en varias casas.

— ¡Yo sabía que iba a salir el Loro! ¡Hoy cuando me levanté lo primero que vi fue pasar un guacamayo por encima de la mata de mamón! —gritó Romelia desde el otro lado de la tubería.

A veces no era la lectura de la borra del café sino la imagen que quedara en el fondo de un plato, luego de incendiar un periódico dentro y quitar las cenizas. La gente se dedicaba a encontrar la figura del animalito que saldría premiado, como si

se tratara de la piedra del oráculo. Otros apostaban a la fecha del día o la de su nacimiento.

— ¡Endora! ¡Venga acá! ¡Dígame que animal ve! —ordenó Amada a su hija mayor, tomándola por el brazo.

Endora con toda esa parsimonia que la caracterizaba, fue y se inclinó a mirar el fondo del plato. Se le notaba algo nerviosa. Al final, dio su opinión sobre lo que veía, o creía ver: ¡Es un elefante! ¡Ahí está la trompa en el borde del plato! La gente se arremolinó para observar el plato, y como por lo general la gente ve lo que desea ver, se convencieron de que ahí se delineaba claramente la figura de un elefante.

Ese día salió el elefante. Los que estaban allí, excepto el tío Herminio, ganaron su dinerito, y la fama de ver cosas de Endora creció dentro de la familia. Sus dotes como vidente comenzaron a ser comentados fuera de la casa, y así comenzó a llegar gente a consultarle, con la excusa de “pasaba por aquí”. Un acierto es suficiente para la fe. Como la primera vez de lo bueno es suficiente para.

Intrigado por el trabajo de Endora y, un tanto por recibir reconocimiento, Guillermito se propuso imitarla y, con Beta, comenzó a quemar cuanto papel periódico encontraba dentro de una ponchera vieja que consiguieron en el basurero de la casa. Nunca llegaron a ver animales en las manchas que dejaba el papel quemado. Brujas, diablos y duendes sí. Un día la candela se hizo muy alta y, en el desespero, voltearon la ponchera, desatando un incendio en el cerro de basura. Tuvo el tío Herminio que ir a apagarlo.

La Lotería de los Animalitos se popularizó como juego de azar, compitiendo con la Lotería del Zulia y las carreras de caballos de La Rinconada. Hubo quienes se independizaron de la agencia oficial y desarrollaron su propio negocio, más casero y de menor alcance, pero sin la obligación de tener que repartir los beneficios porcentuales con la empresa de la lotería oficial. Lubio fue uno de esos muchachos que llegó a venderla en esa modalidad. Como suele pasar había personas que se envenenaban y llegaban al punto de pedir prestado para jugar; para éstos, el juego pasó a ser un modo de vida y hasta una obsesión:

— ¡Ramona! ¿Sabe que me saqué una muela?

— ¿Sí? ¿Con qué número?

Una semilla de Diente de León

“Las muertes de ahora son diferentes” —dijo Misael Yajure, luego de lanzar un escupitajo, como si el chimó hubiese estado conteniendo lo que pensaba y deseaba decir.

“¿Dónde estaría?” Se preguntó Arturo. Y ahora que lo miraba desde otra edad y con otros ojos, comprendía que desde niño Misael Yajure le representó un misterio. Un personaje irreal que andaba vestido de real, y que él siempre buscaba descubrir. Y recordó que hubo tiempos cuando deseaba su visita con la esperanza de lograrlo.

Ya no hablaba tanto como antes. La edad parecía haberle dado el don de las frases cortas, como a los poetas. O como a la gente que vive en lugares fríos.

A Arturo le sorprendió la manera como lo dijo. Desde hacía unos minutos, lo observaba cerrar los ojos, y hasta dormir por un buen rato. No llevaba el acostumbrado sombrero de lana gris sino una gorra, y lo que podía observar de su cabello, a diferencia de aquellos tiempos, lucía intonso, y con una barba escasa pero descuidada. Se preguntó si Misael Yajure estaría calvo, y por unos segundos se dedicó a confirmarlo, pero la gorra se lo impedía.

Aquel palo de vera, siempre pulido, que llevaba cuando visitaba esa casa de Santa Clara, había dado paso a un bastón. Lo que sí mantenía era su gusto por masticar chimó.

¿Estaría dormido? ¿Soñando?

Como acostumbraba en toda ocasión que alguien ocupaba su atención, reflexionó sobre aquellas palabras de Misael Yajure, provocadas sabe Dios por qué, y venidas de quién sabe desde que lugar de su cerebro. “A lo mejor, quiso decir los velorios” —pensó.

— Las muertes y los velorios —dijo Misael Yajure, como si lo escuchara pensar.

Le halló sentido antropológico a la frase. La muerte se ha venido haciendo menos sorprendente y más predecible, casi mundana y banal. Por ello, también menos noticia. Ha perdido la teatrali-

dad, y con ello la puesta en escena que significaba el velorio, los rezos del rosario en los novenarios, las plañideras, los relatos de aparecidos, y hasta los fantasmas habían perdido rating. “Ya ni siquiera reparten cigarrillos en los velorios”.

¿Resentirán la pérdida de esa ritualidad socializadora los difuntos? ¿Sentiría el cadáver las ausencias de algunos seres queridos durante su velorio? ¿Percibirá el tío Herminio lo que sucede a su alrededor, mientras está en el ataúd? Se interrogaba de manera constante, y a su vez, provocaba al *Celacanto* de su memoria.

“No se llama ataúd. Es un féretro” – pensó sin decirlo Misael Yajure.

¿Cómo sería vivir sabiendo el día en qué nos toca morir? ¿Una muerte establecida con año, día y hora? La posibilidad de escribir un cuento a partir de esa idea lo ocupó por varios minutos.

Padre nuestro que estás en los cielos. Coro viejo de voces de personas viejas. Palabras de despedida que quizás cuándo se dijeron por primera vez para. Arturo escucha, y piensa ¿cuántas veces lo habré escuchado? Y sin quitar la vista de las figuras que hacía en la tierra, murmuró: “Santificado sea tu nombre”.

In nomine patris et filii et spiritus sancti. Para finalizar sobriamente con la lengua madre, identidad de la Iglesia católica cristiana. Llave del cielo, cerrojo de la eternidad. Cualidad de la solemnidad del latín que hace verdadera la palabra de Dios. O como dijo un personaje de Joyce *la lengua de la mente*.

Sí, hay algo en las frases en latín que suena a espiritualidad.

“Es un féretro”, pensaba Misael Yajure dándole la última mirada a su *pariente*. “Era un buen hombre”, pensaba alguien más. “Se ve más pequeño en el ataúd”, pensó otro alguien. “¿Por qué dicen ataúd, es un féretro?” Volvió a la idea Misael Yajure. “Hay pocas flores”, dijo alguien mujer. “Le quedé debiendo unas cervezas. Espero no venga a cobrármelas. Avemaría purísima”. Persignación. Frente, cara y pecho. Por si acaso.

Las personas salían de la sala luego de *ver al muerto por última vez*. O con la esperanza de que así fuese. Con el luto empoderado de sus cuerpos, de sus rostros, y de sus ropas.

Convencidos de la oferta del signo y la ritualidad de poder cambiarles el dolor. Otros, de imaginar cómo sería ser muerto, y de verse a sí propio en lugar de Herminio Manaure.

Aun cuando nadie se ve muerto. Dicen.

Arturo los observó regresar de ese tipo de encantamiento que tiene la muerte. Pensó en algo que había leído de Edgar Allan Poe sobre el tono poético de la melancolía y la tristeza como expresión de la belleza, y de la muerte como la más acabada de todas las melancolías. Intentó una vez más la ayuda de la voz profunda, para hurgar en su memoria, pero el preámbulo a la llegada de la carroza fúnebre parecía haberla afectado por igual. Quizás.

Y Eugenio Montejo, entrando por la puerta trasera de la realidad le susurró:

Mis mayores van y vienen por mi cuerpo.

Son un aire sin aire que sopla del lago

Un galope de sombras que desciende

Y se borra en lejanas sementeras.

Por donde voy llevo la forma del vacío

Que los reúne en otro espacio en otros tiempos.

Hace calor. Hace el verde calor que en mí los junta.

Yo soy el campo donde están enterrados.

Las interrogantes lo llevaron a promediar la intención de ir a verlo, y así corroborar algún indicio de ello: un detalle, una señal que, tal vez él solamente pudiera percibir, o inventarse, para dar rienda suelta a sus abstracciones filosóficas. Se contuvo.

— ¿Ya pasó a verlo? —escuchó decir a Misael Yajure.

Volvió a sentir que Misael Yajure le escuchaba el pensamiento.

— ¡No! No me gusta ver muertos.

— A mí, por el contrario, me gusta verlos ¿sabe? ¡Siempre me ha gustado!

— Ah... bueno... cada uno con sus maneras ¿no?

— Así es...

Acordaron el silencio por unos segundos. Pensó en preguntarle “¿Qué ve en los muertos cuando los mira?”

— ¿Qué ve en los muertos cuando los mira? —le preguntó.

— Creo que lo que busco es el recuerdo.

— Toda esta tarde yo he estado recordando, sin necesidad de ir a verlo.

— Claro, hijo, pero no es igual.

— ¿Por qué?

— ¡Usted, en realidad, lo que no quiere ver es la muerte!

Arturo quedó impresionado por esa manera tan sencilla como Misael Yajure lo desnudaba. Y aun cuando no lo confirmó con sus palabras, lo hizo con la momentánea ausencia de ellas. Pensó en ese otro ángulo que le proponía Misael Yajure, y la capacidad que tienen algunas personas de abrir puertas por donde acceder a tus propios recuerdos, desde una perspectiva que no se ha imaginado que estaba allí. Caminos ocultos de la memoria por donde puede observarse el lado oscuro de la Luna, y a uno mismo como observador del lado oscuro de la Luna.

— Lo importante es que usted está aquí, acompañando a su tío... y él lo sabe...

De nuevo, silencio.

Arturo lo aprovechó para abstraerse sobre esa frase de Misael Yajure. “Lo importante es que usted está aquí... y él lo sabe”. ¿En realidad estoy aquí? Se interrogó, otorgando a los dibujos que hacía sobre la arena cualidad de confidente. Desde que llegó no se ocupaba más que del pasado. “No creo haber regresado a Santa Clara sino al recuerdo que tengo de ella”, pensó decir.

— No creo haber regresado a Santa Clara sino al recuerdo que tengo de ella —dijo.

Misael Yajure calló.

Arturo volvió a considerar esas ideas tan sencillas como sabias de la gente. De esa manera como los imaginarios permanecen explicando los fenómenos de la vida y la muerte. ¿Acaso, se trata solo de algo cultural? ¿O habrá una información genética inmutable? Interrogó al Arturo que espiaba. Pero, si es así ¿por qué Misael Yajure observa una distinción? Y él también. Se reafirmó en su tesis de que la muerte es natural, aún las más inesperadas. El velorio es cultural. “Por supuesto, aceptarlo es otra cosa” —asintió con un leve movimiento de cabeza, y con palabras sin sonidos, los propios

argumentos. Hay muertes de muertes, y las que nos tocan solemos diferenciarlas de las muertes de otro... y, eso también es natural. La muerte, natural, impredecible, igualitaria, siempre será única, individual.

La frase de Misael Yajure *“lo importante es que usted está aquí, acompañando a su tío... y él lo sabe”* no terminaba de irse. Algo en ella no quedaba zanjado, como en aquella de Charo *“Siempre te recuerdo por ese día”*.

¿Lo sabe? Volvió a las imágenes del tío Herminio. Si tuviera frente al ataúd ¿qué le diría él a su tío?

— Ese no es un ataúd, es un féretro. Ataúd es el de Drácula — dijo Misael Yajure.

Definitivamente, Misael Yajure escuchaba lo que él pensaba.

¿Qué pudiera decirle su tío a él? “No se te olvide llevarte el radio. A usted le gustan esas cosas” —fue lo único que se le ocurrió, aun cuando, de su parte, tenía tantas cosas que desearía decirle. “¿Qué le diría yo?” —se insistió.

Pasó memoria: las escenas de su tío pegándole, de su tío dándole un pocillo con fororo en polvo, con azúcar, de su tío desmalezando, sembrando piras... “¡Ah! ¡Ya sé! Dos cosas: ¿Te dabas cuenta cuando yo metía hebras sacadas de las hojas de matas de topocho, haciéndolos pasar por canas, para que me pagaras un poco más?”. Sí, eso le preguntaría. Y le daría las gracias por no haber descargado en mí la frustración y el enojo que le causó el comportamiento de mi padre por los días cuando raptó a Nubia.

“Claro que sí”, se convenció. Retaría ese proceder de la muerte que, además de la vida, se lleva las nimiedades. Restablecería las pequeñas cosas, con las palabras más bellas y exactas, alrededor del verbo *vivir*, y restañaría las pequeñas heridas que toda vida en grupo deja. Haría del sujeto predicado. Todo para incomodar a la muerte.

— En uno de esos palos que hacen de columnas, debe estar escrito *‘Pariente Misael Yajure’* ¿sabe? Lo tallé yo mismo como un recuerdo —dijo señalando la casa con un movimiento de su boca— ¡Espero dure más que nuestros cuerpos...!

Arturo asintió, percatándose de la facilidad de Misael Yajure para ir de un tema a otro, sin ninguna mediación. Como si la vida

fuese un relato continuado, sin comas ni puntos... un relato sin capítulos. Recordó *El otoño del patriarca* de García Márquez, y también un texto de José Saramago, aunque sin recordar cuál, donde solo usó comas en su narración.

¡Ah! Ya sé: *Ensayo sobre la lucidez*.

Se sintió complacido de no haber insistido en una controversia política con Misael Yajure. Sin embargo, aún esperada respuesta a la pregunta que le había hecho sobre si conocía la identidad de *El Sobador*.

Al ver a *Charo* que fumaba apartada del grupo de gente, aprovechó un poco para hacerlo también él, y otro tanto para precisar eso que le había quedado pendiente de la conversación donde ella le dijo “Siempre te recuerdo por ese día”, y que Virginia Wolff y Henri Bergson —de puro metiches— le habían impedido prestar atención.

— Hola *Charo* —le dijo, mientras le mostraba un cigarrillo, en señal de que venía a fumar.

— ¿También tenías ganas de fumar? ¿Eh?

— Si supieras que no sentí ganas hasta que te vi...

— ¡Yo me estaba muriendo por fumar!

— Ah...

— ¿Tienes hijos?

— Sí. Tengo dos... ¿Y tú?

— ¡Yo tengo cuatro *cabezones*! Dos ya están grandes... ¿Qué edad tienen los tuyos?

Arturo se quedó pensando en el tropo *cabezones* utilizado por *Charo*. Y se le vino a la mente la imagen de una novia que tuvo en sus tiempos de estudiante universitario. Asmery Romero. Era de Machiques. Por alguna razón ella siempre le decía “Yo no quiero tener más de dos *cabezones*”, como una manera de tasar la futura relación. “Cuidado con el *cabezón*”, le decía cuando tenían sexo, sin saber que la expresión lo desconcentraba, lo sacaba de allí, y lo llevaba a imaginarse a *ET, el extraterrestre* saliendo por la vagina de Asmery, y entonces se le dificultaba mantener la erección, y con ello venía el qué pensaría Asmery: “¿Qué? Ya no te gusto”, y todas esas cosas. Porque las mujeres, por lo general, se culpan de nuestros problemas de erección.

Aneecdótico. Pero, a su vez, una fatalidad que dicho suceso marcará, de manera por demás injusta, el recuerdo de una mujer con la cual vivió una relación llena de cosas hermosas y gratificantes. Y recordó la risa de Asmery, y el cabello de Asmery, y los senos de Asmery. Y la frase *aquel amor*.

Que si, tal vez Asmery Romero no hubiese insistido con eso de los *cabezones*, podrían haber durado un poco más en aquella relación. Y yendo más allá, pensó en la posibilidad de haberse casado y formado familia con ella. E incluso, más allá todavía: que al no existir el estigma de los *cabezones* bien pudieran haber tenido *cabezones*, sin que eso significara gran cosa. Llegando a ser de lo más normal una familia de *cabezones*. Tanto como *ET, el extraterrestre* lo había sido en la vida de Elliott y sus hermanos, en la película de Spielberg.

Quiso sonreír y no lo hizo por temor a ser descubierto por *Charo*, y luego tener que negar sus pensamientos locos y estrafalarios.

No volvió a saber de Asmery, ni si cumpliría su propia promesa de no tener más de dos *cabezones*. “Supongo que sí —pensó— las mujeres tienen muchas herramientas para lograr sus propósitos”.

— Quince la hembra y dieciocho el varón —contestó Arturo.

— Mm...

Charo soltó una bocanada de humo por un lado de su boca, colocando los labios de una forma que a Arturo le recordó a *Popeye, el marino*. Lo hizo como queriendo evitar que el humo se entrometiera en la conversación, se interpusiera en su visión, o quién sabe qué cosa. Fue una imagen definitivamente loca y agraciada que le devolvió a la *Charo* de la niñez. ¿Me seguirá gustando *Charo*? Se interrogó de manera fugaz, y volvió a mirarla tratando de confirmar si la *Charo* actual aún conservaba esa capacidad de enamorarlo como lo hizo la *Charo* niña.

Por su parte, *Charo*, sin saber por qué, sumó los cuatro hijos de ella con los de Arturo. “Seis”, pensó. “Seis *cabezones*”, se ratificó. Y por unos segundos intentó verse casada y llegando a esa edad con Arturo. Lo repasó de arriba abajo con esa

forma milenaria de mirar sin ser vistas que tienen las mujeres. “No creo, pero pudo ser, eh”, se dijo a sí misma, mientras Arturo coordinaba su siguiente pregunta.

— ¿Qué es de la vida de Emilson? —preguntó Arturo.

— Emilson hace como diez años que se fue a Colombia.

— Ah... ¿Trabaja allá?

— Sí... tiene una pequeña venta de frituras... ¡Ese no viene más!

— Me dijeron que eres Testigo de Jehová.

— Ah sí... tú sabes... buscando a Dios...

— Acaso ¿está extraviado?

— ¡Por lo menos, distraído! ¡Eh!

— Si... a lo mejor cansado...

— Quizás somos nosotros los que nos cansamos muy rápido de la fe ¿tú eres católico cristiano?

— Creo que sí, todavía.

— En realidad, tú nunca fuiste un niño, que digamos... aquietado por las cosas religiosas ¡Eras demasiado tremendo! ¡Eh!

Arturo tuvo la percepción de que esa última expresión de *Charo* definía con gran precisión la personalidad de Guillermo, y la archivó. Además, se dijo ¿cómo no va a ser acertada esa opinión situada en el contexto de esa mirada, esa sonrisa, y ese tono de voz?

— Sí. Quizás la religión católica cristiana me resulta cómoda.

— Bien. Yo no tengo mucho tiempo en eso. Me convertí por los días de la cuarentena, el COVID y la crisis... Pero no te has acercado para hablar de religión ¿eh?

— Te quería preguntar... y me disculpas, pero en ese momento me distraje un poco. ¿A qué te referías cuando dijiste eso de “Siempre te recuerdo por ese día”?

Charo echó un poco el cuerpo hacia atrás, con cierta reluctancia.

— ¿No me estabas parando? ¿Eh?

— Sí, disculpa... es que, en ese momento me distraje con algo que estaba pensando...

— Sí, te he notado muy abstraído —dijo *Charo*, exhalando una bocanada de humo.

— Algo...

— ¡No te preocupes!

“Ese día tú no me viste —dijo *Charo*—, pero yo estaba en la tubería. Tú escarbabas en el basurero donde quemaban la basura los Manaure, cerca de la letrina... ¿Te acuerdas?”

Buscar y vender metal de cobre a Toribio era una actividad a la cual Guillermito le dedicaba tiempo, con cierta organización. Tenía su pequeño taller de fundición para quemar los cables y extraer el alambre, debajo de una mata de limón, cuyas ramas formaban un intrincado escondite.

Una vez a la semana, puntualmente los miércoles, pasaba Toribio. Andaba en una carreta arrastrada por un burro y con un peso guindado en una de las esquinas. Hacía sonar una campanita para anunciarse. Un sonido de bronce.

A Guillermito le gustaba, también porque Toribio le permitía acariciar al burrito. Un día notó que tenía un gran lunar de pelo negro por una de las costillas, que contrastaba con el resto de su pelaje marrón claro.

— ¿Por qué tiene el pelo negro allí? —le preguntó.

— ¡Esa es la herencia del *Barroso*! —contestó el hojalatero.

— ¿Quién es Barroso? ¿Su papá?

Según Toribio, la madre de aquel burro había sido alcanzada por la lluvia negra de aquel 22 de diciembre cuando estalló el pozo *El Barroso*. Su papá, quien era el dueño de la burra, intentó por todos los medios de quitarle el petróleo, pero al final tuvo que rasparle el pelo. Le quedó la mancha para siempre, que luego heredó el pollino al nacer.

— ¿Cómo se llama? —preguntó Guillermito.

— ¡Baltazar! ¡Como uno de los Reyes magos! —respondió Toribio.

— ¿Por qué se llama así?

Toribio le contó que su papá le había colocado ese nombre porque el pozo del Barroso reventó un día 22 de diciembre, dos días antes del nacimiento del niño Jesús, cuando los Reyes Magos iban camino a Belén... que los guío la estrella de Belén... que se tardaron 83 días para llegar... que llegaron tarde, y que por eso el 6 de enero se celebra el día de los Reyes Magos....

Ese fue el día que Guillermito se enteró de que todo tiene una historia.

— ¡Hola Guillermito! ¿Qué haces? —escuchó la voz de *La Gocha*, una niña que le llevaba cerca de tres o cuatro años, blanca con muchas pecas y cabello negro ensortijado, hija de una señora que vivía alquilada en la casita de barro.

Con esa niña Guillermito solía tener encuentros de besitos. Pero también en algunas ocasiones, la rechazaba y le hacía desplantes. Todo se debía a que ella lo perseguía y delataba esos besitos ante el resto de los otros muchachos, tanto de los que iban a jugar con ellos como Emilson y Simón, así como ante Beta, Lubio, Argelia, y Endora. Y todos ellos se dedicaban a fastidiarle con bromas que, por supuesto, le irritaban.

En una ocasión, mientras se encontraban en la sala viendo *Catch As Catch Can*, Argelia gritaba improperios contra el *Dragon Chino* por estar echándole la *sustancia peligrosa* al *Dr. Nelson*. Guillermito se imaginaba apareciendo con su máscara dorada y saltando al ring para salvarlo, sometiendo a ese malvado *Dragón Chino* y quitándole la máscara. Entonces, se apareció *La Gocha*. Al principio se quedó de pie viendo la lucha libre, pero cuando finalmente el *Dr. Nelson* se zafó y logró ganar el combate, todos en la sala saltaron de alegría. *La Gocha* aprovechó el momento de júbilo, fue hasta donde estaba Guillermito y le dio un beso. Él quedó congelado de pena y, por supuesto, los demás montaron fiesta con lo sucedido.

— Estoy buscando alambre de cobre —le contestó.

Ella se acercó como siempre y se puso a su lado, rozando su cuerpo con el suyo. Al rato, ya se encontraban metidos en la letrina dándose besitos y tocándose, dentro de los límites que la sexualidad infantil podía tejer. Como *La Gocha* era más alta, ponían un bloque en el cual Guillermito se subía para poder alcanzarla en la boca.

— ¡Guillermito! —oyó la voz de Nubia que lo llamaba.

Su corazón casi se sale. Se bajó del bloque. Miró por las rendijas de la puerta, y vio venir a Nubia directamente hacia la letrina. Guillermito comenzó a sudar. *La Gocha*, sin embargo, se mantenía tranquila, y mostraba una pícara sonrisa, como complacida de verlo entrado en pánico y de que pudiesen descubrirlos. Volvió a asomarse, y por alguna razón, su hermana se detuvo a escasos metros de donde ellos estaban, dio la vuelta y se regresó.

Guillemrito abrió la puerta y salió corriendo, buscando contestar y aparecer por otro lado del patio y desviar la atención sobre el lugar donde en realidad estaba.

— Yo vi que Nubia iba directo hacia ustedes, y le grité desde la tubería ¡Sra. Nubia! ¡Si busca a Guillemrito, yo lo vi por el corral de los cochinos!

— ¡Vaya! ¡Fuiste tú!

— ¡Eran cosas de niños! ¡Eh! —dijo *Charo*, exhalando una bocanada de humo, y brindándole por segunda vez en la tarde, su bella sonrisa.

— Nunca me lo dijiste.

— ¡Me debes una! ¡Eh!

“Una deuda de cincuenta años”, pensó Arturo.

— ¿Cómo se paga o se cobra tanto pasado? ¿Eh? —dijo *Charo*, como si hubiese escuchado su pensamiento.

Charo dijo aquellas palabras sin imaginar el peso que tenían para Arturo ese día. “¿Cómo se paga o se cobra tanto pasado?” Una interrogante que rondaba aquel día, aquella muerte, y aquel velorio. Una frase fantasmal que, hasta ahora nadie, ni siquiera él, había podido o se había atrevido a articular. Tal vez porque *Charo* gozaba de la libertad para hacerla.

El carro fúnebre había llegado y estacionado en el mismo lugar donde el Chevy Nova que lo trajo a él (cuando era Guillemrito) se había detenido aquella noche tan oscura que no le dejaba ver si el lugar tenía o no montañas, tenía o no mar.

Arturo, al ver llegar la carroza fúnebre, se despidió de *Charo* con una sonrisa de complicidad retroactiva. Volvió a sentarse en el lugar donde había pasado toda la tarde, al lado de Misael Yajure, quien siempre le había resultado un personaje que reunía enigma, saber, y gracia para contar. En algunas ocasiones se imaginó que Misael Yajure hubiese podido ser un buen actor de teatro, un titiritero.

Quedó abstraído detallando las letras tipo *Castelar*, en color dorado, pintadas en una de sus puertas (hasta donde podía ver) que formaban el nombre de la empresa FUNERARIA DEL ROSARIO, y las cortinas moradas que se veían a través del vidrio de la cajuela de la carroza. “¿Por qué deben ser negras?” —se interrogó sin hablar.

— ¡Porque, a pesar de todo lo que se dice sobre otra vida en el más allá... y del cielo... y todas esas cosas... la muerte nos sigue pareciendo misteriosa! ¡Y lo misterioso lo asociamos con la oscuridad! —dijo Misael Yajure, sorprendiendo de nuevo a Arturo con esos comentarios que respondían directamente a sus pensamientos.

Arturo unió las yemas de los dedos, formando un triángulo con ambas manos, y lo llevó suavemente hasta topar la punta de su nariz. Con la mirada fija en la puerta de entrada a la sala, por donde sacarían el féretro. “Siempre alguien muere para que otros podamos vivir” —pensó. Mientras se apoderaba de él un estado de febrilidad que erizaba su piel y lo mantenía pegado a la silla. Por un momento sintió deseos de irse a otro lugar para no ver cuando sacaran el féretro. Decidió esperar un poco más.

Recordaba al tío Herminio con su voz encajonada y fuerte, como el ladrido de un perro grande. Por lo general, se mantenía callado, y cuando hablaba sus expresiones pocas veces sumaban más de cinco o seis palabras. Sus frases no tenían ventanas o una puerta trasera por donde pudiera colarse un sinónimo, un símil. Todo su fenotipo provenía de su abuelo Artidoro. Se podía distinguir a lo lejos por su caminar encorvado y su paso apurado, como si un pie empujara al otro. Parecía tener un tic nervioso en su brazo derecho, que lo llevaba a hacer un movimiento sorpresivo, irregular. Como si ese brazo respondiera a las órdenes de otro Herminio que vivía dentro suyo. Cuando agarraba rabia y discutía parecía ahogarse, la voz se le trancaba y respiraba con dificultad. Probablemente, secuela de aquel proceso de tuberculosis que padeció cuando aún vivían en La casita de barro, y que *alguien* recordó que se curaba con sangre de res caliente. ¿Sería Misael Yajure?

Era temperamental, se enfurecía muy a menudo y por cualquier cosa. La tía Marcelina en varias ocasiones peleaba con él debido a ese carácter. En *La casita de barro* llegaron a tener fuertes encontronazos donde, no en pocas ocasiones, los vecinos hubieron de intervenir, pues sus peleas se tornaban fuertes, hasta el punto de la agresión.

En el caso del tío Herminio, sus reprimendas resultaban grotescas y sin medir consecuencias, a menudo usaba un cable de electricidad para fuetear a los muchachos.

Herminio Manaure vivió siempre en la realidad. No leía, no iba a misa, no rezaba, no echaba cuentos ni tarareaba o silbaba alguna melodía. Su manera de comunicarse en aquella casa se resolvía con monosílabos: “Uju”, “Ajá”, “Ah,” “Sí”, “No”. Estaba programado para trabajar, comer, dormir, e imponer su autoridad por ser *el hombre de la casa*, y la única actividad que lo sacaba de esa rutina era la electoral. Cuando se presentaban tiempos de elecciones ahí estaba Herminio Manaure. Sin doctrina filosófica, ni ideología, y sin utopía. Actuando por un convencimiento individual, moral, y quizás religioso, pero, sobre todo, por la mera experiencia de saber que debía aventurarse con los líderes que le proponían algo mejor, o por lo menos distinto a lo que ya había vivido.

Así lo recordaba Arturo, y con esa imagen postergó la realidad. El alma del tío Herminio salió del cuerpo que la contenía, y donde había permanecido compartiendo esa cualidad que llaman *vida*. En ese envase que le facultó de carne, hueso, tejido y sangre, que le imponía una edad con el ímpetu de los genes, y una imagen mortal de estatura pequeña, piel morena, ojos claros, con iris azulado, nariz aguileña, una pronunciada calvicie, y grandes orejas. Los mismos genes que no pudieron evitar ese final de una neumonía mal curada. Final que, ella, como *alma*, siempre lo supo.

¿Quién se despoja de quién? —escuchó al *Celacanto*. Y se obligó a reflexionar sobre las veces, que *cuerpo*, *mente* y *alma* pudieran reconocerse como una carga, una relación de contrariedades y enfrentamientos continuos. *El cuerpo*, empujando los instintos, *la mente* llena de contradicciones, y *el alma* procurando un equilibrio que nunca llegaría, y que solo con la muerte obtendría la victoria, con el dominio del tiempo, el espacio y la levedad del ser.

Fue a la despena:

“El gran, el verdadero itinerario, es este. Vamos de la nada a la vida, de la vida a la muerte, y de la muerte al misterio... y después del ir y venir de nuestra carne por la tierra, por el mar y por el

viento, existen otras estaciones y fronteras para las que hay que llevar otros documentos y pasaportes. Yo tengo un pasaporte para viajar por las estrellas y por la Vía Láctea. Es un poderoso talismán. Creo que tú lo tienes también... ¡Son las lágrimas!"

Recordó parte de la carta de León Felipe a su hermana Salus, en ese mar de ideas, sentimientos y sensaciones que ¡Vaya a saber cómo! Podían caber en tan pocos segundos.

Como una semilla de *diente de león*, flotando, se desplazó con liviandad y delicadeza, impulsada por la energía de un soplo o quizás con la propia. Fue hasta *La casita de barro* y entró por una de las pequeñas grietas de sus paredes. Acarició el barro y la cal, y la caña brava, y el Zinc. Al salir, estaba el antiguo patio, aquel de 1930. Planeó sobre el corral de las cabras y el chivato, el fogón y la letrina construida con tablas. De regreso a su casa, oteó los racimos de topocho y guineo blanco, con sus capullos de flor, aún morados. Fue hasta la mata de mamón donde solía revisar alguna evidencia de las pisadas de los muchachos, al subirse en ella a escondidas de él. Llegó al corral de los cochinos y simuló el movimiento de vaciar el afrecho. En las pipas de agua no pudo verse, pero la onda creada por una flor de Araguaney al caer, le recordó su otrora densidad. De allí, pasó por entre las personas: rozó con los dedos el cabello plateado de su hermana Marcelina, dio dos palmadas en el hombro a Beta, susurró al oído de Nubia, y luego al de Ricardo. Entró a la sala donde estaban esperando tres mujeres: *Maquiva*, Catalina y Amada.

Un olor de azahar llegó a Arturo, como en aquellas noches cuando el rocío mojaba las flores y la tenue brisa entraba a través de la tela metálica de la ventana. Era un olor suave, no de perfume, sino de fragancia; no de esa tarde, ni de alguien de allí. Venía del pasado de su corazón. Quizás de antes.

33

Pregúntale a Argelia

¿Por qué Lubio se desentendió de responderme con ese '*Pregúntale a Argelia*'? —se interrogó Arturo.

De lo que sí estaba seguro es que para ese tiempo él vivía en la casa de su tía Evangelina, la madre de *Uche*; también recordaba que hacía esfuerzos por reintegrarse a sus estudios de secundaria en el Liceo Tavera Acosta, y que había iniciado la campaña electoral donde Carlos Andrés Pérez era candidato, en 1973 ¿o ya Carlos Andrés era presidente? No estaba seguro. Era un recuerdo vago. Argelia, a todas estas, resultaba una fuente inesperada. De esos protagonismos secundarios que en un minuto de actuación se roba la atención de la audiencia, y es capaz de salvar una película, como lo hizo Arnold Vosloo con aquella mirada de dolor y decepción de amor de Inhotep a su amada, cuando era llevado al infierno en la película *La Momia*... O como las palabras de Kathy Bates en el bote salvavidas, interpretando a Molly Brown en *Titanic*.

La inminencia de que estaba por recibir un impacto emocional comenzaba a invadirlo. Ese *algo* de la casa de su abuela Gloria, treinta años atrás, y luego animado por el *Ceretón* en sus constantes apariciones, dormía y se despertaba con él, se bañaba y vestía con él, entraba al cuarto y cerraba la puerta tras él. Se le tomaba el café y le encendía el cigarro. Como un Golem creado por acontecimientos que escapaban a su dominio, ese *algo* estaba a punto de mostrarse. Constituido ya por las palabras que lo presentían y lo invocaban. ¿Acaso no dice la Biblia que en el principio fue el verbo? ¿Y Borges que en las letras de *rosa* está la rosa, y todo el Nilo en la palabra *Nilo*? Quién sabe, a lo mejor los presentimientos son en realidad *pre-recuerdos* de experiencias guardadas en cajas fuertes de la memoria, y que emergen con determinadas claves de acceso.

"No hay como nombrar una cosa para que exista" ¿quién dijo eso?

Arturo lo anhelaba y lo temía. Por otro lado, *Cicerón* le aconsejaba: "No es necesario, tienes el texto montado con final y todo". Y

tenía razón, a esas alturas se sentía conforme con lo logrado en su investigación, así como en el texto que iba armando. Le había dado grafía al recuerdo. Palabras para nombrarlo, sonidos con qué escucharlo, y hasta un orden para ubicarlo.

¿Acaso no es lo que hacen escritores e historiadores? ¿Ordenar una serie de mentiras consensuadas? Le insistió *Cicerón*. Bueno, sí, pero ¿para qué sirven los recuerdos sino es para recordarlos con cierta armonía? Quizás para vivir la utopía de ir hacia ellos. ¿Y para qué sirve la utopía? Para caminar. ¿Para caminar?... Será lo único, porque si algo tienen en común las ideas utópicas es haber fracasado.

“¿Para qué introducir un nuevo elemento?” —se repitió la observación de *Cicerón*—. Pero, no era solo un nuevo elemento, sino *el elemento*, el fantasma principal, el Hamlet de su drama donde el mismo Arturo se convertía en Horacio.

Concluyó que, tal vez su cerebro intentaba otra de esas jugadas con él. Que se prestaba para mantenerle centrado, cómodo con el relato actual de su vida. Una especie de *deja quieto lo que está quieto*. Y recordó de nuevo lo sucedido con *El bodegón de Carrizo*. “Ya no hay vuelta atrás”, se dijo a sí propio, y recordó a Lubio: “Es todo”.

— No era la pintura —le dijo el *Celacanto*.

— ¿De qué hablas? —preguntó Arturo.

— Tú afición de adolescente.

— ¿A qué viene eso ahora? —respondió con cierto fastidio.

— Lo que te atraía de las pinturas en la *Enciclopedia del Arte Salvat*, era el tiempo —argumentó el *Celacanto*—, siempre se trató de la historia. Desde niño te atrajo el relato del pasado. En el caso de las pinturas, los colores del pasado.

El *Celacanto* volvió al silencio. Arturo, también.

Era la primera vez que el *Celacanto* sostenía una conversación con él. Por lo general, sus intervenciones no pasaban de una palabra, o a lo sumo una frase. “Los colores del pasado”, pensó, como quien descubre algo tan obvio como importante.

Arturo optó por cuadrarse con el Arturo decidido a desenredar *el nido del Gonzalito*.

— ¡Hola, Argelia! ¿Cómo están ustedes?

— ¡Arturo! ¡Coño! ¡Por fin se acordaron de uno!

“Algunas cosas no cambian en las personas” —pensó.

Tenía varios meses sin saber de ella. Sin embargo, la reacción fue de reclamo. Argelia tenía por costumbre lanzarse sobre las personas con ese indicativo pretérito de la tercera persona del plural. Nunca iba directo. El objetivo era atenuar el impacto, al incluirlo soterradamente como parte de un grupo mayor. Algo así como “Vamos, no eres tú solo, son todos”.

— ¡Te estoy saludando! —le dijo Arturo, con sarcasmo.

— ¡Ustedes se olvidan de uno!

Arturo se vio convertido en el pronombre *ustedes*, e intentó visualizar quienes podían estar incluidos por Argelia en ese vocablo que adquiriría en ella una función acusatoria.

Decidió dar por terminado el saludo.

Tenía el firme empeño de conseguir esa información sobre la vez que su hermana, al regresar del viaje a Brasil, fue a Playa Grande. Ahora, intrigado por el *Ceretón* y la conversación sostenida con Lubio donde le afirmó que en esa ocasión Nubia había ido acompañada por Argelia. Un dato que él desconocía, y que fue borrado de su recuerdo, o yacía en ese abismo donde van a parar algunos hechos de nuestra vida.

Lo otro fue esa frase “*Pregúntale a Argelia sobre esos detalles*” que le llegó como suspendida en el aire, tomada por una pinza saca cejas. Más todavía porque la dijo cerrando el hilo de conversación con un “*Estamos pendiente*” que le recordó al “*to be continued*” en *Perdidos en el espacio* y otras series de televisión. Esas letras blancas sobre un fondo negro que llegó a odiar, y que lo mantenían angustiado hasta el otro día, por no saber si el engaño del Dr. Smith sería descubierto, o si el Dr. Robinson llegaría a tiempo para salvar a Penny.

¡Ay! ¡Penny Robinson! fue por mucho tiempo el sueño preferido de Guillermito, y uno de los pocos que podía programarse a placer. El truco estaba en acostarse y quedarse dormido temprano, cuando las imágenes de la serie aún permanecían frescas en su memoria, y no dejar de repetirse “Quiero soñar con Penny Robinson, quiero soñar con Penny Robinson, quiero soñar con Penny Robinson”. Ejercicio del cual se hizo luego de escuchar un micro de *Nuestro Insólito Universo*, narrado por Porfirio Torres en la Radio Nacional de Venezuela, donde enseñaba como se

podía manipular el tiempo por medio de la concentración. Si la mente lograba detener las manecillas del reloj, él podría detener la imagen de Penny Robinson, sacarla del *Júpiter 2* y del televisor y llevarla hasta su hamaca, y su sueño.

Aún más idílico si esa noche llovía, y el sueño le llegaba con el cuchicheo de las gotas en el techo de Zinc y las cascadas que se precipitaban formando una cortina que él podía ver a través de la ventana, con solo girar la cabeza. Penny Robinson y la lluvia apaciguaban el momento de dormir, tanto como las olas de la mar en Playa Grande. Por ello, *El monstruo del balancín* se abstuvo de aparecerse en esas ocasiones. Definitivamente, no era competencia para esas noches con Penny Robinson.

“*Estamos pendiente*” fue como un dardo clavado en pleno centro del blanco de sus inquietudes. Estimó que en esa frase Lubio estaba enviándole un mensaje encriptado sobre algo que él debería saber, pero que quizás Lubio no se consideraba el indicado para decírselo, o no quería comprometerse con una revelación que, a pesar del tiempo transcurrido, mantenía el peso gravitacional de todo *secreto familiar*.

Lubio asumió que el valor de revelar un secreto no está en el secreto mismo sino en el tiempo transcurrido para que se vuelva un hecho conocido. Más que el tema del secreto, lo que tendría impacto en Arturo serían esos cincuenta años de no saber.

Hasta ahora, un secreto muy bien guardado que algunos de sus guardianes creían posible exponer, cincuenta años después. Un poco como la desclasificación de un archivo familiar. Y puede que tal vez solo se tratara de una exageración suya. De un deseo de querer formar parte de un *secreto familiar* que le sirviera de tema para narrar.

La única manera de salir de dudas era confrontarlo.

— ¿Recuerdas el viaje a Carúpano, en la ocasión que me trajeron de nuevo al Zulia?

— ¡Claro! Fue un diciembre. Allá pasamos el 24 y nos vinimos como el día 28....

— ¿Recuerdas el año?

— No. Eso sí que no, pero debió ser como entre el 1973 y 1974... vivíamos en Tierra Negra....

— ¿Puedes darme detalles?

— El viaje fue con la intención de buscar a una muchacha de la familia que ayudase a Nubia con la crianza de los muchachos. Se trataba de una hermanita de ustedes, por parte de padre... no recuerdo el nombre. Pero, estando allá, yo le dije a Nubia “¿Van a dejar a Arturo aquí?... Arturo es de nosotros. Vamos a llevárnoslo de nuevo”.

Arturo sintió una sensación de oquedad. Una repentina pérdida de ubicación, de no saber con certeza dónde se hallaba. Sin referentes de realidad ni de su propio cuerpo. Un momento sin luz, seco y sin brisa. En el oído se instaló un sonido similar al de aquellas llamadas telefónicas al caerse y las venas de su sien comenzaron a llenarse de sangre. Su corazón sufrió una alteración del sincopado, y su latido hizo de su cuerpo una caja de resonancia.

Una buena parte de él se había marchado con las palabras, y las sensaciones creadas por las palabras de Argelia, y la que se mantenía allí pendía escasamente de la mano que sostenía el celular. Una especie de *nada*. Rafael Cadenas.

Para llegar al ser hay que dar un salto

en el vacío,

ese vacío es “La Nada”.

Poco a poco fue regresando a la unidad de su cuerpo. A tener pensamiento, manos y pies, ojos y boca. La vida le pasó toda y sin pausa hasta toparse con esa posibilidad de morir o querer morirse que le son propias al amor y a la tristeza. Dos sentimientos que, extrañamente razonamos como opuestos, a pesar de su vívida correlación. Por ello las personas que aman mucho se entristecen con relativa frecuencia ante los desamores, las injusticias, y los amigos perdidos. Pérdidas que, en estos casos, son pérdidas de sí mismos. Irremediables e irreparables, como sucede en las películas que se versionan con otros actores, y no hay manera de que nuestra mente no se vaya siempre a la versión original. La eterna e irreplicable *primera vez* que muere una vez acontece.

“La tristeza nos hace dignos de ser humanos”, oyó lejano el eco de la voz del *Celacanto*. Fue, también, la primera voz que logró

escuchar con alguna claridad al regreso de la oquedad:

— ¿Ya? ¿Estás satisfecho?

Luego, la de *Cicerón*.

— ¿Ya? ¿Estás satisfecho? —en un tono que percibió entre preocupado y sarcástico. Más preocupado que sarcástico.

Quedó callado no supo por cuánto tiempo, y Argelia debió darse cuenta porque insistió con unas frases que le llegaban lejanas: ¡Aló! ¡Me escucháis! Como si le gritara desde la cima de un cerro. Pero, Arturo no podía reaccionar. Entonces, como extrayendo recursos de sus últimas reservas de racionalidad, dijo:

— ¡Sí, te escucho!

Ella, desde la realidad más real, seguía hablando de otras cosas. Finalmente —no pudo establecer el tiempo transcurrido— le oyó decir:

— ¡Bueno! ¡Cuando habléis con Lubio le decís que me llame!

Una vez cerrada la conversación con Argelia, pasaron —no logró precisar— segundos, minutos u horas. Recordó la pregunta “¿Satisfecho?” Reflexionó sobre el alcance del adjetivo *satisfecho*. De su cercanía con el adjetivo *felicidad*. Sí, debía sentirse satisfecho, pues había iniciado este relato con la convicción de llegar al final en su búsqueda de respuestas a esos silencios que, de algún modo, le acechaban. Pero *satisfecho* no es sinónimo de *feliz*. “No se llega a La Nada por conocimiento sino por renunciación”, se confirmó con Rafael Cadenas.

— Sí. Estoy satisfecho —respondió.

Lo dijo tan convencido que no le extrañó la manera serena como lo había aceptado *Cicerón*.

Había proyectado un final. Ahora, se encontraba ante un imprevisto surgido ya casi al final de su propósito. Una jugada de la realidad ante la dictadura de la imaginación. ¿Qué mejor podría ser? —se interrogó—. Ser retado por su propia historia, y sentir que no se puede escribir sin salir ileso. Que lo mejor de todo este convite sea finalmente, no lo que se propuso sino lo que resultó de la travesía. Una contundente respuesta que adversa al desesperanzado ‘*Lo que ha sido, será*’, una celebración de la mejor incertidumbre, y de la sorpresa. “Sí, estoy muy satisfecho” —sobre calificó la confirmación anterior.

Y como en otras ocasiones, convocó a algunos de sus superhéroes humanos para que acudieran en su auxilio. Se reunieron.

FOUCAULT: Debes sentirte complacido de tener una buena relación con tu infancia, y de lo importante que resulta ese hallazgo cuando se tienen hijos.

ARTURO: Ahora lo sé.

ELLIOT: El fin de toda exploración es llegar al comienzo, y ver el lugar de donde partimos.

ARTURO: Sé de una muy parecida que dice “*Cuando la dificultad apremia, siempre regresamos al inicio*”. De quién, no recuerdo. Lo leí o escuché en algún lado, ahora no se me viene el nombre del autor ¿es suya?

ELLIOT: Ahora no recuerdo. Habrá que googlear.

ARTURO: Se escucha raro ese verbo en usted.

ELLIOT: En la edad media era rara la palabra *Azul*. Existía el color, pero no la palabra.

JOSEPH CAMPBELL: Has cumplido con la unidad del *monomito*: separación, iniciación y retorno.

ARTURO: Aunque no veo claro que se cumplan, en el sentido clásico, *Catábasis* y *Anábasis*.

JOSEPH CAMPBELL: Están.

Entonces, *Cicerón* metió la cuchareta: “Y, si no están algún crítico lo hallará”, dijo, asomándose furtivamente.

BORGES: De lo único que podemos jactarnos de ser dueños, y tener cierto dominio, es de nuestro pasado.

ARTURO: Y, tal vez el origen puede ser, también, el fin ¿No?

SIRIT HUSVEDT: Los pensamientos son las voces del narrador que todos llevamos dentro.

ARTURO: De lo que podemos recordar...

SIRIT HUSVEDT: Y de lo que no sabemos que podemos recordar.

MURAKAMI: Las cosas fluyen hacia donde tienen que fluir.

Despreocupado del temor a reconocerse y a sentirse escudriñado, y hasta atacado, el texto le proporcionaba un aprendizaje. Éste, tal vez, el más importante. La tía Marcelina, el tío Herminio, Nubia y sus padres, así como quienes fueron sus círculos afectivos tomaron así otra dimensión. “Siempre llegamos tarde a nosotros mismos y a las personas que amamos”,

se dijo, parafraseando aquella nota suya del capítulo 4.

Si bien no era un final feliz, asumió que era el que correspondía *cuando se regresa de lo desconocido a lo conocido*. Del vacío de la incertidumbre. De *La Nada*.

— ¡Nadie puede escapar de los clásicos! El héroe que regresa del más allá o del infierno, siempre es mejor, más virtuoso, o por lo menos más acendrado en sus ideas — exclamó *Cicerón*.

Alguna vez durante el post grado de historia había afirmado —con algo de vehemencia— la existencia de cierta cursilería, hasta el grado de la estupidez, en ese acostumbrado ritual de los políticos de rememorar tiempos pasados como la infancia, la adolescencia, la calle, o la escuela, para generar empatía con la gente. Pero ¿por qué no concederle a esa cursilería, a esa estupidez, la posibilidad de ser protagonista? Otras estupideces cometidas han resultado ser mucho más terroríficas a la humanidad.

Pensó en *El Lector* de su novela. “Podría llegar a creer, no sin cierta razón, que este sorpresivo giro en la narración hubiese sido un recurso para generar y mantener el interés sobre el texto”.

Habló al *Lector*:

— Por mi parte, sería arrogarme un crédito que no me pertenece, convertir un hecho real, y ciertamente doloroso, en un logro de la imaginación. En este caso, hay que afirmar que aquella confesión de Argelia, ya deslizada por Lubio, cuando dijo “Pregúntale a ella sobre esos detalles”, era algo que esperaba, pero no parte de una planificada estrategia en la trama.

Y *El Lector* le dijo:

— No esperaba explicaciones. No pienses en mí.

Arturo barruntaba la existencia de otras verdades. Las leía entre las líneas de la ambigüedad en las respuestas de algunos familiares de Playa Grande, pero no tenía la certeza ni la medida de cuán sorpresiva y dolorosa pudiera llegar a ser. El primer sorprendido resultaba él mismo. La historia mostraba tener vida propia, como el silencio sus voces y sonidos ocultos.

Cicerón le advirtió a Arturo que, para su manera de ver las co-

sas, su obra se estaba llenando de demasiadas frases, citas, e intervenciones de otros autores, y se preguntó si, acaso, eso no terminaría por desmeritar su autoría. Y Arturo le contestó que estaba equivocado, que esos autores honraban su propósito, y que ningún escritor era totalmente genuino. Y Cicerón le dijo que, en el mejor de los casos, podrían señalarlo de cierta jactancia intelectual. Y Arturo le ripostó que eso era problema del *Lector*. Y Cicerón insistió en que lo más probable era que anduviera buscando citas que lo refrendaran, con el claro y comprensible objetivo de transformar una tragedia en victoria. Y Arturo le recordó —no sin cierto dejo sardónico— que esa cita de Viktor Frankl era barajita repetida. Y Cicerón dijo que, en rigor, esa idea de ver el destino —incluido el sufrimiento— como algo bueno o necesario, viene del *amor fati* de Nietzsche que, por cierto —y esto lo dijo de manera urticante— Arturo había reconocido no haber leído en profundidad. Y Arturo, acusando el golpe, mintió al decirle que eso ya lo sabía. Y Cicerón se dejó del tono filosófico para irse al sentido común, al decir *es bueno el cilantro, pero, no tanto*. Y Arturo le volteó los ojos.

A menudo, y de manera más precisa, en los últimos días, se extrañaba de algunas cosas escritas el día anterior. Por momentos, ni siquiera conocía la procedencia de algunas de esas afirmaciones ni de ciertas estrofas y tropos. Como si otro escritor lo hubiera hecho, sin razonarlas, sospecharlas, ni contradecirlas. El texto parecía sacar sus garras de uñas afiladas y sus feroces dientes, en defensa propia.

¿Por qué escribiría esto? Suelo preguntarme al otro día. Es cuando pienso en Héctor Libertella y su apunte sobre el accidente semiótico de que la palabra 'yo' en español está construida con dos conjunciones opuestas (y/o) una que une y otra que disgrega. En síntesis: no me extrañaría ser yo quien implodiere mi propio discurso en este texto. Finalizarlo será ¿un equilibrio? ¿O una imposición? (Nota de Arturo).

Todo había tomado otro giro. ¿Debía hacerle saber a su hermana Nubia sobre la información que tenía? ¿La corroboraría ella o tendría otra versión? Arturo se halló ante un verdadero

dilema ¡El infaltable dilema de toda narración! Aun cuando su hermana tuviese una versión distinta, el solo hecho de verse sometida a ese escrutinio podría afectarla. Lo primero que se le ocurrió como solución fue obviarlo. Eliminarlo del texto.

— No debes hacer eso —intervino *Cicerón*, a manera de consejo— forma parte de tus hallazgos ¿no es, acaso, lo que deseabas saber?

La segunda, hacer lo que acostumbra el poder: pasarle por un costado a la verdad, utilizando palabras polisémicamente alcahuetas para diluir la realidad y crearle opacidad, hasta desvanecerla.

Y la tercera opción de todo dilema: no hacer nada.

Pelearse con el problema fuera del texto: en la soledad, en el pensamiento, y en sus sueños. Tenía razón. No obstante, dejarlo tal como el texto exigía implicaba, quizás, un mal rato a su hermana. “No tengo derecho” —se dijo contrariado—. ¿Esperaría Nubia que, en algún momento él se enterara de ello? ¿O presumiría, en todo este tiempo, que se trataba de una situación conocida por él? Si así era el caso, se sentiría mejor por ella. Pero ¿y si esto llegaba para incomodarla, afectarla en retrospectiva?

En esta nueva situación él dejaba de ser ahora el motivo de su propio conflicto. “Hubiese sido mejor no saberlo” —se dijo, contrariado y sin poder llegar a un consenso entre verdad y pertinencia, logro y afecto—. “Es cierto, la verdad sin amor es insoportable”, recordó la cita que en algún momento del texto había hecho.

Pensó que, si todos estos cincuenta y tantos años ella le había ocultado lo sucedido, con el noble interés de no provocarle algún sentimiento de postergación ¿por qué no habría él de concederle la misma consideración?

Por otro lado, ¿qué tal si lo dicho por Argelia era uno de esos recursos que utilizan las personas para acreditarse un reconocimiento? ¿Edificarse una deuda? En dicho caso estarían ante una mentira diciendo la verdad. Ya en varias oportunidades había escuchado a Argelia reclamar a Lubio una compensación por la ayuda prestada cuando él estudiaba. Era algo muy recurrente en ella. ¿O estaría él, también, buscando una justificación

satisfactoria? ¿Convirtiendo a Argelia en un chivo expiatorio? Pensó en llamar de nuevo a *Uche* y a su hermano Anselmo, con el fin de obtener una tercera visión de lo que ya se perfilaba como el desenlace de eso que llamaba *El silencio del 73* con cierto aire de intriga, y ese deseo muy característico de los periodistas de hallar títulos impactantes. Se echó para atrás. Sin duda, lo hizo por temor. Prefería el contradictorio confort que en ocasiones da la incertidumbre, cuando solemos decir '*Lo pasado, causado está*'.

Sin embargo ¿qué tan cierto es que lo *pasado es pasado*? —se inquirió—. Se escudriñó a sí propio, y en ese momento, como ejemplo de que la frase no es tan cierta como aparenta. El pasado con sus cuatro ejércitos de conjugaciones estaba allí con él, en pleno año 2020. Había borrado la barrera del tiempo, y le llegaba como novedad del presente. Ajustando cuentas. Algunas por cobrar. Reclamando veracidad, un lugar y un espacio, un reconocimiento. Y puede que una lealtad.

El tiempo no cura todo.

Así estuvo dándole vueltas al asunto. Incluso, no se atrevió a confiárselo a nadie más hasta tomar una decisión. Se alejó del espejo para no tener que enfrentarse con *Cicerón*. Llegó al extremo de descolgar el espejo del baño en donde solía hablar con él. Luego de algunas noches y días, y otras noches y días, recordó la frase de Lubio "*Es todo*". ¿Qué habría querido decir con *Es todo*? Se encontró imaginando a Lubio cerrando un libro ya leído, quizás escrito por él mismo. Con otra *Maíma*, y una *Santa Clara* suya, mirada desde sus ojos verdes. Narrándose a sí propio, y narrando a los demás. Con su propia deriva de la izquierda y del país. Su propia soledad y su propio Golem.

¿Estaría yo en ese libro? Yo pienso que sí. ¿Tú crees? Estoy seguro. ¿Por qué? Por haberte llamado después de veinte años. Por supuesto estaría la tía Marcelina y el tío Hermínio, pero dudo que estuviera el tío Aquino ¿qué piensas tú? Quién sabe, tú has dicho que escribimos sobre nuestras obsesiones. Lo dijo Vargas Llosa. Tampoco estaríamos yo, el *Ceretón*, y el *Celacanto*... Bueno, el *Ceretón* pudiera ser ¿sabes? El *Ceretón* sería un lleva y trae entre los dos textos, y cuidado sino un traficante de ideas, metáforas y símiles.

Ya sé por dónde vienes. ¡Hasta de intentar convencer a personajes de esta novela para que emigren al texto de Lubio! Se te olvida que el *Ceretón* fue quien me incitó a todo esto. Es *Yago* ¿quién te dice que no pueda hacer lo mismo con Lubio? Basta, lo del libro es una suposición. ¿Y qué? Las malas acciones existen primero como suposiciones.

“Estoy satisfecho”, había afirmado; pero ¿por qué se sentía tan mal hallándose a sí mismo? Recordó algo que había leído hacía ya mucho tiempo de Margarite Yourcenar sobre que el diagrama de los seres humanos se compone de tres líneas sinuosas, constantemente próximas y divergentes: lo que ha creído ser, lo que ha querido ser, y lo que fue. Esto le encajaba a la perfección.

Dejar a un lado el relato ¿no sería frustrar sus más íntimos deseos? —se interrogó—. “Después de todo, la soledad, más que en la ausencia de personas a tu lado se halle en no poder comunicar lo que sientes” —escuchó decir al *Celacanto*, citando a Carl Jung.

¿Ves? *El Celacanto* también hace citas.

Como siempre su cerebro comenzó a traerle recuerdos de frases de autores que podrían argumentar para convencerle o consolarle en su estado emocional. Así llegó Aliosha Karamazov con aquella frase que, más tarde usaría en su dedicatoria: *Un buen recuerdo puede ser nuestra salvación*.

Arturo estuvo algunos meses sin escribir. Pero, esta vez el texto se reescribía a sí mismo en la lectura. Cada lectura agregaba un nuevo dato, una palabra, un reacomodo sintáctico. Cada vez que encendía la laptop y abría el Word lo invadía la extraña sensación de que el texto lo provocaba, y, en complicidad con la memoria, recurrían a tretas como esa de traerle nuevos recuerdos para seducirle. Como la situación aquella de un chivo que se cayó de un camión cuando pasaba por la calle Falcón, y que Herminio Manaure amarró a una mata en espera de que los dueños regresaran a buscarlo, y no regresaron, y pasados tres meses de alimentar al chivo y cumplir su propia convicción de “no disponer de lo ajeno”. Al final, decidió matarlo, y se lo comieron una parte en coco, y otra salado.

Y como el tío Herminio había dicho a Guillermito que tomar

lo ajeno era castigado por Dios, él se lo comió muy despacio, esperando en cada bocado ver o sentir de qué manera llegaría el castigo. Así se enteró de que, después de todo, Dios no parecía ser un *padre nuestro* tan severo. El cielo le habría una línea de crédito a sus travesuras. Dios a veces actúa *en descargo de*.

O aquella cuando Altagracia Romero reclamó:

— ¡Herminio! Yo me pregunto ¿Cómo es posible que usted permita a esas mujeres que viven alquiladas en *La casita de barro* meter hombres a las 4:00 de la madrugada?

Y Herminio Manaure le contestó:

— Y yo me pregunto ¿qué hace usted despierta a esa hora?

Sucesos que Arturo, por resistirse a las imposiciones del texto y del recuerdo, se negó a incluirlos en su novela. Así como tampoco lo hizo con personajes que se le insinuaban constantemente, de manera presumida, abrogándose protagonismo con el argumento de “esa novela no tiene futuro si yo no aparezco en ella”. Personajes odiosos que influían en los demás y enrarecían la atmósfera del texto.

Le creció una pronunciada barba por negarse a afeitarse frente al espejo del baño y evitar toparse con *Cicerón*, en conocimiento de su posición radical de que debía asumir lo que el texto de manera fluida había arrojado. En una oportunidad el *Ceretón* se le había aparecido instigándole —el término más exacto sería *fustigándole*— a retomar el relato.

— ¡No seas cobarde! —le dijo en una ocasión— ¡Libérate!! Acepta el dolor de haber vivido engañado sobre tu pasado! ¡Total, el presente también es un engaño!

— Tú no eres de este mundo —le había dicho— no conoces de sentimientos humanos... Bien lo dijo Cicerón: vives de los miedos...

— ¡Los conozco muy bien! Mientras ustedes intentan mostrar un orden, que nombran *racional*, yo estoy en donde nacen los impulsos de sus actos... en el caos de los instintos... en las arenas movedizas de los tiempos... en la nada por avío...

— Hablas demasiado.

— Te conozco Guillermito, conozco a Beta, a Marcelina, a Ricar-

do, a Nubia... a Misael Yajure... a todos quienes estuvieron en ese entierro.

— ¡Se dice ‘Señor Misael’! ¡Guarda respeto!

Arturo quedo pensativo. Recordó aquello que el *Ceretón* le había dicho unos meses atrás, sobre que había estado en el velorio.

— ¿Es cierto que estuviste en el velorio del tío Herminio?

— ¡Por supuesto!

— ¿Por qué no te vi?

— Te dije que andaba con otra persona...

— ¿Con quién?

— Adivina...

— No me gustan las adivinanzas.

— Oye, no seas tan amargado.

— Bueno, no tengo idea.

— ¿Por qué crees que Misael respondía a tus pensamientos?

Arturo intentó recordar.

— Yo solo sé que eres un producto de la imaginación.

Lo dijo, y recordó lo que le había dicho el *Celacanto* en días anteriores.

— ¿Y qué? ¿Eso nos hace menos reales? ¿Por qué leerían este relato las personas, sabiendo que mucho de lo escrito es un invento de tu imaginación?

— A los seres humanos nos gusta la ficción.

— ¡Exacto! Hablas conmigo porque represento una posibilidad distinta a la racionalidad... Por eso piensas en mí como personaje de tu novela ¿no?

— Una posibilidad, ciertamente, insoportable.

— Para tu conocimiento y fines Misael Yajure nunca ha visto un desfile militar.

— ¿Y?

— Lo digo por la idea que te hiciste de él frente al televisor, unos párrafos atrás.

— Solo elucubraba.

— Ese *Cicerón* te va a volver loco con sus ideas.

— Para tu información, este texto se debe en mucho a *Cicerón*.

— ¡Bah!

El *Ceretón* volvió a desaparecer.

34

Detrás del chiquero

Regresó a la hoja en blanco, con su dolor viejo exorcizado ya del miedo a sufrirla. A dar un cierre no proyectado, presentido. Alertado sobre sus posibilidades, aunque no inminente. Con banderilla de azar, y el azar puede ser una forma de presentimiento. Sin haberlo pensado. Así como saber del sabor del café, de la espuma de la cerveza y los eructos que sobrevendrán al tomar Coca Cola, no requieren ser pensados.

Se sintió cansado y aliviado al mismo tiempo. ¿De quién? —se interrogó— y se respondió que de sí mismo: de su pasado, y del texto.

¿Del texto? “Sí”.

De ese producto inacabado que transgrede el tiempo. Donde todo es verdad, y por eso carece de errores. Que convierte el presente en pasado, y el pasado en presente. Que diluye el yo en otros, y en cosas. “Que me corrige y me hace fiel conmigo”, pensó. Sin decirlo ni escribirlo.

Se acodó de nuevo frente a la pantalla de la laptop y escribió casi convencido de que todo estaba bien. Se dijo: “Bien, amigo lector, esta es mi historia, o, por lo menos, la que decidí contar”. Después de todo, sería una historia de un final inconcluso. No es un suceso tan extraño para una historia de dos familias, dos oportunidades y dos madres. “Dos finales son, para el caso, el final más acertado” —se dijo— mientras regresaba al recuerdo del cura Ramiro Alburguez intentando meter la vida de tía Marcelina en dos, tres o cuatro versículos, aquel día en la iglesia. En parte ¿No había sido su propósito durante esta narración? ¿Meter la vida en su lenguaje? —se interrogó—. Relatarme, incluyendo mis propios engaños. Aceptándome aún en mis más oscuras profundidades. Manipulando los relatos de otros para mi particular disfrute, y apropiándome de ellos. Robándole a la realidad —a la naturaleza con marcada impunidad— sus formas y sus sonidos, otorgándole una grafía ajena a sus misterios.

Todo final de una historia será siempre escueto. El intento de un resumen que, no en pocas ocasiones, obedece al deseo de quien escribe, por deshacerse de una vez por todas de esa ex-

traña cosa que lo asedia, que lo seduce, y le consume su atención. En una relación que, por lo general, lo dejará exhausto y marcado. Tan semejante al acto de hacer el amor con la mujer que deseas, a sabiendas de que aun no volviéndose a ver no todo finalizará en esa cama, ese día.

Se sintió libre. Con esa libertad que da narrar desde el pasado, sin las contingencias del presente. Anidado en el texto. Refugiado temporalmente de vicisitudes. Cómodo de ver sin ser visto desde la mampara de esa cosa extraña, flexible y fuerte que son las páginas de los libros. Libre para columpiarse con la proeza del niño que, en una de esas, quién sabe, toca el cielo. Nido de hojas, tinta, letras y olor a lignina. Flexible y fuerte para resistir tempestades, colgando de la rama más delgada de la vida, inalcanzable para los depredadores que él ya sabe, siempre carecen de liviandad.

Entró al final como vencedor de todos los pretéritos del modo subjuntivo, y de algunos del indicativo. Como conquistador de la tierra prometida del pluscuamperfecto de la primera persona del singular del modo indicativo: *había narrado*. Izó bandera.

Cada palabra, cada párrafo le recordaba a Chaplin: “El tiempo es el mejor autor, siempre encuentra un final perfecto”. Dudó: ¿será *perfecto* o el *adecuado*? Se interrogó.

Había narrado, y adecuado.

Beta calla por unos segundos.

— ¡Mucha tristeza! —me dice, resbalando las palabras. O quizás nadando entre lágrimas, o ahogándose.

— ¿Qué es lo primero que ves?

Imagina a Beta barriendo el espacio con su mirada.

— El techo de Zinc con pequeños huecos por donde se cuelan finos rayos de la luz del sol, cual si fueran tubos para subir al cielo. Las vigas y columnas de madera carcomidas por el comején. Uno de ellos, el que Herminio llamaba ‘el palo de Misael Yajure’, donde colocó un clavo para colgar su camisa a la hora de dormir. A la izquierda, el baño donde siempre había una rana platanera ¿te acuerdas? A la derecha la puerta que va hacia el anexo que construyó Nubia para ampliar la casa, cuando comenzó a trabajar de maestra. Las paredes se han agrietado.

(Pausa sorbiendo por la nariz). Mas hacia la sala, el pocillo de peltre donde Herminio tomaba café, guindado en un clavo en la pared y la gorra “Vigésima Séptima Feria del Rosario” que le regalamos un año antes de morir. El espacio vacío del televisor, con su estática zumbando en mis oídos. Las alcayatas: una, dos, tres, cuatro y cinco, me recuerdan las cuatro hamacas que se colgaban en la sala. Ya no está la cruz de palma bendita con la bolsita de tela de fique que contenía sal marina y la sábila detrás de la puerta. De frente, las dos ventanas de dos hojas cada una, a lado y lado de la puerta de entrada principal. La otra hacia un costado. Todas pintadas con un color que, en su tiempo debió ser azul cielo, pero, hoy lucen blanquecinas; algunas, al desconcharse, dejan expuesto otro color, quizás rosado o rojo, que estuvo allí prisionero del azul, y que ahora el tiempo y el olvido le ofrecen la libertad.

Hay cosas que el tiempo libera.

Cruzo la sala. Voy hacia la puerta que divide la construcción vieja del anexo hecho por Nubia. A mi izquierda, una de las ventanas de romanilla, en madera. Desde donde se podía ver la mata de dátil y la mata de amapola, de flores blancas, en forma de campanas, que echaba unos gusanos peludos, negros y con rayas amarillas... o amarillos con rayas negras. No sé. Sí, los gusanos a los que tú les tenías fobia, y llegaron a ser mi única arma para asustarte. (Pausa).

La memoria de la piel de Arturo le eriza los vellos de los brazos. De frente, la otra ventana de romanilla por donde *El Sobador* metió la mano para tocar a Nubia. Más hacia mi derecha está la mesa de madera en la cual jugábamos dominó en aquellos diciembres. Una mecedora donde Herminio se sentaba por las tardes a tomar café. Luego, la puerta que da al patio.

— Ahora, pienso...

— ¿En qué piensas?

— En lo poco.

— ¿En lo poco?

— En lo poco que apreciamos lo que Herminio nos dio —Beta vuelve a callar.

En ese momento, Arturo tuvo dudas sobre lo pertinente o no que pudo haber sido involucrarla en esta forma de hacer y compartir con ella su regreso a esa casa. Beta está allá sola con su nostalgia, su tristeza y, tal vez, su carga de responsabilidad ante algunos hechos pasados, de los que, a su entender (el de Arturo) no tiene responsabilidad alguna: solo las del alma. A diferencia de él, que se encontraba frente a la pantalla de su imaginación, y al capricho de la memoria, ella capta con todos los sentidos. Puede tocar. Imposible dejar de pensar en un déja vu de aquellos años cuando ella era su sombra.

Arturo, luego de enmudecer por unos segundos, retoma la conversación. Susurrando como para no despertar cosas y seres que no sabe. Y el celular se humedece por su respiración. Lo seca con el dobladillo de la camisa.

— ¿Necesitabas decirlo? ¿Cierto?

— Sí. Lo tenía guardado desde hace muchos años. Herminio, al igual que Marcelina, sacrificaron su felicidad por nosotros. Creo que él, a diferencia de Marcelina, se sentía abandonado. No sé si lo valoramos.

— Yo he llegado a la conclusión de que, en esa casa, hubo demasiados silencios —le comenta Arturo.

— Entiendo que Herminio no quiso irse. Tal vez por no dejar su casa. Puede que también por no abandonarnos a nosotros. Nunca lo dijo. Asumo que pudo ser así. Es una deuda que tenemos con él. Fue mi padre. Sobre todo, luego de la muerte de mamá, cuando más necesitábamos un apoyo. Él estuvo allí.

Beta llega hasta la puerta de la pieza nueva de aquel tiempo. Respira profundo y cierra los ojos por un instante, como quien se prepara a dejar salir a través de ellos todas esas imágenes que ha velado por años. Para volver a mirar, como en una cinta que rebobina: lugares y personas, olores y sabores, mezcladas sin distinción de vivos y muertos, y con todos los pretéritos mezclados, en una cotidianidad de la cual no tiene seguridad cuánto podría afectarle. Para observarla, esta vez, no con los ojos sino desde el corazón. Para oír esas otras armonías, y ver sutilezas donde se consideró que no había tales. Beber de las aguas destiladas por la piedra del tiempo. Curada de espanto la abre y al abrirla yo cierro los ojos para conectar mi cerebro, y con él, mis

ojos con los suyos, como si se tratase de una transmisión vía satélite, donde ella funge como señal principal.

De frente tiene la imagen del molino marca *Corona*, montado sobre un burro de madera, al lado derecho la pared del fogón; más allá, la mata de cauvaro y la de *araguaney*. Recuerda, y recuerdo:

“Son las 5:00 de la tarde, hora de moler el maíz sancochado para la masa de las arepas: unas veces pilado, otras, sin pilar. Diez pocillos de maíz del saco, once arepas. Cuidado con agarrar el de las gallinas que ya tiene gorgojos. Ricardo se baña en la pieza de paredes armadas toscamente con latas de Zinc, que queda en el patio, donde está la pipa y el agua que es muy fría, para luego irse a donde los Flores. “Siempre se mete a bañar cuando se va a moler”, dice alguien.

El agua corre por la zanja que va hasta las matas de guanábana y lechosa. Los muchachos ya no están en las tuberías, se han ido a bañar. Romelia sale al frente de su casa, en espera de la lectura para jugar la lotería. Como la mayoría de la gente se prepara para cenar, no se ve casi nadie en los frentes de las casas. Por la calle, algunos muy pocos regresan de una jornada. Endora o Lubio salen a comprar el polito de margarina *Regia* que nos repartiremos en trocitos cuadrados.

“Hoy no mojaremos la arepa con aceite de achote”, piensa alguno.

Tía Marcelina dice que es mejor la leche de *Tatayo* que esa cosa en polvo. El tío Herminio ha ido a la iglesia San Juan Bautista a retirar la bolsa de Kennedy, con tres kilos de funche y una lata de aceite, para aliviar un tanto la miseria y el comunismo que es *un fantasma que recorre por América Latina*.

Allá está la batea, debajo de la mata de guanábana, y el cuchicheo de última hora ¡Ay! ¡Que si esa mata hablara! Se escucha decir.

Hay que leer la borra de café y el papel quemado para adivinar la *Lotería de los Animalitos*, y vencer la incertidumbre, y darle un destino al azar. Antes, Amada Quiva trae la olla con el maíz sancochado: cada uno debe moler dos máquinas, y repasar la masa para que no queden grumos. Las gallinas comen los granos que caen del molino Corona. La perra las corretea.

Argelia enciende la leña y coloca la lata para asar las arepas. El humo sale por la ventanita que está al final de la pieza del fogón, profusamente, como las torres de humo de esos ferrocarriles que se ven en Jim West. Los ojos se ponen rojos y la ropa se impregna de olor a palito. “Esa leña está verde todavía” —piensa tía Marcelina—. “¡Barajo Herminio! ¡Esa leña está verde todavía!” —dice tía Marcelina, pero tío Herminio ya salió.

— ¿Por qué Guillermito no muele? —protesta con enfado, Argelia.

— ¿Dónde se habrá metido Guillermito? ¡Guillermito! ¡Venga a moler! ¡Quien no muele no come!

Te busco, aunque sé que tú estás escondido detrás del chiquero.

Arturo se despidió de Beta. Recordó la frase “y después será el silencio”, sin dar aún con el autor. Acomodó un lápiz de manera horizontal sobre la libreta de anotaciones. Puso el celular de forma cuidadosa sobre el escritorio. Con sus dos manos se masajeó la cabeza, luego entre cruzó sus dedos y apoyó sus manos en el occipucio. Miró a través de la ventana el presente detenido que lo acechaba con sus miles de ojos, en la calle, dentro y fuera de sus casas, en la pantalla del celular, o desde un laboratorio del régimen. Seguramente esperando una recaída de presente que lo quiebre. O por lo menos lo agote.

Observó el celular como si hubiera olvidado mirar algo más en él. Lo hizo por varios segundos. De alguna manera Beta continuaba allí, y la imaginó sorteando los circuitos, evitando los impulsos eléctricos y sofocada por el calor de la batería.

Sintió deseos de fumar, y de tomar café.

Recordó aquel nido de *Gonzalito* que Emilson había tumbado de la mata de ciruelas, y que él guardó durante meses en una caja de zapatos, admirado por el diseño que se le asemejaba al *Túnel del Tiempo*. Imaginando la cantidad de veces que el ave volaría ida y vuelta para construirlo, y preguntándose de qué árbol serían esos palitos y esas hebras.

Recordó, también, el cuento que leyó en la *Revista Tricolor* sobre el nombre del *Gonzalito*, atribuido a las voces populares que lo relacionaron con la vestimenta de Garci González de Silva un conquistador español que vivió en la recién fun-

dada Santiago de León de Caracas, en 1569, y que, según, usaba una capa negra con forro amarillo ¿cuánto de verdad habrá en ello? Se preguntó, y se ratificó que, en todo caso, él prefería el nombre *Gonzalito* a esos otros de *primo del ave nacional*, *turpial amarillo*, y menos aún ese de *Icterus nigrogularis* que leyó en *Wikipedia*. En todo caso podía aceptar esa manera de nombrarlo que escuchó a los niños en Maracaibo: *Gonzalico*.

Sintió que algo, por fin, había sido concluido. Que su pasado había terminado por suceder.

¿Satisfecho? Se interrogó, considerando estar ya fuera de la novela. Como si estar *fuera de la novela* le otorgará ciertas libertades para la infidencia, y como si fuera posible que el escritor pudiese estar fuera de su relato.

Aún pensaba en cuál sería la brizna de paja que el *Gonzalito* había colocado primero, y si hubiese una que, al halarse, pudiera desenredar todo el nido.

FIN

Contenido

PRÓLOGO	9
0	17
1	27
2	37
3	63
4	75
5	91
6	95
7	99
8	105
9	111
10	125
11	141
12	151
13	165
14	173
15	183
16	187
17	199
18	207
19	215
20	223
21	227
22	233
23	239
24	249
25	255
26	259
27	265
28	267
29	271
30	287
31	291
32	295
33	309
34	323

Impreso en los talleres de la Editorial
de la Universidad del Zulia. Ciudad
Universitaria Dr. Antonio Borjas
Romero. Facultad de Humanidades
y Educación. Sótano del Bloque C.
Apartado 526, el 24 de agosto de 2023.